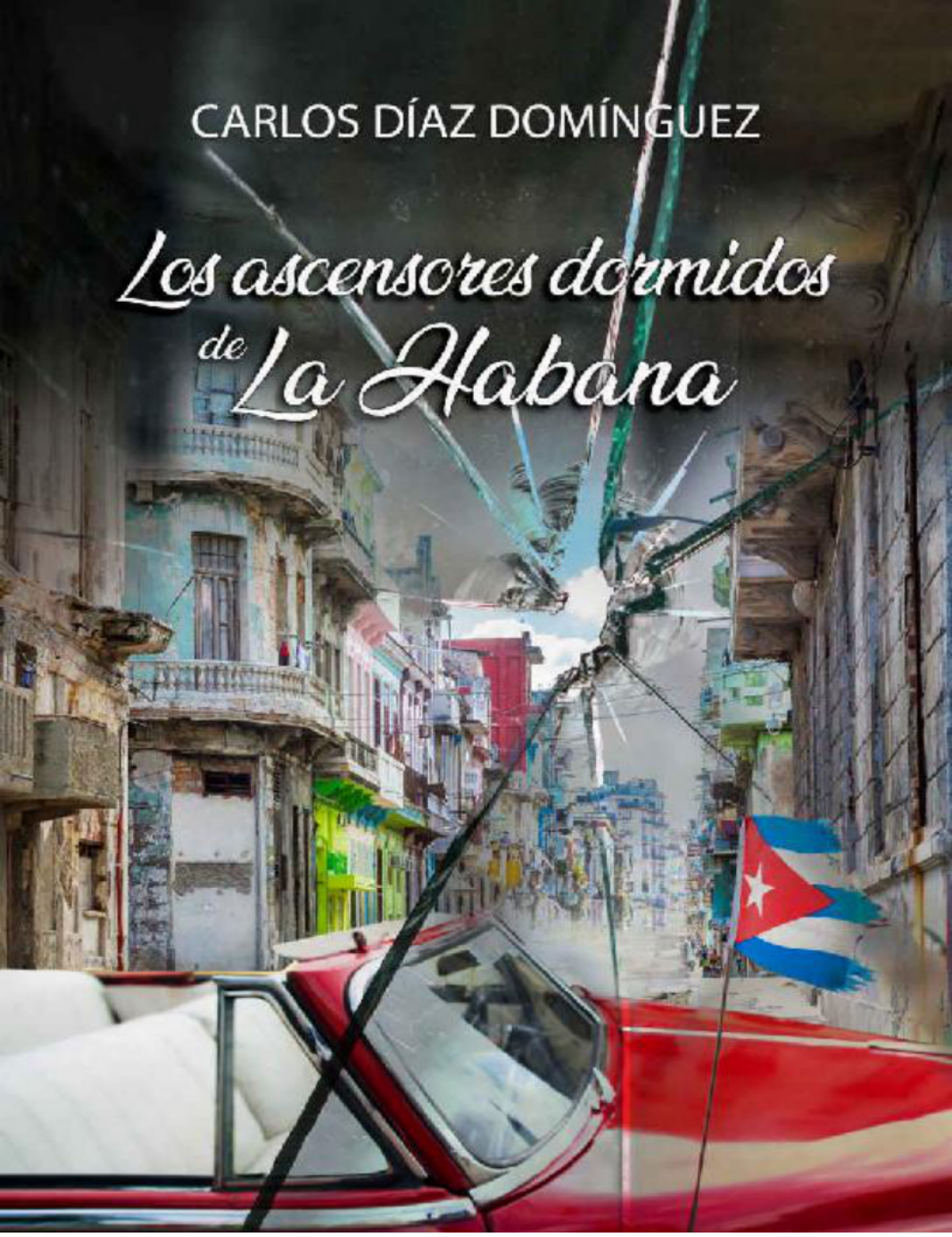
CARLOS DÍAZ DOMÍNGUEZ
Los ascensores dormidos de La Habana

Los ascensores dormidos de La Habana

Carlos Díaz Domínguez

Nota preliminar

Los ascensores dormidos de La Habana fue publicada por la Editorial Arráez en el verano de 2007. Fruto del éxito que la novela alcanzó, a pesar de contar una distribución muy reducida, fue reeditada en el otoño de 2008. Solo se publicó en papel. Ahora, años después, *Los ascensores dormidos de La Habana* vuelven a ponerse en funcionamiento.

En este tiempo todos hemos cambiado: la Isla, el panorama editorial y este autor. Cuando se desarrolla la trama de la novela, en Cuba había un régimen sustentado sobre la monolítica figura de Fidel Castro. Hoy, con Fidel ya fallecido, Cuba parece que quiere salir del letargo al que fue sometida durante seis décadas. Si se transforma en un país democrático o permanece la actual dictadura solo el tiempo nos lo podrá responder.

El panorama editorial también ha cambiado, y sustancialmente. En 2007 el mercado digital no existía y la distribución se realizaba por medio de las librerías, casi en exclusiva. Eso hoy es muy distinto. Una gran parte del público lee en soporte electrónico, desgraciadamente muchas pequeñas librerías han cerrado y los gigantes de la distribución por Internet han cobrado un fortísimo protagonismo.

Y este autor tampoco es el mismo. Cuando escribió estos *Ascensores* todavía no había publicado título alguno. En febrero de 2018 salió al mercado mi séptima novela, al margen de tener publicados numerosos trabajos de menor extensión.

A la novela que tiene usted en su mano, amable lector, solo le he dado unas pequeñas correcciones ya que he querido mantener el mismo espíritu que tuvo cuando se escribió, nada más regresar de mi primer y único viaje a Cuba; viaje que, como ha corroborado el tiempo, acabó convirtiéndome en escritor.

Lectores, con todos ustedes, *Los ascensores dormidos de La Habana*. Bienvenidos a la Cuba de 2005. ¡Buen viaje!

Un abrazo, Carlos Díaz Domínguez

Dramatis Personae

- **Adriá Armengol**. Director de marketing de la editorial.
- **Agustín**. Coordinador de taxistas cubanos.
- **Alberto Rodríguez-Conde**. Escritor madrileño.
- **Alejandro Tuero**. Hombre de confianza de Fidel Castro.
- **Andrade**. Gerente del restaurante La Terraza, en Cojímar.
- **Anier**. Pintor callejero.
- **Asnaldo Cortiza**. Economista cubano.
- **Beatriz Molinero**. Compañera de trabajo de Sofía Robles.
- **Bernardo Monaga**. Capitán del ejército cubano.
- **Beylin**. Cubana. Amiga de Tati.
- **Caridad Cortés**. Trabajadora del Ministerio de Industria Básica.
- **David Muntaner**. Editor de Alberto Rodríguez-Conde.
- **Delio**. Camarero del hotel Presidencial.
- **Diego Pérez**. Transeúnte habanero.
- **Dulce María Barros**. Trabajadora del Ministerio para la Inversión Exterior y Colaboración Económica.
- **Félix Torres**. Teniente de la seguridad del Estado cubano y director del centro Rubén Martínez Villena.
- **Gerard Maciá**. Presidente del grupo editorial.
- **Gilberto Oñate**. Director del hotel Presidencial.
- **Heriberto Quintana**. Recepcionista del hotel Presidencial.
- **Iris Angerí**. Mulata del Malecón.
- **Iván**. Buceador cubano.
- **Jaime Espinosa**. Abogado. Amigo personal de Alberto Rodríguez-Conde.
- **Julita**. Transeúnte cubana.
- **Justo Bravo**. Vendedor de libros de la plaza de Armas.
- **Lázaro Morales**. Vendedor del diario *Granma*.
- **Lino Valdor**. Miembro de la seguridad del estado cubano.
- **Lisandro Gálvez**. Teniente. Subordinado del capitán Monaga.
- **López-Perdices**. Médico forense.
- **Lucila**. Miembro del cuerpo especial de la seguridad del Estado cubano.

- **Luis García-Aldebarán**. Director financiero de la editorial.
- **Luré**. Habanera callejera.
- **Mael**. Buceador cubano.
- **Marcia Lunas**. Camarera del hotel Presidencial.
- **Ñulber Ferreira**. Taxista cubano.
- **Ollé**. Médico forense.
- **Omara Cardoso**. Camarera del hotel Presidencial.
- **Onelia Calero**. Empleada del museo de la Ciudad.
- **Orestes**. Cubano que pulula por el Parque Central.
- **Pablo Olivares**. Jefe de Sofía Robles.
- **Rafael Angerí**. Empleado de la seguridad del Estado cubano.
- **Rolando Díaz**. Jefe de Seguridad del aeropuerto José Martí.
- **Roselio Millán**. Taxista cubano (2º por orden de aparición).
- **Sala**. *Maître* del restaurante Les Tres Claus, de Barcelona.
- **Sofía Robles**. Esposa de Alberto Rodríguez-Conde.
- **Tati (Luis)**. Taxista, amigo de Beylin.
- **Toribio Duna**. Profesor universitario cubano.
- **Victoriano Parra Pérez**. Empleado de la seguridad del Estado cubano.
- **Walfrido Riva**. Escritor cubano.
- **William**. Trabajador del centro Rubén Martínez Villegas.

1

La luz de la primavera madrileña entraba a raudales y sin pedir permiso por los amplios ventanales del despacho del abogado.

—¿A qué hora sale el avión? —preguntó el anfitrión.

—A las nueve y cuarto —respondió Alberto.

—¿Sabes a qué vas?

—Sí, y tú también.

Los cuatro ojos estaban curtidos por los años que llevaban

mirándose y se entendían sin necesidad de pronunciar vocablo alguno.

—David Muntaner va a proponerte algo.

—Va a proponerme el guión de un libro.

—Eso ya lo sé.

—Sí, y yo también. Todos lo sabemos, es casi como un juego.

Jaime Espinosa se encontraba de pie, mirando por la ventana. Como un chiquillo travieso, había corrido uno de los visillos y se fijaba en una pareja que pasaba por la calle.

—Alberto, ¿por qué no escribes de lo que te gusta?

—Porque lo que me gusta no vende —contestó rápidamente el escritor, sin poder ocultar la tristeza que le producía tener que emitir una afirmación tan rotunda como verdadera.

Jaime sabía que era verdad, que en la vida de su amigo Alberto Rodríguez-Conde había dos etapas bien diferenciadas. Una con aquella pequeña editorial, y otra la actual, al calor del gran grupo de Barcelona. En la primera había libros que hablaban de igualdad entre personas, de justicia social, de la soledad del hombre en la sociedad. En la segunda había aventuras, acción, personajes buenos y personajes malos. En la primera había precariedad. En la segunda había un ático en la calle Alfonso XII.

—Las cosas han cambiado mucho —reconoció el letrado.

—A mejor, Jaime, a mejor —puntualizó Alberto.

—Puede que tengas razón.

—Mira, tú y yo nos hemos ido adaptando a los tiempos. Atrás han quedado los juegos de niños. Tú eres hoy un importante abogado que tiene un grupo de clientes prestigiosos entre los que tengo el honor de encontrarme. Yo soy un hombre que no puede asimilar con facilidad en lo que le habéis convertido.

—¿Lo dices con acritud?

—Jaime, lo digo con admiración. Si yo me apartase de mi persona y me viera desde fuera, tendría que maravillarme de qué clase de escritor soy. Mira, el libro de Praga se vendió casi antes de lanzarlo. Eso tiene un nombre, bueno, tiene varios...

—Sí, no me los digas. Me imagino que hablas de las personas que te ayudamos.

—Exacto. Soy consciente de que entre todos me habéis convertido en un hombre con dinero. Sé que a mi alrededor se manejan buenas sumas, pero yo no me quejo, al contrario, a todos os tengo que estar muy agradecido.

—Pero dime, Alberto, ¿dónde está *El reino de Alphecca*? ¿Dónde está *Alicia en la penumbra*? ¿Dónde está *El pálpito sosegado de Sergio*?

—Ya sé que te sabes muy bien mi obra, no hace falta que me digas más títulos. Por cierto, a ver si por fin te enteras que la novela se llama *Sergio y el pálpito sosegado* —Jaime sonrió—. Casi solo te ha faltado decirme la de las *Lágrimas verdes*...

—...*sobre la almohada* —interrumpió Jaime, provocando entre los dos una sonora carcajada.

—¡Qué mala era esa! —Alberto se criticó con especial dureza.

—No estoy de acuerdo. No era mala, solo que era muy diferente a lo que hoy escribes.

Alberto Rodríguez-Conde seguía sentado en la amplia butaca que había en el despacho. Allí se sentía como en su casa. Jaime Espinosa no solo era su íntimo amigo, sino que era además su abogado, su asesor, su consejero.

—Jaime, con aquellas novelas seguiría pasando hambre de no ser por el sueldo de mi mujer.

—No sé si tanto, pero está claro que desde que entraron en tu vida...

—...en nuestras vidas —puntualizó Alberto.

—Sí, tienes razón, en nuestras vidas, los de Barcelona, todo lo han cambiado. Hay que reconocer que David es una persona con una gran capacidad de análisis y de visión para colocar en el mercado lo que este pide a gritos. La *Próxima parada: Cartuja de Valldemosa* y *Cuando llegó a Praga el 20 de junio*, han sido grandes éxitos tuyos.

—Con su apoyo, no te olvides.

—Sí, con su apoyo.

Ahora fue Alberto el que se levantó y se acercó hacia la ventana. Cuando estuvo cerca de su amigo le confesó:

—De todo esto, ¿sabes lo único que no me ha gustado?

—¿Qué? —preguntó Jaime.

—Que tuviera que cambiarme el nombre.

El amigo sabía la trascendencia que daba a ese detalle e intentó restarle importancia.

—Tómalo como un nombre artístico.

—Como nombre artístico, o como quieras, pero yo me llamo Alberto Rodríguez García. Y García se llamaba mi madre. Yo no soy Alberto Rodríguez-Conde, como quisieron nombrarme.

Se hizo un silencio entre los dos.

—*Es más comercial* —parafraseó el escritor las palabras que le dijeron en Barcelona hacía ya unos años—. Sí, será más comercial pero García se apellidaba mi madre y ahora ella no figura en mis libros. Parece que la he negado solo porque tenía un apellido común.

Jaime puso una mano en su hombro y lo miró fijamente. A través de los cristales, el sol los iluminaba con una tonalidad especial.

—Alberto, no le des más importancia de la que tiene. Te lo digo asépticamente y como hombre de negocios. No vas a olvidar las raíces de tu madre porque figure o no figure su nombre en tus libros. ¿Verdad?

El escritor asintió con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer mañana en Barcelona? ¿Te han dicho el plan? –El abogado cambió de tema, para no continuar con un asunto que sabía doloroso para su amigo.

—Me imagino que como siempre. Primero, reunión en la editorial, después comida con David para hablar del lanzamiento del libro del *Rey Fernando* y luego...

—...el paseo —Jaime terminó la frase.

—Sí, el paseo —corroboró Alberto, volviendo a sonreír.

—¡Cuidado que te gustan Las Ramblas!

—Me encanta sentarme en uno de sus bancos y ver pasar a la gente. Podría pasar horas mirándolos.

—Perdona, te has pasado horas mirándolos.

—Es cierto. Verlos andar, sus gestos al hablar, los grupos que forman las personas de todas las edades. Lo que hacen y lo que dicen.

—Vamos, que alguna vez te han llegado a inspirar.

—Claro que me han inspirado Jaime, yo creo en la inspiración, y

cada vez la necesito más. Y te aseguro una cosa: cuando me llega —decía levantando el dedo casi en tono amenazador— dejo lo que estoy haciendo y me consagro a ella.

Jaime lo miraba con la verdadera admiración que sentía por un hombre creativo, no él, que se pasaba todo el día mirando leyes y normativas, dictámenes y sentencias.

2

—No puedo tomar esa posición. Hace treinta y dos minutos sí, pero ahora no.

—Sofía, puede suponer mucho para nosotros.

—Justo lo mismo que para mí. Te repito que no, por lo menos por el momento. Vamos a seguir atentos al *Reuters*, pero ya te adelanto que lo veo muy difícil.

—Sofía, no puedes hacerme eso. La posición la tenemos que cubrir.

—Raúl, es tu problema. Tenías que haber hecho la cobertura cuando te dije, y no quisiste.

La mujer colgó a su interlocutor. A pesar del clima de confrontación continua, aquel lugar proporcionaba a Sofía todo el aire que necesitaba para respirar. Soñaba con la Sala de Tesorería. Siempre había querido llegar ahí, y desde hacía dos años ocupaba el puesto que tantos, y además solo hombres, habían anhelado. En esos momentos, era ella la que cerraba las posiciones más relevantes, la que impartía las órdenes a todo el mundo, la que cuando hablaba todos callaban, la que intimidaba con sus palabras y sus silencios, con su imponente figura de más de metro ochenta.

Unos minutos después, Raúl volvió a llamar.

—Sofía, parece que el dólar está repuntando. ¿Echamos cálculos del coste estimado?

—No voy a echar ningún cálculo mientras haya un solo punto básico por debajo de la par. Te aseguro que no vamos a perder nada.

—Sofía, tú puedes vender la posición.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Crees que alguien va a comprarme duros pagando seis pesetas? —para algunas expresiones la economista todavía utilizaba la moneda antigua.

Volvió a cortarle.

Trabajar con tantos hombres había marcado más aún el carácter adusto de la joven castellana. La chica de Aranda de Duero nunca lo tuvo fácil. Ni cuando vino a Madrid, ni cuando se marchó a Londres

con aquella beca. Tantos años de soledad delante de libros, delante de cintas de video para aprender el idioma, para educar su oído burgalés, tantas traducciones del *Financial Times*. Luego, aquellos meses en Manhattan. Al final mereció la pena, o por lo menos eso creía ella. Ahora todo eran comodidades. Sí, la jornada era de doce horas, pero tenía dos móviles, un buen coche que le ponía la empresa y dinero extra para gastos de representación. El problema de Sofía Robles era que tenía menos tiempo que dinero para comprarse ropa. Pero bueno, ella siempre decía que si Dios había creado el domingo para descansar, antes creó el sábado para comprar. Los niños no tenían aún por qué llamar a las puertas de su vida personal y si llamaban, ella no los oía y, más que preguntarse, se contestaba que, con treinta y cuatro años, todavía tenía que andar mucho camino antes de tomar en serio todo eso de los biberones y los pañales, y dejar, aunque fuera temporalmente, los portátiles y los gráficos. Hoy le hacía mucha más ilusión quedarse sin dormir pensando qué evolución podía llevar la paridad Euro con el Dólar, que por una salida de dientes. «Cada cosa a su tiempo», pensaba la ejecutiva.

Se levantó de su mesa e hizo una seña a Beatriz Molinero llevándose los dedos índice y pulgar juntos hacia la boca. Una vez las dos en la máquina del café, Beatriz preguntó a su jefa:

—¿Qué quería Raúl?

—Que perdiera dinero.

Beatriz sonrió mientras servía azúcar a Sofía.

—¿Cuánto hace que nos dejó? —preguntó.

Sofía frunció el ceño a la vez que repasó en su memoria.

—Catorce meses que, afortunadamente, nos dejó como dices.

—¿Cómo puedes acordarte con tanta exactitud?

—Porque fue cuando viajé a Praga a recoger a Alberto.

—Por cierto, ¿qué está escribiendo ahora?

—Tiene varios proyectos. Precisamente mañana se va a Barcelona a hablar con su editor. No sé. Ya te contaré.

3

El avión había tomado tierra en el aeropuerto de El Prat. El día era bueno, pero el mes de abril había empezado llevando a Barcelona una fina lluvia que parecía retrasar la entrada efectiva de la primavera. Eso a Alberto no le disgustaba. El agua le encantaba, siempre y en cualquier circunstancia.

El taxi llegó al paseo de Gracia y, a los pocos minutos, se hallaba en la recepción, pasando el fuerte control de seguridad de la editorial.

Como siempre, David Muntaner le esperaba en la puerta del ascensor, con su mejor sonrisa.

—¡Alberto!

Al escritor le agradaba David, pero no era tan diplomático como él, y la sonrisa con que le correspondió no fue tan abierta.

—¿Por qué no me has llamado y te hubiera ido a buscar al aeropuerto?

—David, es una tontería, el taxi me trae en un momento.

—Ya lo sé, pero me sabe mal que tengas que venir tú solo desde allí.

Ambos empezaron a caminar hacia el despacho del editor. La decoración minimalista del edificio le daba un aire muy poco acogedor. El escritor pensó que aquel no era un buen sitio para que las ideas fluyeran con facilidad. Cuadros con dos rayas. Paredes color pastel, casi desteñido. Cortinas blancas. Ese no era el espacio donde Alberto se sentiría cómodo para crear.

—¿Qué me tienes preparado para hoy? —quiso saber el recién llegado.

—Mira, tenemos una mañana algo intensa. Si te parece, primero nos reunimos con Adriá Armengol, que quiere hablarte del calendario para la presentación de lo del *Rey Fernando*. Está muy ilusionado.

—¿Adriá ilusionado? —cortó un Alberto, sorprendido.

—¡Cómo eres!, el chico es poco expresivo, pero yo le conozco bien y se emociona con su trabajo.

—¡Vamos por Dios, David!, no me digas que se ilusiona con el trabajo.

—Te aseguro que sí, aunque tal vez que no lo exprese con

mucho entusiasmo. Bueno, como te decía, primero estaremos con el Adriá, y luego vendrá García Aldebarán.

—David, no he venido con Jaime —volvió a interrumpir Alberto.

—No hace falta que hayas traído a tu abogado, solo tiene que contarte algo de unas liquidaciones. Hoy no hay que negociar nada. Por supuesto que sigue todo lo acordado el mes pasado, ¿no te quejarás?

Alberto no se quejaba, entendía que la editorial se portaba económicamente muy bien con él, que los porcentajes eran cada vez mayores y que había terminado asociando el nombre del financiero García Aldebarán con dinero, con mucho dinero. Quizá la queja de Alberto vendría más porque estaba convirtiéndose en un hombre al servicio de la empresa. Empezaba a tener complejo de *negro*, solo que esta vez el negro vivía en un ático y su tarjeta de crédito contaba con un límite mucho mayor del que él podía gastar. Un negro, pensaba, con nombre verdadero y apellido falso. Esto, García Aldebarán nunca lo entendería, David igual lo entendió alguna vez en su vida, pero hoy era como un *DJ* que solamente andaba pensando en listas de ventas, asimilando lo más oído a lo más leído. Sus gratificaciones variaban dependiendo de las semanas que conseguía situar entre los diez libros más vendidos a un determinado número de los de su editorial, y se había convertido en un buitre de las publicaciones. Vista no le faltaba, capacidad para atender muchos frentes a la vez, tampoco.

—Y luego, ¿qué más?

—Después he preparado una pequeña reunión con diez personas de la editorial que tienen interés en verte. Los hemos seleccionado por ser los delegados con mayores índices de ventas en sus zonas y queremos darles ese premio. Será media hora como mucho. Supongo que no te importará.

Pues no le importaba..., o sí le importaba. ¿Qué querían hacer de él? ¿un ídolo de la literatura, en vez de un ídolo de la canción? Alberto se dio cuenta de que su vida profesional cada vez distaba menos de la que podía llevar un cantante pop. Al final estaba convirtiéndose en un producto de marketing, solo que con alguna diferencia que no podía, no quería olvidar. «A mí, no me preparan las

canciones, me las preparo yo —pensaba—, a mí no me tienen que maquillar para actuar, actúo en zapatillas de estar por casa, a mí no tienen que buscarme un romance, yo estoy con Sofía. Bueno, no es que estemos juntos mucho que digamos, pero hoy por hoy, y espero que por muchos años, estoy con ella».

—No, por supuesto que no me importa —respondió finalmente el escritor.

—Bien, muchas gracias. Y luego, si te parece, nos iremos a comer...

David marcó un silencio medido. Se miraron los dos.

—¿Y...? —le preguntó Alberto sin saber muy bien por qué no había concluido la frase.

—A la comida vendrá Maciá.

—¿El presidente?

—Sí, me ha pedido unirse a nosotros.

—Pero él nunca come con los escritores —recordó, desconcertado.

—Alberto, tú no eres cualquier escritor y tiene ganas de charlar un rato contigo.

—¿Y de qué va a querer hablar conmigo el presidente?

—No lo sé, a mí no me lo va a decir, como te puedes imaginar. Nos quiere llevar a un reservado del restaurante Les Tres Claus. ¿Lo conoces?

—Si no me has llevado tú, no.

—Pues entonces no, porque allí nunca hemos ido. El presupuesto que tengo en mi departamento no me lo permite —se excusó esbozando una mueca, principio de sonrisa.

Alberto se había quedado muy desorientado.

4

Las reuniones con Adriá y García Aldebarán fueron enormemente aburridas, pero ya habían terminado. Con este último solamente habían hablado de un pequeño informe que incluía el desglose de ingresos que por todos los conceptos iba a reportarle la promoción de lo del *Rey Fernando*. Alberto no terminaba de acostumbrarse que se cobrara por todo. Que por dos horas firmando en unos grandes almacenes iba a llevarse una cifra que él pensaba era desproporcionada, que una aparición en televisión para hablar de su obra, pero sobre todo de su último libro, movía una cantidad que solo creía cobraban los cantantes de primer nivel. «Habrá que irse acostumbrando —pensaba— ya lo decía antes, todo era cuestión de dinero».

Pero antes de la reunión con el financiero, la tuvo con Adriá, con *el Adriá* como le llamaba David. Ese hombre le incomodaba. Extremadamente delgado, con un pelo pegado a la calva incipiente, sus pequeñas gafas, su trajecito adherido al diminuto cuerpo, su vocecilla, parecía un muñeco. Pero bueno, debería irse habituando a que esa persona era uno de los artífices de sus éxitos. «Vivimos en un mundo donde la imagen cuenta mucho —razonaba Alberto— donde uno no es solo lo que vale, sino sobre todo, lo que los demás creen que vale. Y los demás se quedan en la superficie, en el detalle, en la anécdota, sin entrar a fondo en el conocimiento de las personas. Tal vez sería por eso —continuaba—, que los libros que más se venden, o mejor dicho, los que más se compran, son los llamados *comerciales*, los que entretienen, no los que denuncian injusticias sociales, esos que nos hacen incomodarnos en nuestro sillón. Si no fuera porque el poder de la imaginación es una necesidad del ser humano, habría que pensar que, si los libros tuvieran viñetas, todavía serían más solicitados», pensaba, con mucha tristeza.

La fecha que se había fijado para el lanzamiento del libro sería el veintinueve de septiembre, momento ya de olvido de vacaciones, de

vuelta a la normalidad y también cuando la gente se dispone a diseñar su propio programa de actividades particulares de cara a la nueva temporada.

Lo de la proyección de una espada con rayo láser sobre el edificio de la Torre de Madrid no sabía si considerarlo como algo excesivamente extravagante o como una iniciativa muy original. Posiblemente, si no fuera porque al pensar en ello indefectiblemente asociaría la idea con la cara de Adriá, llegaría incluso a creer que hasta era una buena ocurrencia. Debería eliminar la negatividad que le producía su aspecto y no hacer como lo que tanto criticaba de los demás, quedarse en lo superficial. Tendría que pensar que ese hombrecillo era un gran profesional.

Después de terminar con Luis García Aldebarán pasaron a una sala de reuniones. Habría allí unas diez o doce personas. David Muntaner, con toda su paciencia, fue presentándole uno a uno. Según los iba mirando y correspondiendo con un ligero movimiento de cabeza al saludo que cada uno le hacía, pensaba que quizá ellos también tenían su parte de éxito en la venta de sus libros.

Estaban todos en torno a una mesa larga de reuniones que presidían en un extremo David Muntaner y en el otro el propio Alberto. Pronto le llamó la atención una joven morena, que llevaba un vestido blanco y diadema verde en el pelo. Le pareció que no era muy alta y calculó que todavía le quedaban unos años para cumplir los treinta.

Uno de los asistentes le formuló una pregunta:

—¿Y usted cree que *Los Libros del Rey Fernando* va a venderse todavía mejor que la novela de Praga? —no sabía muy bien, pero de este último libro, nadie decía el título completo.

—No lo sé. Lo que querría es que gustara más que la anterior y a más personas.

—¿Quiere decir eso que tiende a que su literatura sea cada vez más universal?

—No exactamente. No pretendo que la novela de *Los Libros del Rey Fernando* guste a toda la población. Lo que quiero es que guste mucho a las personas que la lean.

La joven tomó la palabra:

—Alberto, ¿es verdad que en cada libro su lenguaje va volviendose más sencillo, más accesible?

—Puede ser —admitió.

Evidentemente que sí, era una de las sugerencias que David le hizo cuando le aconsejó que escribiera sobre Praga. Estaba seguro de que para lo del *Rey Fernando* el lenguaje se habría vuelto ya tan sencillo, que se podría afirmar rayaba incluso en la simpleza.

La reunión siguió mucho más animada de lo que podría haber imaginado en un principio, y las preguntas que le hicieron los delegados denotaban mucho interés no solo por la venta desde el punto de vista crematístico, sino que parecía que la literatura les interesaba por la aportación cultural que significaba. Pero entre pregunta y pregunta, contestación y contestación, Alberto no había parado de mirar la cara de la joven que había preguntado, sus ojos, su boca, incluso había sido capaz de asomarse, lo más discretamente posible, al pequeño escote que dejaba entrever su vestido blanco.

David dio por terminada la reunión, agradeciendo a Alberto su presencia y aprovechando para echar una perorata sobre cuánto había que vender del nuevo libro, de todo lo que iba a arrasar en el mercado, de que iba a ser la obra más leída del otoño, de que si sería el regalo de Reyes más comprado...

Una vez terminó de hablar, todos se levantaron y fueron acercándose a Alberto para estrecharle la mano, excepto la muchacha que había intervenido, que le dio un par de besos que no le dejaron indiferente, quizá por el aderezo de su perfume. Después de los dos besos hubo tiempo para que, durante unas décimas de segundo, se cruzaran una última mirada de incipiente complicidad.

Con un *Adeu!* pronunciado por Alberto, terminó de marcharse el último.

—¿Vamos para la planta noble? —propuso David —. Me dijo el señor Maciá que cuando termináramos con los delegados subiéramos que su secretaria le llamaría.

5

Según hacía cola para que le sirvieran el plato combinado que sería su comida de hoy, Sofía Robles pensaba en cómo le iría a su marido en Barcelona. Conocía a Alberto desde los diecisiete años, cuando los dos eran las jóvenes promesas del colegio. Habían constituido desde el principio la pareja perfecta. Los dos bellos, los dos altos, los dos magníficos estudiantes. Su noviazgo fue algo lógico, como si hubiera sido fruto del estudio de una máquina que busca la pareja perfecta.

Sofía sabía que siempre hubo de todo, incluso amor. Que lo de los niños sería cuestión de planteárselo algún día, pero que por el momento las cosas iban muy bien, o por lo menos eso creía, y que profesionalmente no parecía que fuera el momento más adecuado. «No, más adelante — supuso—, quizá para dentro de dos o tres años, tres mejor. Cuando pase esta racha de tanto trabajo». Porque ella no se veía nada más que trabajando a todas las horas del día. Llegando a casa y poniendo la CNN para ver qué había pasado en el intervalo entre que apagó el ordenador y el que llegó al hogar. Le gustaba llamarlo así, no porque lo pensara, sino porque le gustaría que lo fuera.

Y además ahora con los líos de la mudanza. Todavía tenía muchas cajas cerradas y sin tiempo para ella, y el domingo no iba a levantarse temprano para ponerse a ordenar papeles. Sofía pensaba que lo podría hacer en unas vacaciones. Y además esperaba que Alberto le ayudara, que solamente colocando sus libros, se pasaría semanas. Con eso de que tenía lectura atrasada, cuando terminaba de escribir un libro cogía cuarenta. Bueno, ya era así en el colegio y, también, mientras estudiaban las carreras. Él y ella. Todo lo que no fuera un sobresaliente era un fracaso. Pero tampoco le podía reprochar mucho. «Seguro que él piensa lo mismo de mí», se dijo.

Sofía sabía que se veían demasiado poco. Que las pocas veces que estaban juntos en casa cada uno se encontraba en una habitación con su ordenador. Creía que a lo mejor un hijo cambiaría las circunstancias, pero esa no era razón suficiente para ir a buscarlo.

La última vez que viajaron juntos fue cuando se marcharon a esquiar a Zermatt. Y de aquello habían pasado ya casi tres meses. Tampoco recordaba aquellos tres días con mucho agrado. Cuando llegaban al hotel cada tarde después del esquí, él no quería salir nada más que a cenar porque tenía que terminar de leer unas cosas y ella se ponía a responder al móvil hasta la hora de cenar.

Sentada en la soledad del multitudinario comedor de empresa, Sofía repasaba todo aquello, los casi veinte años que llevaban juntos y todo lo que les había pasado en su vida, sobre todo en los tres últimos años, donde parecía que sus respectivos mundos profesionales empezaban a reconocer sus virtudes hasta ese momento no descubiertas.

Se daba cuenta que pensaba cosas que antes no imaginaba. Tal vez tendría que organizar su vida de otra manera. Dar un nuevo enfoque, ya que el actual empezaba a no ser de su agrado.

«¿Y ahora un niño? —volvía con el tema— No, ahora un niño no, primero tengo que ordenar mis días y lentificarlos, quizá pasar a una velocidad inferior. Poner un poco el freno de mano».

6

—Perdona que os haya hecho esperar —fueron las palabras de salutación que pronunció Gerard Maciá, un hombre dotado de un increíble atractivo, quizá por su traje a medida, quizá por su pelo blanco ondulado perfectamente recortado, quizá por el pañuelo de seda que asomaba por el bolsillo de su chaqueta, quizá por ser uno de los hombres más poderosos de su sector.

Maciá les dirigió hacia una mesa de reuniones redonda que tenía en su despacho. Nevera perfectamente camuflada dentro de un mueble de época, televisión en la pared, pequeño ordenador portátil en una mesa sin papeles, el presidente del grupo editorial emanaba vitalidad y buen gusto en todo lo que le rodeaba y, por supuesto también en sus gestos, a pesar de tener una edad próxima a los sesenta años, según calculó Alberto.

—¿Qué tal ha ido la mañana?

—La hemos tenido bastante ocupada —empezó a relatar David —. Primero hablamos de números y de marketing con Adriá.

—¡Qué hombre ese Adriá! Es uno de los mejores profesionales que he conocido —aseguró Gerard—. Y además totalmente atípico. Recuerdo a muchos directores de marketing y casi siempre estaban todos cortados por el mismo patrón, pero con Adriá está claro que el molde debió romperse, ¿verdad? —preguntó al escritor.

—Es una persona con unas ideas muy brillantes —corroboró Alberto.

—Luego hemos estado con los mejores delegados.

—Muy bien —el presidente dio por zanjados los formalismos de la llegada, y optó por ser más práctico— ¿Qué os parece si nos vamos a comer?

El enorme Lancia les esperaba en el garaje con el chofer presto a abrir la puerta para que subiera el presidente. David le hizo una seña para que Alberto se sentara también en el asiento trasero, situándose él junto al conductor.

El gran coche azul oscuro con dos antenas y cristales tintados arrancó, saliendo por la rampa del garaje para tomar la Gran Vía de las Cortes Catalanas. Tras ellos, les seguía un BMW.

—Bueno Alberto, ya ves que el lanzamiento de lo del *Rey Fernando* va a constituir un verdadero despliegue.

—Se lo agradezco.

—Por favor, tutéame, que tampoco soy tan viejo.

A Maciá le conocía de dos o tres ocasiones anteriores, pero nunca lo había visto tan afable como aquella vez.

El escritor hizo gala de un poco de diplomacia:

—Tengo que estar agradecido a la editorial por la confianza que demuestra en mi libro.

—Creo que todos tenemos que estar agradecidos, Alberto. Nosotros siempre hemos estado enfocados a cubrir los deseos de nuestros lectores, tanto desde un punto de vista humanístico y académico, como cultivando igualmente otro de los aspectos básicos inherentes a la condición humana, que es su necesidad de

entretenimiento, de distracción, de deseo de vivir otros mundos, otras sensaciones —el presidente finalizó la perorata con un cumplido hacia su invitado—. Y para eso estáis vosotros, los escritores.

El coche acababa de atravesar la plaza de Tetuán y el anfitrión seguía hablando mientras David miraba hacia delante.

—Queremos que el escritor que colabore con nosotros se encuentre como en su propia casa. Para eso no nos fijamos reglas y nos adaptamos a los ritmos que nos podáis marcar.

El presidente sabía que hablaba con una persona que pertenecía a un colectivo muy poco disciplinado. Los escritores en general no tenían un horario fijo, ni siquiera una temporada concreta para escribir. Tocaban los argumentos que les parecían oportunos, hacían y deshacían con sus personajes a su antojo. Incluso los temas económicos propios los solían tener delegados en otras personas de su confianza. ¿Y el jefe?, ¿quién era el jefe de un escritor? Desde luego no su editor ni su corrector de estilo. Ni su agente, en el caso de que Alberto Rodríguez-Conde tuviera uno. ¿Él mismo? Por eso Gerard, que llevaba varias décadas dentro del mundo editorial aunque jamás hubiera escrito mucho más allá de una tarjeta de felicitación navideña, conocía muy bien la idiosincrasia de los escritores en general, aunque no la de su invitado en particular. Sabía que a un escritor nunca había que hablarle de reglas, sino más bien de compromisos, de proyectos, de ideas e incluso de ideales.

Llegaron al restaurante. Cuando el vehículo paró, pasaron unos instantes para que uno de los hombres que venía en el coche trasero abriera la puerta de Gerard. A Alberto y a David nadie les abrió la puerta.

Un portero con gorra de plato les franqueó la entrada donde enseguida apareció un hombre bajito, prácticamente calvo si exceptuamos las dos pequeñas matas blancas que tenía encima de las orejas que, con una carta bajo el brazo, estrechaba la mano del presidente a la vez que daba la bienvenida al grupo.

En unos momentos los tres estaban sentados en un comedor privado escuetamente decorado. La iluminación de los focos halógenos instalados en el techo y que solamente enfocaba la mesa, daba a la

pequeña estancia un aspecto tenue, fantasmagórico, aunque no podía decirse ni mucho menos que no fuera aquel un lugar perfecto para celebrar una comida de trabajo.

En breves instantes la mesa tenía un par de pequeños platos de aperitivo, unas copas de vino blanco y varios tipos de pan en una bandeja.

—Alberto, tenía muchas ganas de tratarte un poco más de lo que nos habíamos visto hasta ahora. David es quien más trata contigo, pero creo que puede ser positivo que nos conozcamos personalmente.

—Estoy de acuerdo.

El invitado era de muchas menos palabras habladas que Gerard.

—Alberto. David y yo —aunque prácticamente no había hablado, Maciá también le involucró— queremos hacerte una propuesta, para que te lo pienses.

7

El escritor se encontraba todavía receloso ante el comportamiento de una de las personas con mayor poder económico y mediático de Barcelona, y eso se notaba cada vez que tenía que hablar. Se limitó a esperar.

Los dos se miraron, y pareció que el presidente tomaba aire antes de formular la petición que le iba a realizar.

—Queremos que escribas una novela que suceda en Cuba.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Alberto.

—No me extraña que te suene raro —reconoció el presidente, según soltaba una pequeña sonrisa que no hacía otra cosa que demostrar el dominio que poseía en el campo de las relaciones humanas vinculadas a los negocios.

—Nunca me había planteado escribir algo ambientado en Cuba —alcanzó a reconocer el escritor.

—Con tu permiso, me gustaría darte algunos datos —prosiguió Gerard— En estos momentos el número de españoles que visitan la isla se ha duplicado en los tres últimos años. Somos el segundo país de

la Comunidad Europea que más turistas envía. El nivel de gasto medio en que incurre un español en cada viaje se ha incrementado también en los últimos años un quince por ciento. Según las encuestas de las agencias de viaje, para las personas que no conocen la isla constituyen la primera preferencia fuera del continente europeo.

Rodríguez-Conde escuchaba muy atentamente la cascada de información que le ofrecían, mientras que David Muntaner asentía sumisamente todo lo que decía su jefe.

—Alberto —seguía el presidente—, cuando preguntas ¿dónde quiere ir usted de vacaciones fuera de España? la respuesta, después de Paris y Roma, es Cuba. Estos son datos contrastados en encuestas de opinión dotadas de la máxima validez empírica.

Gerard se hallaba en la primera fase de su ataque. Se detuvo, dio un sorbo del Blanc Pescador de su copa, y continuó con su alocución. Se trataba de ofrecer datos, de aturdir al escritor, y el presidente era consciente de que el proceso había empezado muy bien, pero que iba a llevar su tiempo de asimilación.

—Los tour operadores utilizan una encuesta interna en la que, de manera aleatoria y siguiendo criterios estadísticos, pulsan la opinión de los clientes al cabo de unos días de haber regresado. Bien, el noventa y cuatro por ciento afirmaron que volverían y, del otro seis por ciento, casi todos habían sufrido un huracán, por lo que su respuesta estaba muy condicionada. Aquellos que han visitado más de siete países, recuerdan el viaje a Cuba como entre los dos mejores que han hecho. Y el último dato que te doy, tengo más pero no te quiero marear —reconoció, sonriéndose—, el ochenta y tres por ciento dicen que hay que visitar Cuba ahora que está Fidel, que cuando las circunstancias cambien, todo será diferente.

Se hizo un pequeño silencio.

—Es una oportunidad que no podemos desaprovechar. Parece que por ese país hay una urgencia para viajar. Algo que hace que la gente elija ese destino antes que otros.

David miraba la cara de desconcierto que ponía Alberto, a la vez que envidiaba la capacidad de seducción de su presidente.

—¿Tú sabes —Gerard cambió de tema— que al año de publicar

el libro de Praga el número de españoles que visitaron la República Checa se incrementó en un diecisiete por ciento respecto al mismo período del año anterior?

—No, no lo sabía —reconoció el aturdido escritor.

—¿Y tú sabías que en la Iglesia de San Nicolás, tres de cada cuatro turistas son españoles?

—Será casualidad, o será porque la habían rehabilitado recientemente, no sé.

—¿O será porque tu libro termina allí? Alberto, han tenido que poner un vigilante junto a la estatua de San Cirilo, en el Altar Mayor.

Al principio, Alberto oía y comía. Luego siguió oyendo, pero dejó de comer.

Se hizo un silencio sobre la mesa.

—¡No sé! —volvió a decir el escritor, al que la incredulidad le invadía todo el pensamiento.

—Vivimos en un mundo de trivialidades, y no me interpretes mal, pero la gente no tiene mucha capacidad de pensar y prefiere que otros discurran por ellos. Si les dan un poco de imaginación, perdón, si les vendemos un poco de imaginación, pueden ser capaces de hacer grandes cosas, lo que ellos llaman grandes cosas, como por ejemplo irse a Praga porque les ha gustado un libro, que como además es el que ha leído no sé quién en la oficina o no sé qué vecino, también lo quieren leer ellos. Y por eso van a la tienda y compran el *de Praga*, que es así como se le conoce.

—Ya, eso sí lo sabía.

—Alberto, el *de Praga* —repitió el presidente— ¿Entiendes?

Volvió a hacer otra pausa, para pasar ahora a ocupar una posición sobre la mesa, mucho más reclinado sobre ella, claramente persuasiva sobre la presa que hoy tenía sentada a su lado.

—Nos guste o no, pero eso es así.

—Pero, si decidiera escribir de allí —dudó Alberto—, ¿qué quieres que hable de Cuba?

En ese momento Gerard constató que el botín había caído en sus redes, por lo que tomó una postura mucho más relajada, volviendo a la cómoda posición anterior.

—Alberto, el escritor eres tú, yo solo soy un editor, con permiso de David —según dijo esto, este volvió a sonreírse—, que lo único que busca es que los libros que vean la luz tengan una rápida y elevada venta. Y sinceramente, hoy por hoy, creo que Cuba y todo lo que lo rodea son un motivo de atención por el español medio y, sobre todo, por el español consumidor medio, ese que compra libros para montarse en el tren o en el metro, o por cumpleaños, o por Reyes. Ese es nuestro *target market*, hacia donde estamos enfocados.

El escritor movía la cucharilla despacio, pensativo. El presidente se mostraba satisfecho, todo había discurrido según el guión marcado.

—Alberto, esto es un poco fuerte que te lo diga yo, y quizá más que tú lo oigas, pero respetando todos los argumentos, mi interés es que se aúnen los tres potenciales compradores: la gente que ha estado, los que tienen claro que van a ir y lo harán a corto plazo y, por último, los que querrían viajar en algún momento de su vida, es decir una cantidad de personas muy importante, a los que habría que sumar aquellos que compran el último libro de Rodríguez-Conde, independientemente de qué trate.

Alberto lo miraba atentamente. De repente le vino a su cabeza aquello del negro, del negro escritor. Con ático, pero negro.

—Hemos pensado en algunos temas que podrían ser de tu consideración —David fue ahora quien continuó con la conversación.

8

David expuso a Alberto toda una serie de ideas para poder escribir sobre Cuba y sobre su historia. Desde lo de la invasión fallida de la Bahía de Cochinos en el año 1961, al principio del siglo XX y el protectorado americano, pasando por la Revolución de 1959 y hasta por la breve estancia de los ingleses en el siglo XVIII. A ese libro no le iban a faltar guiones. Hasta títulos. Un David con demasiada iniciativa ya le había buscado varios nombres: *Calle Obispo*, *Un paseo por Cojímar*, *El sombrío atardecer del Malecón*, *Lisé y la casa de Hemingway*. Este último hecho fue el que más disgustó al escritor.

—David, ¿también vas a escribir el libro tú?

Maciá y Muntaner se miraron, incómodos.

—Alberto, lo único que quería el David era ayudarte. El autor eres tú y tuya será la idea, el texto y el título, por supuesto. Como siempre.

El madrileño los miró con detenimiento, mientras pensaba.

—Lo que veo que os interesa es que el lector sepa desde el principio que el libro está ambientado en Cuba.

—¡Exacto! —sentenció Maciá— aunque ya nos encargaremos de hacerle la promoción que se merece.

— No sé. Me gustaría pensarlo un poco.

—Por supuesto. Tómate todo el tiempo que necesites. Oye, como si no te parece oportuno escribir sobre lo que te hemos comentado. Nuestras relaciones van a estar igual con este libro que sin él. Pero deja que te diga una cosa, nuestras relaciones sí, ahora, nuestras cuentas estarán mejor. Eso sí que te lo aseguro. Por cierto — el presidente volvió a hablar con una fingida ocurrencia de último momento—, ¿conoces Cuba?

—No, nunca he estado —reconoció—. Yo soy de la parte que sí querría ir, pero que todavía no ha encontrado el momento.

—Pues esta época es fantástica. En abril o mayo todavía no hace mucho calor, no hay huracanes, no son los meses de las lluvias y vas a tener el mejor clima. ¿Por qué no os vais Sofía y tú? —propuso, sabiendo que aquello era un imposible ya que, por la profesión de la mujer, ella no se podría ausentar tanto tiempo de su trabajo.

—Sí, y además ella tampoco lo conoce. Me ha hablado muchas veces de ir en algún momento.

—Bueno David, yo creo que podríamos invitarles —propuso satisfecho y mirando a Alberto—, si aceptas claro está, a pasar unos días allí. Y luego nos comentas si te animas a escribirlo.

—No sé Gerard, no estaba preparado para todo esto que me habéis contado. Tendría que ver la agenda...

—Ten en cuenta que todos los actos de promoción de lo del *Rey Fernando* serán para septiembre u octubre, que ya me lo ha contado David.

—Bueno, no solo tengo en mi agenda los temas de la promoción del libro. Tendría que hablar con Sofía. No sé. ¿Te lo digo en unos días, David?

—Claro —contestó Gerard por los dos—. Tómate todo el tiempo que necesites para contestar pero, en cualquier caso, ¿por qué no os vais Sofía y tú allí dos o tres semanas? La editorial invita —sentenció, mientras apuraba el café de la taza.

9

El Lancia se estacionaba en la plaza de Cataluña, en donde Alberto se bajó después de una despedida afectuosa. El coche tomó luego el paseo de Gracia, camino de la editorial. David había pasado a sentarse en el asiento trasero, junto a su presidente.

—¿Qué crees? —preguntó Maciá.

—Yo creo que bien —respondió el editor.

—Yo también por lo que he podido ver y, sin conocerle mucho, parece que no ha puesto excesivas trabas.

—Para lo del *Rey Fernando* hubo que convencerle mucho más y eso que había que viajar en coche por Valladolid y Burgos, que en principio no parece que sean destinos tan atractivos como lo es Cuba.

—Eso seguro —corroboró Gerard—. Lo que me llama la atención es lo fácil que es de moldear toda esta gente. Les das una idea, les pones dinero en la mano y haces con ellos lo que quieres.

—Bueno presidente, no todos. Hay alguno que no es tan fácil de convencer como ha sido siempre Alberto.

—David, permite que discrepe. Lo que no habremos sido capaces de encontrar entonces habrá sido la motivación adecuada para que nos responda afirmativamente ante nuestra proposición.

—Puede ser.

—No, seguro —recalcó tajantemente Gerard con la certeza de quien sabe que al final van a acabar dándole la razón—. Mira, eso de que todos tenemos un precio es totalmente cierto. Falso es si pensamos en que solo el precio es económico. Yo creo firmemente en los ideales y estoy seguro de que mucha gente moriría por ellos; pero en el terreno profesional, que es del que hemos estado hablando, lo que tendremos que encontrar será qué faceta habrá que trabajar en cada persona. En muchos casos es el dinero, pero en otros será el deseo de hacerse famoso, el de que le conozca la gente por la calle, el de que salgas en la televisión, la aparente sensación de poder, el tener algo de qué presumir frente a tu padre o tu vecino, ¡no sé! Unas veces estará muy claro, en otros habrá que trabajarlo más, pero tarde o temprano

encontraremos la llave de cada caso.

Mientras la pequeña comitiva entraba en el garaje del edificio que ocupaba la editorial, un hombre caminaba Rambla abajo, dirección al mar. Tal y como había previsto David, acababa de dejar de llover y el sol asomaba tras las nubes que iban abriéndose poco a poco.

Alberto estaba muy pensativo. «La idea no era mala —razonaba —, porque era muy abierta». Solo le habían propuesto que escribiera sobre Cuba, nada más. Reconocía que cada vez le eran más familiares los comentarios de la gente que se iba de vacaciones a la isla, por lo que no dudó ni un instante sobre los datos que Maciá le había enumerado durante la comida. Se hallaba confuso. Él ya tenía algunos temas sobre los que le hubiera gustado escribir, en especial el del Muro de Berlín y su peculiar manera de narrar tanta historia que pasó por su lado, mejor dicho, por sus dos lados e incluso por encima y por debajo de él, en los veintiocho años que estuvo en pie.

Pero tenía que reconocer que escribía para ganar dinero y de lo que no le cabía duda alguna era que, trabajando de su mano, la editorial le había convertido en un hombre rico, ya hoy, ya en este momento, cuando sus libros todavía estaban lejos de haberse saturado en el mercado, cuando todavía ninguna de sus obras había sido llevada al cine, cuando durante un largo tiempo, sus libros iban a seguirle reportando unos sustanciosos ingresos recurrentes. «¿Escribir de Cuba? ¿Y qué puedo yo escribir sobre Cuba?»

Cuando el taxi le dejaba en el Puente Aéreo, sobre las siete de la tarde, Alberto estaba convencido de que la isla, su pasado y presente, podían ofrecerle muchos ángulos desde donde poder encontrar argumentos como para escribir no uno, sino muchos libros. Pero solo le pedían uno y a partir de ahora iba a tener dos trabajos: por un lado decírselo a Sofía y, por otro, convencerle para que le acompañara al viaje que le había propuesto Maciá, el todopoderoso Maciá en persona.

10

Sobre las siete y cuarto, Sofía recibía una llamada desde el móvil de Alberto en la que le proponía que fuera a buscarle al aeropuerto.

Casi a las nueve la pareja se encontraba poniendo rumbo a uno de los restaurantes de la calle Concha Espina, donde acudían habitualmente. Desde hacía varios años, al principio sobre todo por los ingresos de ella y luego por los de los dos, habían empezado a frecuentar restaurantes de un nivel que antes ni se planteaban.

—¿De Cuba?

—Sí, el presidente ha estado dándome unos datos demoledores sobre las relaciones turísticas de los españoles con el país. Por ejemplo, ¿sabías que en los últimos tres años viaja el doble de españoles de los que íbamos antes?

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que están disparándose los potenciales lectores de un libro sobre Cuba.

—¿Pero no ibas a escribir de lo del Muro?

—Bueno, era una de las ideas, nada definitivo, tenía otras, pero la de Berlín era la que había empezado a madurar más.

Sofía lo miraba atentamente.

—A ver si yo lo entiendo. Vas a escribir sobre Cuba, en vez de sobre Berlín, porque allí veranea más gente.

—Sofía, tus deducciones a lo absurdo me parecen ridículas.

—Es verdad, el próximo libro lo vas a escribir sobre el destino que te diga el de la agencia de viajes. ¿Por qué no escribes una historia que pase en Benidorm? Allí va mucha gente, o mejor todavía, escribe sobre Eurodisney, que seguro te lo comprarían muchos niños. ¿Te imaginas, un asesinato en la montaña rusa de Mickey Mouse?

—Sofía, no te mofes de mi trabajo. ¿Soy yo el único que trabaja por dinero? ¿Es que tú no te mueves exclusivamente por esos objetivos, esos parámetros que nunca he entendido, por el hecho de cumplirlos, o porque te pagan por cumplirlos?

—No has hecho ninguna intención para entenderlos.

—Ese no es mi mundo —recordó el escritor, incómodo por la actitud poco comprensiva que, a su juicio, estaba mostrando su esposa.

—Tu mundo era la literatura —matizó Sofía.

—Mi mundo es la literatura.

—Voy a tener que acabar diciendo que tu mundo fue la literatura. Hoy sigues escribiendo, pero no de lo que te gusta.

—No dramatices, ellos solo me han dado un tema, una idea, si quieres llámalo una sugerencia.

—No es una sugerencia, no seas ingenuo —aclaró Sofía.

—Sí, lo es, o por lo menos así me lo tomo.

—No te engañes, eso que te han dicho no es una sugerencia, y ¿qué pasaría si hicieras valer tu idea de Berlín? Por cierto, ¿qué te dijeron sobre eso?

—No lo dije —reconoció.

—¿Por qué?

—No encontré el momento.

Sofía conocía muy bien a su marido, y su capacidad analítica para escrutar un gráfico e interpretarlo en instantes lo aplicaba algunas veces a su vida personal. Intuía que con Alberto hacían lo que querían, que a él le pagaban muy bien, cierto, pero no menos cierto que cuando la editorial tocaba la corneta, su marido se ponía firmes. Pasó cuando lo de Mallorca, y pasó en los otros, tanto en la novela de Praga como en la del *Rey Fernando*. Se acordaba de cuando andaba haciendo fotos por Peñafiel y Sepúlveda para imaginarse cómo sería un asalto a una fortaleza en la Edad Media.

Sí, se reafirmaba en que la editorial hacía con él lo que quería.

—¿Y de qué vas a hablar de Cuba?

—Todavía no he dicho que sí.

Sofía soltó una leve sonrisa, pero no le dijo nada. Solo se limitó a mirarlo a los ojos según levantaba la copa de vino.

Alberto pensaba que ese día había tenido demasiados restaurantes, y que igual no había sido una buena idea haber ido a cenar a uno, si ya había tenido comida en otro. Y además, por lo visto,

las dos comidas muy intensas y no precisamente por su contenido gastronómico.

Paseaban por la calle Alberto Alcocer cogidos de la mano.

—¿Ha llovido hoy en Madrid?

—No, estuvo algo nublado, pero no llegó a caer ni una gota.

La pareja volvió a hacer otro largo silencio.

—Alberto, ¿seguro que no te han insinuado ningún argumento?

—Ninguno.

—No me puedo creer que quieran que escribas sobre Cuba solo porque creen que el libro se va a vender muy bien, y que la única razón sea que cada vez vaya más gente a conocerla. No sé, me parece una razón muy poco consistente.

—Sofía, algo entiendo de literatura, aunque tú digas que ya no —según le dijo esto la miró a la cara y ella le devolvió una pequeña mueca de complicidad—, pero cada vez el marketing está entrando más en todos los mercados, y parece que el editorial era un mundo que se resistía. El poder de la prensa, de los medios de comunicación en general es a veces inimaginable. Son capaces de crear estados de opinión entre la población, en este caso entre los posibles compradores, que nos quedaríamos helados si entráramos en detalles.

Después de un pequeño silencio, siguió hablando:

—Me ha estado contando el responsable de marketing de la editorial, un tal Adriá, lo que tienen preparado para el lanzamiento de *Los libros del Rey Fernando*. Todo eso era impensable que sucediera hace solo diez o quince años. ¿Sabes que van a proyectar con rayo láser una espada de caballero sobre el edificio de la Torre de Madrid, desde la plaza de Callao?

Sofía lo miró pero no habló. Los dos continuaron andando.

—Mira Alberto, yo lo que quiero es que ya que en casa hay un artista, que siga habiéndolo. De nuestras dos profesiones, la mía solo está ligada, como has dicho antes cenando, a las cosas de mi mundo, pero ahí no hay arte, habrá profesionalidad, pero no arte. Para mí, el artista es quien crea algo de la nada, algo que luego continuará cuando nosotros hayamos desaparecido. Y en nuestra casa ese eres tú. Y quiero que sigas siendo siempre así —según pronunció las últimas

palabras, la mujer se acercó y le dio un cálido beso en la boca.

Alberto iba a abrir con su mujer el segundo frente que se había marcado. No sabía si era el momento, pero lo tenía que intentar.

—¿Me acompañarías unos días? Nos pagan el viaje.

—Me parece muy bien que nos lo paguen, pero ¿y mi trabajo? ¿Tú crees que yo puedo marcharme así, de buenas a primeras? —Sofía pensaba que Alberto no le daba la importancia real a su profesión.

—No, piénsatelo. Yo tengo que ir, porque tengo que recabar mucha información, de entrada tengo que pensar de qué voy a escribir, y después tendré que trabajar sobre el terreno, como he hecho siempre. No todo el tiempo, pero algunos días sí que me gustaría que estuvieras allí, conmigo.

—No sé. Lo veré. ¿Cuándo tienes pensado marcharte?

—Aún no lo sé, tengo que hablarlo más despacio con David Muntaner, también quiero hablar con Jaime, que luego me dice que no cuento con él. Me imagino que en un par de semanas. Me han dicho que toda la promoción de lo del *Rey Fernando* empieza en octubre, por lo que por ahora no tengo mucho que hacer. Estamos a cuatro de abril. Sí, para el veinte quizá.

La pareja había llegado al lugar donde habían aparcado el coche. El día había sido muy largo y ya no daba para mucho más. Se había levantado en Madrid y se acostaba en Madrid. Y entre medias, planes, reuniones, comidas y cenas.

Cuando montaron, ella tomó el volante y Alberto aprovechó para relajarse en el asiento. Quizá era el primer momento del día en el que podía descansar.

11

Habían pasado ya diez días desde la proposición y Alberto no había perdido el tiempo. Se había comprado tres guías de viaje, tanto genéricas de la isla como específicas de La Habana, un callejero detallado de la ciudad y había hablado varias veces con un exultante David Muntaner, que desde Barcelona le iba organizando todo el viaje.

—Vas a ir al hotel Presidencial, uno de los mejores de La Habana. Está en el Parque Central, que es el centro histórico de la ciudad, junto al Capitolio —le contaba en la conversación telefónica que mantenían— con la fotocopia del pasaporte que nos has enviado, y por medio de mi secretaria, la agencia de turismo va a prepararte el visado para entrar en la isla. Por fin, Sofía, ¿no va a ir contigo ni siquiera unos días?

—De momento no, pero ya te lo confirmaré porque está intentando arreglar algunas fechas en mayo.

—Bien, porque aunque sea poco tiempo, seguro que os van a venir muy bien esas pequeñas vacaciones.

—Sobre todo a ella. En principio tengo pensado estar dos o tres semanas.

—¿Vas a tener suficiente?

—David no se trata de escribir el libro allí, se trata de tomar unas reseñas y después en Madrid ya le iré dando forma.

—Alberto, quédate mínimo un mes. Ya me lo dirás. Entre los cambios horarios, las costumbres, el calor que hace que creo te deja aplanado, el que pienses el guión y lo vayas componiendo. Te repito, hazme caso. Mínimo cuatro semanas.

—Bueno no sé, también lo que puedo hacer es estar un tiempo, volver a Madrid y regresar después otra vez.

—También, pero cuenta con que todo lo que puedas adelantar allí, mejor que mejor. Te voy a reservar una habitación con cama de matrimonio. ¡A ver qué haces sinvergüenza!

—Pues qué voy a hacer, ¡trabajar! ¿Crees que voy a ir de turismo? Si acaso, escribiré para incitar a otros a que hagan turismo.

—¿Ves Alberto cómo lo has entendido?

12

En algún lugar de la calle 21 se levantaba un edificio con mejor aspecto que los colindantes. Aunque no presentaba ningún identificativo en el exterior, todo el barrio sabía que era uno de los departamentos del Estado. En la planta baja podían distinguirse unos ventanales seguidos por unas gruesas cortinas interiores que no permitían que desde fuera pudiera apreciarse absolutamente nada de su interior. La planta superior conservaba una mínima licencia a la estética, y allí las cortinas sí se encontraban recogidas. Un pequeño jardín descuidado circundaba la edificación. Bajo el rótulo: *Centro Colectivo Rubén Martínez Villena*, que ofrecía una información imprecisa sobre la actividad que en el mismo se desarrollaba, el joven Victoriano Parra Pérez franqueó la puerta de entrada. Era su primer día de trabajo.

Le dijo al muchacho uniformado situado en la puerta que había sido citado por el teniente Félix Torres. Aquel llamó por un teléfono interior que tenía sobre una vieja mesa. El chico estaba muy nervioso y se frotaba las manos por la espalda para aliviar la tensión. Mientras esperaba, miraba el omnipresente cartel en el que, bajo el título *HÉROES DE LA PATRIA*, figuraban los dibujos de todas aquellas personas que murieron por la libertad y la independencia de Cuba. Se puso a contarlos: uno, dos, tres... veinticuatro. Aunque llevaba viendo esos carteles toda la vida, ahora se daba cuenta que solo había dos mujeres. En ese momento, volvió a ver la cara del que daba nombre al pequeño edificio donde se hallaba.

El militar le ordenó:

—Sube por esta escalera al piso primero, te está esperando.

Y eso hizo el chaval. Los peldaños de madera crujían con los pasos que iba dando. Al final de los escalones le esperaba el teniente Félix Torres.

—Victoriano, me alegro de conocerte.

—Igualmente —el joven se encontraba visiblemente inquieto. Era el primer trabajo importante que iba a acometer en su vida.

—Tu padre y tu tío me han hablado muy bien de ti.

—Gracias. Perdón, gracias teniente Torres.

—Acompáñame —le pidió el anfitrión, después de sentirse satisfecho ante el arrebato espontáneo de disciplina mostrado por Victoriano.

El teniente comenzó a andar por un pasillo con muy poca iluminación, donde el suelo también iba crujiendo conforme pisaban las maderas viejas y medio carcomidas. El muchacho le seguía a un par de metros e iba mirando lo poco que podía ver, ya que todas las puertas estaban cerradas. La pintura verdosa de las paredes se encontraba muy deteriorada y en algunas zonas se estaba descascarillando.

Al llegar a uno de los despachos, Torres abrió la puerta e invitó al nuevo miembro del cuerpo que dirigía a pasar al interior.

El despacho era muy austero. Solo tenía un viejo armario de madera, un par de sillas y una bandera cubana. En la pared presidía la estancia una foto de un Fidel Castro muy sonriente y vestido de militar.

El teniente se sentó en la silla que tenía frente a su mesa de trabajo, que algún día tuvo herrajes dorados, mientras Victoriano permanecía de pie:

—Espero que sepas devolver la confianza que la Revolución está poniendo en tu persona. Este es un lugar de la Seguridad y, como tal, susceptible de ser vigilado e incluso atentado. Sabes que hay fuerzas extranjeras que querrían entrar aquí a ver lo que hacemos. Por eso solamente entramos los elegidos, los que hemos demostrado el mayor patriotismo en tiempos de paz. De paz relativa, porque el enemigo siempre está acechando y a veces desde mucho más cerca de lo que imaginamos.

—¡Sí, teniente!

—¡Cuántos cubanos querrían prestar sus servicios a la patria en un lugar como este! Estoy seguro de que no vas a defraudar a la Revolución ni a sus más insignes baluartes, como nuestro padre José Martí.

— ¡No, teniente!

—Bueno, el horario de entrada será a las ocho de la mañana. ¿Vives con tu padre?

—Sí teniente, a cinco cuadras de aquí.

—Bien. Ya sabes que trabajarás aquí todo el día, desde las ocho de la mañana hasta las cuatro, parando a las doce para comer. Pero quiero que sepas chico, que a veces la patria nos pide sacrificios personales a los que no podemos negarnos, y el horario puede alargarse si las tareas lo exigen.

—Ningún problema conmigo teniente, espero estar a la altura de lo que mi país espera de mí.

—Bien, Victoriano, bien. Ahora ven, quiero enseñarte tu lugar de trabajo.

La pareja entró en una sala donde estarían trabajando ocho o diez personas, la mayoría hombres, cada una de ellas frente a una pantalla de ordenador en blanco y negro. Todos se pusieron en pie con un gran estrépito de sillas. El teniente ordenó que volvieran a su posición de trabajo. Tenían a su lado una serie de listas escritas de muy diversas maneras, unas a ordenador, otras mecanografiadas sobre un papel amarillento y otras a mano con bolígrafos de varios colores. A pesar de los cuatro ventiladores de techo, el calor que hacía en la estancia era desagradable, pero Victoriano calló porque estaba perfectamente acostumbrado a la temperatura de su país, donde había nacido y de donde nunca había salido. Se fijó en que varios cristales de las zonas superiores de las ventanas estaban sustituidos por cartones, y otros seguían teniendo las cintas adhesivas marrones que ponían para protegerlos de los huracanes.

El teniente Torres fue presentando uno a uno al nuevo compañero que destacaba entre los demás por venir vestido de paisano.

—Victoriano, mañana tendrás la ropa militar a tu disposición en la taquilla, pero recuerda que aquí todos entramos y salimos vestidos de calle. Jamás nos verás fuera vestidos de militares y nunca nos saludamos en el exterior guardando la ordenanza. Recuérdalo muy bien siempre. Tu seguridad y la nuestra puede depender de ello.

—No se preocupe teniente, así será, teniente —corroboró el

nuevo empleado.

Torres dejó para el último a Rafael Angerí.

—Mira Victoriano, Rafael Angerí será en tu nueva etapa tu consultante. Es un camajan y sabe muy bien su oficio. Haz todo lo que te diga. Él te enseñará tu cometido.

Victoriano dedicó a Rafael una pequeña sonrisa que no le fue devuelta. El rostro de Angerí denotaba una aspereza innata que no dio mucha confianza al nuevo empleado.

—Bueno, os dejo. Rafael, aquí tienes un nuevo baluarte de la Revolución. Espero que pronto pueda alcanzar las mayores cotas de confianza entre nosotros.

Nada más pronunciar la última sentencia, el teniente, marcial, abandonó la sala.

Una vez hubo desaparecido tras la puerta, Rafael se dirigió al nuevo compañero:

—Chama, ¿cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Bien. Eso que te ha dicho el teniente también me lo dijo a mí su antecesor hace de eso quince años y ya ves, aquí sigo dejándome la vista ante la vieja pantalla de este computador.

Victoriano no supo qué decirle.

—Toma una silla y siéntate aquí a mi lado y junto a esta pantalla que te la voy a encender. ¿Te han dicho lo que hacemos aquí?

—No, nadie me ha dicho nada.

—Bueno, ello demuestra que por lo menos eso lo hacemos bien. Nosotros somos un departamento que comprueba las entradas de extranjeros en el país con unos listados que nos envían desde otras secciones. En el computador hay una base de datos, y lo que tienes que ir haciendo es confrontar una relación con otra y poner unos números que te voy a ir diciendo.

Rafael Angerí sacó un folio y tomó un bolígrafo.

—En estos papeles están las personas que han solicitado el visado para entrar en nuestro país. Siempre estamos hablando de extranjeros, no de gusanos, esos parece que los miran en otro lugar. Tú lees un nombre y el número de identificación y lo buscas en la base

de datos del computador, que te va a dar información sobre esa persona, o puede no dártela. Según lo que te diga, haces las siguientes anotaciones: pones un 0 si es la primera vez que visita Cuba, un 1 si ya ha estado otra vez...

—Y eso, ¿cómo lo voy a saber? —interrumpió Victoriano, que intentaba asimilar con celeridad la información que recibía.

—Por el computador. Vamos a ver un ejemplo. Te sigo diciendo: pones un 2 si es la segunda o tercera vez que visita Cuba, independientemente de los tiempos que haya pasado en los viajes anteriores. Pones un 3 si ha visitado la isla en cuatro o cinco ocasiones, también independientemente del tiempo que hubiera estado, y por último un 4 si ha venido seis o más veces.

—¿Nada más?

—No, nada más no. Eso te da una primera información, luego, y siempre por lo que te dé el ordenador, anotas un código que te saldrá cuando teclees su nombre. Si la persona está solicitando una entrada en el país porque va a realizar una estancia de tránsito, que ya sabes es un día, escribes junto al número que pusiste la letra A. Si su estancia va a ser inferior a diez noches en la misma ciudad o dieciséis en dos o más, pones una B. Esto es lo más normal para un turista medio. Si su estancia va a ser mayor, pones una C, y, por último, en el caso de que vaya a estar más de treinta noches, escribes una D.

—Entiendo. Parece fácil.

—Es fácil, pero también es fácil equivocarse y que se pase algún dato por alto. Esto es muy importante para nuestra seguridad, porque queremos saber quién nos visita. Todo esto es cruzar información. Al Estado no le parece normal venir a Cuba más de un mes y haberlo visitado ya tres o cuatro veces. Esa persona claramente no es un turista, y tenemos que saber cuál es su programa. Todo esto, Victoriano, es por la seguridad de nuestras familias, de todo nuestro pueblo cubano.

—Está claro, Rafael. Bueno, ¿cuándo empiezo?

—Espera, falta lo último. Si el ordenador te dice que la persona que has tecleado es un *PPE*, así llamamos a los periodistas, políticos o escritores, les haces una marca con lápiz rojo junto al nombre.

—¿Y por qué? ¿Por qué son los que más pueden atentar contra nosotros?

—No lo sé, nos dicen que así lo hagamos, y eso haremos. Bueno, toma estos listados que son una relación de vuelos que van a venir los próximos días con origen en Montreal, Lyón y Lisboa. Yo estoy con los de Madrid, que son de las relaciones más largas. Luego cuando los vayas terminando, los vas dejando en esta gaveta y después lo llevas al closed del fondo —explicó, mientras señalaba un ajado armario de puertas de madera que permanecía cerrado.

Allí siguieron todos aquellos hombres delante de los obsoletos ordenadores buscando nombres a los que ponerles números, letras o marcas rojas, bajo el sofocante calor de un edificio con las ventanas cerradas.

13

Y por fin, llegó el día. Una oscilación no prevista de la cotización Euro con el Franco Suizo impidió que Sofía acompañara a su marido al aeropuerto. El avión salía a la una del mediodía y ella había quedado en que primero iría a la Sala de Tesorería, despacharía unos asuntos rápidamente y después le llevaría a Barajas. Pero no pudo ser y la despedida se limitó a una breve conversación telefónica:

—Bueno, pues nada, que encuentres pronto tema sobre el que escribir.

—Eso es ahora lo que más me preocupa. Llevo tanto leído en tan pocos días, que estoy hecho un lío. A ver si allí, con un poco de tranquilidad, ordeno las ideas y consigo centrarme.

—Ya te dije que voy a intentar por todos los medios ir en el puente de la Comunidad. Creo que lo sabré a principios de la semana próxima.

—No te demores, no vayas a tener problemas para encontrar billete.

—Por eso no te preocupes, seguro que en la empresa me encuentran uno en algún vuelo, incluso aunque no fuera directo desde

Madrid.

Después de una cariñosa despedida, la pareja cortaba la comunicación. Eran las diez de la mañana y Alberto tenía el tiempo justo de bajar a tomar un taxi. Cargaba dos maletas medianas pero viajaba sin portátil. De momento no lo creía necesario.

A Alberto el avión no le gustaba y una de las causas por las que este viaje no le llamaba la atención era por la larga duración del vuelo.

Pero sí había una razón de interés. «Me habían dicho —recordaba— que ir a Cuba con tu mujer es como ir a vendimiar y llevar uvas de postre». Todo el mundo coincidía en que allí las mujeres eran impresionantes. Bueno, Alberto tampoco era de los que andaba perdiendo habitualmente el tiempo con una determinada clase de chicas, incluso ahora que tenía mucho dinero, pero alguna vez se había permitido alguna licencia. Le gustaba bajar a los abismos del pecado y entremezclarse con esas féminas, a ser posible de buen nivel. Era asomarse a otro de los lados oscuros del ser humano y ver qué había allí. Se justificaba con que un escritor tiene que conocer casi de todo. Y lo malo, tenía que reconocer, es que le gustaba, que disfrutaba, que iba de menos a más. Que el primer día le supuso una verdadera crisis de conciencia, pero las últimas veces se encontraba ya bastante cómodo con esas mujeres. Siempre pensaba que tenía una esposa maravillosa, muy elegante, con mucho estilo, con mucha educación, pero quizá demasiado elegante, con demasiado estilo y con demasiada educación.

Pero bueno, «¡centrémonos!», se dijo. Allí iba a escribir y lo que tenía que hacer lo antes posible era encontrar un tema, una trama. Pensaba que todavía no había escrito ni una sola letra de la nueva novela y todo apuntaba a que iba a arrasar en las listas de ventas. «¡Así funcionaba hoy en día el mundo de la literatura!», aseguraba.

Unos minutos más tarde, el Airbus 330 tomaba la pista larga, previo al mensaje del comandante de la aeronave:

—¡Despegue inmediato!

14

En la calle 21 la mañana pasaba como todas, sin novedades. El joven Victoriano iba haciendo su trabajo, tal y como le había indicado Rafael, habiéndole tenido que preguntar en muy pocas ocasiones las dudas que le surgían.

Sería media mañana cuando Torres entró en la sala. Se acercó al lugar donde se hallaba el recién incorporado.

—Rafael, ¿qué tal va tu alumno?

—Muy bien teniente, está con una lista de presumibles turistas canadiense, franceses y portugueses.

—¡Ah, esos portugueses!, antes no venía ninguno y ahora están todos los días aquí, pero en general los portugueses son buena gente, nunca hemos tenido problemas con ellos. Y tú, Rafael, ¿con qué estás?

—Yo estoy con una de españoles.

—Esos sí que son una plaga. Desde hace unos años para acá, los tenemos a todas horas. Los deben echar de España y poner a todos en el aeropuerto, empacan en la maleta una caja de protex y ¡hala! para Cuba. No me gustan. No crean problemas, pero no me gustan. ¡Nos pueden convertir la vida en un yogur! Se creen que esto todavía sigue siendo tierra suya y están muy equivocados. Cuba es hoy en día un país libre, gracias a nuestra Revolución y a gente tan valiente como nuestro comandante Fidel Castro. ¿Verdad muchacho? —preguntó dirigiéndose a Victoriano, mientras le ponía la mano en su hombro.

—¡Sí, teniente!

—¿Tú lo crees así? —inquirió Torres.

—¡Por supuesto teniente!

—¿A qué colegio fuiste, Victoriano?

—Al Concepción Arenal —respondió el joven, que se había puesto en pie para hablar con el superior.

—Buen centro es ese. Allí estudió uno de mis sobrinos y hoy en día le veo muy centrado en la Revolución.

—Yo también espero estarlo, teniente.

—¡Bien, bien!

Torres abandonó la sala, camino de su despacho, despacio, sin prisa.

—Este teniente no sabe hablar de otra cosa que no sea la Revolución, la Revolución y la Revolución.

—Bueno, es normal —justificó el joven la actitud de su superior ante el inoportuno, entendió, comentario de su compañero Rafael.

—Normal hasta cierto punto Victoriano. Todos somos revolucionarios en Cuba, pero no tenemos que estar hablando del sistema a todas las horas del día, como para querer justificarnos.

—¿Tú crees que el teniente tiene que justificarse?

—Pues en cierto modo sí. Ocupa un puesto que le da muchas prebendas, aquí es el dueño de la papeleta y es lógico que lo quiera conservar, me imagino que por eso va todo el día de revolucionario, sobre todo de palabra.

Victoriano calló y siguió trabajando con la relación que le habían dado.

Por su parte Rafael seguía con la lista de los españoles, poniendo como el recién llegado Victoriano y como todos los demás, nombres y letras y, en algunas ocasiones, muy pocas, la marca roja de los *PPE*:

Daniel Ballesteros Aguilar 0B, Luisa Pérez Sánchez 0B, Miguel Ángel de Andrés Vázquez 0B, Esther de Pedro García 3C, aquí no pudo por menos de pensar que la tal Esther, que ya había venido a la isla mínimo cuatro veces, venía aquí, ¡por lo que venía! Siguió con la relación: Alberto Rodríguez García 0C. «Este se estrena con una buena temporada», pensó, Luis Gómez...

15

Lo primero que sintió Alberto cuando se abrió la puerta del avión, ya en el aeropuerto José Martí y respiró aire cubano, fue la sensación de haberse metido en una inmensa estufa. No era calor lo que apreció, era como un ahogo que le impedía respirar con la normalidad a la que estaba acostumbrado.

Todo el pasaje fue abandonando el avión siguiendo a uno de los empleados del aeropuerto por la pista hasta el edificio de la terminal donde, después de subir unas escaleras y al fondo de las mismas, les esperaban unas pequeñas cabinas, con policías en su interior, donde les iban a revisar la documentación.

A pesar de tener muy pocas personas delante, la fila se hacía cada vez más y más larga, al haber coincidido con la llegada, minutos después, de un vuelo de la KLM y, sobre todo, por la exasperante lentitud del empleado aeroportuario.

Por fin, y tras esperar más de media hora, pasó el control para hallarse después con otra revisión, esta vez para metales. Por último, llegó al lugar donde recogería sus maletas.

Estas también tardaron un tiempo en aparecer. Mientras, le dio lugar a pasear por aquella sala lúgubre, dotada de una tenue iluminación. Allí no había mucho que curiosear: un par de televisiones retransmitiendo una entrevista con Fidel, una casa de cambio de moneda con un empleado adormilado y unos bancos para sentarse que estaban llenos de turistas que, como él, esperaban sus maletas. Aprovechó para cambiar algunos euros por los pesos cubanos convertibles. Alberto se extrañó de que este país tuviera en circulación dos monedas a la vez, el peso cubano y el peso cubano convertible.

Mientras seguía esperando, le llamaron la atención las policías del aeropuerto. Vestían camisa verde, como los hombres, pero llevaban una falda especialmente corta y alguna de ellas, con unas medias negras que le parecieron poco apropiadas para las funciones que estaban realizando.

Ya con las dos maletas en su poder, salió a la gran sala del aeropuerto y se encontró con la enorme muchedumbre que había allí.

Gente de todo tipo mirando quién llegaba y muchos hombres con carteles para identificar a los pasajeros. Buscó y encontró pronto el suyo. Un joven mulato llevaba escrito su nombre en una hoja de papel: Alberto Rodríguez-Conde.

Se acercó a él y se identificó pronunciando su nombre.

—¡Hola señor!, yo me llamo Ñulber. ¿Qué tal ha tenido el viaje?

Cada uno tomó una maleta y salieron a la calle donde les esperaba un Mercedes. «Estaba claro que en Barcelona pensaban en todo», pensó Alberto para sí. Enseguida se dio cuenta de que era el único coche nuevo que había en el aeropuerto, destacando sobre todos los demás, que eran en general vehículos en muy mal estado cuando no automóviles con más de cuarenta o cincuenta años.

Metieron el equipaje en el maletero y enfilaron rumbo norte dirección al centro de La Habana.

No muy lejos de allí les había estado observando un hombre que había tomado nota de la matrícula del Mercedes. No eran muchos los vehículos de esa marca que circulaban por la isla, pero prefería apuntarlo para no confundirse. «La memoria me va fallando», pensaba.

A Alberto le llamó la atención que en las calles no hubiera publicidad.

—No veo ningún anuncio.

—No señor, parece ser que a nuestro Comandante no le gusta.

—¿Qué no le gusta la publicidad? —al escritor español le extrañó la ausencia de las habituales vallas publicitarias que se exhibían en todos los países que había visitado anteriormente.

—No, dice que es la contaminación del pueblo.

Le pareció extraña la afirmación que ponía el taxista en boca del primer mandatario, y le replicó:

—Pero al final el pueblo es el que decide qué comprar.

—Pero él piensa que no nos conviene.

Por lo poco que acababa de hablar con Ñulber, entendía que el taxista comulgaba muy bien con el régimen, no teniendo sentido continuar con esa conversación.

Vio un cartel que se leía: *Debería tener un astro nuevo cuando cae*

en la patria un hombre que la defiende. José Martí. Sintió la tentación de volver a comentar el cartel con Ñulber.

—Martí debió ser un gran pensador.

—El mejor que ha tenido Cuba, señor.

—Por lo poco que he podido leer de él, siempre me ha parecido que tenía la palabra justa para el momento adecuado —Alberto recordó haber leído hacía más de diez años varias obras del poeta cubano.

—Es así señor, es nuestro padre espiritual. Aquí le queremos, le admiramos. Vive entre nosotros.

—Vamos, que le veneráis.

—No señor —contradijo el taxista—, se venera a los santos y Martí no era un santo. Era un buen cubano, pero ni era, ni hubiéramos querido que fuera un santo.

Este hombre le daba una primera idea de lo que pensaban los cubanos sobre el régimen y sobre Martí. Disimuladamente, el escritor tomó una pequeña agenda de notas y apunto la idea.

Tras atravesar varias barriadas llegaron a la altura de un hospital que a Alberto le pareció que se hallaba en ruinas.

—¿Ese hospital está en ruinas?

—No, está en reparación.

Le sorprendió la afirmación del taxista, porque allí no se veía ninguna grúa, ni casetas de obra, ni maquinaria de ninguna clase.

Por fin, el Mercedes llegó al Parque Central y aparcó junto a su hotel.

Antes de salir del coche, el taxista se le acercó y, con un tono de voz mucho más bajo del que había mantenido durante el trayecto, le preguntó:

—¿Querría usted unos puros?

—No fumo —respondió rápidamente el español, sumamente extrañado por la singular oferta.

—Bueno, pero para algún presente.

—No de verdad, gracias, pero toda la gente con la que me rodeo no fuma.

—Bueno, en cualquier caso, le repito que tenga una buena

estancia en Cuba.

En otro lado de la ciudad, un hombre mayor hacía una llamada de teléfono:

—La chapa, azul, por supuesto, es: HSG631

Su interlocutor llamó enseguida a la central de taxis y después de identificarse preguntó quién había realizado ese servicio.

—Ñulber Ferrera —le apuntaron.

—Bien. ¡Localícelo!

Al instante sonó el móvil del coche.

—¿Sí?

—¿Ñulber?

—Sí, soy yo —respondió el taxista.

—Soy Agustín, ¿estás solo?

—Sí, acabo de dejar en el Presidencial a un español que venía del aeropuerto.

—Bien, te van a llamar.

—¿Quién?

—¿Qué más te da?, tú contesta a lo que te pregunten, que son gente del Gobierno.

Instantes después sonó nuevamente el móvil que tenía instalado en el coche. Le preguntaron dónde le había dejado, qué habían hablado durante el trayecto y cómo se llamaba.

—Repite por favor el nombre.

—Lo que yo tenía escrito en la hoja, y él me confirmó, era Alberto Rodríguez-Conde.

—¿Seguro?

—Seguro —corroboró el taxista, extrañado ante la insistencia.

—No puede ser, no tenemos petición de visado de ningún Rodríguez-Conde —el interlocutor del taxista comprobó una relación de nombres que le habían pasado— Lo más parecido que tenemos es un Alberto Rodríguez García. De repente se le ocurrió una idea y preguntó:

—¿Qué años tenía?

—Cerca de los cuarenta. Menos quizá.

—Ok Ñulber. Gracias.

El interlocutor acababa de cerrar el círculo de la incógnita. Se levantó de su silla y fue al despacho contiguo.

—¡Ese Torres es un comemierda!

—¿Por qué? —le preguntó el otro hombre que al igual que él llevaba puesta ropa militar.

—Porque no hace bien su trabajo. Nos envía un código 0C cuando en realidad es un 0C en rojo.

—¡Qué me dices!

—Sí, se nos ha colado un *PPE* sin que nos hayamos enterado. Bueno, sí nos hemos enterado, gracias al servicio que tengo puesto sobre los carros especiales, y eso que tú me decías que lo quitara.

—Pocas veces nos ha sido útil.

—Pocas, pero ahora ha sido una de ellas. Un *PPE* español, otro más y encima, es un código C, algo que no es normal para ser 0.

—Pues ya sabes lo que toca.

—¡Sí, lo sé perfectamente!

16

Una vez que el conserje del hotel le acompañó a la habitación y se la mostró, Alberto empezó a deshacer el equipaje con orden y sistema, como hacía habitualmente.

La cercanía al ecuador hacía que el sol se ocultara antes que en Madrid, ciudad situada en un paralelo superior. El viaje había sido muy largo, por lo que se dio prisa en colocar la ropa en las perchas y cajones y, en unos minutos, se encontraba bajo una cálida ducha que le serviría para relajarse antes de dormir.

Amanecía en La Habana. La luz le despertó, ya que no había tomado la precaución de cerrar bien la cortina gruesa que tenía la ventana para frenar los fuertes rayos solares.

«Bueno —pensaba— ¡ya estoy aquí!, ¡ya me han traído a Cuba!» Él sabía que en ningún momento se le habría ocurrido venir a esta isla y que de no ser por aquella *invitación* —él prefería llamarla así—, que le hizo el señor Maciá, no estaría aquí. Pero eso ya pertenecía al pasado y había que afrontar la nueva situación. Y lo primero era bajar a desayunar.

Los interiores del edificio del fastuoso hotel Presidencial respiraban amplitud. Todo estaba restaurado y, aunque mantenía la estructura original, flotaba el olor a nuevo en cada rincón por donde pasara. Los desayunos los servían en uno de los restaurantes del hotel, concretamente en el situado en la planta baja.

Lo primero que le sorprendió fue lo surtido que lo habían preparado. Era, como en la mayoría de los hoteles que había visitado anteriormente, de tipo bufé, con platos fríos y calientes en abundancia. Alberto recordó que le habían comentado que en Cuba había escasez de alimentos, por lo que la profusión de platos que se mostraban ante él formaba, fundamentalmente, un contrasentido. Pensó que no podía fiarse de lo que le habían contado, ya que ese desayuno estaba al nivel de cualquier hotel en un país europeo.

Un joven se le acercó:

—¿*Coffee*?

—Sí, gracias. Con leche por favor.

Se fijó en los camareros. Eran chicos y chicas jóvenes, todos estarían por debajo de los veinticinco años. Ellos llevaban pantalón negro y chaqueta verde oscura. Ellas vestían una falda negra corta mientras la prenda superior era igual que la de los chicos. Le parecieron criaturas muy hermosas.

Salió a la calle y volvió a recibir la bofetada de calor que había sentido cuando se abrió el día anterior la puerta del Airbus. Un mulato joven se le acercó:

—Taxi, *sir*?

—No, gracias —declinó Alberto, sin fijarse en el muchacho.

—¿Español? —el cubano no se daba por vencido.

—Sí, soy de España —la respuesta del escritor sonó seca y tajante. No le gustaba tener que establecer conversación con un

desconocido en plena calle.

—¿De qué sitio?

Alberto se giró y miró con detenimiento al mulato. Calculó que tendría menos de veinticinco años, pelo muy corto, algo rizado y una cara redondeada donde destacaba una boca que mostraba una amplia sonrisa. Al escritor le pareció sincera. Vestía unos pantalones azules, muy viejos, y una camisa blanca remangada. Como calzado llevaba unas sandalias caladas sin calcetines. Respondió con algo más de tranquilidad.

—De Madrid.

—Yo tengo un amigo en Madrid —fue la mecánica respuesta del taxista.

Alberto no supo que contestar. Se limitó a dar las gracias y siguió andando.

Caminaba por la acera cruzándose con gente que le parecía diferente a lo conocido. Jamás había visto tanta concentración de mulatos y de negros.

Siguió andando y se le acercó otro hombre. En esta ocasión la edad duplicaría al del joven anterior.

—*Where are you from*?

—Soy *from* Madrid —respondió parafraseando la pregunta.

—¡Madrid!, usted es de la capital del reino.

—Bueno, vamos a llamarlo así.

—Oiga —le dijo el señor, acercándose un poco hacia él, y bajando el tono de voz— ¿querría unos puros? ¡Son *Cohíba*!

—No gracias, no fumo.

—Bueno, pero para regalar a alguien quizá.

—No, toda mi gente no fuma —afirmó, un tanto irritado.

—Pero es que los tengo muy bien de precio —el cubano insistía.

—De verdad, no los quiero.

Alberto continuó andando sin esperar que el otro le fuera a salir con la réplica a otra negativa.

Sorpresivamente, se le cruzó una mujer de una edad similar a la suya.

—¿No tendrá un poco de jabón del hotel?

—¡No, no tengo! —el escritor no se dio cuenta que el volumen de su voz se había elevado sustancialmente.

«¿Y cómo podrán saber que soy extranjero?», se preguntaba. Aun sin llevar la cámara colgada del cuello ni el plano de La Habana en la mano, lo que Alberto entendía que le delataba era el color de la piel. Esa textura clara no la tenían ni los cubanos blancos. Era como si fuera por la calle con un inmenso cartel en el que dijera: *Soy europeo*. Y eso para el habanero era sinónimo de una situación económica que pronto empezaría a comprobar distaba mucho de la local.

Se hallaba en el centro del Parque Central, justo bajo la blanca e inmaculada estatua de José Martí, *El Padre de la Nación*, se dijo, tal vez para alardear ante él mismo de que sabía algo de la historia del país. Se paró un rato a contemplarla. Esculpida en mármol blanco, formaba un conjunto muy armónico dentro de toda la vegetación que rodeaba al centro de esa plaza.

En ese momento se le acercó un joven negro muy alto de una edad menor a los treinta años.

—¿De dónde es usted?

—Soy español.

—¿De qué parte?

—De Madrid —respondió, paciente.

—A mí me gusta el Real Madrid.

—Es que el fútbol no lo sigo mucho —Alberto intentó que la conversación no discurriera por el terreno deportivo.

—¡Aquí jugamos a la pelota!

—Yo tenía entendido que el deporte que cuenta con más afición en Cuba era el béisbol.

—¡Es lo mismo, hermano!, ¿tú no lo sabías?

—¡Pues no!, en España la *pelota* lo llamamos a otro deporte —el escritor pensaba en el juego de frontón del País Vasco.

Siguieron hablando y el extraño le invitó a que se sentaran en un banco, a lo que un Alberto totalmente desocupado accedió. Le llamaron la atención las fuertes y robustas botas que calzaba y la camisa que vestía, la famosa guayabera cubana.

El que llevaba la conversación no era el turista, y el joven no

paraba de hacerle preguntas:

—Y tú en España, ¿a qué te dedicas?

Alberto no tenía pensada la respuesta a esa pregunta que entendía que alguien podría formularle, pero no desde luego ni tan rápido, ni en ese sitio, ni por una persona como esa.

—Soy comercial de una casa de coches.

—¡Vaya!, ¡aquí tenemos unos carromatos! Si pudiéramos, podríamos tenerlos mejores, pero no nos dejan esos imperialistas.

Mejor no dijo nada y prefirió devolverle la pregunta:

—Y tú, ¿qué haces?

—Yo pincho en un agro.

—¿En dónde?

—En un agro, en un almacén agroalimentario. Donde vendemos frutas, verduras, carne, de todo lo que se come. ¿Cómo lo llaman ustedes?

—Tiene varios nombres, quizá por lo que me dices, podemos estar hablando de un supermercado.

—¡Será así, hermano!, ¡será así!

—Bueno, tengo que marcharme, no me has dicho tu nombre.

—Me llamo Orestes.

—Muy bien Orestes, pues encantado de conocerte.

—Oye madrileño, ¿tú no querrías unos puros?

—¡Pues no!

—¿Por qué?

—Porque no fumo.

—Pero para algún regalo...

—¡No, de verdad!

—Bueno, oye que te lo pases bien.

Y siguió caminando. Llevaba en la calle unos minutos y ya no recordaba la de veces que le habían ofrecido puros.

17

El capitán Bernardo Monaga tenía su despacho en la plaza de la

Revolución. La carrera militar de este agramontino había estado plagada de hechos singulares que le habían colocado una vitola de hombre tenaz, reflexivo, astuto y leal. Sus más de cien kilos de peso estaban consagrados a la Revolución, y a ella se encontraba totalmente entregado, igual que lo hiciera su padre, allá por la difícil década de los cincuenta. Su barriga y su bigote algo descuidado le daban a su figura una apariencia un tanto cómica e impropia para la imagen que tendría que ofrecer, pero todos sabían que para el trabajo que desarrollaba lo más importante no era el físico, sino el intelecto y este lo tenía en perfecto estado de revista.

Su puesto le permitía tener aire acondicionado. Era un aparato muy grande, viejo y ruidoso que ocupaba una parte importante de la ventana, pero le daba frío, que en definitiva era lo que buscaba. En esos momentos se hallaba sentado a su mesa leyendo un informe. El legajo contenía dos fotos de la chica, una de ellas de cuerpo entero y otra un primer plano de la cara, y varias hojas rellenas de diferentes formas, tanto a ordenador como a mano. La puerta sonó de golpe:

—¿Sí?

—¿Da paso, compañero capitán?

—¡Sí, adelante!

Entraron en la habitación un hombre bajito acompañando a una joven, y se situaron frente al capitán.

—¡Déjenos solos y gracias!

El hombre se marchó y se quedó la chica, que también vestía de uniforme.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Lucila.

Era una pregunta demasiado simple porque tenía el informe delante, pero el capitán entendía que por algún lado había que empezar a hablar con ella.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho —respondió, resuelta y sin apartar su mirada de los ojos del capitán.

—Bien. Estoy leyendo tu expediente y es sensacional.

—Gracias, capitán.

—¡Eres palestina! —exclamó, queriendo hacerse el gracioso.

—Nací en Holguín, si es eso lo que quiere saber —contestó la mujer muy cortante.

El capitán prosiguió con la entrevista:

—Veo que trabajaste dos años como Policía Especializada.

—Sí, en Matanzas.

—Bien, y luego estuviste como Policía de Tránsito, aquí ya en La Habana.

—Sí, seis meses.

—Bueno, y ahora acabas de ingresar en el Cuerpo Especial.

—Sí, capitán. Es un inmenso orgullo el que la Revolución confié en mí para misiones de Estado.

La chica, cuando hablaba, miraba tan fijamente a los ojos de su interlocutor, que casi le hacía ponerse nervioso. El capitán Bernardo Monaga siguió leyendo el legajo:

—Eres una experta en informática, electrónica, fotografía y comunicaciones. Lucila, ¿sabes a lo que llamamos un *PPE*?

—Sí, capitán. Se dice *PPE* porque quiere decir un periodista, político o escritor.

—¿Y sabes por qué la Revolución los tiene en vigilancia?

—Sí, compañero capitán. Son personas que obedecen a intereses extranjeros y vienen a alterar nuestra sana convivencia.

—¡Exacto! —Monaga se maravilló con la rapidez y claridad de las respuestas de la mujer seleccionada.

—Y además —continuó—, normalmente escriben calumnias sobre todos nosotros y sobre nuestra historia. Son voceros al servicio de abyectos manejos.

—¡Bien Lucila!, veo que sabes por qué tenemos que cuidarnos muy bien de estos *PPE*. Te he llamado porque se te va a asignar la vigilancia de uno que llegó en el día de ayer. Aunque he visto que sabes tres idiomas, no vas a tener que utilizarlos. Es español.

—Sí, capitán.

—Empezarás inmediatamente. Quiero que estés cerca de él, que sepas sus movimientos, qué hace en La Habana, por qué ha venido, qué busca. Lucila, no me gusta esta gente, los has descrito muy bien

antes, no los queremos aquí, no vienen más que a traernos problemas.

—Sí, capitán.

Se hizo un silencio entre los dos. Monaga miró a la chica, a su cara y lo que la mesa permitía de su cuerpo.

—Lucila, esto es una misión secreta de Estado. Nadie debe saber qué haces. ¿Entendido?

—Sí, compañero capitán. —aunque llevaba un rato dándose cuenta que esa era la única respuesta que daba a Monaga, tampoco se le ocurría decir otra diferente.

—Lucila, la patria a veces puede pedirnos sacrificios muy altos, y tenemos que estar orgullosos de servirla en la forma en que se nos pida. La vigilancia a un hombre solitario puede ponerte en situaciones personales difíciles, que espero estés dispuesta a asumir.

—Lo sé, capitán y le aseguro que sacaré la cara ante usted y ante mi Revolución.

—Estoy seguro de ello Lucila. El teniente Gálvez te dará las instrucciones más concretas.

—Sí, capitán.

El oficial dejó los papeles sobre la mesa, cruzó los brazos y se adelantó unos centímetros, siempre mientras permanecía sentado.

—Lucila, ¿tienes novio?

—No.

—Bien —pensó que así sería mejor—. Puedes marcharte.

—Sí, capitán.

La chica abandonó la habitación. Aunque la falda le quedaba un poco ancha, al capitán Monaga le bastó para hacerse una idea de qué tipo tenía y pensó que era una preciosidad, y no solo de cara.

El aparato de aire acondicionado seguía soltando frío. Hacía ruido, pero eso no le importaba. Lo que le preocupaba a Monaga era el por qué venían tantos *PPE* a Cuba. «¿Qué tendremos de interés para ellos? —pensaba— están obsesionados con que tengamos elecciones presidenciales, pero ¿para qué queremos nosotros elecciones? ¿Para tener una sociedad injusta? ¿Para tener una sociedad que provoca el individualismo y la insolidaridad?»

—¡Tanto *PPE,* tanto *PPE*!, —exclamó, en soledad.

18

A Alberto le extrañó que la calle Obispo fuera peatonal. No circulaba por ella vehículo alguno, ni siquiera los inmensos triciclos tirados exclusivamente por la potencia de las piernas de un cubano que paseaba a uno o incluso dos turistas.

Era una calle muy animada, que presentaba un gran trasiego de gente que caminaba en ambas direcciones, con mucho comercio de gran contraste. Algunos parecía que habían salido de una avenida importante de una ciudad europea. Sin embargo, la mayoría se asemejaban mucho más a los que había visto desde que había llegado a La Habana: igual de viejos, igual de sucios, incluso mugrientos.

A pesar de ser abril, le llamaba la atención que un gran número de los hombres fueran desnudos de cintura para arriba, incluso muchos sin calzado de ninguna clase. Respecto a las mujeres, en alguna ocasión se empezaba a poner incómodo al cruzarse con alguna mulata de gran belleza, sobre todo por su forma de vestir, o de medio vestir, como era en algunos casos. Intentó buscar la justificación en el calor reinante.

Veía carteles muy pintorescos en las tiendas, como en una en la que leyó que se arreglaban *espejuelos*. No pudo reprimir su curiosidad y se acercó a la puerta para comprobar si en un sitio así se arreglaban espejos pequeños. Se dio cuenta con sorpresa que los cubanos llamaban espejuelos a lo que él llamaba gafas. Vio otro cartel que también le llamó la atención particularmente. En un bar con bastante mal aspecto vendían *perros* calientes. Estaba claro que en España al can le habían quitado años, o quizá envergadura.

Siguió andando cuando se le acercó una mujer negra que mediría más de un metro setenta. El pelo lo tenía rizado y vestía como única ropa una pequeña falda vaquera y una camiseta morada que dejaba ver el sujetador blanco que llevaba debajo.

—¿De dónde eres, mi amor? —le preguntó, a cierta distancia.

—De España —respondió Alberto, rápidamente.

La mujer se fue acercando poco a poco, mirándole muy

fijamente a los ojos.

—¿Y qué haces tan solo?

El escritor intentó justificar su presencia allí diciendo que estaba dando un paseo para conocer la ciudad. Ella le pidió que le invitara a comer algo.

—Bueno, tal vez otro día, ahora voy con un poco de prisa.

—No te veía que fueras corriendo —repuso la desconocida, dejando a Alberto sin argumentos. Aun así, intentó argumentar una excusa:

—Es que voy aquí cerca.

—¿Quieres que te acompañe? He salido de trabajar y no tengo nada que hacer.

—¡No, de verdad! Otro día te buscaré.

—¡Ok!, ¿cómo tú te llamas?

—Alberto, ¿y tú?

—Luré.

—Vale Luré, nos veremos.

—Eso espero.

Alberto siguió andando a la vez que pensaba en el cuerpo de la joven y lo llamativa que vestía. No pudo reprimir la tentación y giró la cabeza para verla por detrás. Cuál fue su sorpresa cuando comprobó que no se había ido, y que se había quedado en el mismo sitio, en jarras, esperando una reacción que ya conocía. El escritor se quedó parado, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Cuando las dos miradas se cruzaron, Luré le preguntó:

—¿De verdad que no me vas a convidar a comer algo?

Alberto sonrió a la vez que claudicaba.

—¿Dónde quieres que vayamos?

Empezaron a caminar y la chica le cogió del brazo, algo a lo que él no se resistió.

—¿Y cuándo tú llegaste?

—Vine anoche.

—¿Y vas a estar mucho? —se interesó la joven.

Aunque iba a estar más tiempo, Alberto entendía que no siempre había que contar todo lo que uno sabía, y menos si era de uno mismo

y a un desconocido.

—Quince días.

—¿Y de que parte de España tú eres?

—De Madrid.

—Me han hablado muy bien de Madrid.

—¿Lo conoces?

—¡Qué dices mi amor!, ¿cómo tú crees que yo voy a conocer Madrid? ¿te crees que nosotros viajamos igual que ustedes que van de acá para allá?

Alberto le aseguró que algún día lo conocería:

—¡No sé cómo! ¡Cuando el manco eche dedos!

La pareja seguía andando cuando Alberto vislumbró lo que parecía un bar, más por deducción al ver alguna mesa en un establecimiento que hacía esquina que porque tuviera el aspecto de lo que él entendía como un bar o bodega.

—Oye, y ¿qué haces en Madrid?

—Trabajo.

—Ya me imagino, digo que en qué pinchas.

A Alberto le hacía gracia no solo el acento que tenía la muchacha, sino las palabras que utilizaba.

—Estoy en una casa de venta de coches.

—Vaya, y este viaje ha sido por vender muchos carros, ¿verdad? —dedujo.

—Sí, más o menos.

—¿Y has venido solo a La Habana? —parecía que la mujer estaba deseosa de obtener información del turista y su cuestionario parecía no tener fin.

—Sí.

Con estas palabras llegaron a lo que la chica llamaba bodega.

—¿Tú sabes por qué a la Bodeguita del Medio la llaman así?

—He oído hablar mucho, pero no sé nada de ella, ¿Es esta? –preguntó.

—¡Qué dices mi amor!, ¿cómo va a ser esta la Bodeguita del Medio? No, esta no sé si tiene hasta nombre. La llaman del Medio, porque antes todas las bodegas las construían en las esquinas, y esa

no.

—¿Está muy lejos?

—¡No mi amor!, aquí en La Habana Vieja está todo cerca, pero vamos a quedarnos en esta. ¿Oíste?

Siempre que se reía, Luré dejaba ver una enorme boca con unos dientes muy blancos. Al madrileño aquello le pareció que era muy sensual pues no tenía nada que ver a las mujeres con las que trataba.

—Yo me tomaría un guarapo, y tú también —afirmó muy resuelta la chica.

—Gua..., ¿qué?

—Guarapo.

Y según dijo esto, volvió la vista al camarero y le pidió que trajera dos. Luego miró a Alberto y, a la vez que le guiñaba un ojo, y le tocaba el brazo, le pidió:

—Si quieres tú mandas en otras cosas pero en esto déjame que sea yo la dueña de la papeleta, que seguro te va a gustar. ¡Está para sabrosearse!

Era evidente que la chica le había enviado un mensaje claro y directo, pero le llamaba la atención la poca prisa que había demostrado. Siempre había sido protagonista de proposiciones más directas.

—Bueno, ¿me vas a explicar qué es eso del guarapo que nunca lo había oído?

—Te veo muy poco preparado, chico —reconoció la mujer—. El guarapo es zumo de caña de azúcar. Luego se le puede echar ron, pero eso ya no es guarapo, lo llaman guararon. A mí no me gusta.

El camarero les trajo en una bandeja sendos guarapos en unos vasos largos con la serigrafía del ron Havana Club.

—Pero ¿no me has dicho que no lleva ron?

—Déjame que pruebe.

La chica se llevó su vaso a los labios y se los mojó. Paladeó y le dijo con autoridad:

—No, no lleva. ¡Está que jode!

Cuando Alberto fue a coger el suyo, Luré le paró su mano derecha que era con la que iba a tomar el vaso y le ofreció el suyo. Él

accedió, pero cuando fue a tomarlo, la chica lo giró ofreciéndole para que bebiera por el mismo sitio por donde había bebido ella.

Alberto la miró, siguió el juego, dando también un pequeño sorbo.

—Está muy rico.

Hicieron un pequeño silencio que rompió la cubana.

—¿Te importa que pida algo de comer?

—No, por supuesto, pide lo que quieras —el escritor se encontraba muy a gusto con la compañía.

Se levantó y fue a la barra. Mientras hablaba con el camarero, él le miró de espaldas y no sabía qué pensar de ella. En principio pensó que era una prostituta, pero le parecía muy raro que una profesional se tomara con un cliente una bebida no alcohólica en un bar, rodeados de todos los que pasaban por la calle Obispo.

—¡Oye mi amor!, ¿tú quieres algo para comer? —la chica se había vuelto y le preguntaba a voces.

Por señas le dijo que no. «Pero por otro lado —seguía lucubrando—, luego venía lo del aspecto, lo de tanto mi amor por aquí y mi amor por allá, lo del vaso, lo de cogerle del brazo». Luré le tenía totalmente despistado.

La mujer tenía un cuerpo monumental y, además, era muy alegre. Nunca había dejado de sonreír, en ningún momento. Se había quedado cautivado por su manera de hablar, por la entonación que daba a sus palabras y por la forma en que caían sus ojos cuando le decía algo. Respecto a cómo vestía, no podía dejar de mirar la escasa longitud de la vieja falda vaquera con que tapaba un trasero no muy pronunciado para ser una mujer de color. No sabía si el cruzar las piernas, según estaba en la barra esperando, significaría una postura preconcebida u obedecía más a un gesto espontáneo. En cualquier caso, la veía increíblemente atractiva, a pesar de que no llevaba nada cuidado, ni su vestuario, ni su pelo rizado.

La chica volvió de la barra con un plato donde había un sándwich, con no muy buen aspecto. Se sentó otra vez en su sitio y los dos se cruzaron una sonrisa.

Con bastante buen apetito empezó a morderlo agarrándolo con

las dos manos. Con un gesto le ofreció, declinando él la invitación.

—Bueno, ya sabes cosas de mí y yo solo sé de ti que te llamas Luré. ¿Dónde vives?

—En Regla.

—Y eso, ¿dónde está?

—Al otro lado de la bahía.

—¿Y cómo vas hasta allí?

Hizo una pequeña pausa mientras terminaba de tragar y, poniéndose la mano para que no saltara ninguna miga, le contestó:

—En una lanchita que sale de la avenida del Puerto. ¿Tú sabes dónde está el bar *Two brothers*?

—Te recuerdo que llegué anoche —el español justificó así su desconocimiento.

—¡Es verdad! Pues mira. Todo Obispo al final —indicó, haciendo un ademán con el dedo.

—¿Y qué haces?

—Artesanía. Mi madre tiene un pequeño horno, y le ayudamos entre mi hermana y yo.

La chica volvió a dar otro bocado al sándwich. Él la miraba cómo comía. Era curioso. En principio le había llamado la atención el cuerpo de la muchacha, y de repente se había dado cuenta que estaba mucho más centrado en la conversación que en los impresionantes muslos que la corta falda dejaba ver. Ella, que ya se había dado cuenta del deambular de los ojos de su compañía, le preguntó, directamente:

—¿Te gustan mis piernas?

Alberto se incomodó en la silla.

—¡No te tiemblen las piernas mi amor porque te haga una pregunta así! ¿Oíste?

—No, si no me pongo nervioso —contestó, armándose de una naturalidad de la que en ese momento carecía— pero vamos, a tu pregunta es imposible contestar que no.

—¡Ah, bueno! —carcajeó, mientras se terminaba el último trozo — ¡Oye!, ¿y qué tú vas a hacer estos días en La Habana?

—Todavía no lo tengo muy pensado, pero quiero conocerla lo mejor posible.

—Yo hay algunos días que vengo por la ciudad, si quieres podemos quedar y te enseño cosas.

—No sé, ¿no tendrás otros planes?

—No, vengo a hacer algún mandado, pero siempre me sobra tiempo. Si quieres te doy mi teléfono y tú me llamas.

Alberto sacó su pequeña libreta y tomó un bolígrafo:

—Dime.

—Mira, es el 8606628

—¿Tengo que marcar algún prefijo?

—No mi amor, solo descuelgas y llamas. ¿Fácil?

El escritor se había enamorado de la boca de la muchacha cuando reía. Su nariz era un poco respingona, el pelo lo llevaba a media melena, rizado, y sus dientes eran tremendamente blancos. Para los contaminados ojos madrileños de Alberto, aquel resplandor era como un destello de frescura. Además, con esa falda, con esas piernas y ese sujetador blanco que no tenía ni que imaginarse, con todo eso, se daba cuenta de que Luré era una mujer muy hermosa.

—Bueno, me voy a tener que marchar —observó la chica.

Salieron los dos otra vez a la calle Obispo y se despidieron. Él esperó a ver qué hacía ella. Luré le miró y se acercó hacia su cara, manteniéndose Alberto expectante sobre dónde dirigiría los preciosos labios que le habían regalado tantas sonrisas. Contrariamente a lo que hubiera podido esperar, fueron a posarse en su mejilla izquierda, cerrando el escritor los ojos durante unos instantes, en una pequeña comunión íntima con la mujer.

Después se giró y con el brazo levantado cerró su mano a la vez que le decía.

—Me llamas, ¿oíste? —y se dio la vuelta, haciendo Alberto lo mismo.

Alberto no sabía qué hacer ahora. Si girarse otra vez o no. «¿Y si está otra vez a mi lado?», pensó. Bueno, creía que la ocasión merecía la pena y probó a darse la vuelta para verle otra vez por detrás. Su falda vaquera y su camiseta sobre el sujetador blanco caminaban esbeltos por la calle Obispo.

Se reafirmaba otra vez en la hermosura de aquella negra, y se

volvió a preguntar qué tipo de chica sería.

19

Sonaba el teléfono en el viejo despacho del teniente Torres, director del Centro Colectivo Rubén Martínez Villena.

—¿Oigo?

—¿Teniente Torres? —preguntaron desde el otro extremo de la línea telefónica.

—Soy yo.

—Soy el capitán Monaga.

—Sí, capitán —Torres se irguió en su silla.

—Torres, ¿cómo trabajan?, ¡se les ha colado un *PPE*!

—¿Qué me dices?

—¡Sí!, Torres, un *PPE*, ¡y encima español!

—No sé cómo ha podido pasar —fue lo único que se le ocurrió responder.

—Porque no se toman su trabajo en serio.

—¡No compañero!, nosotros no haraganeamos, nos lo tomamos tan en serio como todo buen revolucionario.

—No me vengas con cuentos. Se creen que, porque estén metidos ahí en un edificio apartado del Vedado, no por ello están realizando un trabajo menos importante para la seguridad de la patria que el que está haciendo cualquier otro compañero, y ustedes cogen un diez, un veinte y hasta un cincuenta...

—No capitán, es posible que se nos haya podido pasar algún nombre, los chicos a veces están cansados y tienen calor.

—Me da igual eso, no me quiero berrear, ¡que se abaniquen! Quiero el nombre del que se ha equivocado.

—¡No! Monaga, ¡no puedo dártelo!

—¡Quiero el nombre Félix! El nombre suyo o ¡daré el tuyo!

—Monaga, tendremos que darle otra oportunidad.

—¡No, Félix! Me han pedido un nombre y el mío no lo voy a dar. Si no me das uno diré que el nombre que buscan es el teniente Félix

Torres.

Se hizo un silencio entre los dos. El teniente volvió a hablar.

—Monaga, dime cómo se llama ese español que se nos ha pasado, que voy a ver quién trabajaba el listado en el que se encontraba.

20

Después de seguir andando por la calle Obispo, Alberto llegó a la plaza de Armas. Aquel lugar era uno de los centros de la llamada Habana Vieja, donde se levantaba un conjunto de edificios de origen colonial, centro en su día de toda la vida política y administrativa de la isla. Rodeando la estatua de Carlos Manuel de Céspedes podía disfrutarse de una importante vegetación, que otorgaba a la plaza un aire de vergel que alegraba la vista solo con su contemplación. Próximos a los grupos de turistas también se podía ver a mucha gente guitarra en mano, tocando melodías que el escritor español desconocía totalmente. Al calor de la música, se veía a gente gorda y rubia meneándose torpemente junto a los habaneros, formando unos conjuntos inarmónicos que, sin embargo, alegraban mucho a todos los presentes.

Le llamó la atención también ver varias estanterías portátiles en las que vendían libros usados. Algo había leído en las guías de turismo sobre el famoso mercado de esta plaza. Se acercó a curiosear y enseguida se le arrimó un vendedor:

—*What topic are you interested in*?

Alberto llevaba en La Habana una mañana, pero empezaba a desinhibirse a la hora de hablar con las personas que le preguntaban.

—*I would prefer to talk in spanish, if you like*.

El cubano le miró fijamente, dándose cuenta al momento de qué país era su interlocutor.

—¡Usted es español!, ¿de qué parte es usted?

—Soy de Madrid.

—¡Hombre, de la capital del reino!

—Bueno, nuestro reino ya no es tan grande como lo era antes —rápidamente entendió que esa frase en Cuba, podía herir sensibilidades y estuvo vivo en continuar—. Afortunadamente, tenemos lo que tenemos que tener. Por cierto, hablas muy bien el inglés.

—¡Por supuesto, hermano! Aquí nos enseñan en la escuela desde chamitas a hablar algún idioma. Casi siempre el inglés.

—Curioso —opinó el escritor.

—Pues sí, llevamos toda la vida enfrentados con los americanos y aquí la mayoría hablamos inglés y además muchas palabras nuestras vienen de ese idioma.

—Eso tengo entendido.

—¡Sí!, por ejemplo nosotros al embrague del carro lo llamamos cloche —Alberto sonrió en señal de sorpresa—, a lo que ustedes llaman rotulador nosotros decimos centropen y a los jersey les decimos pulóver.

—No sabía que hubiera tantas.

—¡Hay muchas más!

—Por cierto, ¿por qué sabes cómo se dicen esas palabras en el español que hablamos en la península?

—Caballero, aquí leemos mucho. Libros tenemos pocos, pero los que tenemos los compartimos entre la familia, los amigos, los vecinos. Bueno, ¿y lleva mucho aquí?

—Vine ayer.

—Pues aquí estamos plantados varios días a la semana. Usted busque por acá y, si le gusta algo, pregúnteme y le diré precios. En menos de lo que pestañea un mosquito llegamos a un acuerdo —aseveró el hombre.

—Vale ¿Cómo te llamas?

—Justo Bravo, para servirle.

Curioseó por las estanterías y enseguida comprobó que en casi todas las filas de libros había un tema recurrente: la Revolución del año 1959. Difícilmente podrían contarse los libros que habría sobre el Che, Fidel y Camilo Cienfuegos. Y después, libros de los ataques americanos a la Revolución: que si la playa Girón, que si los aviones

espías, que si la CIA contra Cuba... Bueno, era un tema casi único. Encontró alguno de poemas de Martí y otros de pensadores, además de novelas antiguas, encuadernadas en presentaciones que darían prestancia a cualquier biblioteca.

Se acercó a otro vendedor:

—¿Estáis abiertos mañana?

—Sí. ¿De qué tema busca?

—De ninguno en concreto. Quiero venir con más tranquilidad.

El hombre retrocedió hacia donde se sentaba y tomó un álbum similar a uno de fotos.

—¿Le interesa esto?

Abrió unas hojas y dentro había vitolas de puros, sellos y billetes.

—No, gracias, solo busco libros. Mañana vendré con más tiempo, y me podré entretener con calma.

—Y ¿querría usted alguna cajita de puros? Tengo *Cohíbas Robustos*, muy bien de precio.

—No, de verdad, ni para mí, ni para nadie —Alberto ya se había aprendido la réplica—. Gracias.

Podía haber seguido mirando, pero empezaba a encontrarse cansado del largo viaje del día anterior y prefirió dirigirse hacia donde se encontraba El Templete, que lo conocía por las guías de turismo que había leído, y tomar allí un taxi que lo llevara de regreso al hotel.

Cuando llegaron al Parque Central, le llamó la atención que el conductor sacara algo parecido a un estadillo en un papel arrugado y viejo, y con su bolígrafo apuntara el origen y el destino de la carrera, lo que le cobró y el número de personas que transportó. Por lo que pudo ver, llevaba haciéndolo toda la mañana porque el papel tendría diez o doce líneas escritas. Se preguntó si aquello era por control gubernativo o una manía del chofer.

Después de comer algo en la cafetería, subió a la habitación y antes de dormirse calmó la soledad acordándose del sujetador blanco de Luré, de su falda y, sobre todo, de sus preciosas piernas. De ahí, pasó a la evocación de su boca, amplia, sonriente y feliz.

Más tarde concilió el sueño.

21

El comedor del Rubén Martínez Villena se ubicaba justo debajo de donde trabajaba el grupo. En una larga mesa comían las quince o dieciséis personas que allí desarrollaban su labor, entre los vigilantes de la entrada, un administrativo y los diez que confrontaban las listas, ocho hombres y dos mujeres. Un ventilador de techo movía un poco el aire que había en aquella habitación, que también tenía las ventanas cerradas.

Victoriano se sentaba entre Rafael Angerí y Lino Valdor. Estaban terminándose el plato de carne de cerdo que les habían servido acompañado, como siempre, como todos los días, de arroz con fríjoles. Lino preguntaba:

—Y tú, Victoriano, ¿cuántos días llevas aquí con nosotros?

—Pues hoy es el sexto día —respondió el joven, no ocultando su orgullo.

—¿Y qué tal?

—Bien, es un trabajo muy interesante.

Lino y Rafael se miraron. Este último tomó la palabra:

—Hombre chico, interesante, interesante..., si por lo menos viéramos las fotos de los turistas todavía se haría más entretenido, pero ya me dirás después de quince años que llevo yo, qué interés puede tener. Que es un trabajo necesario para el país, no me cabe duda, pero deberíamos estar más computarizados de lo que estamos.

—Pero nosotros trabajamos con un computador.

—Sí, pero lo que dice Rafael es cierto —interrumpió Lino—, esto probablemente podría hacerse de forma más automática que no teniendo a un grupo de personas todos los días comprobando las listas a mano. Yo no llevo tantos años como Rafael, pero para nosotros este trabajo no tiene nada de interesante.

—Pues a mí de momento me está gustando.

—Oye, ¡que te dure! —le deseó Rafael.

El teniente Félix Torres irrumpió en la sala y se acercó donde

comía Rafael Angerí.

—Cuando termines, pasa por mi despacho.

—Sí, teniente.

El oficial volvió a marcharse, no sin antes desear a los comensales un buen provecho.

—Rafael, ¿qué querrá este? —preguntó Lino.

—¡Yo qué sé! —exclamó, despectivamente.

—¿Con qué estás en este momento?

—Con unos vuelos de ingleses que llegan pasado mañana.

—¿Y qué más da con lo que estemos cada uno? —preguntó Victoriano.

—¿Qué pasa chico? ¿Estás siguiendo al pie de la letra lo que te dijo el teniente? —espetó Lino.

—Sí, el oficial me dijo que no conviene que sepamos cada uno lo que hace el otro compañero.

—¿Y qué problema hay con ello?

—No lo sé, pero si me lo dice el teniente...

Rafael se levantó y encaminó sus pasos al despacho del teniente.

—¿Por qué le habrá llamado? —preguntó Victoriano.

Lino se encogió de hombros, pero no le gustó la inoportuna visita del teniente. Era algo inusual.

Después de subir las escaleras, llegó al despacho de Torres. Llamó a la puerta y pidió permiso.

—¡Pasa!

Encima de la mesa el teniente tenía uno de los listados en los que había estado trabajando Rafael hacía unos días.

—Rafael, ¿cuántos años llevas aquí con nosotros?

—En octubre haré los dieciséis años.

—Rafael, ¿cómo es posible que se te haya colado un *PPE*? —el oficial no se anduvo con rodeos.

Torres se levantó con un listado en la mano, airado.

—¡Se te ha colado un *PPE*! ¡Eres un inútil! —el superior contuvo las ganas de abofetearlo, aunque no pudo reprimirse y le tiró la relación a la cara. Rafael Angerí se mantuvo en posición de firmes.

—Teniente, ¿puedo comprobar de nuevo el listado?

Estaba claro que Torres no iba a dejar que Rafael viera nuevamente el listado, y la razón era bien clara.

— Rafael, me han pedido el nombre de la persona que se equivocó.

Rafael tragó saliva.

El superior miraba fijamente a unos ojos que se mostraban esquivos.

—Probablemente te llamarán mañana para que vayas a prestar servicios a otro destino.

—¿A qué lugar?

—A Villa Marista.

—¡A Villa Marista no, por favor!, ¡no!

Torres llevaba muchos años con Rafael y lo apreciaba, pero no podía evitarle la noticia que estaba dándole. Estaba en juego, o su puesto, o el de su subordinado, y el teniente no tenía dudas ante tal dilema.

—Mira Rafael, la Revolución nos necesita a todos en constante alerta y no podemos descuidar ningún detalle. Sabemos que entre todos esos turistas vienen vigilantes de potencias extranjeras que quieren socavar nuestra paz y nuestro ideal, y con conductas negligentes como la tuya estamos poniendo en peligro la integridad de la Revolución, y eso por nuestro sistema jurídico sabes que está castigado con la pena de muerte.

Se acercó más todavía y a escasos centímetros de la cara volvió a espetar la frase, llena de perdigones:

—¡La pena de muerte! ¿Lo entiendes?

Se separó unos instantes y dejó pasar algunos segundos. La cara de Rafael Angerí se había quedado completamente blanca.

—Y da gracias que vas a ir al tanque de Villa Marista a vigilar a los presos. Que el castigo lógico que te podía haber esperado era como mínimo estar dentro, con una pena severa por no haber desarrollado tu trabajo con atención total en favor de la Revolución. He intercedido por ti —mintió—, y de momento vas a ir de vigilante en el turno de noche. ¡Por tu bien, espero que sepas comportarte!

Rafael contenía las lágrimas. No podía entender cómo había

sucedido, porque él comprobaba todos los nombres de las listas con el ordenador y nunca se le había pasado ninguno. No entendía por qué no le dejaba volver a ver el listado.

—¡Vuelve a tu sitio!, y mañana por la mañana probablemente te llamarán, e igual empiezas en un tilín en Villa Marista.

Mientras Rafael abandonaba el despacho, el teniente volvió a sentarse en su mesa. Entendía la extrañeza de Angerí. Era lógico, pero más lógico era todavía que él no le hubiera dejado mirarlo. Pero había una razón. El famoso *PPE* no detectado era un tal Alberto Rodríguez García, que era como realmente se llamaba, pero la base de datos cubana le tenía identificado por Alberto Rodríguez-Conde, probablemente porque había habido un error en la introducción de los datos, por lo que aunque el listado hubiera pasado por los diez de la sala, era totalmente imposible que alguno lo hubiera identificado.

«Monaga, o alguien por encima de él —pensaba Torres—, quería darnos un toque, un aviso, y lo habían conseguido. Y ahora este pobre desgraciado —se decía— va a tener que ir a vigilar a todos los disidentes de la cárcel de Villa Marista. El destino más odiado, porque los que están allí ni han robado ni han matado. Solo han pensado. Mal, distinto, confundido, pero solo han pensado».

22

Alberto llevaría durmiendo menos de una hora y media cuando se despertó quizá un poco más desorientado de lo que podría encontrarse antes de acostarse. Tenía la sensación de no saber muy bien dónde se hallaba.

Se arregló y salió a la calle a dar un paseo, a seguir situándose en la ciudad.

En cuanto cruzó la puerta del hotel se le acercó un joven muy solicito.

—¿Taxi señor?, taxi *sir*?

—No, gracias.

Y siguió andando sin darle la ocasión a que le ofreciera puros,

que seguro le acabaría ofertando, supuso.

Ahora iba a visitar la zona del Capitolio, muy próxima. Empezó a andar y se acordó otra vez de Luré. «Esta chica —pensaba— no puede ser una prostituta, porque de serlo me habría hecho en algún momento proposiciones de acostarse conmigo, cosa que no hizo. Algo raro sí es, por esa forma de vestirse, de hablar, de mirar, de reírse...».

Alberto se encontraba en una encrucijada en la que inconscientemente se preguntaba si debía llamarla o no. No sabía muy bien qué hacer.

Mientras paseaba, se le acercó una señora con una niña de la mano y le pidió leche. Sin pararse siquiera le dijo que no. Luego se quedó pensando que la señora no le había pedido dinero para leche, sino que le había pedido directamente la leche, matiz que entendía muy diferenciador. Volvió la cabeza y vio a la señora cómo caminaba con la niña. Le llamó:

—¡Oiga!

La señora se paró y volvió tras sus pasos.

—¿De dónde eres? —preguntó la mujer.

—De Madrid.

—¡Ay que majo! —a la señora se le iluminó la cara mientras piropeaba a Alberto.

Cuando estuvo otra vez a su altura, la señora le dijo:

—Es que con la leche que me dan para la niña no tengo suficiente, y le tengo que comprar un poco más, pero estoy en carne.

—¿Y dónde puedo comprarla?

—¡Ven conmigo!

La señora encaminó sus pasos por una calle que salía del Parque Central, en donde había una pequeña tienda de alimentación.

—¡Aquí es!, en ese minimax —indicó, señalando a una pequeña tienda de ultramarinos.

—¿Y es alguna leche especial la que necesita la niña?

—¡No, que va!, cualquiera le sirve.

Alberto entró solo y la señora se quedó en la calle con la pequeña. Preguntó a la chica de la caja en qué moneda se pagaba, y esta le contesto que en pesos convertibles.

Se encaminó a las estanterías medio vacías del fondo donde estaban las cervezas, los refrescos de naranja y limón, y los cartones de leche. Le sorprendió el precio, mucho más caro de lo que él acostumbraba a pagar cuando iba al supermercado en Madrid. Tomó tres cartones y aguardó las dos personas que estaban delante en la cola. Cuando le tocó el turno, pagó y al abrir la chica la caja comprobó que todos los billetes que allí tenían eran similares a los suyos, por lo que sí que era verdad que los precios estaban marcados en pesos convertibles, algo que en un momento llegó a dudar.

Después salió a la calle con los tres cartones y la señora se le acercó dándole las gracias:

—¡Gracias, mi amor!, no sabes cómo te lo agradezco, ¡con la brisa que estamos pasando!

—No te preocupes, igual otro día tú me tienes que echar una mano. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Julita, y pídeme lo que quieras. ¿En qué hotel te hospedas?

—En uno de aquí cerca, por el Parque Central.

—¡Toma mi teléfono! Bueno, no es el mío, es el de una vecina, pero me deja que lo dé. Si quieres algo de La Habana, ¡llámame!

Alberto tomó nota del número y se despidió de la señora y de la niña con una torpe carantoña.

No pudo por menos que volver a contemplar a aquella mujer cómo se marchaba con la bolsa con sus tres cartones en una mano y en la otra mano, la niña. Se quedó mirándoles. Los precios le habían parecido muy altos, incluso para una persona que viviera en Madrid. Mientras permanecía allí parado, se le acercó un joven, otro joven —pensó— y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas en Cuba?

Alberto le miró y se dio cuenta de que empezaba a estar un poco cansado de no poder caminar por la calle tranquilo, sin que le estuvieran agobiando continuamente con preguntas.

—Mira, llegué ayer, pero no quiero puros.

—¡Bueno hombre!, ¡no te iba a vender puros!, pero que sepas que los tengo muy baratos porque un hermano mío trabaja en una

fábrica de Viñales.

—¡Que no, de verdad! —el escritor pensó que, de continuar así, acabaría perdiendo la compostura con la gente que le abordaba por la calle.

Se dio la vuelta y empezó a andar. El joven le acompañó al mismo paso rápido que llevaba Alberto.

—Lo que te iba a preguntar es si querías un guía para ver la ciudad, ya que si llevas poco, conmigo te puedes hacer una mejor idea de La Habana.

—No gracias, no quiero guía —respondió, sin mirar.

—Pero yo nací aquí, puedo contarte muchas cosas. Te voy a cobrar muy poco, aunque tienes tú pinta de no estar arrancao.

—¡No! —chilló, con la máxima rotundidad que pudo mostrar.

—¡Mira!, hacemos una cosa y dejo de seguirte. Toma por favor mi tarjeta, y si quieres me llamas.

Alberto no declinó el ofrecimiento y la tomó: «Diego Pérez. Licenciado en Historia. Ciudad de La Habana. Teléfono: 860—2239».

—Vale Diego, me quedo con ella.

Se despidieron. Lo que más le llamaba la atención de todo lo que había escrito en la tarjeta era eso de *Licenciado*. «¿Realmente será este chico licenciado?» —se preguntaba.

Volvió a la zona del Capitolio y vio varios coches aparcados juntos. Se acercó a verlos y en unos instantes se le aproximó un joven, el enésimo:

—¿Taxi?

—¡No gracias!

—¿De dónde es usted?

—De España, de Madrid —respondió, llenándose de nuevo de paciencia.

—Del Real Madrid, ¡El mejor equipo del mundo!

—Si, bueno, yo el fútbol no lo sigo mucho.

—¿Y no quiere un taxi? Le puedo hacer un recorrido por la ciudad. ¿Cuánto lleva en La Habana?

El escritor respondió que llevaba solo un día.

—¡No me diga más! mire, tiene para elegir. El que menos tiene

son cincuenta años, este Dodge. El mío es el convertible aquél —especificó, señalando a un reluciente coche descapotable—, un Cadillac de 1952. Le doy un paseo de dos horas y le llevo por el paseo del Prado, Malecón, Barrio del Vedao y un puñao de sitios más.

«Pensándolo bien —razonó Alberto—, no era mala idea, así por lo menos iba a conseguir dos cosas, situarme espacialmente más rápido que si fuera solo y, por otro lado, que durante dos horas nadie me asaltaría por la calle».

—Venga, voy a hacerte caso, pero ¡a ver cuánto me cobras!

—¡Hermano! A uno de Madrid le trataré como precio especial.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Luis, pero todos me llaman Tati.

Alberto se sentó junto al conductor y pensó que, para ser un coche tan antiguo, se encontraba bastante bien conservado. Por lo menos la chapa brillaba con fuerza al sol de la tarde habanera.

El vehículo arrancó a la primera.

23

Cuando llevaban circulando cerca de una hora habían visitado ya muchos de los lugares que conocía por las guías. En sus primeras horas en La Habana Alberto se comportaba no como un escritor, sino como un turista. «Esto es lo primero que tengo que hacer —se justificaba—. Si todavía, no ya que no sepa de qué voy a escribir, sino que no conozco nada ni de la ciudad ni del país donde me encuentro, ¿qué voy a poder contar?»

Tati iba explicándole muchos detalles y anécdotas de los sitios por donde iban pasando, realizando continuas paradas para ilustrarle oportunamente.

Cuando se encontraban en la calle 23, en la zona del Vedado, el chofer le preguntó:

—¿Y si tú me convidaras a algo fresco?

Podía decirse que le había adivinado el pensamiento porque hacía mucho calor y, en el coche descapotable, todavía mucho más, por lo que las gotas del pegajoso sudor le caían continuamente a Alberto por su cara.

—Me parece perfecto. ¿Conoces algún sitio por aquí?

—Sí, en la esquina con la 8 tenemos una bodega que está bien y, sobre todo lo mejor, que está a la sombra.

El Cadillac se detuvo junto a un lugar similar al que había visitado por la mañana en su encuentro con Luré. Este se llamaba *Los Parados*.

Bajaron los dos y Alberto preguntó a Tati lo que quería.

—Un refresco de naranja.

—Yo tomaría un guarapo —propuso el madrileño, muy decidido.

—¡Qué dices! ¡Eso no lo hacen aquí! —Tati no reprimió la sonrisa—. No tienen trapiche.

—Yo pensaba que se servía en todos los bares.

—¡Qué va! Para hacerlo hace falta la guarapera, que funciona con una rueda que se va girando. Aquí no la tienen. Vete sentando, que yo pediré. ¿Qué quieres?

El conductor se acercó a la barra a pedir dos refrescos, mientras Alberto fue a una de las mesas que estaban libres.

Al momento, se acercó el muchacho con las dos latas de naranja de la marca *Ciego Montero*. Ambos dieron un trago largo que les aplacó parcialmente la sed que traían.

—¿Y el taxi es tuyo? —se interesó el escritor.

—¡Ojalá!, el taxi es del gobierno, como todos, como todo.

—¿Aquí cada uno no tiene su taxi?

—¡No hermano, no! Todos trabajamos para el gobierno y cobramos el mísero salario que nos pagan.

—Bueno, no será tan mísero —Alberto quería hacerlo hablar.

—¡Mísero te digo! Aquí todos estamos en la tea.

Cuando le cuantificó el salario mensual, Alberto mentalmente echó cuentas y lo comparó con dos entradas de cine en la Gran Vía, o con un menú del día en un restaurante de barrio.

—Pero con ese dinero no hacéis nada.

—Pues claro que no hacemos nada.

—Hoy he estado en una tienda de alimentación y los precios son mucho más caros que en Madrid.

—¡Claro!, ¡y encima estamos en la inopia!

—Pero vosotros manejáis más dinero que ese que os pagan —supuso Alberto, intentando provocar la confesión de su interlocutor.

—Bueno, el que más o el que menos tiene otros ingresos.

—¿Y cuáles son esos ingresos?

—¡Inventando! —respondió, sin vacilar—. Cada uno de una manera, aquí ninguno nos hemos caído de la mata. Una parte importante de la gente tiene familia en Miami y reciben dinero de ellos. Otros tenemos que buscarnos los billetes en las propinas, en las ventas de puros, haciéndose pasar por guías, de los paladares...

—¿Hablas de los restaurantes? —le interrumpió Alberto.

—Sí, la mayoría son ilegales, pero hasta que los cierran, el dinero que han sacado les sirve para tirar un tiempo.

Ambos dieron otro trago a la bebida.

—Y tú en Madrid ¿qué haces?

—Vendo coches.

—¿De qué marca?

No tenía pensado que fueran a preguntarle ese detalle y contestó la primera que se le ocurrió.

—De *Citröen*.

—¿Y qué haces tú aquí?

—Estoy de viaje por haber vendido muchos coches.

—¡Caray hermano!, ¿y cuántos has tenido tú que vender para que te paguen un viaje hasta aquí?

Alberto notaba que empezaba a meterse en un callejón que podría tener muy mala salida, y quiso cambiar de tema rápido.

—Bueno, no solo es vender coches, sino también repuestos y otros servicios como seguros de automoción y etcétera —sabía que el etcétera muchas veces ocultaba la ignorancia—. Oye Luis, y tú ¿llevas mucho tiempo conduciendo el taxi?

—Si tengo veintiocho, desde los veinticuatro…¡cuatro años! Yo estudié historia. Soy Licenciado.

—¿Y por qué trabajas en el taxi?

—¿Y en dónde voy a trabajar entonces? —Tati respondió con una pregunta.

—¡No sé!, me imagino que dando clases.

—Ese trabajo no me lo han dado, me dieron este, y tampoco me puedo quejar. Tengo compañeros de la universidad que tienen trabajos mucho peores, y otros que están comiendo tajadas de aire…

Alberto prefirió no preguntar qué tipo de trabajos serían esos.

Al escritor le llamaba la atención el acento que tenía al hablar, la entonación de sus palabras y, sobre todo, el semblante que mantenía, que para nada reflejaba la áspera realidad que le contaba. Parecía como si hubiera un extraño contrasentido entre las desgracias que enumeraba y la forma en que lo hacía.

En ese momento pasó una mulata muy joven, vestida con unos pantalones vaqueros azules muy ajustados, sobre los cuales Alberto clavó su mirada de una forma bastante descarada.

—¡… y dicen que en Cuba no hay carne, lo que no hay es lata pá envasarla! —soltó de repente el taxista.

Alberto se quedó atónito del piropo que había dicho Tati, y más

aún con la reacción de la chica, que no fue otra que volver la cara y regalarle una amplia sonrisa.

El taxista, que se había incorporado un poco de la silla para exclamar el cumplido, volvió a sentarse y le dijo sonriente a su pasajero:

—¿Le quedan bien las pitusas? ¿Verdad?

Miró al chico y soltó una sonrisa de complacencia.

—¿Tenía buen fambeco la ninfa?

No entendía exactamente lo que decía, pero por el contexto, se lo podía imaginar. «Bueno —pensaba— estamos en el Caribe, y aquí ya sabemos que todo lo del sexo es especial».

—¿Te gustan las chicas, eh?

Estaban dos hombres juntos y solos, y tampoco le parecía oportuno andarse con rodeos, por lo que la respuesta fue directa.

—Mucho. Estoy quedándome sorprendido de lo guapas —prefirió suavizar el calificativo— que son las cubanas.

—A mí como me gustan más es cuando se ponen las lycras. ¿Qué te gustan más?, ¿las lycras o las sayas?

—A mí me gustan siempre, y de todas las maneras —reconoció Alberto, que empezaba a animarse con la conversación, como si estuviera con un viejo colega y tuviera veinte años menos.

—¡Me parece que tú eres un picaflor!

—No sé que soy, te repito que me gustan, que siempre me han gustado mucho las mujeres.

—¿Y aquí has venido solo? —inquirió el taxista, con malicia.

—Sí, mi mujer se ha quedado en Madrid.

—¡Pues ya sabes! ¿Quieres que te proporcione chicas?

—¡No!, ¡qué dices! —la reacción del escritor fue fulminante.

—¿Por qué no? —Tati le preguntó con naturalidad. Ante el silencio de su pasajero, continuó hablando—. Puedo presentarte a una amiga, que puede ir a hacerte compañía al hotel.

—Yo tenía entendido que no dejaban entrar a los cubanos a los hoteles.

—Y es así. A ver cómo lo podemos arreglar, ¿en qué hotel te hospedas?

Alberto dudó en responder, pero el calor del ambiente le estaba transformando. Lo notaba a cada hora que pasaba. Por la mente se le apareció el sujetador blanco de Luré, aquella falda vaquera tan corta, otras chicas que había visto en el paseo en el coche, la joven a la que Tati había piropeado, y su reacción... Respondió sabiendo que estaba entregándose con aquella contestación.

—En el Presidencial.

—¡Vaya, casi no lo has podido elegir peor!

—¿Tienen que ver los hoteles?

—¡Claro que tienen que ver! Oye, si te hospedaras en uno de las afueras, sería más fácil, pero en los buenos del centro es más complicado. De todas formas, allí creo que está de seguroso el hermano de mi vecino. Le voy a llamar.

—¡No, de verdad! —pidió, con bastante poca convicción.

—Tú no te preocupes por lo de la entrada, tú me das una propina que yo me encargo de que pases con mi amiga, mira, es una camagüeyana mucho más hembrona que esa que acaba de pasar. Yo alguna vez he ido con ella a una posada y te aseguro que no te va a defraudar. ¡Es buena hoja!

—Pero es que no traía idea de chicas —el escritor intentó retroceder de los pasos que había dado.

—Te vas a arrepentir. Se llama Beylin. ¿Me dejas que la llame? Vive por aquí cerca y a lo mejor se puede pasar para que la conozcas. Es mulata. ¿Te gustan las mulatas, o prefieres quemar petróleo?

—¿Cuántos años tiene?

La pregunta que acababa de formular le había delatado definitivamente, y Tati aprovechó la ocasión para tomar la iniciativa.

—Veinticinco o veintiséis. ¡Voy al carro a por el celular!

Y sin dar ocasión para la réplica, el taxista se levantó y se fue al coche a buscar el móvil.

Alberto pensaba que igual no hacía bien así, fiándose del primero que le proponía un plan. ¿Qué sería Tati para la chica? ¿Su chulo?, ¿su novio?, ¿las dos cosas? Por otro lado se imaginaba estar otra vez con una chica joven. La piel lisa y suave, sin ninguna arruga, con unos pechos firmes y redondeados, suponía, con unos muslos de

carne fuerte y dura. ¡Una chica!, ¡otra vez con una chica joven!

—Vamos a ver si está —deseó el taxista mientras marcaba el número.

Esperaron unos instantes y el chico empezó a hablar:

—¡Beylin!, oye soy Tati. ¿Estás en tu casa? ¿Sí? ¿Por qué no te vienes y te presento a un amigo?

La interlocutora hizo una pregunta.

—En los Parados —respondió.

Tati colgó la llamada.

—Dice que está en quince minutos. ¿Pido otro refresco?

—Tati, en menudo lío me has metido. Yo no tenía ninguna intención de llevarme hoy una chica a mi habitación.

—Pero ¿no me has dicho que has venido solo?

—Sí, pero eso no quiere decir que hoy mismo tenga que verme con nadie. Llegué ayer a La Habana y ya ando al día siguiente con chicas.

—¡Ya verás cómo te va a gustar! Aquí nadie se va a enterar y nadie va a decir nada, no te preocupes. Estamos todos acostumbrados.

—¡Oye!, y de dinero no hemos hablado.

—¡No te preocupes por eso! Mira, tú te la llevas, le invitas a cenar, ¡que se tome un buen buque!, le llevas luego a tu pieza, pichicateáis, le dejas luego que se meta en el baño y que se de coba. Que se lleve todo lo de las colonias que os ponen y por último le das algo de dinero, más como detalle, aunque ¡tú seguro que estás en el billetaje!

—¿Y de cuanto estamos hablando?

Cuando le dijo el precio, Alberto comprendió aquello de buscarse la vida que le había dicho Tati hacía un rato. Esa cantidad suponía el sueldo de varios meses para un cubano, pero para un español era el precio de un cubierto en un buen restaurante.

—Tati, ¡me has liado! —Alberto no podía ocultar la felicidad que le producía el inminente encuentro con la chica.

—Voy a por más refrescos, que la espera se te va a hacer muy tensa, o ¿prefieres una *Cristal*?

—¿Qué es eso?

—Una cerveza, que la tarde se va animando.

Alberto asintió. «La verdad —pensaba— es que todavía el calor no me ha alterado tanto la cabeza como para no ver clara la maniobra de este chico. El pararme en este lugar y proponerme tomar el refresco, una hora después de ir paseando en un coche descapotable bajo el fuerte sol. Esa extraña casualidad de que este bar esté al lado de donde vive o por lo menos donde estaba la chica que, además, se hallaba disponible. Todo eso no era el azar, pero bueno, es como aquí deben ganarse la vida —seguía razonando— y al fin y al cabo no voy a hacer nada que no haga mucha gente, y ¡además me apetece!, que hace demasiado tiempo que no me acuesto con ninguna mujer que me trate en la cama como yo quiero, y eso no está bien».

—¡Oye!, si no tienes protex ¡no te preocupes!, que ella siempre lleva —le tranquilizó Tati según venía con las dos *Cristal* en la mano.

24

Pasaron menos de quince minutos cuando Alberto vio pasar por la calle a una chica que le hizo mirar entre sorprendido y temeroso. «¿Será esa?», se preguntó.

Tati se percató de la mirada del madrileño y, dándole con su codo según le señalaba con la cabeza, exclamó:

—¡Está de bala!

Aunque no sabía muy bien qué habría querido decir con eso de la bala, la muchacha tenía, a juicio de Alberto, una figura monumental.

Con una amplia sonrisa, se acercó a la mesa, sin que ninguno de los dos le hubiera quitado el ojo. Se levantaron a saludarle.

Dio un par de besos a Tati, y este le presentó al escritor:

—Mira Beylin, ¡este es mi consorte!

—Hola...

—Alberto.

—Hola Alberto —saludó ella, sin apartar la mirada.

La muchacha se acercó a darle un par de besos. En ese momento Alberto aprovechó para aspirar su perfume. Hacía tiempo que no se encontraba tan cerca de fragancias nuevas, de perfumes más baratos, no tan sofisticados como los que habitualmente utilizaba Sofía, y eso le excitaba más aún.

Se sentaron los tres. Beylin era una hermosa mulata con la que Tati se había quedado corto en su descripción. Tenía un pelo rizado castaño claro, unos ojos penetrantes, la nariz muy bien moldeada y una boca grande, donde también le destacaban unos dientes muy blancos. Iba vestida con una camisa blanca que para nada ocultaba el color morado del sujetador, y una falda larga, abierta por los lados, también blanca. «Seguro que lleva las bragas a juego», imaginó el escritor.

—¿Y qué haces en La Habana Alberto? —indagó Beylin.

—Está tomando unos días de receso. Ha venido por vender muchos carros —intervino Tati, ansioso por querer inmiscuirse en la

conversación.

—¡Mira qué bien!, así que eres un buen vendedor.

—Bueno, no se me da mal.

—¿Y cuando arribaste? —se interesó la muchacha.

—Llegué ayer por la tarde.

—Ayer —repitió Beylin.

—Sí, hoy está siendo mi primer día en La Habana.

La chica debió de empezar a echar sus cuentas ya que conocer a un turista con dinero en el primer día de su estancia, no tenía ni mucho menos la misma importancia que conocerlo el último.

—¿Y cuantos días vas a estar?

Aunque iban a ser tres semanas, no quiso dar tanta información y acortó el plazo.

—Diez días.

—Muy bien mi amor, ya verás cómo te gusta La Habana, y espero que sobre todo, te guste yo.

Según le dijo esto, Beylin aprovechó para guiñarle un ojo. No era el primer encuentro de la chica con un extraño —pensó el escritor.

—¿Quieres tomarte algo? —preguntó Alberto.

—¿Y si mejor nos vamos? —le respondió, sin rodeos.

—Yo si quieren —interrumpió Tati— les dejo en el hotel.

—¡Me parece una idea estupenda! —contestó Beylin sin apartar los ojos de su cliente.

—¡Venga!, ¡vamos! —terminó por decidir el taxista.

Los tres se levantaron. Alberto fue a la barra para pagar los refrescos y las *cristales*.

Después se dirigieron al coche. Antes, cuando iban los dos solos, Alberto había viajado junto a Tati. Ahora la distribución sería diferente. El conductor seguía en su sitio mientras que el escritor le abría la puerta a Beylin para que se sentara con él en los asientos traseros.

Cuando entró la chica, comprobó lo que se imaginaba y, efectivamente, las bragas iban a juego con el sujetador.

25

Las dos compañeras hablaban junto a la máquina del café.

—¿Sabes algo de Alberto? —se interesó Beatriz, la amiga de Sofía.

—No, todavía no he hablado con él —reconoció la esposa de Alberto.

—¿Qué hora es allí?

—La misma diferencia que tenemos con Nueva York.

—Seis horas.

—Sí, ahora son allí las cinco de la mañana. Bueno, espero que me llame hoy.

Beatriz se interesó por la idea que tenía Sofía de viajar a Cuba para reunirse con Alberto.

—No sé, creo que sí podré arreglarlo —dudó, contrariada.

—Seguro que quien más problemas te pone para abandonar tu puesto de trabajo es una tal Sofía Robles —bromeó.

Sofía sonrió a su amiga y compañera.

—Sabes que me gusta tener todo perfectamente controlado, y estamos en un momento en el que veo los mercados muy convulsos.

—Oye, ¿y cuándo han estado tranquilos?

—En otros momentos. Ahora desde luego no. Mira Beatriz, el Brent no consigue estabilizarse y de los derivados de las monedas no euro tampoco podemos predecir muy bien su comportamiento. Tenemos muchas posiciones tomadas a plazos medio y largo, y hay que vigilarlas porque en cualquier momento habrá que realizar.

Beatriz Molinero se terminó su café con leche y le dijo a su jefa:

—Sofía, siempre están igual, si supiéramos lo que van a hacer, estaríamos todo el día en la máquina del café y no en esa mesa con tres monitores y cuatro teléfonos.

Después Beatriz volvió a hablar de su hijo, e insistió en enseñarle unas fotos recientes. Sofía pensaba en el niño de su compañera y en las fotos que estaba viendo, y se reafirmaba en que no se veía en la playa llena de arena jugando con un pequeño. «¿Quizá sería cuestión

de ponerse? —pensaba— todos al principio lo extrañan y luego no hay nadie que no esté encantado con sus hijos».

El tema del niño era algo que gravitaba en su mente de forma continua. Pensaba que por su sexo, por la edad que iba teniendo, lo cierto era que de un tiempo a esta parte, casi empezaba a ser una cuestión obsesiva. «No sé —pensaba— esto del niño...»

Súbitamente pensó que podría ser un tema de conversación con Alberto, ya que él nunca se había mostrado contrario. Parecía que él no veía el momento de tenerlo, que era muy diferente a que se opusiera a la llegada de un bebé a esa casa, a ese hogar, como a ella le gustaba llamarlo.

Ambas se dirigieron nuevamente a la mesa de tesorería, esa especie de jaula de locos donde Sofía se desenvolvía como una domadora en pleno éxtasis. Le gustaba mandar y lo hacía con enorme estilo y suavidad. Daba las órdenes que parecía eran casi consejos de una amiga, pero ¡nada de eso!, eran instrucciones inflexibles que venían de una mente absolutamente respetada y lúcida como todos consideraban a la señora Robles, como alguno le llamaba, eso sí, cuando ella no se encontraba presente.

Se sentó a la mesa, allí junto a todos. Había renunciado al despacho que le asignó Pablo Olivares, su jefe, porque siempre quiso estar en el centro del huracán, cerca de los teléfonos, pegada a los monitores, *junto a su gente* como ella decía, y ello conformaba su personalidad.

Se sentó un momento, miró el parpadear de las pantallas, la sucesión de números y abreviaturas que iban cambiando de valor, incluso de color. Se dio cuenta de que las veía, pero que no las miraba, y se levantó camino del despacho de Pablo.

—¿Se puede?

—¡Pasa, por favor!

Pablo Olivares tenía especial devoción profesional por Sofía y le consideraba como una de las personas más válidas de la empresa, y además con la edad justa en el perfecto equilibrio entre la juventud y la experiencia.

—Pablo, pensaba en tomarme unos días la próxima semana,

aprovechando que viene el puente de mayo.

—¡Me parece fenomenal! Aquí tienes gente a la que has formado muy bien, y seguro que van a suplirte sin ningún problema. ¿Dónde vais a ir?

—A Cuba.

—¡Vaya!, yo quiero ir este verano a La Habana y Varadero.

Sofía se quedó unos instantes pensando en aquello que le había contado su marido hacía unos días, la noche en que fue a buscarlo al aeropuerto, y recordaba también lo que le dijo que la próxima vez debía consultar con la agencia de viajes sobre qué escribir. Se arrepentía de aquellas palabras.

Al cabo de diez minutos, y de charlar durante nueve sobre asuntos profesionales, Sofía salió del despacho con la conformidad a sus pequeñas vacaciones.

26

El día había empezado a clarear. Alberto se giró y se encontró a escasos centímetros de la cara de Beylin. Descansaba plácidamente y el flequillo le tapaba parcialmente los ojos. Miró cómo dormía y vio una preciosa criatura que la suerte había puesto en su cama.

Se levantó con mucho cuidado y se dirigió al baño procurando no hacer ruido para no despertarla. A la vuelta volvió a meterse sigilosamente y, al levantar la sábana, pudo ver que la chica, al igual que él, se hallaba desnuda. Sus pechos eran muy hermosos, abundantes, y su cintura parecía que tuviera las dimensiones más perfectas que él jamás hubiera conocido. Ya le quedaba muy lejos sentir la textura de un cuerpo joven y ella le había hecho experimentar unas sensaciones muy diferentes. Esa mañana, Alberto se sentía un poco más joven.

Beylin abrió un poco los ojos, lo miró y se volvió del otro lado, como queriendo apurar los últimos instantes de una noche que ya terminaba. Ella sabía que era como una Cenicienta, que su sueño tenía las horas contadas, que en el mejor de los casos tendría los días contados y que, luego, por algún siniestro lugar, sonarían las campanadas de las doce de la noche, quizá encarnadas en un último aviso de un vuelo que partiera del José Martí, y la carroza desaparecería y volvería a su sitio, al que le corresponde, al que por nacimiento le había tocado. Ese era su destino, no la amplia habitación de un lujoso hotel, sino la tristeza de una sucia taza de váter donde tenía que guardar turno para poder utilizarlo compartiéndolo con otros vecinos del edificio. Los minutos estaban terminándose y por eso, instintivamente, Beylin había dado esa vuelta en la cama rematando su sueño.

Alberto estaba junto a ella, y ahora miraba fijamente al techo. Las cosas habían empezado en La Habana de una manera muy diferente a como podía haber imaginado. Siempre pensó que aquí podría tener relación con alguna chica, pero nunca podía imaginar que iba a ser en la primera noche, y sobre todo con una mujer tan

hermosa como le había regalado el destino. «¿Sería el taxista su novio?», pensó. Bueno, le daba igual, lo que había que hacer, ya estaba hecho.

Y en ese momento venía una pregunta muy importante: y ahora, ¿qué? ¿qué se hacía en Cuba en esos momentos? ¿cuáles serían las costumbres? Tenía varias opciones, la primera decir aquello de qué se debe y adiós, y la segunda también podría ser esperar acontecimientos. Total, tampoco tenía mucha prisa. En principio, la editorial pagaba todo lo que fuera necesario para que él se inspirase y estaba claro que junto a Beylin en la cama, los dos desnudos, la inspiración vendría por añadidura, aunque tal vez no para el libro.

De repente pensó en Sofía. Bueno, ya había pasado otras veces. Él estaba enamorado de su esposa, de su gran sentido de la responsabilidad, de su estilo como persona, de su inteligencia, pero lo que había pasado solo una mujer como la que tenía en la cama era capaz de ofrecérselo.

Beylin se giró hacia él y le dio un dulce y carnoso beso en la boca.

—Buenos días Alberto.

Él nunca había tenido un despertar así. Su mujer jamás le había llamado de esa manera ni con esa dulzura, ni tenía esa cara, ni, por supuesto, tampoco tenía la edad de la chica. El tiempo había minado los sentimientos que albergaba hacia su mujer.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido? —preguntó el escritor.

—Bien, pero muy poco.

—La culpable fuiste tú —susurró él, según le acariciaba el pelo.

—No querendón, yo venía aquí a dormir, y fuiste tú quien no me dejó.

Se dieron otro beso, pero esta vez mucho más largo. El tiempo se detuvo para el escritor, al que le faltaban manos para envolver, para estrechar, para abrazar a la chica.

—¡Para! —le pidió Beylin— ¡Cómo te pones por un mate!

—¿No te gusta?

—¡Sí, querendón! Me gustan los hombres románticos, besuqueadores... como tú. ¿Tienes prisa?

En ese momento se acordó de las palabras de Maciá y de David Muntaner, cuando le animaban a que se quedara en La Habana el tiempo que quisiera. Optó por contestar a la chica sin palabras.

Quizá se llegaron a dormir otra vez. Beylin se reclinó para tomar su reloj, que lo había dejado junto a la mesilla, y saltó de la cama.

—¡Me tengo que marchar!

—¿Cómo? —preguntó el español casi a la vez que pegaba un bote en la cama.

—Sí, no me puedo quedar más tiempo.

—¿No vas a desayunar? —Alberto no entendía la súbita reacción de urgencia de Beylin.

—No, al restaurante no puedo bajar, porque no me tienes registrada.

—Da igual, te registro —el escritor quería retenerla como fuera, no repararía en gastos por ella.

—¡No! —exclamó casi asustada.

—¿Por qué no te puedo registrar?

—Porque no quiero estar registrada. Mira, yo me voy a duchar y después me marcho.

Alberto presenció cómo la chica se levantaba de la cama, recogía atropelladamente su ropa y se metía en el baño.

Pensó rápidamente en sus pertenencias: en su cartera, en su pasaporte, en el dinero, pero estaban muy bien guardados en la caja fuerte de la habitación. «Era curioso —pensaba— pero he puesto como combinación los seis números que representan el día de mi boda con Sofía». Seguro que cuando se casó nunca podría haber imaginado que esa fecha iba a acabar como combinación de una caja fuerte y, además, puesta para que otra mujer no le pudiera quitar sus objetos personales. «Para pagarle tendré que recordar el día que me casé», concluyó, intentando ahuyentar cualquier remordimiento que pudiera asaltarle.

Se quedó en la cama un rato más mientras oía cómo caía el agua de la ducha en el cuarto de baño. Miró la hora y vio que eran las

nueve de la mañana. «Las tres de la tarde en Madrid», calculó. Y pensó que cuando se marchara Beylin llamaría a su mujer. Luego bajaría a desayunar y se daría otro paseo por La Habana.

Cuando la chica salió del cuarto de baño, ya vestida, Alberto se encontraba asomado a la ventana viendo el continuo espectáculo en que se convertía una calle habanera a primera hora de la mañana. El mar a lo lejos, mostrando la variedad de tonalidades que las corrientes producían sobre su superficie, los autobuses de pasajeros, que recibían el nombre de *camellos*, circulaban por la calle y los supuso atestados de gente, como los que había visto pasar por el Parque Central, grupos de colegiales todos completamente uniformados camino de la escuela. El escritor encontraba en la mera visión de la calle el mayor espectáculo de la ciudad.

Beylin se acercó al hombre. Según cruzaba la habitación él volvía a contemplarla y seguía sin poder creer que el azar le hubiera puesto ante una mujer como ella. Con su camisa y falda blancas, y su ropa interior morada.

—¿Cómo voy a hacer para poderte ver otra vez?

—¿Te doy mi teléfono? —preguntó la muchacha—. Es de nuestro vecino, pero nos deja utilizarlo. ¿Quieres que nos veamos esta tarde?

—No, deja, ya te llamo yo. Dime que apunto —y diciendo esto, se dirigió hacia la mesa donde tenía extendidos algunos papeles. Pensó que otra noche igual iba a ser demasiado exceso.

Una vez que tomó nota del número, la pareja se volvió a dar un beso, el beso más largo de todos los que se habían dado vestidos, junto al quicio de la ventana.

Al salir de la habitación Beylin se cruzó con una de las camareras del hotel. Las dos se miraron, pero no se dijeron nada. Evidentemente, sobraban las palabras.

Alberto, mientras, pensaba en el sujetador morado de Beylin, y en el blanco de Luré, y en la sofisticada ropa interior de Sofía. Cerró los ojos, se giró y volvió su vista otra vez a la calle. A sentir el calor de La Habana, a percibir el olor de La Habana, a huir durante un momento de todo lo que en ocasiones, y esa era una de ellas, le

atormentaba.

27

Al capitán Monaga le caía el sudor por las sienes. Pensaba que en aquel edificio oficial tendría que haber unas condiciones de trabajo mejores, sobre todo cuando tenían que ir vestidos de uniforme. Cuando su aire acondicionado llevaba funcionando unas horas, empezaba a notarlo lento y que no emanaba la corriente de aire frío que su despacho necesitaba.

Tenía sobre su mesa un informe de seguimiento de los *PPE* que en esos momentos se encontraban en la isla. Era el cometido que la Revolución le había encomendado. No era cuestión de vigilar periodistas acreditados, ya que ese colectivo era gestionado desde otro departamento. Él tenía la responsabilidad de la vigilancia de aquellas personas que, ejerciendo cualquiera de esas tres profesiones que englobaban aquellas siglas, hubieran entrado en la isla sin identificarse como tales.

Tres eran españoles y uno francés. El último no le preocupaba ya que había venido con su mujer, teóricamente de viaje de bodas. Monaga nunca se creía nada y desconfiaba hasta de lo que para otros era evidente. Jamás suponía una apariencia. Jamás. Pero en cualquier caso, esta situación le parecía quizá más creíble que otras, ya que había llegado el martes día 20 e iba a estar en la isla solamente una semana, sin moverse de la capital.

Los españoles eran otro asunto. Uno era un político de un partido nacionalista que se encontraba en un viaje teóricamente de descanso. Llevaba en La Habana cinco días y antes había estado otros cinco en Santiago. En principio le quedaban todavía cuatro días, que el capitán Monaga quería que se le pasaran lo más rápido posible.

Le trajeron un café mientras examinaba las fichas que le habían ido rellenando con la actividad diaria. «A priori —pensaba— su comportamiento está siendo bastante normal. Similar al de cualquier turista: ha ido a varios museos, incluido al de la Revolución, sin repetir en ninguno, ha cenado todas las noches en un restaurante diferente, siempre en compañía de la que dice que es su señora». Pero

lo que más le incomodaba a Monaga era que ese político hablaba demasiado con la gente, y eso no le gustaba. Por el operativo que le tenían montado, parecía que más que hablar, escuchaba a los cubanos, algo que dentro de lo peor, era lo menos malo.

El segundo español era un periodista de un diario de tirada nacional. Había venido solo ya que se había separado recientemente, según lo que le habían informado desde Madrid, y parecía claro cuál era el motivo de su viaje a Cuba. Llevaba una semana en La Habana y tenía contratada otra más en Varadero. «Por lo menos, no se me anda moviendo por la isla —se alegraba Monaga— que no hay cosa que más nervioso me ponga que esos que no paran de aquí para allá, preguntando a la gente, y contándoles cosas».

Por último llegaba el nuevo, ese Alberto Rodríguez García, o Alberto Rodríguez-Conde, o como se quisiera llamar, maldijo. Le tenía localizado en el hotel Presidencial, pero todavía no tenía ningún informe suyo. Tomó el teléfono y llamó a su ayudante:

—Gálvez, ¡venga a mi despacho!

En unos instantes apareció el teniente Gálvez en el despacho de su superior.

—Gálvez, ¿cómo va el operativo con ese escritor español que llegó el pasado lunes?

—Capitán, me preocupa mucho este escritor.

—¿Por qué? —Monaga se inquietó.

—Porque no ha dicho que es escritor.

—¿Y qué ha dicho que es?

—Vendedor de carros.

—¿Vendedor de carros?

—Sí, eso está diciendo que es —respondió, lacónico.

Monaga miró el expediente de Alberto, y lo repasó.

—¡Ese hombre es un gil!, como dice ahora la gente joven. ¿Quién se va a creer que un vendedor de carros se venga desde España a Cuba, durante tres semanas, a un hotel de lujo?

—Por eso me preocupa, capitán.

—A mí también me preocupa Gálvez. Es una excusa malísima, infantil. Es imposible que alguien se lo crea.

—Ya, eso pienso yo también.

—Y el operativo, ¿cómo marcha?

—Bien, ya lo tenemos montado, y a partir de mañana empezaremos a tener los informes por escrito de sus movimientos.

—Gálvez, dedíquele a esta persona la máxima atención. Ha entrado mal en nuestro país. Primero con la argucia de cambiarse de apellidos, que un poco más y no le detectamos. Y ahora contando eso de que es vendedor de carros. ¡Tres semanas un vendedor de carros...! Ese hombre puede ser mucho más peligroso de lo que nos imaginamos, porque ha entrado con felonías.

—No se preocupe, capitán, haremos de él un seguimiento diario muy completo.

—Eso espero, Gálvez. Eso espero.

El teniente abandonó el despacho y el capitán Monaga se levantó de su silla y se acercó a la ventana donde se hallaba el voluminoso aparato de aire acondicionado.

Miraba a la calle y pensaba en el trabajo que desempeñaba. Siempre persiguiendo a la gente, persiguiéndolos en la sombra, persiguiéndolos sin que ellos se enteraran. *Hasta la victoria siempre*, leía el rótulo de hierro que tenía a su derecha. Estaba convencido de que la vigilancia formaba parte de su estilo de vida, y que en cualquier lugar y de cualquier modo podía aparecer el enemigo. Era evidente, pensaba, que la Revolución nunca estaría terminada, y que la palabra *siempre*, que acuñó el Che Guevara, se mantendría vigente día a día, semana a semana, año tras año.

Volvió hacia su mesa y miró las fotos de Fidel Castro y de Camilo Cienfuegos. Los dos sonrientes, los dos guiándole en su quehacer diario. El uno con la luz, el otro con la sombra. Y en el centro de los dos cuadros, su bandera cubana. La más linda, pensó.

28

Sonaba un teléfono, uno más, en la mesa de tesorería. Sofía lo descolgó y no pudo contener su alegría al comprobar quién era su interlocutor:

—¡Alberto!

Casi atropelladamente, la pareja mantuvo unas primeras frases de júbilo por el encuentro. Se preguntaron por cómo se encontraba cada uno y Sofía se interesó por cómo estaba instalado. Después, algo más calmada, le preguntó por su faceta profesional.

—Bueno, ¿y ya sabes de qué vas a escribir?

—De momento estoy tomando contacto con la gente, que por cierto es bastante pesada. Cuando vas por la calle no paran de ofrecerte de todo —el escritor pensó en Beylin.

La mujer le anunció la gran noticia que suponía para ella su viaje a la isla:

—He arreglado la próxima semana, y voy a ir a verte, claro, si me aceptas —bromeó, echándole un brindis a la complicidad.

Alberto se alegró, aunque comedidamente. Intentó que no se notara su inquietud por el teléfono. Después de charlar de banalidades se volvieron a dedicar unas cariñosas palabras hasta que ambos cortaron la comunicación.

Nada más colgar Alberto se sintió un tanto desorientado. La chica de ayer, todas las otras personas que había conocido, el anuncio de la presencia de su mujer para la próxima semana, veía cómo las noticias se sucedían quizá más rápido de lo que él era capaz de asumir.

Salió de la habitación y se cruzó con la camarera que movía el gran carro de limpieza donde llevaba todos los útiles necesarios. Los dos intercambiaron una mirada cortés. Pensó que igual había visto salir a la chica de su habitación, lo que le hizo sentirse un poco incómodo ante la mulata de uniforme que le daba los buenos días.

Entró en el restaurante y se sentó a la misma mesa que el día anterior. Por la hora, era ya de los últimos, y en el comedor había

muy poca gente.

Se encontraba con hambre, algo que era lógico después de la noche que había pasado con aquella mujer. Se sirvió del bufé. Al volver a su mesa se le acercó una camarera con dos jarras:

—*Coffee*, *sir*?

—Oye, ¿por qué me tomáis por inglés? —preguntó Alberto, algo irritado con la joven.

—Perdón, pensaba que usted era inglés —la muchacha se ruborizó.

—No, soy español.

—Bueno, pues se lo preguntaré en español.

La chica dibujó una pequeña sonrisa a la vez que le preguntaba al turista:

—Buenos días, ¿quiere usted café?

—Sí, quiero café. Con leche fría.

—Perdone, solo he traído la jarra de la leche caliente, voy a por la de la fría.

Alberto siguió comiendo mientras veía cómo la joven desaparecía por la puerta de la cocina. Al momento apareció con una jarra en cada mano.

—¿Me permite?

Según le servía la leche, aprovechó para preguntarle.

—¿Tú no estabas ayer?

—No señor —respondió la camarera—, libré, para mí fue día feriado. ¿Vino usted ayer?

—Sí, fue mi primer día. ¿Cómo te llamas?

—Marcia, señor.

—Por favor, no me llames de usted.

—Es que no nos tienen permitido que lengüeteemos con los clientes.

—Bueno, nadie tiene por qué saber si estamos hablando de la leche, o si te estoy preguntando el nombre.

—No, aún así, no puedo en verdad. Si quiere algo me lo pide, y ahora, con su permiso...

Alberto aprovechó la ocasión para mirar bien su cuerpo mientras

se marchaba y seguir pensando que las mujeres que estaba tratando eran muy diferentes a las que él había conocido.

29

El escritor salió a la calle y volvió a recibir la bofetada de calor. Nada más cruzar la puerta del hotel se le acercó un joven:

—¿Taxi señor?

—No, gracias.

Fue la respuesta instintiva que le dio pero, al cabo de unos instantes, pensó que igual no era tan mala idea la de ir en taxi a la plaza de Armas para comprar algunos libros, para empezar a ir tomando ideas. Se volvió al taxista.

—Sí, ¿me puedes llevar a la plaza de Armas?

—¡Anjá! ¡monte!

El taxi era un Dodge muy antiguo, precioso y muy bien cuidado.

—¿De qué año es este coche? —se interesó, nada más acceder a su interior.

—Del cincuenta y dos.

El vehículo tomó el paseo del Prado y, por la avenida del Puerto, se presentó en unos instantes en el destino, parando junto al Templete. Después de pagarle lo que indicaba el taxímetro y declinar un ofrecimiento de puros, Alberto salió del coche.

La plaza de Armas presentaba una gran animación, con todas las estanterías móviles llenas de volúmenes y una multitud de personas mirando tanto los libros más vinculados a la propaganda institucional como los que más valor tenían y por lo que hacía que ese mercado tuviera fama: los ejemplares antiguos. En el centro de la plaza, junto al monumento a Céspedes, pudo ver unos músicos que entonaban las notas de una canción que Alberto conocía perfectamente:

...se queda la clara,
la entrañable transparencia,
de tu querida presencia,
Comandante Che Guevara.

Mientras, un grupo de turistas inmortalizaba aquella escena en

sus cámaras.

Llevaría menos de cinco minutos mirando cuando se le acercó por detrás una persona:

—¿Te acuerdas de mí?

Alberto se volvió y reconoció a su interlocutor, aunque no fue capaz de recordar su nombre.

—¡Sí hombre!, nosotros nos vimos ayer aquí.

—Claro, usted es el madrileño, el de la capital del reino.

—Veo que me recuerdas bien.

—¡Por supuesto caballero! ¿Y de qué tú quieres algún libro?

—No sé, miraba —dudó—, ¿qué me puedes ofrecer?

—Tengo aquí varios de historia que te pueden interesar. Oye, por cierto, ¿tú a qué te dedicas en Madrid?

—Vendo coches *Citröen* —Alberto ya lo tenía tan completamente interiorizado que lo dijo sin pensarlo.

—Pues mira, de máquinas tengo varios que seguro te gustarán.

El hombre estuvo agachado buscando en una caja y en unos segundos se incorporó con varios en la mano y se los entregó. Todos eran muy viejos y estaban relacionados con la automoción: *Las carreteras de Cuba* (1957), *El Cadillac: un mito sobre ruedas* (1966), *Los coches de la Revolución* (1973) y *La amortiguación hidráulica* (1981). Alberto se preguntó para qué podría querer esos libros. Pero, si iba diciendo a todos que trabajaba vendiendo coches, era también muy lógico que ese tema le tuviera que interesar.

—Muy bien...

—Bravo, Justo Bravo para servirle.

—Eso Justo, ¡muy bien!, pero también querría de otros temas. Por ejemplo, de historia.

El hombre se fue rápidamente a otro expositor de madera:

—Aquí están los de historia, no son de historia del automóvil, pero te pueden gustar también.

—No, no solo quiero leer cosas de mi profesión, quiero interesarme por la historia de Cuba.

—Pues aquí tengo de lo de la playa de Girón. Este es muy bueno —tomó uno en el que se veía en la portada un tanque apuntando a un

barco—. Y también te puede gustar la biografía de Camilo Cienfuegos, uno de los comandantes que nos llevó a la victoria frente a la tiranía.

—¿La tiranía?

—Claro, la tiranía de Batista.

—¡Ah, sí, claro! —Alberto recordó rápidamente la figura de Fulgencio Batista, el dictador a quien Fidel Castro arrebató el poder.

—Y aquí tengo otro, sobre los aviones espías americanos con aquello de los misiles.

Allí estuvo un rato, quizá demasiado largo pensó después, y terminó con diez libros, cuatro de automoción y seis de historia contemporánea cubana. Negoció con Justo lo que le debía.

—Mira madrileño, más no te puedo bajar, pero te voy a regalar este de pelota, que allí en Madrid solamente habláis de fútbol.

Le puso sobre la mano uno del reglamento del béisbol, que hacía el número once, y que Alberto no rechazó.

—Con esto me pagas, y ¡aquí paz y en el cielo gloria!

Se despidió de Justo, que se ofreció para acompañarle a un taxi al ver lo cargado que iba el turista español. Después de tomar un coche, justo donde le había dejado el anterior, y de haber esquivado la invitación de tres personas para que comprara puros, llegó de nuevo al hotel con toda la carga.

Al estacionarse el coche se acercó servilmente uno de los porteros que estaban en la entrada del hotel, y le ayudó a sacar las bolsas de libros. Le acompañó hasta el ascensor hasta que tuvo que decirle varias veces que no hacía falta que le ayudara más.

Cuando se hallaba a pocos metros de su habitación vio la puerta abierta y dentro a la camarera arreglando la cama.

—Perdón, me retiro —se excusó la chica al verle entrar.

—No, deje, solamente vengo a dejar los libros, continúe por favor.

Siguió haciendo la cama y Alberto no pudo esquivar la vista de los muslos que la chica le mostraba, mientras se reclinaba para poner la colcha. Ya sabía que la longitud de las faldas era un común denominador, y la camarera no iba a ser la excepción.

Cuando se volvió a preguntarle, casi le pilló con los ojos puestos

donde terminaba la tela:

—¿Ha pasado frío esta noche o quiere que le quite la sobrecama?

—No, está bien así. Oye, perdona, ¿cómo te llamas?

—Omara Cardoso, señor.

—Vengo de la plaza de Armas donde me han vendido un montón de libros.

—Sí, ya veo que viene usted muy cargado —confirmó la tímida mujer.

—No tenía intención de comprar tantos, pero ya sabes cómo se ponen de pesados tus compatriotas.

—Sí, me lo puedo imaginar —acompañó el comentario con una sonrisa.

Alberto extendió los libros sobre la mesa que había junto al minibar.

—Si quiere, de verdad que me marcho.

—No Omara, por favor. Por cierto, tu nombre nunca lo había oído.

—Es el femenino de Omar, que igual ese nombre sí lo ha oído. Se llamaba así mi madre.

Se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, adiós Omara.

—Chao señor.

Dejó que Omara siguiera haciendo la habitación y volvió a salir a la calle.

30

La salida del hotel de Alberto fue similar a las anteriores: taxi, guía, puros... fue cuando tomó la calle Neptuno cuando se sintió aliviado por haberse librado de la presión que los cubanos ejercían sobre el turista. Sería su vestimenta, o su tez, o el color de su pelo, pero sentía como si llevara un cartel que lo señalara.

Se cruzó con dos mulatas:

—¡Chao lindo! —le deseó una de ellas.

No contestó y siguió andando.

El poco tráfico reinante hacía que la gente no caminara por la acera y lo hiciera por la calzada. De repente le vino un fuerte olor. Rápido comprendió la procedencia cuando vio a dos personas que estaban transvasando gasolina entre dos bidones de plástico en el maletero de un coche aparcado.

Había pasado el cruce con Amistad cuando se encontró a cuatro personas que jugaban al dominó en un portal. Era el juego de mesa que más le gustaba.

Se acercó a mirar y recibió el saludo de uno de los jugadores.

Ya llevaban varias vueltas, porque alguno solo tenía tres fichas, mientras que el que le había saludado todavía andaba con seis. Los cuatro estaban sentados en sendos ladrillos y la tabla que hacía de mesa la tenían sujeta por las rodillas de todos. Le llamó la atención las gorras de visera que llevaban dos de los jugadores con la serigrafía en la parte delantera de marcas de tabaco americanas: *Marlboro* y *Winston*. Le pareció extraño. Otras dos niñas estaban como él, mirando.

Las fichas fueron cayendo y, por fin, terminaron la partida. Uno de los jugadores se levantó y anunció que se tenía que marchar.

—¿Dónde vas Julián? —preguntó uno de los presentes.

—Tengo que irme. A la una empiezo el turno.

—Y, ¿qué hacemos? —se preguntó otro.

El que se había quedado sin compañero, preguntó a Alberto:

—Usted, ¿sabe jugar?

Sin dar mucha opción a que se lo pensaran, se sentó en los ladrillos que había dejado libres el que se había marchado y apoyó sobre sus rodillas el lado de la tabla que le tocaba, encajando perfectamente en el grupo.

—Yo me llamo Alberto —indicó, a modo de presentación.

Empezaron a jugar, poniendo las fichas horizontales, en vez de verticales, por la poca estabilidad del tablero. Las dos niñas mulatas se miraron y se rieron.

La partida discurrió muy animada, interesándose todos los jugadores por la procedencia del nuevo compañero, cuánto tiempo llevaba en La Habana, en qué hotel se alojaba, qué hacía en Madrid, si estaba casado, incluso hasta recibió de uno de ellos una proposición para venderle puros muy buenos, originales, que los sacaba un amigo de su hermano que trabajaba en una fábrica de Viñales.

Pudo estar jugando allí casi una hora, y en ese tiempo se fueron alternando espectadores de todo tipo, pero en ningún caso turistas. Tanto mujeres mayores, como jóvenes, pero sobre todo hombres. La presencia de un extranjero en esa partida había levantado una inusual expectación.

Cuando decidió marcharse, el que había sido su compañero le intentó convencer para que se quedara un rato más.

—No, de verdad, ya tengo que marcharme.

—Mira madrileño —le explicó el cubano— nosotros estamos aquí muchos días antes de comer, pero sobre todo, a última hora de la tarde. ¡Lléguese y nos echamos un pitén cuando quiera!

En eso quedó. Se levantó y si se hubiera puesto a contar cuántos podría haber congregado la insólita partida, seguro que llegaría a las diez o doce personas. Miró a muchos, pero no se dio cuenta de que a uno ya lo conocía.

—¡Oiga!

Se giró y vio su cara, pero no fue capaz de recordar dónde le había visto.

—Nosotros nos vimos el otro día en el Parque Central. ¿No se acuerda de mí?

—Si, sí me acuerdo de ti, lo que ya no recuerdo era tu nombre.

—Orestes me llamo.

—¡Es verdad, Orestes!

Los dos echaron a andar por la misma calle por donde había llegado antes Alberto.

—Tú eras el que trabajabas en un agro.

—¡Cierto hermano!, ¡qué memoria que tú tienes!

—Estoy conociendo a muchas personas y va a llegar un momento en que no voy a saber quién es quién.

—Lo de los puros ¿te lo has pensado?

—No de verdad, no tengo a quien regalarle. Gracias otra vez.

Se despidieron y Alberto siguió andando por la calle Neptuno, camino del hotel. Pensaba que se despistaba un poco, que llevaba todavía poco tiempo en Cuba, pero lo que estaba haciendo en la ciudad se alejaba diametralmente del objeto real de su viaje. Había venido para escribir una novela y llevaba dos jornadas y no había avanzado nada. Solamente había comprado unos libros que todavía ni siquiera había hojeado.

Se cruzó con un chico joven que le ofreció puros. Los rechazó y el improvisado vendedor le siguió unos metros hablándole de las bondades de los habanos que vendía:

—Son petacas de cinco *Cohíbas Panetelas*.

—No, de verdad.

—Tengo también si quiere los *Lanceros*, pero esos tienen que ser en cajas de veinticinco.

Se paró en seco y se encaró con el chico.

—Mira, no me sigas más. ¡No quiero puros! —se ratificó, subiendo ostensiblemente el tono de su voz.

El joven se apartó y dejó de seguirle.

No hubo andado muchos más metros cuando se cruzó con una mulata que le preguntó dónde iba tan solo.

«Así —pensaba—, va a ser muy difícil que me concentre. No puedo dar más de dos pasos sin que me salga alguien con los puros, con la soledad, con aquello que de dónde vengo, que a dónde voy».

Alberto llevaba dos días y empezaba a estar un poco cansado de tanto acoso psicológico que creía estar recibiendo.

Según caminaba, recordaba la partida y todo lo que la había rodeado. Esos hombres desocupados, esos ladrillos utilizados como sillas, esa tabla convertida en mesa, esas niñas mirando, era todo como irreal, similar al decorado de una obra de teatro. Y las casas, todas tan sucias, faltándoles ladrillos a las fachadas, barandillas a los balcones, cristales a las ventanas y a veces, hasta ventanas a los cercos. Parecía que, lo que había visto de La Habana, lo poco que todavía conocía de la ciudad, como si fuera un decorado viejo y derruido en el que en un día lejano rodaron alguna película y que el presupuesto se acabó justo cuando llegó el momento de desmontarlo todo, y se quedó así, triste y ruinoso, desvencijado, olvidado.

Un hombre mayor le llamó desde una puerta:

—¡Oiga! ¿Puede venir un momento?

Alberto se acercó a su lado.

—¿De dónde es usted?

—Soy de Madrid.

—Mi abuelo era de Tarancón, en la provincia de Cuenca, eso ¿está cerca de Madrid, verdad?

—Sí, a cien kilómetros más o menos —calculó el escritor.

—¿Y cuánto lleva aquí?

—Un par de días.

—Ya sabe que no debe cambiar dinero por la calle, solo en las cadecas.

—¿Qué es eso?

—Las casas de cambio, las que hay en los hoteles y en la calle Obispo.

—Sí, eso es lo que hago. Gracias.

—¿Y por qué ha venido a La Habana? —se interesó el anciano.

—Vengo a pasar unos días de descanso.

— La ciudad está muy mal, está como nosotros: ¡Escachada!

— Bueno, se ve un poco deteriorada.

El hombre abandonó su puerta y le cogió del brazo, llevándole hacia el centro de la calle. La áspera piel de la mano de aquel señor agarraba al escritor un poco más fuerte de lo que hubiera sido normal y, bajando notoriamente el tono de voz, murmuró:

—El caudillismo de Fidel nos tiene en la mezquindad.

—No diga eso, yo no veo a nadie pidiendo.

—Nos tienen prohibido pedir a los turistas. Si te ven mendigando nos llevan a la estación de policía.

—¡Qué me dice! —a Alberto le extrañó la tajante afirmación del viejo.

—Sí, y yo ya estuve una vez..., y no quiero volver.

—¿Y por qué le llevaron?

—Pedía dinero para leche para mi nieta y me encanaron tres días allí, y me dieron de piñazos.

El español miraba al hombre y le parecía increíble lo que escuchaba.

—Ustedes, con sus visitas a Cuba, ayudan a mantener este sistema, ya que vienen aquí a dejarle un platal con el que Fidel nos oprime. Cuando vuelva a Madrid, cuente cómo vivimos, cuente lo que ve, cuente cómo están todas las casas descascaradas, cuente que todo se cae a pedazos. No se quede con la decoración del Floridita o con la música de Tropicana. Eso son fuegos artificiales, eso son cortinas de humo que pone el régimen para que ustedes se queden con una parte de la verdad, pero la auténtica realidad la tiene usted en estas calles, en estas casas y en los ojos de nuestros jóvenes y en los de las personas de mi edad, los unos sin futuro y los otros sin esperanza.

—Tengo que marcharme —Alberto se sentía incómodo escuchando aquello.

—Sí, váyase, pero no se olvide de lo que le he dicho.

Prosiguió con su camino, pero volvió la vista otra vez hacia donde había dejado al viejo.

—Oiga, ¿cómo se llama usted?

El hombre lo miró y, a la vez que extendía los brazos en cruz, le contestó:

—¡Qué más da!

31

Cuando entró en el restaurante sintió que no tenía muchas ganas de comer. La conversación que había mantenido con aquel hombre todavía no se le había ido de la cabeza. Por la forma de sujetarle el brazo, sintió como si ese señor le estuviera pasando algún tipo de testigo. Como si ese anciano estuviera enviando una botella al mar con un mensaje, por si alguien alguna vez pudiera leerlo. Alberto sintió que él podría ser el mar.

Se ubicó en la misma mesa en la que se sentó para el desayuno, y vio cómo se acercaba la misma camarera que le había atendido por la mañana.

—Buenos días otra vez, Marcia.

—Vaya, veo que se acuerda de mi nombre. ¿Le traigo la carta?

—¡Caray!, nunca voy a poder hablar contigo mucho más de dos palabras.

—Es que estoy trabajando, y ya sabe que no...

—Sí, ya sé que no os dejan hablar con los clientes cuando estáis trabajando —terminó la frase.

Mientras Marcia se fue a por la carta, aprovechó para mirar qué tipo de personas estaban en el restaurante. Como si estuviera en la Gran Vía de Madrid o en La Rambla de Barcelona, aquel lugar también era un buen observatorio para escudriñar a otras personas. Los huéspedes eran variopintos: familias con niños pequeños, mucha parejas, puede que de viaje de bodas, pensó, algún hombre solo, como él, y algún grupo de hombres o de mujeres que se imaginaba que habrían ido a Cuba a buscar lo que no eran capaces de encontrar en sus lugares de residencia.

Marcia volvió con la carta en la mano y, según se la entregaba medio abierta, le propuso:

—Le recomiendo la tortilla de camarones, que la hace el cocinero muy buena —la muchacha se aventuró con la proposición.

Después de mirarla detenidamente, pidió una ensalada y la famosa tortilla que le había sugerido la camarera.

Pensó en qué había hecho desde que había llegado, y concluyó en que así no podía seguir. Él era escritor, y un escritor prepara el trabajo, piensa sobre la obra que tiene entre manos pero, sobre todo, lo que hace un escritor es escribir, y eso todavía no había empezado a hacerlo, y lo que era peor, todavía no sabía ni sobre qué iba a versar su novela. Las únicas líneas que había plasmado en un papel era en el pequeño diario que siempre le acompañaba y donde ponía una breve reseña de lo que había hecho en el día, con quién había estado y alguna referencia de interés. Un diario de mentiras, o medias verdades, pensaba, un diario donde no ponía nunca la verdad, porque jamás se le ocurriría escribir allí que había conocido a una mujer como Beylin.

Se acordaba de ella, y pensaba en el sujetador blanco de Luré. Por cierto, ¿qué sería de ella? Le contó que trabajaba con su madre haciendo cerámica que luego vendía en los mercadillos. Cayó en la cuenta de que al día siguiente era sábado y pondrían uno cerca de la Catedral, y que a lo mejor la podría buscar por allí. Pero también recordó que Beylin le había dado su teléfono.

Se encontraba en una encrucijada.

Y mientras Alberto comía en Cuba, Sofía dejaba el trabajo camino de su casa para prepararse una pequeña cena. No tenía mucho apetito porque el día, como siempre, como todos los días, había sido muy duro y ello le provocaba inapetencia. Pensaba en su marido, en la pequeña conversación que habían mantenido, y le notaba todavía bastante despistado. Ella sabía que si la literatura fuera un tema suyo, a las seis horas de estar en La Habana ya tendría perfectamente instalado en la habitación de su hotel todo un complejo de operaciones, con cincuenta ideas, veinte esbozos y siete guiones. Sofía era una mujer muy resolutiva, directa y clara, como le decían en su trabajo.

Llegó a su casa y se preparó unos tomates con un poco de sal, como le hacía su madre cuando era niña, se duchó y se metió en la cama.

Hubo un momento de aquel veintitrés de abril en el que el matrimonio coincidió en la cama. En Cuba de siesta, en España de noche, pero los dos en la misma posición, separados por miles de kilómetros y solamente unidos por la postura, pero por la cabeza de ambos discurrían ideas radicalmente diferentes. En un lado del Atlántico la mujer pensaba en que tal vez le dedicaba al trabajo demasiado tiempo y pensamiento, y que descuidaba las verdaderas funciones que le había encomendado la naturaleza. En el otro, el hombre se encontraba confuso por el viejo que se le había cruzado en la calle, por la partida de dominó, por los libros de automoción que reposaban en la mesa, por los hombres y por las mujeres que había conocido, por esas faldas, por lo fácil que eran las cosas allí, por lo sencillo que le había resultado llevarse a la cama a una mujer asombrosa.

Los dos en la cama, en camas distintas, y sus cabezas dando vueltas a ideas completamente dispares. Así, los dos viajaron del mundo de los despiertos al mundo de los dormidos.

32

Por la luz que vio al despertar, Alberto imaginó que había dormido demasiado. Aun así se encontraba cansado. Sería por lo ocurrido la noche anterior, por el acuciante calor, o por la pegajosa humedad, o por el impacto de tanta gente que había conocido en tan poco tiempo, pero su cerebro parecía una olla a presión llena de todo tipo de ingredientes y a punto de explotar. Le dolía la cabeza y se maldecía porque empezaba a pensar que perdía el tiempo, que llevaba dos días y que nada de lo que había hecho entraba dentro de las razones que le habían traído a La Habana.

Dudó qué hacer y anduvo un rato por la habitación, desnudo, como se encontraba ahora el estado general de sus ideas. Se asomó a la ventana y vio pasar a la gente. Era curioso, pero parecía que nadie tenía prisa, que la velocidad de Madrid allí no existía. La gente caminaba más despacio, aventurándose a pensar incluso que paseaban

por la calle sin saber a dónde iban. Pensó en el viejo que no le quiso decir el nombre y se dio cuenta que su ánimo se encontraba más alicaído, más pesaroso, más mustio. Recordaba que, aunque toda la gente que había conocido parecía tener el semblante alegre, su aspecto era destartalado, con ropas escasas y viejas, quizá no sucias, pero sí antiguas.

Luego pensaba en los puros. Era verdad que nadie le había pedido dinero, pero el número de personas que le habían ofertado tabaco era muy elevado, a su juicio, y además en todas las calles y en todas las circunstancias. Y luego pensó en ellas, en las veces que se le habían insinuado. Jamás le había sucedido algo igual en ninguna ciudad, ni de España, ni de Europa. Alberto concluía con que la mendicidad tenía muchas formas de expresarse, y la Cuba que estaba conociendo le mostraba otra forma distinta de pedir dinero en la calle.

Después de tomar una ducha se arregló para salir, pero antes se sentó en su mesa para hojear los libros que había comprado por la mañana en la plaza de Armas. *La amortiguación hidráulica*, «¿para qué habré comprado yo este libro viejo e inútil?», se preguntó. Además, a Alberto no le gustaba la mecánica, por lo que ese ejemplar no le serviría ni siquiera por curiosidad. Tomó los de historia y se centró en el de la crisis de los misiles. Se repetía que había ido a ese país a escribir un libro, no a pasear, no a hacer el amor, no a jugar al dominó.

La fórmula literaria que mejor le había funcionado siempre y que más había encajado a David Muntaner, había sido la narración de un hecho histórico en la primera persona de un protagonista. El intento de invasión de la bahía de Cochinos, que en Cuba se conocía al mismo hecho como *Playa Girón*, podía dar bastante juego, y rápidamente enumeró las posibilidades que podía tener: era un incidente ocurrido hacía poco más de cuarenta años por lo que podría encontrar bastante gente que lo hubiera vivido, incluso que hubiera intervenido en él, tanto por Cuba, como por Estados Unidos. Podía también conectar las hostilidades de la Guerra Fría entre las dos grandes potencias de la época, remarcando los papeles del Che y Kennedy, ambos fallecidos y cargados de un magnetismo popular muy

acentuado. Encontró muchos paralelismos narrativos entre ambas figuras, sobre todo por la temprana edad en que murieron y las circunstancias que concurrieron en ellas. Balas, sorpresa y recuerdo. Mucho recuerdo, mucho icono para vender en librerías y en carteles publicitarios.

Sí, parecía que aquel tema podía ser una buena idea para una novela, y además en la plaza de Armas había visto numerosa bibliografía que podría utilizar para documentarse.

Rebuscando ideas y buceando en los libros comprados allí y en las guías que traía, Alberto pasó gran parte de la tarde, y se planteaba qué hacer el resto del día. Se acordó de Beylin, y también se acordó de Luré. Tenía sus teléfonos. Con la última había tenido una relación muy diferente a la que se podría uno imaginar cuando te encuentras a alguien por la calle. Al principio pensó que era una prostituta pero luego no se comportó como tal. «¿Y si la llamo?», pensó.

33

Justo a las ocho y media en punto, una hora después de que hubieran hablado, Luré entraba en la pizzería del paseo del Prado donde se habían dado cita.

Nada más cruzar la puerta, Alberto se puso de pie en el natural gesto del caballero que se incorpora para recibir a su dama. Luré había venido deslumbrante, con un vestido rojo ceñido y muy por encima de la rodilla, provocando un buen número de miradas acompañadas de giros de cuello.

Se acercó a Alberto y cuando este se disponía a darle un par de besos, ella le plantó un beso en la boca que le dejó todavía más despistado de lo que ya estaba sobre el comportamiento de la chica. Se sentaron uno frente a otro y comenzaron una animada conversación, solo interrumpida por la llegada del camarero con la carta.

—¿Te importa si pido filete de res? Aquí están muy sabrosos.

—Por favor, pide lo que quieras.

La chica había hecho gala de buen apetito en línea con su primer encuentro en el que también hubo comida de por medio.

La decoración de la pizzería era muy austera, las paredes estaban pintadas de negro, solamente moteadas por unos cuadros pequeños con unos lienzos de gruesos trazos multicolores. La iluminación era escasa y la principal fuente lumínica venía de los halógenos que caían desde el techo a cada mesa. Ahí, en ese entorno, la belleza de la chica se acrecentaba aún más y sus ojos, las curvas de sus mejillas, su boca al sonreír, le tenían a Alberto totalmente ensimismado.

No había que ser muy imaginativo para pensar cómo terminaría esa cena y Alberto quería disfrutar cada momento, cada minuto previo que pasara con ella.

—¿Me dijiste qué tú hacías en Cuba?

—He venido con un viaje que me ha pagado la empresa.

—Por lo de la venta de carros.

—¿Cómo lo sabes? —se extrañó el escritor.

—Me lo dijiste tú, ¿no te acuerdas?

—Es que en estos días he visto a mucha gente, me han hecho muchas preguntas y ya no sé lo que he respondido a cada uno.

—¿Es que a cada uno le respondías cosas diferentes? —dedujo la muchacha, muy sonriente, como era su forma habitual de ser.

—No, quiero decir... —Luré no le dejó terminar, y soltó una estruendosa carcajada.

—No te pongas tú nervioso mi amor, que estaba bromeando.

Alberto se rehizo.

—No, es verdad, en estos días he tenido la sensación de que he hablado con todo el mundo con el que me he cruzado por la calle y, sobre todo, he contestado preguntas suyas.

—Es normal mi amor, para nosotros los yumas sois la novedad, nosotros ya nos tenemos bastante vistos.

Pensó que ella lo llamaba *novedad*, pero realmente tendría que haberlo llamado *dinero*. Esa era la sensación que sacaba de la mayoría de los encuentros con cubanos. Dinero y dinero, la posibilidad de obtener algunas monedas rápidas y sencillas, y encima cerrar la operación con una sonrisa.

—Será —concluyó el escritor.

El camarero interrumpió la conversación con los primeros platos en los que ambos habían coincidido: espaguetis con langosta. La chica miró el plato con bastante más apetito del que estaba mirando Alberto el generoso escote de Luré.

—¿Y toda tu familia es de Cuba?

—Pues claro, ¿y de dónde tú crees que pueden ser si no?

—¿Y te han hablado tus padres de lo de la playa Girón? —sondeó el madrileño, que entendió que podría aprovechar la oportunidad para indagar sobre su nuevo proyecto literario.

—¿Dices de aquello de la invasión? Yo no había nacido.

—Ya, por eso te digo si tus padres te han hablado, si se comenta en tu casa aquello.

—No, lo recuerdo del colegio, pero ellos no me han hablado nunca.

Por la manera que Luré tuvo de contestar interpretó que era

posible que el padre hubiera participado en aquel episodio, pero no parecía que quisiera hablar del asunto.

La mujer le contó que aquello de la playa de Girón fue un intento de invasión de la isla por parte de mercenarios a sueldo de los norteamericanos y que el pueblo reaccionó valientemente, reduciendo a los intrusos y salvaguardando la libertad de todos los cubanos. Solo faltó decir que había sido en 1961, pero el resto era lo que él ya sabía, por lo menos la primera parte. La segunda estaba claro que era lo que les contaban en las escuelas cubanas y que, por lo visto, la chica había aprendido con gran aprovechamiento en sus años jóvenes.

Alberto no quiso continuar y prefirió hablar de las costumbres que ellos tenían. La chica le dijo que en Cuba solamente venían los Reyes Magos a casa de los niños ricos.

—¿Pero en Cuba hay niños ricos y niños pobres?

—Sí, hay diferencias económicas, mi amor. ¡Como en el país de ustedes!, o ¿es que allí no hay ricos y pobres? Los que están cerca del turismo, suelen manejar más pesos convertibles, pero en Cuba si eres un simple médico o ingeniero, te ves aleteando.

Le extrañó aquella manera de referirse a profesionales que en España, con esas titulaciones, vivirían con desahogo económico.

—Y tú, ¿qué tal te manejas con la cerámica?

—Regular. Tenemos un puesto en el mercado de la Catedral, ¿lo conoces?

—No, todavía no he ido, y me han hablado muy bien —mintió, porque nadie le había dicho nada al respecto, pero entendía que a la chica le gustaría oírlo.

—Pues tienes que ir, tenemos unas figuras de barro muy bonitas, que seguro te gustarán. ¿Oíste?

Siguieron hablando y en un momento la chica le habló del apagón de media tarde.

—No, por esta zona no se ha ido la luz —aseguró categórico el escritor.

—Seguro que sí se ha ido. Cuando se va, que es todos los días, lo hace en toda La Habana, lo que pasa es que en tu hotel tenéis planta, y no os enteráis.

—¿Planta?

—Sí, planta, esos aparatos que funcionan con gasolina para dar energía —la chica se refería a los equipos electrógenos, pero él no la quiso corregir.

El filete de vaca iba cayendo con gran entusiasmo y no se sabía muy bien quién disfrutaba más, si Luré al comerlo o Alberto al verla comer.

—¿Y tú bailas, o eres zurdo?

—No, todo el mundo me dijo que cuando viniera a Cuba volvería bailando hasta en el avión, pero creo que no va a poder ser posible.

—¿Es que no te gusta?

—No me llama mucho la atención.

—Podríamos ir un día a mi casa y allí organizaríamos una fiesta, para ver si aprendes algo y así presumes en Madrid de todo lo que te hemos enseñado en Cuba.

No venía rodado por la conversación, pero el escritor pensó que sería el momento y se lo soltó lo más directo que pudo:

—¿Vamos a la habitación?

Luré le miró muy sería, tanto que le dejó frío por unos instantes.

Al momento contestó:

—Pero, ¿me puedo terminar el filete de res, o tienes mucha prisa?

Los dos soltaron una carcajada en el restaurante que provocó alguna mirada de los otros clientes.

34

Todavía era muy temprano cuando Alberto se levantó y se asomó a la ventana. La vida aún no había arrancado en la ciudad, pero ya se veía algo de tráfico circulando y alguna persona andando por la calle. Miraba hacia la cama y veía la misma imagen que el día anterior a la misma hora.

Pensó que aquello no podía continuar así, que no debía seguir con ese ejercicio de irresponsabilidad ni con la editorial, ni con su mujer, ni sobre todo con él mismo. Que allí no había ido a nada de lo que estaba haciendo, que el viaje tenía que suponer una fuente de inspiración, y no una fuente de adulterio.

Miró a la chica. Su cuerpo dormido se hallaba parcialmente tapado solo por una sábana y aquello parecía un cuadro con gran contenido erótico, ya que la sensación de abandono en que se encontraba la mujer se combinaba con las arrugas de la tela y la endeble luz que entraba por la ventana, mezclada con el alborotado pelo que dejaba caer sobre la almohada.

«Ayer fue Beylin, hoy Luré, y mañana, ¿quién será mañana? —pensaba—. Creo que Sofía no se merece esto y además si por fin viene la próxima semana, la situación se puede complicar, porque ya no es una, sino dos las personas con las que puedo encontrarme por la calle que me podrían poner en una situación muy embarazosa. Tres, si cuento al novio de Beylin, ese taxista, el tal Tati».

Volvió la vista a la calle y se quedó contemplando a una mujer que llevaba un destartalado cochecito de niño, y pensaba en lo reñida que podía estar la felicidad con el dinero, o con la necesidad. La voz de la chica le hizo volver la vista a la habitación:

—Alberto —nunca antes había escuchado su nombre recitado con tanta delicadeza y tanta musicalidad.

—Buenos días, Luré.

Levantó la cabeza de la almohada, mirándole a través de la mata de pelo que la tapaba la cara y que solo le dejaba entrever uno de los ojos. Con la mano se separó la melena y fue ahí cuando Alberto pudo

ver el precioso rostro de la mujer al despertar. Era una hermosa criatura, podría decir que como nunca había conocido, pero no sería cierto. La del día anterior también lo era. En ese momento recordó los hoscos despertares de Sofía, los sábados o domingos que era cuando coincidían, porque el resto de días, cuando él se levantaba, ella ya se había marchado, y recordaba aquello que le decían que tenía una mujer muy elegante y muy inteligente. «Sí, sería todo eso —pensaba —, pero mi mujer nunca me ha regalado una cara como esta una mañana a primera hora».

Luré se incorporó parcialmente, quedándose de lado. Levantó la sábana y mostró su cuerpo completamente desnudo. Le clavó la mirada en sus ojos y le dijo, en un tono que sería irrepetible por cualquier otra persona, una sencilla palabra:

—Ven.

Alberto la miraba y sabía que eso no podía ser, que era una falta de respeto a todo a lo que se debía. Instintivamente miró la caja de preservativos que estaba en la mesilla.

Se despertó con el ruido de la ducha. La chica, al igual que Beylin el día anterior, estaba dándose una larga sesión de cuarto de baño. Miró sus pertenencias, el vestido rojo, la ropa interior blanca y el bolso negro. Le llamó la atención lo ordenado que había puesto todo encima de una silla, a diferencia de la del día anterior, que lo dejó todo tirado.

Abrió la caja fuerte y le dejó junto al bolso la misma cantidad que había dado a Beylin, y fue a la ventana para respetar su intimidad.

La ciudad se encontraba ya completamente viva, con todo el trasiego de vehículos haciendo unos ruidos infernales, fruto seguramente de su estado mecánico, sobre todo de los tubos de escape y de gente que caminaba de un sitio para otro con la sensación que tenía de que no llevaban rumbo fijo, que lo hacían así porque el guión de la película sobre la que se montaba el decorado de las casas derruidas así lo exigía.

Luré salió del cuarto de baño y volvió a dedicar una sonrisa a los

ojos del arrepentido Alberto. Empezó a vestirse, descubriendo el madrileño lo erótico que podía ser ver a una mujer como ella ponerse la ropa interior. Parecía, pensaba, que lo hacían adrede, que una mujer normal no se pone las bragas como lo estaba haciendo esta chica. Luré le miró y creyó adivinarle las intenciones:

—No me mires así, que me tengo que marchar. ¡Que tú eres muy machazo y te veo con ganas de darte un atrazadón de mí!

En ese momento la muchacha formuló una pregunta que Alberto nunca podría haber imaginado.

—¿Quieres que te regale mis blumers? —Luré se señalaba las bragas.

—¡No! —exclamó Alberto sorprendido y casi asustado— ¿Para qué quiero yo tus bragas?

—No sé, como me las han pedido muchas veces...

Sin quitarle la vista ni un momento, ni dejar de sonreír, la chica se fue poniendo el vestido y volvió a meterse al cuarto de baño, a atusarse el pelo.

Lo que acababa de decir Luré al escritor le volvía a poner los pies en el suelo sobre de qué manera se ganaba la vida la mujer. Él lo sabía. Lo que no le gustaba era que ella se lo recordara. Siempre prefería tener la sensación estúpida de que la chica había ido a su habitación por su gracia, por su simpatía, por sus dotes de conquistador, y no por lo que realmente buscaba en él.

Cuando salió del aseo, cogió el dinero que le había puesto junto al bolso, lo metió dentro de él, sin mediar palabra, y se acercó a su cara. Le volvió a sonreír y le dio otro beso en la boca.

—¿Cuándo nos vamos a volver a ver? ¿Esta noche? Así te dejo descansar durante todo el día, para que cojas fuerzas.

Le pareció que esa mujer no ponía fin a su capacidad amorosa. En ese momento se acordó de cómo le sentaba la ropa interior blanca sobre su negro cuerpo, unido por supuesto a lo que más le atraía de ella, que no era otra cosa que la inmensa felicidad que radiaba con su eterna sonrisa, que no perdió ni un instante. No se le ocurrió qué contestarle y se limitó a posponer la decisión.

—Yo te llamo.

—Sé un restaurante chino que te va a gustar mucho. Está por Zanja, ¿conoces tú esa calle?

—No, no sé dónde está.

—Muy cerca de aquí, mi amor. Sé que a los españoles os gustan mucho los restaurantes chinos, y este está muy bien porque es chino con comida cubana. ¿A qué hora quedamos?

—No, deja, yo te llamo.

—¿Y a qué hora tú me llamas?

—No lo sé, a media tarde quizá.

—Me tienes que dar tiempo a darme coba. Por cierto, me podías tú comprar algo de ropa, que luego sé que te gusto hasta con ropa.

Al escritor madrileño le encantaban las expresiones de la cara que ponía la mujer. No paraba de preguntarse cómo podía ser capaz de insinuarse de esa manera tan directa, y no perder ni un atisbo de frescura en su semblante.

Luré le agarró por el cuello y se acercó de nuevo a su boca dándole otro beso, esta vez mucho más breve. Se separó, emprendiendo el camino hacia la puerta. Antes de abrirla, se volvió y le dijo:

—¡Chao, español!

—¡Adiós, cubana! —respondió Alberto.

Al salir al pasillo se cruzó con la camarera que arrastraba el carrito de la limpieza. Luré la miró con un cierto talante de superioridad, y la empleada bajó la vista al cruzarse con ella. El vestido rojo ceñido y muy corto planteaba una desigual lucha psicológica entre las dos mujeres, y la que salía de la habitación del turista sabía muy bien quién ganaba.

Al cabo de un rato, Alberto salió al pasillo camino del restaurante, pensando que igual ya lo habían cerrado.

—¡Omara! —exclamó, al cruzarse con la empleada del hotel.

—Veo que se acuerda de mi nombre.

—Sí. ¿Sabes a qué hora cierran el restaurante?

—A las diez, pero si llega un poco después, seguro que le dejan pasar —imaginó la camarera—. ¿Le voy haciendo la habitación?

—Sí, por favor, que luego voy a subir y voy a pasarme un rato

en ella.

Alberto pensaba qué sentirían estas chicas cuando por las mañanas se cruzaban con otras compatriotas, no siempre más guapas que ellas, pero con una forma de entender la vida muy diferente. Estaba claro quién tendría más pesos convertibles y, por consiguiente, quién podría acceder a muchas más compras y pasar menos necesidad.

Cuando llegó a la puerta del restaurante se encontró con que una de las camareras cerraba en ese justo instante la puerta de entrada.

—¡Un momento!

—Es que ya es la hora de cerrar.

—¿No me puedo tomar un café?

A lo lejos se oyó una voz que daba instrucciones para que la puerta no se cerrara. Cuando atravesó el umbral reconoció quien le había dejado pasar.

—¡Muchas gracias, Marcia!

—No sé si debería —insinuó la chica, con una sonrisa medida.

—Solamente me tomaré un café.

Mientras que el resto de camareros estaban recogiendo las mesas y en el salón solamente habría media docena de personas apurando las últimas pastas, Marcia le trajo al escritor una bandeja con un surtido de dulces y una taza que ya llevaba el café.

—¿Cuánta leche?

Cuando terminó de servírsela, aprovechó para preguntar:

—Oye, además de la plaza de Armas, ¿sabes dónde puedo encontrar libros por aquí cerca?

—Sí, en la misma calle Obispo tiene una librería muy grande que se llama La Moderna Poesía. Allí hay de todo. ¿Qué es lo que está buscando?

—Busco libros de historia cubana.

—¿Es usted historiador?

—No, soy vendedor de coches *Citröen* en Madrid.

—¿Y por qué quiere libros de historia? —la chica mostró una graciosa cara de extrañeza.

—Porque también me interesan las cosas que han pasado, sobre todo cómo se enmarca el vehículo dentro de los hechos del siglo

pasado. Por cierto, ¿hoy estás hablando mucho conmigo?

—Es que el jefe no está, pero me voy para dejarle desayunar —la muchacha hizo un ademán de marcharse y el escritor la sujetó por el brazo.

—No, por favor, no te vayas.

La camarera se quedó de pie junto a él.

—Te diría que te sentaras, pero eso ya va a ser excesivo.

—Sí, eso no puedo.

—¿Sabes qué horario tiene?

— Por la mañana lo ignoro, pero por la tarde cierran a las seis. Lo sé porque yo salgo a las cinco y tengo una hora para cambiarme e ir a comprar unos libros que me han encargado.

—¿Vas a ir esta tarde?

—Tenía pensado.

—¿Te importa si vamos juntos?

—No sé —dudó, con poca convicción.

—Sí, ¡venga!, a las cinco te espero en la puerta del hotel.

—¡No, en la puerta no!, que no está bien visto que quedemos con nadie ahí. Mejor vamos a quedar en la entrada de la librería. No tiene pérdida, está al principio de la calle Obispo, muy cerca del Floridita. ¿Lo conoce?

—Sí, ayer o anteayer pasé por él.

—Pues allí a las cinco y cuarto.

Y diciendo esto se puso a recoger el servicio de la mesa contigua donde un grupo de turistas había arramblado con las guayabas, los mangos y las papayas.

35

Volvió a la habitación y barajó las alternativas que se le presentaban. En primer lugar lo que tenía que hacer era actualizar su diario, ya que no había plasmado en él los últimos acontecimientos. Había algunos que no los iba a escribir, porque esas notas podrían caer en manos de Sofía.

Miró la mesa con los libros y decidió quedarse a trabajar un rato. Apartó los de automoción y se centró en el que había comprado sobre la playa Girón, encomendándose a su lectura.

Serían las dos de la tarde cuando había realizado ya varios croquis en un papel y también había subrayado un importante número de palabras, datos y cifras del libro. Parecía que aquello le empezaba a llamar la atención. Miró el reloj y se dio cuenta de que era la hora de comer.

Buscó a Marcia con la mirada pero no la encontró, sentándose en la misma mesa que utilizaba habitualmente. A esa hora en el comedor no había mucha gente ya que el turista normalmente utilizaba los servicios del hotel para los desayunos y, si acaso las cenas, pero las comidas solían estar menos solicitadas. Aun así, tardó un rato en llegar un joven negro con una carta. Se quedó con ganas de preguntar por la chica, pero pensó que no sería buena idea.

Toda la comida discurrió sin que dejara de mirar a la puerta de la cocina, esperando que en cualquier momento apareciera Marcia con alguna bandeja; pero no fue el caso.

Cuando terminó el café se dio cuenta que había estado más de una hora y media sentado. Se preguntaba cómo podía emplearse tanto tiempo en comer, si, además, no había tardado nada en tomar la decisión sobre qué platos pedir ni eran comidas especialmente elaboradas. «Esto tampoco puedo consentirlo —se decía—. No puedo perder al día casi cuatro horas en las comidas».

Alberto se encontraba lleno de sensaciones de inquietud. Empezaba a estar más incómodo en La Habana de lo que le gustaría: los tiempos perdidos, las mujeres deseadas, los charlatanes por la calle. Nada obedecía a sus planes iniciales.

Cuando subió a su habitación miró el reloj y este casi marcaba las cuatro de la tarde. Había quedado en encontrarse con Marcia a las cinco y cuarto, y el hecho de que no la hubiera visto sirviendo las comidas no quería decir que no fuera a acudir a la cita. En cualquier caso, él era el primer interesado en visitar esa librería porque

necesitaba documentarse con el mayor detalle posible de todo lo sucedido en la Bahía de Cochinos, que no se encontraba muy lejos de La Habana y tenía que ir a conocerla.

Se hallaba muy cansado y pensó echarse tres cuartos de hora, que podría ser un tiempo razonable y seguro le ayudaría a reposar un poco la digestión.

En la tercera planta del hotel Presidencial, un hombre se disponía a dormir una siesta mientras, por una de las puertas laterales, otro hombre, elegantemente vestido con chaqueta y corbata, indumentarias muy poco habituales en La Habana, salía del hotel y se subía a un moderno coche que le esperaba.

36

El capitán Monaga se secaba el sudor de su frente mientras esperaba que le anunciaran la llegada del director del hotel Presidencial. Todos los directores de los hoteles de Cuba estaban nombrados desde la plaza de la Revolución, y su designación venía directamente señalada por el órgano más importante del Partido. Alguna cadena hotelera había traído personas de su organización, pero sus funciones quedaban circunscritas a la organización de grupos de pasajeros, montaje de excursiones colectivas, y diseño de interiores; pero los cometidos más importantes, como eran la selección de personal, la ubicación de huéspedes e instalación de la propaganda institucional, estaban reservados a los hombres designados directamente por el Partido Comunista. Los requisitos eran siempre los mismos: tenían que ser cubanos de nacimiento, que además no hubieran estudiado fuera del país, pero que supieran un mínimo de tres idiomas al margen del español.

Estos directores además tenían que viajar con cierta frecuencia al extranjero, para asistir a los encuentros turísticos internacionales más importantes: La BIT de Milán, la ITB de la capital alemana, la WTM de Londres y, alguna vez, a la FITUR madrileña. Con los canadienses de la TTRA mantenían contactos más continuos, ya que ese país era el que mayor número de turistas aportaba a la isla. Siempre que salían al exterior se les acompañaba de una dotación de miembros de la seguridad, para supervisar en todo momento el tipo de encuentros que celebraban.

Además, por supuesto, la absoluta e inquebrantable fidelidad al régimen tenía que estar demostrada y expresamente manifestada, no solo por el interesado, sino también por toda su familia más próxima.

El nivel de exigencia se elevaba sustancialmente si hablábamos de los hoteles más importantes de la capital, en concreto el Nacional, el Parque Central, el Sevilla, el Santa Isabel, el Plaza, el Cohíba, el Habana Libre y, por supuesto, el hotel Presidencial.

Con ellos celebraban reuniones regulares tanto colectivas como

individuales, en las que analizaban la contratación de empleados, el seguimiento de los turistas que más tiempo habían visitado la isla, o los que venían durante más días y, en capítulo aparte, siempre se hacía una sesión monográfica sobre los *PPE*.

El teniente Gálvez entró en el despacho de Monaga, que se encontraba leyendo los últimos informes recibidos en su fax.

—Capitán, está aquí.

—Sí, que pase.

Cuando entró el hombre elegantemente vestido con su chaqueta y corbata, Monaga se levantó y le dio la mano efusivamente:

—¡Gilberto!

—¡Capitán! —exclamó el recién llegado, mientras se daban un fuerte apretón de manos.

—Pasa hombre, ¿cómo tú te encuentras?

—Muy bien.

—¿Cuánto tiempo llevas ya en tu nuevo puesto?

—Desde principio de año.

—¿Y esto es mejor que el Riviera?

—Es un hotel mucho más importante, y le estoy muy agradecido al Partido por la confianza que puso en mí.

—¡Claro que sí, Gilberto! Nosotros sabemos que ustedes, los jóvenes, son el futuro de la Revolución y tenemos que darles las mayores responsabilidades. El hotel Riviera tuvo su momento, pero hoy cada vez tienen más importancia los que están cerca del centro de la ciudad, y por eso a nuestros mejores hombres los tenemos que situar en los puestos más relevantes.

—Gracias, capitán. Tremenda responsabilidad.

—¿Qué tal sigue tu mujer?

—Bien, el niño nacerá para julio, y ya se va encontrando algo pesada, pero va todo normal.

—Me alegro. Siéntate.

Se fueron los tres a una pequeña mesa de reuniones. Monaga tenía interiorizadas unas normas de seguridad, probablemente más que absurdas, pero, instintivamente, se sentó en la silla que se situaba más alejada de las ventanas, mientras que el director del hotel tomaba

asiento en la que estaba más próxima, de espaldas a ellas.

—Gilberto, me preocupa ese turista español.

—¿El señor Rodríguez?

—Sí, el señor Rodríguez o Rodríguez-Conde o como se quiera llamar.

—¿Puedo preguntarle por qué especialmente este *PPE*?

—Porque es un globero. Primero fue con su apellido, que le ubicamos de casualidad gracias a una chivada que le proporcionaron a Gálvez —al oír esto, el teniente asintió con la cabeza, con cierto aire de agradecimiento por las palabras que escuchaba— y en segundo lugar miente con su profesión. Dice que es vendedor de carros, cuando en realidad es un escritor, y ni mucho menos cualquier escritor.

Se levantó de la mesa redonda y fue a la de su despacho. Debajo de varios informes tenía dos libros. Los cogió con la mano derecha y leyó los títulos: *Próxima parada: Cartuja de Valldemosa*, y *Cuando el 20 de junio llegó a Praga*.

—Me han llegado esta mañana desde Madrid por nuestro conducto reservado. Ahora los voy a entregar al comité, para que hagan la valoración.

Gálvez y Gilberto Oñate se miraron con cara de sorpresa.

—Este hombre es uno de los escritores que más libros vende en España, y ya ha sido traducido a varios idiomas, pudiéndose encontrar sus ejemplares en muchos países de América del Sur, además de México y en Estados Unidos de Norteamérica. Señores, tenemos en nuestra casa a uno de los mayores voceros del capitalismo, y no sabemos ni por qué ha venido, ni qué va a hacer aquí, ni con quién se va a entrevistar. Gilberto, veo que te vas a estrenar en el puesto con un caso muy delicado. ¿Se le ha registrado su equipaje?

Gilberto no habló, pero por su gesto, Monaga entendió la respuesta.

—¡Mira Oñate! —ahora Monaga le hablaba por el apellido— la seguridad de nuestro país tiene un punto débil: el turismo. Por razones económicas que yo no termino de comprender pero que tengo que obedecer, nos vemos obligados a permitir la entrada en la isla a demasiada gente. Y cada vez más. Y a veces tenemos problemas para

efectuar la correspondiente identificación y seguimiento de los tipos sospechosos. ¡Concientízate Oñate!, este señor es un hombre muy peligroso para la Revolución. Mira, quiero que hagas un informe diario de a qué hora sale del hotel, a qué hora vuelve, con quién se acuesta, a quién llama y qué dice cuando está al teléfono. Si comunica con España, a qué número lo hace. Quiero que sepamos todo lo que hace en el hotel. De fuera del hotel se encargará la gente de Gálvez —este volvió a asentir con la cabeza— que espero le tenga controlado cada minuto que esté en la calle. ¿Está entendido?

Los dos contestaron con una leve aseveración. Gilberto tragó saliva. Al degradado hotel Riviera no acudía nadie digno de interés, por lo que allí no se montaban las medidas de seguridad que tenían que tomarse en los más importantes, en los que utilizaban los extranjeros que podían complicar la existencia al grupo del Centro Colectivo Rubén Martínez Villena.

—Ahora vamos a ver en detalle cómo tenemos el operativo: Gálvez, te escuchamos.

37

Faltarían unos minutos para las cinco y cuarto cuando, por la puerta del hotel Presidencial, salía un acelerado Alberto camino de la calle Obispo. No quería llegar tarde y tampoco calculaba muy bien las distancias. Cruzó el Parque Central, dejando a su derecha la estatua de Martí, y se encaminó hacia La Habana Vieja.

Según iba caminando le saludó una señora, pero no acertaba a recordar quién era. Le extrañó la familiaridad con que lo hizo y se quedó pensativo sobre dónde la había visto antes.

Cuando alcanzó la esquina de la calle Obispo, donde rápidamente identificó la librería, recordó que aquella señora fue a la que compró leche para su hijo «¿o era hija?» ya no recordaba, el primer día que estuvo en La Habana.

Según llegaba al establecimiento miró la hora en su reloj y comprobó que se había retrasado solo dos minutos. Marcia todavía no había llegado. Tomó la decisión de quedarse unos instantes a esperar allí mismo, en la puerta, después de comprobar que cerraban a las seis de la tarde.

Desde fuera evidenció que a la librería le faltaban libros, o a esa dotación editorial lo que le sobraba era tienda, porque la sensación de desabastecimiento era evidente. Volvió a mirar a la calle y vio a la gente pasar. Por delante de él cruzaron un señor gordo con aspecto nórdico, completamente calvo, de la mano de una joven que rozaría la mayoría de edad. Parecían una atípica pareja de novios.

Mientras esperaba, se le acercó un niño de trece o catorce años que le preguntó de dónde era:

—Y tú, ¿para qué lo quieres saber?

—¿Y es que no me puedes decir de dónde tú eres? —respondió el espabilado muchacho con otra pregunta.

—Soy español, de Madrid. ¿Sabes dónde está España?

—Sí, claro. En la escuela nos hablan mucho de España —contestó, con cara de satisfacción.

—¿Y qué te cuentan de España?

—Que era el país que antes mandaba aquí hasta que conseguimos la liberación.

Alberto asumió la respuesta y tuvo curiosidad por profundizar un poco más:

—¿Y nada más?

—Sí, luego he aprendido que es un país de donde vienen muchos yumas. ¿Me podrías regalar tú algo?

—No tengo nada para regalarte.

—¿Un bolígrafo?

—No, solo tengo uno y no te lo puedo dar.

—No sé, otra cosa —el chaval no se daba por vencido. Había aprendido cuál era la mejor arma que tenía que utilizar con los turistas: la insistencia.

—No, de verdad que no tengo nada para poderte dar.

—¿Y querría comprar unos puros?

Después de que se marchara el muchacho, Alberto se sentía un poco culpable de la cortante respuesta que le dio.

Miró el reloj y comprobó que eran ya las cinco y veinticinco, y Marcia todavía sin llegar. Cuando levantó la vista, tenía plantada delante de él a una chica negra que le miraba muy sonriente. No le hablaba y esa espera de segundos le puso nervioso.

—Perdón señora, ¿nos conocemos?

—Todavía no, ¿quieres que nos conozcamos, bacán?

Entendió qué tipo de respuesta le daba, pero le parecía demasiado descortés darle un desplante, sin asegurarse.

—No entiendo qué me dice.

—Que si quieres compañía.

—No, gracias.

—Pues no sabes tú lo que te vas a perder. Tú eres un maceta, ¡gástate el dinero conmigo!

—No de verdad, no insista.

La muchacha se dio media vuelta y puso camino hacia la plaza de Armas.

No podía continuar más en la puerta y tomó la decisión de entrar en la librería, ya que necesitaba mirar y comprar libros sobre la

playa Girón, y lo de ir con la camarera le parecía una buena idea, pero su compañía no era imprescindible.

Cuando fue a entrar, apareció por detrás una Marcia jadeante:

—Perdone, perdone, me cogió tarde y creí que ya no llegaba.

—Tranquilízate, no te preocupes —al verla sin uniforme, casi no la reconoció.

—Sí, sí me preocupo porque habíamos quedado a una hora y llego mucho más tarde, de verdad perdone.

—En serio, deja ya de lamentarte y vamos a lo que hemos venido, que nos cierran en media hora.

—¿Qué libros son los que busca? —preguntó Marcia.

—De historia.

—Esos están al fondo —indicó, según señalaba con su mano—. Yo mientras voy a buscar uno de costura que me ha encargado mi hermana.

Los dos se separaron y cada uno fue a un lugar dentro de la espaciosa librería. «En una superficie así, en España habría cuatro o cinco veces más libros», calculó el escritor.

Empezó a ver la sección de historia y creyó que se hallaba otra vez en la plaza de Armas. Encontró principalmente libros sobre la Revolución, la toma del Cuartel de Moncada, la acción de los aviones espía sobre la isla cuando los famosos misiles, la vida del Che y de otros revolucionarios y, por supuesto, también encontró los libros que buscaba: *La playa Girón: el fracaso americano*, *Grandezas de nuestro pueblo: Girón*, *Movimientos del Comandante Fidel en el ataque a la playa Girón*, *Kennedy y su ataque mercenario*, *Girón y el espíritu de la Revolución*, y varios más, todos con títulos similares. Pudo contar hasta treinta libros sobre lo que siempre había conocido como la Bahía de Cochinos. Seleccionó seis sin mucho criterio, casi al azar, y se los llevó a la caja. Los dejó allí y se acercó donde estaba Marcia.

—No sé cuál llevarme —dudaba la chica, mientras tenía un libro en cada mano—. Este le gustaría, pero no tengo dinero para un libro tan caro, le llevaré este otro, que es más pequeño pero que seguro también le vendrá bien.

—No te preocupes, si me permites, yo te pongo la diferencia.

—¡Oh no!, no puedo aceptárselo.

—Mira, sí puedes y, por cierto, lo que debes hacer ya es llamarme de tú, tutearnos que decimos en España.

—Es que no sé si me podré acostumbrar, a todos los clientes del hotel siempre los llamo de usted.

—Me parece muy bien, pero ¿crees que ahora nos estamos comportando como un huésped y la persona que le atiende?

La chica se ruborizó y bajó la mirada, para después volverla a alzar.

—No —musitó, casi sin mirarle.

—Pues entonces, de tú, ¿te parece?

—Lo intentaré —sonrió.

—¡Así me gusta! Vamos, coge los dos que te los voy a comprar.

Salieron con las dos bolsas y se quedaron un poco dubitativos sobre hacia dónde dirigir sus pasos.

—¿Tienes mucha prisa?

—Yo ya no tengo servicio hasta mañana en los desayunos.

—Por cierto, hoy no te he visto en la comida.

—Estaba en la cocina, nos vamos cambiando. Por eso he venido más tarde, porque allí se suele acabar después.

—¿Te apetece tomar algo?

—Si me quieres convidar...

—Bueno, veo que ya me tuteas.

La chica le brindó una nueva pequeña sonrisa y la pareja empezó a caminar por la calle Obispo, dirección al puerto.

—¿Te importa que vayamos por otra calle? Obispo ya me la conozco.

—Me da igual, si quieres podemos ir por Obrapía, que es paralela y al final llega al mismo sitio.

Caminaban próximos, pero sin agarrarse.

—¿Y qué tipo de costura hace tu hermana?

—Trajes típicos que luego vende en el mercadillo del Malecón, ¿tú lo conoces?

—No, todavía no he ido.

—Está muy bien, lo ponen cerca del hotel Cohíba.

—Eso del mercadillo será rentable, ahí me imagino que todos los ingresos son limpios.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que lo que ganáis es para vosotras.

—Sí, es verdad, pero al gobierno hay que pagarle y hay veces que perdemos dinero.

—¿Pero no cobran solo si hay beneficios?

—¡Qué va! El gobierno cobra siempre, y el cubano paga también siempre.

Seguían andando por la calle Obrapía donde se mezclaban transeúntes de muy diversa naturaleza. Había algún turista, muy pocos, pero por contra sí se veían muchos chiquillos prácticamente desnudos jugando por la calle al guá, o con tablas con ruedas hechas por ellos mismos. Otros miraban a la gente pasar. Por la pequeña calzada se cruzaban algunas bicitaxis tiradas por sufridos hombres. Las casas estaban desconchadas y la ropa tendida en los balcones, los umbrales de las puertas acusaban el orín de los perros, y por algún portal salía un olor muy desagradable. Alberto comprobó que en todas las casas vivía gente.

Un adolescente hablaba con una pareja de señores mayores que, por su tez, parecían del norte de Europa: *In Cuba* —decía el chico en un inglés muy deficiente— *there are not problems*: *There are three millions of people: Half are people, half are police*. La frase, que escucharon los dos, hizo que se miraran y sonrieran:

—Marcia, ¿sabes mucho inglés?

La chica se encogió de hombros y le contesto:

—Bueno, tengo que saber. Aquí, todos los que trabajamos con los turistas tenemos que saber inglés.

Pasaron por un edificio muy grande en cuyo portal un negro había instalado una silla de peluquero y ofrecía sus servicios con la mejor de sus sonrisas. Detrás se podía distinguir un enorme ascensor que debió de dejar de funcionar hacía muchas décadas. Ya se había dado cuenta algún día anterior que los ascensores de La Habana Vieja debían llevar años parados. Al llegar a la esquina con Aguiar se encontró con un enorme inmueble con la fachada adornada por

columnas jónicas, en cuyo friso todavía podía leerse, aunque ya se hubiera caído alguna letra: *The Royal Bank of Canada*. Aquellos muros que en su día debieron contener mucha riqueza, hoy no eran más que caricaturas de un pasado ya muy lejano.

—Este edificio, ¿qué será hoy?

—No sé, vivirá gente.

—¿No se utiliza como banco?

—¡Que va! En la Habana no hay tanto dinero como para que haya tanto banco.

Siguieron andando y leyó unas palabras grabadas en la acera: Bolsa de La Habana.

—¿Y esto? —preguntó señalando la imponente fachada del edificio.

—Hoy se utiliza como comedor de ancianos.

—¿A ti no te parece Marcia, que tu ciudad vivió hace muchos años mejores épocas que las actuales?

—No lo sé, yo de política no entiendo.

—Esto no es política, esto es ver cómo están los edificios. Desde que he venido a La Habana he visto arregladas una pequeña parte de las construcciones, las demás están para caerse.

—Aquí el clima es muy malo.

—Eso es verdad, mucha lluvia y mucho sol, pero nada de cuidados. ¿Dónde se gasta el gobierno el dinero del turismo?

—No lo sé, ya te digo que de política no entiendo —se reafirmó la muchacha, que no le gustaba el tema de conversación.

Alberto prefirió callarse.

Siguieron andando y llegaron a la avenida del Puerto, donde tenían una buena vista de toda la bahía con el Cristo de Casablanca dominando la montaña que tenían enfrente. Torcieron a la izquierda y pronto pudieron contemplar la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña y un poco más a la izquierda el Castillo del Morro.

—¿Has visto la ceremonia del cañonazo?

—No, no la he visto, he leído que a las nueve tiran un cañonazo como hacían antes.

—Sí, es a las nueve. Está bien, un día que puedas, acércate a

verlo.

La tarde iba cayendo y el sol empezaba a ponerse por el fondo del Malecón al que ya habían llegado. Se sentaron en un muro de piedra que se levantaba junto al Castillo de San Salvador de la Punta y permanecieron un tiempo de difícil cuantificación. El lugar tenía un punto de mágico y cautivador. La tranquilidad de la tarde se reflejaba en unas calles casi sin tráfico ni de coches ni de personas. A su espalda, el leve viento levantaba unas pequeñas olas que rompían plácidas, junto a las rocas del rompeolas. A su izquierda, la bocana del puerto ofrecía el mismo aspecto solitario de todos los días. Por aquel canal ni salía ni entraba ninguna clase de embarcación. Alberto se daba cuenta de que uno de los denominadores comunes de la ciudad era, en general, la ausencia de actividad. Se podía decir que en La Habana pasaban pocas cosas.

Marcia no le daba mucha conversación ni se le había entregado tan rápidamente como habían hecho las otras chicas, pero aún así, o quizá por ello, Alberto sentía una especial atracción hacia la muchacha tímida con la que llevaba ya un rato paseando.

—Cuando hay temporal en este muro se concentran los muchachos que vienen a que les salpiquen las olas.

—¿Sí?

—Sí, si algún día que estés aquí, ves que el mar se pone bravo, no dejes de venir a este sitio y verás lo divertido que es observar a los vacilones cómo esperan la pegada de la ola, mientras la policía intenta que se vayan de allí haciendo sonar los altoparlantes de los carros.

Permanecieron un rato en silencio, allí los dos, cada uno con su bolsa de libros. La chica vestía muy discreta, con un pantalón negro muy amplio y una camisa verde descolorida después de llevar muchas lavadas con jabón de muy mala calidad.

En ese momento, las luces de La Habana se apagaron.

—¡Anda, se ha ido la luz!

—¡Como todos los días!

—Sí, eso me habían dicho ya. ¿Y sabes por qué es?

—Dicen que porque tenemos problemas de energía.

No pudo reprimirse y miró a la chica, tal vez con unos ojos

diferentes a los que había puesto en otras ocasiones desde su llegada. El entorno no podía ser más hermoso. Las únicas luces que allí se veían eran las de los pocos vehículos que circulaban por la avenida y la del faro del Castillo del Morro, que hacía unos minutos acababa de empezar a enviar sus guiños al infinito. Nada más. Sintió deseos de besarla. No sabía si intentarlo, no sabía si lo intentaba, qué pasaría. Dudó. Se lo pensó. Se lo volvió a pensar. Se acercó a su cara. La miró. Marcia también lo miraba. Por fin se decidió y recibió la cálida respuesta que esperaba. La boca de Marcia era mucho más sensual que las de las otras chicas que había conocido. Besaba mucho más despacio, con mayor ternura, demostrando un cariño infinitamente mayor que el que le habían mostrado tanto Luré como Beylin. Entendía que la profesionalidad que tenían las dos últimas no la tenía la muchacha que ahora tenía rodeada por sus brazos. Le parecía menuda, como un pequeño juguete que se abría para él. Las mujeres que había conocido en La Habana eran de otras dimensiones, pero Marcia...

Cerró los ojos y se concentró en el beso.

Mientras, a no muchos metros y desde un Lada, una pareja de jóvenes contemplaba la escena.

38

Cuando caminaban de vuelta al hotel, esta vez ya cogidos de la mano, Marcia se sinceró directamente con el escritor y le habló de los apuros económicos que pasaba su familia, y no se avergonzó en pedir a Alberto dinero a cambio de su compañía.

—Mi familia y yo necesitamos dinero todos los meses, y con el salario del hotel y lo que saca mi hermana con los bordados, no podemos vivir los cuatro.

—No te preocupes, que tendré contigo un detalle, pero no me gustaría hablar de esto ahora. ¿Quieres cenar?

—No sé, bueno —contestó, encogiéndose de hombros.

—¿Sabes de algún sitio que esté bien?

—Hay cerca de aquí, en el paseo del Prado, un restaurante que es tranquilo y que siempre que he pasado me ha gustado, aunque nunca he entrado.

—Pues vamos a ese.

Continuaron andando por el bulevar del paseo hasta llegar al restaurante que decía Marcia, pero no pudieron entrar porque todavía no había vuelto la luz a la ciudad.

—Con estos apagones los alimentos terminarán por estropearse —aseguró Alberto.

—Casi todas las casas tienen refrigeradores.

—Sí, pero esos aguantan la comida un tiempo limitado y, por lo visto, el apagón puede durar horas.

—Sí, hay veces que toda la noche.

—Entonces solamente tenemos la posibilidad de cenar en algún hotel.

—Me da vergüenza ir a un hotel a cenar.

—¿Por qué?

—Porque yo vivo de eso, de servir mesas en un restaurante, yo no estoy hecha para que me sirvan.

—Pero no pasa nada. Podemos ir a uno que está junto al Capitolio que seguro te gustará. No he entrado, pero tiene muy buena

pinta. Lo he visto al pasar.

Continuaron caminando de la mano y, después de atravesar todo el paseo del Prado por su bulevar central, ocultos del cielo por la frondosidad de sus árboles, llegaron al restaurante que, como pertenecía al hotel, se hallaba muy iluminado. Entre la fuerte luz y la escasez de comensales, parecía que aquel lugar tenía una amplitud mucho mayor que la que marcarían sus metros cuadrados. Quizá por ello, y también por la ausencia de cualquier tipo de música, el ambiente que se respiraba era de frialdad y hasta un poco de tristeza.

Les pusieron en una mesa para dos personas:

—¿Y por qué no os quejáis de cómo vivís los cubanos? —inquirió el escritor, mientras esperaban a que les sirvieran el primer plato.

—No lo sé. Nosotros aquí no podemos decir nada. Todo está prohibido. Seguramente si preguntamos si puede un cubano sentarse con un turista, también lo esté, pero hacen el tonto con las chicas. Con las jineteras.

Alberto sabía perfectamente el significado de dicha palabra, y le dolió oírlo de los pequeños labios de la chica.

—No digas eso, por favor.

—Es verdad, esto es prostitución —afirmó Marcia, con una frialdad que incomodó al escritor.

—No es así, tú y yo nos caemos bien.

—Sí, pero yo estoy aquí contigo y dentro de un rato estaré en tu cama, porque me das un dinero.

Al oír de esa forma tan explícita cómo iba a continuar la cena, y lo que pasaría después en su habitación, el hombre notó que empezaba a ponerse especialmente nervioso. No se imaginaba a Marcia desnuda ni menos todavía cómo se comportaría en la cama.

—Si no te gusta mi compañía —propuso Alberto— hacemos una cosa: te doy el dinero y, si quieres, puedes marcharte.

La chica se quedó callada y volvió a bajar la mirada. En ese momento no pudo reprimir el llanto y por sus ojos empezaron a brotar unas pequeñas lágrimas que hicieron que Alberto se apresurara a sacar un pañuelo para limpiárselas. No se dijeron nada.

—¿Tienes novio?

Marcia se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Lo tuve, pero me dejó.

En ese momento trajeron el plato de carne ripiada que habían pedido los dos de primero y, cuando se marchó el camarero, Alberto le dijo a Marcia:

—No te has fijado, este no sabe de restauración, me ha servido a mí primero, cuando hay que empezar siempre por la mujer.

—No te engañes Alberto, sí que sabe. Ha servido primero a la persona más importante, y luego a la cubana.

El escritor lamentaba la baja autoestima de la muchacha.

Empezaron a comer y, al igual que había hecho Luré la noche anterior, Marcia demostró tener muy buen apetito y comía con bastante ansia. Mientras iban pinchando los trozos de carne estofada, se mantenían los dos en absoluto silencio. «¡Qué diferencia! —pensaba — había entre las dos cenas. En la de ayer la mujer no paró de reírse ni un instante, en cambio en la de esta noche, la persona que comparte mi mesa y dentro de un rato mi cama, permanece llorosa, seria y en silencio».

Sin embargo, dudaba sobre cuál de las dos le atraía más. Si la enorme, sonriente y alegre Luré, o la pequeña, triste y desconsolada Marcia.

Parecía que la comida había tranquilizado a la joven y ya había dejado de llorar.

—Y tú, ¿viajas mucho por Cuba?

—No, toda nuestra familia vive en La Habana y he salido muy poco de aquí. Además, ya sabes que para moverse por la isla necesitamos un permiso.

—¿Pero no podéis moveros adonde queráis?

—No, hay que pedirlo, justificar la razón y esperar a que te autoricen, sobre todo si es para entrar o salir de la capital.

La cena discurrió con preguntas por parte del escritor y respuestas por parte de la camarera. Alberto se involucraba mucho más de lo que podía imaginar en la forma de vida de los cubanos y llegaba a varias conclusiones, y todas le conducían a constatar que

una cosa era lo que figuraba en las guías de turismo y otra, muy distinta, la realidad que estaban viviendo.

Cuando terminaron de cenar salieron a la calle separándose. Él entraría al hotel por la puerta principal y ella por la de servicio, reuniéndose arriba después.

No habrían pasado más de cinco minutos desde que entró en la habitación cuando sonó la puerta con un tímido golpe de nudillos. La abrió sin preguntar y permitió el paso de la chica.

—Recuerda que me tengo que marchar mañana muy temprano, que sirvo los desayunos.

Sin dejarle hablar más, Alberto la agarró y empezó a besarla. Con el pie cerró la puerta y llevó a la muchacha junto a la cama, sin dejar ni un instante de tenerla bien rodeada por los fuertes brazos en los que la mujer parecía encontrar cobijo. La chica cerró los ojos mientras juntaba sus labios con los del hombre.

Se separaron durante unos instantes y el escritor preguntó:

—¿Querrías ir al baño antes?

—Déjame cinco minutos.

Mientras Marcia se encontraba en la ducha, Alberto pensó nuevamente en la vida que llevaba en la ciudad, aunque en ningún momento se le pasó por la cabeza la idea de no continuar así. Era como una fuerza de gravedad incontrolada que ejercía sobre él una atracción con estas mujeres, estas deliciosas criaturas, pensaba, que miran como ninguna, que hablan como ninguna, que besan como ninguna.

La noche con Marcia fue muy especial para el escritor. Cada vez que la tuvo gozó con ella como si fuera la primera vez que estaba con una mujer.

A las cinco de la mañana, y después de haber agotado las existencias de comida del minibar, ambos cayeron rendidos.

39

En el momento en que sonó el teléfono, a Alberto le parecía que atronaba todo el Océano Atlántico en su cabeza. Comprobó sobresaltado que Marcia se había marchado. Miró el reloj y vio que eran las nueve de la mañana. Corrió a cogerlo y cuando descolgó reconoció la voz al instante:

—¿Te he despertado, escritor?

—No, qué va, ya me había levantado e iba a bajar a desayunar —contestó trémulo Alberto, intentando que su voz no revelara las pocas horas que su cuerpo llevaba dormidas.

—¡Ya lo tengo solucionado!, el próximo miércoles estaré allí. Serán cinco días.

—¡Fantástico!, ¿y cuando dices que llegas?

—El miércoles treinta a las cuatro de la tarde hora tuya.

—Muy bien, iré a buscarte al aeropuerto —aseguró.

— Bueno, ¿y qué tal va tu novela?

—Estoy muy contento, ya la tengo encarrilada. Por fin hablaré de lo de la Bahía de Cochinos. He comprado varios libros y voy a aprovechar para leerlos hasta que tú vengas, y luego intentaré encontrar gente que haya podido estar allí y me cuente sus experiencias.

—Me alegro, seguro que será un éxito —le animó Sofía.

—Esos días van a venirte muy bien. Vas a descansar mucho. Vamos a ir a la playa.

—Me parece una gran idea, me apetece muchísimo bañarme en el Caribe.

Después de colgar dudó en seguir en la cama o bajar a desayunar. Sopesó después darse un baño. Las ganas de volver a ver a Marcia lo empujaron a la puerta. Al salir se encontró con Omara, que le saludó con su habitual cordialidad:

—Buenos días señor, ¿le voy haciendo la habitación?

—No, déjala, porque en cuanto suba del restaurante voy a ir un rato a la piscina, ¿ya está abierta, no?

—Sí señor, desde las nueve de la mañana.

En el restaurante vivieron tanto Alberto como Marcia una situación muy singular. Alguna vez le había servido el desayuno la mujer con la que había pasado la noche, pero nunca había sido estando vestida con uniforme de camarera y en el salón de un hotel. Se preguntó si para ella la situación también sería nueva. Supuso, categórico y con cierta tristeza, que no.

—¿La leche caliente o fría, señor?

—Buenos días Marcia, fría como siempre —la chica tenía un semblante especialmente serio.

Según le servía, aprovechó para meterle discretamente unos billetes en el pequeño bolsillo de su chaqueta.

—Perdona, pero ayer al final no te di nada.

Ella le miró y cambió la faz de su cara por una sonrisa discreta pero franca.

—Te marchaste sin despedirte de mí.

La chica lo miró y le regaló otra sonrisa. Cuando terminó de servirle, tanteó alrededor y, después de comprobar que nadie los miraba, se acercó un poco y, en voz muy baja, le susurró:

—Ya verás cómo no se repite.

De forma casi imperceptible, la mujer notó cómo los dedos del turista rozaban intencionadamente su mano.

Lo que Marcia nunca sabría era que Alberto le había pagado el doble de dinero que a las otras dos chicas.

40

—Avui els hi recomano unes costelletes de cabrit, molt bones que m´han portat especialment per a clients com vostes.

—Por favor Sala, hable todo en castellano que mi invitado no entiende el catalán.

—Perdón, les decía que tenemos hoy unas costillas de cabrito que me han traído especialmente.

Maciá miró a su invitado y le preguntó con la mirada:

—No gracias, por favor, tráigame la carta que yo le diré lo que voy a tomar —aseveró el hombre que le acompañaba en la mesa.

Sala no medió más palabra y salió del comedor reservado en el que estaban los dos hombres.

—¿Así que este lugar es completamente seguro?

—Sí, aquí vienen destacados miembros de la Generalitat y muchas veces acoge también a los políticos de Madrid. Me consta que todos los días comprueban que no haya ningún tipo de micrófonos o cámaras.

—Por su bien, espero que sea así.

—Seguro —reiteró Maciá.

—Bien, presidente, por cierto, ¿le gusta que le llame así?

—Es que soy el presidente del tercer grupo editorial del país.

—¡Ya lo creo!, ¡ya sé que usted es un peje muy gordo! Nosotros normalmente hablamos con las primeras empresas, pero en este caso hemos hecho una excepción. Si quiere, como le decía, le llamaré presidente.

—Dígame.

—De momento, a su juicio, ¿va todo bien? ¿lo del portátil está solucionado?

—Sí, no se preocupe. Nosotros, hoy por hoy, no podemos hacer nada más.

—Siempre se puede hacer más —aseguró el cubano.

—No sé qué más puedo hacer.

—¿Cuánta gente sabe esto?

—Solo yo —afirmó Maciá, categórico.

—¿Nadie más?

—No, seguro. Ni siquiera el editor jefe, que es una persona con un gran ascendiente sobre el escritor y uno de mis colaboradores más fieles.

—Imagino que este tema no lo habrá querido llevar a su consejo...

—No, no lo he llevado —reconoció.

—¿Sabe una cosa, presidente?, siempre nos pasa igual. Nosotros ofrecemos dos alternativas y ustedes siempre eligen la misma. Le di a

elegir o el contrato de distribución de sus libros en nuestro país, o arreglarlo solamente con usted. Y ya sabemos cuál ha escogido.

—Supongo que es la más segura.

—Y la más lucrativa.

—Eso también, pero entiendo que cuantas menos personas lo sepan, será más difícil que la cadena tenga fisuras.

—Que bien habla usted, señor presidente. Habla usted muy bien —concedió irónico el invitado.

Se hizo un silencio entre los dos comensales. Maciá tenía que soportar la sorna de su interlocutor, algo a lo que evidentemente no estaba acostumbrado. Pero no le quedaba más remedio.

Sala irrumpió por la puerta y les preguntó si ya habían elegido:

—Yo tomaré una ensalada de tomates y de segundo un filete de ternera. No sé si viene así en la carta, pero me imagino que podrán preparármelo —supuso, sin haberla abierto.

—Por supuesto, ¿Con qué guarnición?

—Con ninguna.

En todos sus años de restaurador, Sala no recordaba haberse encontrado a una persona tan sumamente agria y desagradable como el cubano que hoy acompañaba a uno de sus mejores clientes.

—¿Y usted señor Maciá?

—Yo tomaré —detalló mirando la carta— unas alcachofas salteadas de primero y de segundo esas costillas que nos ha recomendado.

—Perfecto —concluyó Sala, serio y lacónico.

—Y para beber, ¿qué tomarán los señores?

—Agua para mí. Por favor, la botella no me la abra, que ya lo haré yo.

—Para mí lo mismo.

—Muy bien, muchas gracias —el *maître* se extraño de la composición de la comanda.

Cuando fue a retirarse, el invitado le apuntó a Sala:

—Cuando salga, cierre la puerta y, si no tiene inconveniente, cada vez que vaya a entrar, llame antes.

Sala miró a Maciá, que hizo un pequeño movimiento de

hombros.

—Por supuesto, señor —contestó el *maître* de Les Tres Claus.

Evidentemente, Sala entendía que aquella era una reunión muy especial, con una persona enormemente singular, ya que parecía muy importante y, sin embargo, no había acudido con ningún servicio de seguridad personal. En su restaurante había atendido a numerosas personalidades y conocía los protocolos de protección que llevaban. Pero el cubano que comía hoy con su cliente se salía de toda norma anteriormente conocida.

—¿Tiene la confirmación de la transferencia?

—Sí, ya me llamaron de mi despacho de Luxemburgo y me lo confirmaron.

—Sabe que eso era el segundo veinte por ciento, pagadero cuando su escritor llegara a La Habana.

—Una parte importante de mi trabajo ya está hecha.

—¿Me está insultando, señor presidente?

—En absoluto —contestó, sorprendido por la afirmación de su interlocutor— lo que quiero decirle es que uno de los objetivos era que Alberto Rodríguez-Conde llegara a La Habana, y allí se lo he puesto. Lo convencí en esta misma sala con un puñado de datos que me inventé.

—Eso no es nada. Nosotros no tenemos objetivos parciales. Nosotros nos marcamos metas a larga distancia, y todos los planes intermedios carecen de valor sobre la gran idea fundamental. En este caso, a mí me importa un bledo que ese sanaco esté en La Habana. Yo lo que quiero es ver el libro en las librerías, con la publicidad que hemos hablado y con el volumen de ventas que me ha prometido. Eso es lo que quiero presidente, por lo demás, no creo ni en la madre de los tomates ¿entiendes? —con esa pregunta, el cubano había empezado a tutearle intencionadamente—, como si el libro lo escribe tu secretaria o tu tía. ¿Entiendes ya, presidente?

—Ese es el primer paso.

—¡Que no!, ¡que no te enteras¡, que estamos como el aceite y el vinagre, que no hay pasos intermedios —el tono de la voz iba subiendo— que esto tiene que salir bien de una vez, que nos va a

costar mucho dinero comprarte como para que nos quedemos a la mitad, ¿lo entiendes?

Llamaron a la puerta y un camarero entró con los dos primeros:

—¿Los tomates?

—Son para mí —repuso el cubano— y dile a tu jefe que la próxima vez traiga él los platos.

El camarero se quedó sin respuesta. Solo acertó a pronunciar una afirmación, casi balbuciente.

Cuando se marchó, el invitado siguió hablando:

—Espero que te quede claro, Maciá. Todavía no hemos hecho nada. Tú has hecho ya algo, y por eso tienes el dinero, dinero que estás ocultando a tu consejo de administración, a tus accionistas y a tu país. ¡Que no se te olvide! Eso en mi país, sería pena de muerte.

Maciá no contestó y empezó a comer las alcachofas. Después de un breve silenció, el presidente del grupo editorial habló:

—¿Puedo preguntarle algo? —el presidente seguía llamando a su interlocutor de usted.

—Pregunta lo que quieras —concedió, sonriente.

—¿Han hecho muchas veces estas cosas?

—Señor mío, ¿en qué mundo vives? Mira, prefiero que nos centremos en comer lo que nos han traído antes que hablar sobre si esto lo hacemos muchas veces o pocas. Nosotros creemos en las personas, y además sabemos que no nos van a fallar, ¿verdad? Además yo creo en el mercadeo, en eso ustedes los capitalistas son verdaderos mechaos. Todavía tenemos mucho que aprender de eso de vender humo. Lo hacen muy bien.

Maciá seguía sin contestar.

—Eso sí te lo puedo garantizar, nunca nos ha fallado nadie. Cuando hemos apostado por alguien, siempre nos ha respondido. Será que hemos tenido suerte.

Y a la vez que pronunció esta última frase, pinchó un trozo de tomate y se lo metió en la boca soltando una risa socarrona.

En la piscina del hotel Presidencial había muy pocos turistas. En primer lugar porque no era de las épocas del año de mayor afluencia, y después por la hora. Por la mañana la gente iba a visitar los museos, a tomarse mojitos en La Bodeguita del Medio y a que les vendieran puros por la calle. Por ello Alberto se encontraba prácticamente solo, únicamente le acompañaban al otro lado de la piscina una pareja que parecía de recién casados y, cerca de la zona de menor profundidad, un grupo de tres amigas.

Se hallaba muy cansado y entre lo poco que había dormido, el desayuno que le había servido Marcia y el sol que le atontaba un poco más aún, decidió echarse una siesta matinal, algo que nunca hacía. Cubrió la tumbona con la toalla del hotel y se tapó la cabeza con la suya.

Estaría así casi tres horas y, cuando se despertó, se sobresaltó al ver la hora que era. La una, comprobó, Había pasado toda la mañana sin hacer nada útil, otra más sin afanarse al deber que le había traído a la ciudad, para lo que le pagaban y para lo que había dejado a su mujer en Madrid. Sola. Trabajando.

Pensó en ella, y en qué pasaría si se topaba con alguna de las chicas con las que había estado. «Sería horrible —especuló—, ¿y si voy por la calle, me cruzo con Beylin, o con Luré, y me dicen algo?, ¿qué le cuento a Sofía? No creo que pasara, pero ¿y si me levanto a lavarme las manos antes de comer y aprovecha Marcia, y le dice: mire usted, el otro día me acosté con su marido y me pagó tanto». Sabía que cuando se cometía una infidelidad había una serie de reglas que tenía que guardar siempre, y cumplirlas escrupulosamente. Quizá la primera sería no frecuentar los mismos lugares por donde fueras con tu pareja habitual. Otra era cambiar incluso de estatus social, y subir o bajar algún escalón, para minimizar las posibilidades de encuentro o con la pareja, o con conocidos comunes.

Pretender tener a Sofía en La Habana podía considerarlo como un peligro para su matrimonio, pero tampoco podía prohibirle que acudiera a verlo. Al contrario, tendría que estar agradecido que hiciera un viaje tan largo y que apartara sus obligaciones tan

importantes para estar con él. «No, no puedo decirle que no venga —extraía en conclusión—, tengo que mostrar un gran entusiasmo, pero también tengo que sacarla de la ciudad el mayor número posible de días.

Tuvo una idea y se levantó presto a subir a su habitación, arreglarse e intentar solucionarlo en el buró de turismo que había en la recepción.

En poco más de quince minutos se hallaba hablando con la señorita uniformada que le daba todas las facilidades que él buscaba:

—¡Ningún problema! Si quiere estar usted unos días en Varadero la semana próxima le arreglamos el hospedaje y, cuando regrese, seguirá teniendo la habitación con nosotros. ¿De qué categoría va a querer el hotel allí?

¡Fantástico!, pensó. En diez minutos había solucionado todos sus problemas. «¿No quería bañarse en el Caribe?, pues tendrá mar Caribe —aseguró—. Me ha dicho que vendría el miércoles por la tarde. El jueves nos vamos a Varadero. Viene a verme y a bañarse, pues... ¡lo tendrá!, ¡lo uno y lo otro!»

Miró la hora y vio que ya había gente que entraba en el restaurante para comer. No tenía muchas ganas, porque sentía como si estuviera comiendo a todas horas. Pero frente a esa inapetencia estaba el deseo de volver a ver a la tímida e inocente Marcia, la más sensual y diferente de las tres mujeres que había conocido. En ella había una sutil candidez que no conoció en las otras dos explosivas mujeres, teóricamente mucho más acostumbradas a manejarse en esas situaciones. Marcia le había parecido diferente en todo.

Por fin, venció la inercia y entró en el restaurante. Se sentó a su mesa habitual y esperó ver a la chica, a la mujer con la que había compartido cama no hacía muchas horas.

Para su desgracia, no la terminaba de ver, por más que indagaba con la vista a todo el panorama de camareros que atendían la sala. «Estará en la cocina», especuló.

Subió a la habitación y decidió quedarse toda la tarde a leer los libros que había comprado y que todavía no había sacado de la bolsa.

Abril de 1961. Bien, esa era la fecha. Ahora había que buscar un

hilo argumental que mantuviera el interés en esa historia, y a todos los lectores, pensó, ya que no voy a escribir ni un libro de historia ni un libro de texto. Lo que iba a plasmar sobre el papel era una novela, ambientada en un hecho histórico, pero una novela al fin y al cabo, por lo que tampoco hacía falta que pusiera todo lujo de datos al referirse a aquellos hechos verdaderos.

Así, leyendo párrafos de los libros, haciendo esquemas y pintando líneas que unían nombres, fechas y lugares se le hizo de noche y comprobó que había llegado la hora de cenar. No sabía si pedir que le subieran la cena, o bajar a ver a Marcia. Le pasó lo mismo que en la comida y al final venció la inicial dejadez y se arregló para bajar al restaurante.

Pero al igual que en la comida, también cenó solo. Le atendió un camarero que nada tenía que ver con la sensual cara de la chica y el candor de su presencia. Subió a la habitación y esta vez se acercó a la mesa nada más que para apuntar en su diario lo que había hecho en el día que estaba a punto de acabar. Lo sacó de la caja fuerte, lo completó y lo volvió a guardar allí.

Le parecía mentira meterse en la cama así, en soledad. Habían sido tres noches con tres mujeres inolvidables, cada una en su estilo, y ahora se veía solo, completamente solo, en aquella cama tan grande. Tenía los teléfonos de Beylin y de Luré, pero los dejó donde estaban y apagó la luz.

42

El sábado veintiséis de abril amanecía igual que todos los días. Con fuerte calor, una acusada humedad y potente brillo del sol.

El capitán Monaga acababa de bajar del piso doce. No era habitual que le llamaran desde esa planta y, siempre que subía, su semblante era de preocupación y su inquietud se hacía patente. Se consideraba un hombre muy cuidadoso con su trabajo, pero nunca sabía si podría cometer algún error. Y si eso pasaba, se lo dirían en el piso doce.

Pero esta vez era para decirle algo muy atípico. Por supuesto de un *PPE*, colectivo que gestionaba él desde hacía diez años y por cuyo trabajo incluso había recibido alguna condecoración. Era por ese escritor español. Ese tal Alberto Rodríguez-Conde.

Se sentó a la mesa de su despacho y recapacitó sobre lo que le habían contado. Le ordenaban que al español le dejaran trabajar, que escribiera todo lo que quisiera y que saliera con quien le pareciera oportuno y cuando lo deseara, pero que le vigilaran muy estrechamente siempre sin que él lo sospechara, y que querían un reporte diario de sus actividades en la isla y de las personas con las que tuviera trato.

Eso para Monaga no era una novedad. Por unas razones que solo se podían achacar a su marcada intuición, ya había montado un operativo especial. Sabía con qué chicas se había acostado, qué libros había comprado, a dónde había llamado y quiénes y desde dónde le habían llamado a él, pero lo que no se imaginaba era que le hablaran de ese escritor desde el piso doce. En todo caso, la corriente de información tendría que haber circulado de abajo arriba y nunca al revés.

Lo que le dejó más pensativo fue aquello de que esa persona venía especialmente controlada desde el mayor órgano del Partido, y que se le había considerado absolutamente prioritaria. Era, y con diferencia, el extranjero más importante que en ese momento se encontraba en Cuba. Su presencia en la isla era del máximo interés

porque había venido a realizar un trabajo que más adelante le especificarían, pero que ahora no era imprescindible que conociera. El entramado del espionaje cubano mantenía unas máximas similares a cualquier otra organización. El veto de información entre departamentos, la concesión de conocimiento hasta un determinado punto y las dependencias jerárquicas limitadas al jefe inmediato también estaban implantadas por los servicios de inteligencia de la isla. Los hombres que trabajaban para Gálvez no se conocían entre sí y no todos los miembros de un operativo montado por Monaga los tenía que conocer su teniente. Igualmente le pasaba al propio capitán Monaga, el hombre experto en el seguimiento de las visitas que necesitaban una atención minuciosa. Había veces que al país arribaban personalidades que estaban por encima de sus competencias, y este parecía que era uno de esos casos, pero lo que no podía imaginarse era que la persona en cuestión fuera un escritor de una talla literaria tan mediocre como Rodríguez-Conde. Lo podría entender cuando había llegado alguna estrella de cine, o algún intelectual de renombre internacional, pero en ningún caso podía imaginarse que ese mal escritor de novelas comerciales fuera a ser un protegido del Comité Central del Partido Comunista Cubano.

Vio los informes, las fotos, las cintas de las cámaras de video que le habían pasado. «Tengo todo —aseguraba—, y lo mejor es que ya está organizado. El reporte diario no va a suponerme montar nada especial. Lo único que está un poco más en el aire es el tema del hotel, pero ahí está Gilberto, que parece lo está haciendo muy bien y me tiene los movimientos interiores muy bien centrados. Un chico con futuro ese Gilberto —auguró para sí—. Pero ¿por qué querrán en el piso doce que nos visite ese escritor?»

43

Alberto se despertó más temprano que otros días. Era sábado y no sabía qué ambiente tendría la ciudad ese día de la semana por la mañana. La tarde anterior había empezado a sacar unas notas sobre los libros que había comprado, y se sentía un poco menos culpable de todo el tiempo que había perdido. Por otro lado, tenía encarrilada la llegada de su mujer, con esa salida a Varadero. Decidió bajar a desayunar para luego dar una vuelta por la calle.

Cuando salió por la puerta se cruzó con Omara:

—¡Buenos días Omara!

—Buenos días señor.

—Alberto, me llamo Alberto.

—Pues buenos días, Alberto —correspondió la joven.

—¿Qué tal día tenemos hoy?

—En esta época del año siempre son buenos. La peor estación nuestra es desde junio a noviembre, que nos visitan los huracanes, pero fuera de esas fechas siempre tenemos sol.

—Y mientras los demás nos marchamos, vosotros a trabajar, ¿no?

—¡Así son las cosas! ¿Le hago ya la habitación?

—Cuando quieras, voy a pasar toda la mañana fuera.

—¡Que lo pase bien, señor Alberto!

Había sido la conversación más larga que había mantenido con esa chica, que le recordaba a Marcia, por lo tímida e introvertida que parecía. Respecto a lo demás, el cuerpo y la cara, intuía que era una criatura hermosa, pero Alberto pensó que la ropa no le favorecía. No, lo que llevaba puesto Omara no era el vestido rojo de Luré. Se preguntó cómo le sentaría un vestido así a esa introvertida camarera.

En el restaurante Alberto se pasó todo el tiempo mirando a la puerta de la cocina. Marcia tampoco servía los desayunos. Volvió a especular preguntar por ella, pero le seguía pareciendo improcedente. «Bueno, igual tendrá el día libre», supuso. Apuró su desayuno, y salió a la calle.

—Taxi *sir*?

—No, gracias.

—¡Español!

—Sí, pero voy con un poco de prisa.

—¡Chao español con prisa! —le deseó el cubano que ofrecía sus servicios.

Había sido capaz de ganar el primer asalto al intenso combate que iba a disputar con todos los que se le acercaran.

Encaminó sus pasos hacia el imponente edificio del Capitolio, construcción atípica en el Caribe, que se erigió hacía casi cien años.

En el centro de la plaza seguían los mismos coches de siempre y se volvió a quedar mirándolos. Se le acercó un hombre por detrás.

—¡Amigo!, ¿qué te pareció Beylin?

Le reconoció rápidamente. Era Tati.

—Bien, una chica muy simpática —respondió con una mirada entre cómplice y compasiva.

—Que no te estoy preguntando eso, te pregunto que si te gustó en la cama. ¡Te dije que era buena hoja!

La pregunta incomodó a Alberto, y quiso dar por terminada la conversación.

—Bueno, es que no tengo tiempo, voy a visitar el Capitolio.

—¿Quieres visitarlo conmigo?

—No, de verdad. Prefiero ir yo solo.

Se imaginaba negociando puros en el interior del edificio, y además con aquel chico no tenía mucho más que hablar.

Antes de subir la escalinata se encontró con un señor que le quería vender el *Granma*.

—Ya lo compré el otro día, es que tiene muy pocas páginas —se excusó con el vendedor

—Aquí pasan pocas cosas —reconoció el cubano.

«Habría que preguntar a más de uno si pasan pocas cosas», pensó. Dado que además el hombre no le ponía precio, sino que le pedía la voluntad y, por la edad que tenía, entendió que comprarle el periódico era asimilable a darle una limosna. Adquirió un ejemplar.

En ese momento se acordó de la otra tarde con Marcia, cuando

estaban sentados en uno de los muros del Malecón, y pensó en lo lineal de los hechos, en la monótona vida oficial de la isla. Esto era un nuevo ejemplo de aquello.

En la taquilla del Capitolio le preguntaron si deseaba la visita con guía. Por la pequeña diferencia de precio accedió a ir acompañado.

Le atendió una mujer próxima a los cuarenta años, vestida de uniforme, camisa azul clara y falda azul oscura, muy bajita y sin ningún punto de interés físico para él. Alberto pensó que así se concentraría mejor en las explicaciones.

Y eso hizo. La mujer le habló de cuando se construyó durante la dictadura de Machado, y de todas las leyes en contra del pueblo que se habían aprobado entre aquellos muros.

—Pero antes, ¿había elecciones en Cuba? —Alberto quiso hacerse el ignorante.

—Sí, había elecciones, la mayoría de las veces fraudulentas, que siempre atacaban a los intereses del pueblo cubano, y más en el *machadato*. Hoy tenemos unos jefes que saben darnos todo lo que necesitamos —aseguró la mujer.

Por la contestación, prefirió no continuar hablando y optó por preguntar quién pintó esto o lo otro, más que hablar de un tema que para la señora era un veto. La mujer trabajaba para el gobierno y estaba ante un turista, por lo que sus argumentos no podían tener otro cariz.

Dado que la imagen general del edificio por dentro era de una oscuridad cavernaria, cuando salió a la calle una fuerte oleada de la luz del sol devolvió al escritor al lugar donde se hallaba. Bajó la escalinata y compró una botella de agua, ya que el sudor le empapaba todo el cuerpo. Giró a la derecha y se encaminó hacia el Parque de la Fraternidad, donde vio a varios chicos jugar correteando y a grupos de personas hablando mientras se encontraban sentados en bancos. Se fijó igualmente en dos jóvenes negros que estaban tocando, uno de ellos algo similar a un tambor muy alargado que se sujetaba al suelo con unas patas, mientras que el otro golpeaba con una extraña cadencia dos cilindros de madera.

Se le acercó uno con una revista y, sin mediar palabra, sacó de debajo de ella una pequeña caja de puros. Alberto le dio una negativa con la mano y siguió andando.

El Capitolio le había gustado, pero era una construcción totalmente fuera de lugar en un entorno como aquel. Volvió a recordar el paseo de la otra tarde con Marcia y los imponentes edificios abandonados que descubrió cuando recorrieron la calle Obrapía. «¡Cuánto dinero hubo en La Habana!», pensó. Le parecía que era una ciudad que se había quedado parada en el tiempo, dormida, echándose una siesta al sol y que todavía nadie la había despertado. Era como si el mundo se moviera a su alrededor y ella permaneciera como una mujer sentada en un banco de una estación. Primero los trenes que pasaban eran de carbón, luego electrificados, después de alta velocidad y, sin embargo, esa mujer seguía sentada en el mismo banco, viendo pasar la vida, mientras el grillete que la tenía apresada al andén no le dejaba moverse, o no quería moverse, o la pereza y la inercia la impidieran que sus articulaciones reaccionaran. La realidad era que ella seguía sentada en el imaginario banco de la hipotética estación.

Olía el ambiente y le parecía que la ciudad emanaba un olor especial, una mezcla de gasolina y diesel sazonada con una pizca de petróleo o aceite. La capital hedía justo de lo que carecía el país: de combustible.

Se le acercó una señora que le preguntó si buscaba un sitio para comer:

—Conozco un paladar muy bueno, muy cerca de aquí. Tienen langosta fresca y carne de puerco exquisita.

—No gracias, no estaba buscando para comer.

—Gallego, ¿de dónde tú eres?

—No, soy de Madrid.

—¡Ay madrileño! Espero que ustedes nos echen una mano cuando llegue el momento.

—¿De qué me habla?

—Pues eso, que España sigue siendo nuestro gran país y que aquí nos acordamos mucho de ustedes.

—¿Y de qué momento me está hablando?

—Hermano, algún día cambiará esto y *mi tío* se marchará, y ahí será cuando nos tendrá que echar una mano todo el mundo, y espero que los primeros, los españoles.

—Pero yo esto no lo veo tan mal —Alberto mintió, pero quiso hacer hablar a la señora.

—Esto está muy mal. No tenemos de nada, los edificios están desarbolados, los que no son tembas cogen la patera cayendo como barajas, nuestros viejos mueren tristes, no tenemos esperanza, no tenemos futuro, no tenemos ni siquiera dignidad.

La mujer le hablaba a Alberto con un acento muy cerrado, y este no entendía el significado de alguna de las palabras que decía mientras le agarraba con fuerza su mano.

—Nos tienen negado todo. ¡Estamos hasta el cogote, hermano! Lo único que podemos hacer es bailar y cantar, y ver en la televisión los discursos de Fidel. ¿Quiere usted saber cómo vivimos?

—Ya veo algo.

—No, le digo que si quiere ver cómo es mi casa.

En un primer momento dudó, pero después le pareció una buena idea ya que podría complementar muy bien el conocimiento de la gente y, sobre todo, de cómo vivían. Era como la partida de dominó, una sesión de *cubanidad* en estado puro.

—Estaría encantado, ¿está muy lejos de aquí?

—No, a dos cuadras por Zanja.

La extraña pareja empezó a andar, siendo sus pasos seguidos por una de las cámaras que enfocaban al Parque de la Fraternidad:

—Orestes, ¿quién es esa mujer? —oyó el hombre que tenía puesto el intercomunicador en el oído.

—No lo sé teniente, no la conozco —respondió el negro que les vigilaba en la distancia.

—¿Dónde van?

—Tampoco lo sé, igual le lleva a su casa.

—¡No!, eso no puede ser, hay que evitarlo. Ese hombre va a meterse en candela. ¡Mando a dos!

Según caminaban Alberto y la señora, sin pronunciar palabra,

aparecieron por detrás dos jóvenes vestidos de uniforme donde podía leerse en un pequeño rótulo: Policía Especializada.

—Por favor, ¿me dejan ver su identificación? —pidió el más joven.

La señora se giró y miró a Alberto, poniéndole una cara de angustia.

—Su identificación, por favor —reiteró el de mayor edad.

—Yo la tengo en mi casa —se justificó la señora, que había palidecido en unos segundos.

—Yo lo único que tengo es la llave magnética del hotel —respondió el escritor que, aunque no le habían preguntado, se adelantó en la contestación.

—¿En dónde se hospeda?

—En el Presidencial, aquí mismo.

—Señor, sabemos muy bien dónde se encuentra el hotel Presidencial de La Habana.

El escritor sacó del bolsillo del pantalón la llave, que era similar a una tarjeta de crédito. El policía mayor la comprobó y se la devolvió.

—Bien, usted señora tendrá que acompañarnos a la estación de policía.

—Pero, si no ha hecho nada —Alberto intentó encararse. No entendía la razón de la detención.

—Caballero, no se meta en cuestiones internas de un país que no es el suyo. Por favor, circule y procure no hablar mucho con la gente de la calle. No respondemos que ello le pueda ocasionar alguna contrariedad.

—Yo no he sufrido ninguna contrariedad en Cuba.

—Caballero, tómelo como consejo —la mirada del policía no admitía duda alguna de que aquello no era, ni mucho menos, una sugerencia.

Sin mediar más palabra, cogieron a la señora por el brazo y pusieron camino, según dijeron, a la comisaría.

Llevarían diez o doce pasos cuando la señora se volvió y clavó su mirada en los ojos de Alberto, que veía cómo las tres personas se

marchaban. Se quedó inmóvil, sin saber reaccionar.

—Orestes, ¿ya está? —preguntó Gálvez a su hombre, que se mantenía a cierta distancia para no ser visto por el español.

—Sí, teniente. Ya se llevan a la señora y el sujeto se ha quedado donde estaba, parece que no va a hacer nada más. Yo me voy a retirar, que puede verme.

—Sí, ¡apártate! y síguele desde lejos, que si hay algo te lo vuelvo a decir. Nosotros, con las cámaras, le tenemos localizado.

En ese momento, el teniente Gálvez se acordó del día que detuvieron a Orestes cuando este era un delincuente común, y lo rápido que pensó en él para reclutarlo como hombre de calle. Su personalidad, en la frontera entre el sadismo y la esquizofrenia, le situaban como el candidato perfecto para realizar aquellas tareas para las que ese negro musculoso y violento parecía haber nacido. «La Revolución —pensaba— tiene que alimentarse de todos los hijos de La Patria».

La comida fue muy triste. Se mezclaban dos sentimientos entrecruzados. La ausencia de Marcia del restaurante, otra vez más, y la mirada de la mujer cuando se la llevaban a la comisaría. «¿Por qué aparecerían aquellos policías?», pensó, si hallar respuesta. Parecía que habían surgido de la nada, de repente, a pedirles documentación, por haber hecho ¿qué cosa?

Después de comer, subió a intentar descansar, actualizando antes su diario.

Alberto no se encontraba muy cansado y prefirió quedarse a trabajar en los libros.

Iba subrayando los párrafos que le interesaban y tomaba notas de las citas históricas, de los nombres de los que participaron, de las fechas y de las horas. Pero sabía que todo eso era necesario, pero no suficiente. Había encontrado el hecho histórico en el que desenvolver un relato, pero le faltaba saber exactamente de qué iba a hablar. Desde luego tenía claro que aquello que fuera a ver la luz no sería un libro de historia, iba a ser una novela que sucediera mientras los americanos intentaban invadir la isla.

Sopesó varias alternativas, pero no terminaba de decidirse por ninguna. Pensó en fuentes de inspiración y sabía que, cuando se atascaba, la mejor solución era salir a la calle a dar un paseo e intentar buscar ahí el arranque de la luz que le alumbrara su proyecto. En ese momento se acordó de los del dominó y, viendo que eran cerca de las siete, se le ocurrió que sería buena idea acercarse hasta allí, al hilo de la invitación que le había hecho su compañero de juego. Luego pensó en qué hacer por la noche. Tanto Beylin el primer día, como Luré el segundo, le habían entusiasmado en la cama y se le hacía muy difícil la elección. Tuvo un recuerdo para Marcia, pero aquello le dejó un punto de tristeza que no tuvieron los dos primeros encuentros. «¿Y si me aventuro a conocer una chica nueva?».

Por fin no llamó a nadie y optó por salir a probar fortuna. Le quería dar a la salida que iba a hacer esa tarde un cierto aire de improvisación y dejar que las circunstancias le escribieran el guión de las próximas horas. «Me extrañaría mucho que ahora no se me acercara nadie», supuso.

La inminente caída de la tarde había amainado ligeramente la sensación de calor, por lo que no recibió la fuerte impresión que sufría por las mañanas. Dobló a Neptuno y continuó andando como siempre hacía, por el centro de la calle. Pasó junto a uno de los pocos coches que estaban aparcados y le llamó la atención que, en lugar de

ventanillas en los laterales, tenía sendos plásticos para proteger el interior. Pensó que igual era por robo, o por la antigüedad del vehículo, que seguro mínimo no cumplía ya los cuarenta años desde su matriculación. «¿Cuánto tiempo llevará así?», se preguntó. También se fijó que el capó lo tenía asegurado con un candado.

La tarde era agradable y la temperatura muy buena. Pasados unos metros vio a una señora mayor que llevaba una huevera en la mano. Estaría a punto de cruzarse con ella cuando la señora tropezó por culpa de las irregularidades de la calzada, y se cayó al suelo con gran aparatosidad.

Corrió a ayudarla a levantarse, al igual que otras dos o tres personas que estaban sentadas en los bordillos de la acera.

La mujer se incorporó con gestos de dolor tocándose la rodilla:

—¡Ay Dios mío!

—¿Le duele señora?

—¡Sí, mucho! respondió la mujer que lo miraba con gestos de dolor dibujados en su arrugado rostro.

—Deje, nosotros nos hacemos cargo de ella —aseguró uno de los chicos.

—¡Es la tía de Cosmen! —otro de los que se había acercado conocía a la señora.

La mujer miró la pequeña huevera estrellada en el suelo y se lamentó del resultado de su caída:

—¡Carajo, los huevos están rotos!

—Señora, no se preocupe por los huevos —pidió Alberto.

—¡Mis huevos! —repetía la mujer.

Entre dos muchachos sujetaron a la señora por los hombros y le ayudaron a continuar, dejando en el centro de la calle la huevera con la media docena rota. Uno de los chicos se le acercó y le explicó:

—Señor, esa era la ración de huevos de su familia para el mes.

El joven volvió para unirse al grupo que se llevaba a la señora.

Alberto siguió andando hacia el cruce con Amistad, a ver si topaba con el grupo de compañeros de juego que tan amablemente se habían ofrecido a echar una partida con él.

No tuvo que andar mucho cuando oyó un grito:

—¡Madrileño!

Se volvió y reconoció a la persona que le llamaba.

—¿Va a querer jugar al dominó?

—Si nos juntamos cuatro, por mí, ¡fenomenal! —exclamó Alberto, encantado con la idea.

—¡De pinga!

El hombre se metió en una casa llamando a voces a los otros compañeros.

En un momento salieron los dos mismos jóvenes del día anterior. Al verlo, uno soltó:

—¡Anda p´al carajo!, ¡qué alegría volver a verte!

Ambos se fundieron en un abrazo que a Alberto le pareció una excesiva muestra de alegría para una relación tan corta como la que habían tenido.

—¡Qué! ¿Quiere echar una partida?

—Sí, me gustaría.

—¡Eso está hecho! Vamos, id a por el tablero.

En unos instantes montaron todo el tinglado, el susodicho tablero, los ladrillos-silla y las fichas del dominó, y otra vez volvió a formarse un pequeño remolino de personas que se disponían a ver cómo corrían los lances. Para todos ellos era una novedad que un turista se pusiera a jugar al dominó con los cubanos, y querían ver qué pasaba.

—Madrileño, si tuviéramos ron le daríamos una copita, pero aquí lo único que tenemos es azuquin, y eso está muy bravo.

—No he traído bebida, pero si ustedes saben dónde pueden vender, me gustaría invitarles.

—Señor, yo puedo traer una botella.

—¿Tú? —preguntó al niño que se le había ofrecido.

—Sí, yo sé dónde venden —respondió el vivo chaval.

—Pero ¿no eres muy joven para saber dónde venden alcohol?

—¡Deje al chico, que tiene que aprender a resolverse! —intervino una señora.

—Si me dice cuánto puede costar, yo le doy el dinero a usted —propuso Alberto, mientras miraba a la señora.

—¡Ok señor!, si quiere voy yo a por ella.

—¡Pero no traigas gualfarina! ¡Algo más suave! —pidió uno de los jugadores.

Le entregó el dinero que le pidió que, por cierto, le pareció excesivo, y empezó a jugar como el otro día.

La partida seguía su curso y, cuando la mujer volvió con la botella, entró en su casa y salió de nuevo con varios vasos. Al que primero sirvió fue a Alberto, quien levantó el brazo en actitud de brindar, a lo que le acompañaron todos, con unos semblantes muy alegres.

Cada vez que terminaban jugada se cruzaban preguntas. El escritor indagaba y alguno le planteaba alguna cuestión. Al margen de las habituales, había otras nuevas:

—Y en España, ¿juegan también al dominó?

—¿Y por qué en España no se juega al béisbol?

—¿Y es verdad que en España no todos los chicos van a la escuela?

—¿Y es verdad que todos ustedes tienen Internet? —las preguntas de los cubanos se sucedían una tras otra. La curiosidad de los hombres era enorme y querían conocer el modo de vida español.

A esa última pregunta, contestó con otra:

—Internet, tenemos todos, como me imagino que será aquí: pagando, ¿no es así?

Uno de los contrincantes le dijo que no, que en Cuba Internet solamente tenía el turista en los hoteles.

—Pero yo lo he visto en algunos sitios públicos, como en el Capitolio.

—Pero solamente lo pueden utilizar los turistas —le aclaró otro.

El ron iba cayendo entre los cuatro jugadores, más alguno que también arrimó un vaso, mientras iban poniendo ficha tras ficha. Un grupo de tres chicas apareció por detrás, cantando una guaracha, que era tarareada por todos los presentes, excepto por Alberto, que se limitaba a oír y a moverse con bastante poca gracia.

Pudo estar más de hora y media y, cuando casi eran las nueve, dijo a todos que por hoy estaba bien empleado el día y, ante la

petición colectiva de su regreso, aseguró que volvería en breve. «No sé si lo que querrán será mi compañía o mi ron —pensó— pero bueno, al fin y al cabo, he pasado un rato agradable con ellos, y voy tomando un poco de confianza ya que quiero preguntarles más cosas cuando vea la ocasión, como lo de la playa Girón».

Después de despedirse varias veces, las últimas ya habiendo puesto varios metros de por medio, tomó el Malecón que a esa hora solo tenía ya las escasas luces que daban las contadas farolas que se mantenían iluminadas. Le llamó la atención la cantidad de gente que se sentaba en el muro que separaba la acera con las rocas que daban al mar, siendo una sucesión continua de personas formando diferentes grupos. Pensó que era lo contrario a la situación que vivía en las Ramblas de Barcelona, solo que allí era él el que estaba sentado en un banco mientras la gente pasaba. En Cuba los espectadores permanecían sentados mientras él andaba. Una curiosa inversión de los actores.

Allí había todos los grupos humanos que uno pudiera imaginarse, desde familias con los niños jugando, a señores mayores solos mirando, parejas de novios, chicos con guitarras cantando y bailando y, por supuesto, chicas a la caza de clientes. Eso era lo que él iba buscando.

No tuvo que esperar mucho para que a su paso se le fueran ofreciendo diferentes alternativas a escoger. A la tercera o cuarta oferta paró y contemplo a la muchacha que le insistía en preguntar dónde iba tan solo y que, además, la había visto más activa en el deseo de contactar con él. Era una mulata que tenía el pelo muy largo, teñido de rubio, sujeto con una diadema verde que daba un contraste muy original a su cara. Vestía una camisa también verde amplia y una pequeña falda vaquera que dejaba ver unos preciosos muslos realzados por los zapatos negros con algo de tacón. Quizá lo que desentonaba era el bolso que llevaba, más grande de lo habitual.

—¿Dónde estás hospedado?

—En el Presidencial, pero lo tengo arreglado para que puedas pasar.

—Y antes, ¿me invitas a cenar?

—No, porque mañana te irás corriendo por la mañana —dijo en broma, para ver qué reacción tenía la chica.

—Si me echas sí me iré corriendo, pero no tengo intención. Mejor lo que podríamos hacer después de desayunar sería ir a dar un paseo.

—No lo sé —volvió a bromear con la chica—. De momento si te parece, empezamos por la cena, que yo ya tengo ganas de tomarme algo.

—¡Yo también! —concedió la mulata.

Empezaron a andar y terminaron de recorrer el Malecón hasta tomar el paseo del Prado y enfilar la dirección del hotel.

En el camino, y según hablaba con Iris, que era como se llamaba la chica, a Alberto le pareció ver más policía que de costumbre, incluso algunos uniformados completamente de negro con perros sujetos con una fuerte cadena.

—¿No hay mucha policía?

—Lo normal. Por la noche en La Habana hay más policía que gente caminando.

—De día se ven, pero no tantos.

—De noche es cuando más salen, pero tú no te preocupes, eres turista.

Estarían a la altura del hotel Sevilla cuando se les acercó una pareja vestida con el habitual uniforme de camisa y boina gris, y pantalón azul. Era la Policía Especializada. Alberto notó cómo la chica se inquietó.

Ese movimiento, unido al recuerdo de lo que le había pasado por la mañana, le hizo pensar en lo peor.

—¿Me permiten la identificación?

—¿Qué hemos hecho? —preguntó Alberto.

—Caballero, por la propia seguridad de todos ustedes, nuestro deber es vigilar por el orden en nuestras calles, por eso efectuamos controles periódicos.

—Yo solo tengo la llave del hotel.

—¿En cuál se hospeda?

—En el Presidencial —Alberto hizo ademán de sacar la tarjeta

magnética del bolsillo de su camisa, pero el policía no le mostró atención. No cabía duda alguna de a cuál de las dos personas buscaban.

—¿Y usted señorita?

—Yo no la tengo aquí, la dejé en mi casa.

—Pues entonces tendrá que acompañarnos.

—¿Por qué?, ¿no puede ir un cubano por la calle? —preguntó el escritor, visiblemente contrariado.

—¡Tranquilo señor!, claro que puede circular un cubano por la calle, pero tiene que ir identificado, y la señorita —que estaba completamente callada— no lo va, por lo que tenemos que identificarla.

—¿Puedo acompañarla a la comisaría?

—No, lo siento, no puede acompañarnos.

—¿Por qué? —insistió el madrileño.

—Porque usted no puede venir con nosotros. ¿Lo entiende caballero?

—No, no lo entiendo.

En ese momento apareció por detrás de Alberto otro policía que llevaba en su mano la correa metálica muy corta que sujetaba a un enorme pastor alemán con bozal. El animal se acercó a olisquear al escritor y este se retiró ostensiblemente.

—¿Algún problema? —el rostro de aquel hombre no admitía ninguna duda de que con él se pudiera mantener la más mínima discusión.

Al ver la situación, él allí, con tres policías, con una chica que acababa de conocer... prefirió no insistir y volvió a ver la misma imagen que había vivido por la mañana, cuando también la policía se llevó a la señora que quería enseñarle la casa.

No sabía si era una coincidencia, pero hasta el día anterior todo el mundo que se le acercaba no tenía ningún problema y, sin embargo, hoy sí parecía tener dificultad de relación.

Continuó andando hacia el hotel, mientras se preguntaba qué hubiera pasado si tanto la señora como la chica, hubieran llevado la documentación encima.

En la distancia, en un sórdido despacho de la plaza de la Revolución, el teniente Gálvez había sido informado con puntualidad de los hechos que acababan de suceder en el paseo del Prado.

45

La cena fue igual de triste que fue la comida ya que tampoco vio a Marcia, por lo que volvió a encontrarse solo. En el restaurante del hotel se fijó en varias mesas en las que se encontraba un turista, acompañado de una preciosa mujer, mientras que él tenía que tomarse la ensalada de camarones con la única compañía esporádica del camarero que le servía. Pensó que Marcia había tenido que dejar de trabajar en el hotel, o que podría haber enfermado, porque era anormal una ausencia tan larga.

Cuando se metió en la cama se acordó de Iris, de la longitud de su falda y de su largo pelo teñido de rubio. Pensó en su cuerpo, pero también pensó en ella, en su identidad como persona, y se preguntaba dónde estaría en ese momento y qué le habría pasado en la comisaría. Se iba a dormir sin saber nada de ella. Si hubiera podido asomarse por alguna rendija a lo desconocido, Alberto se habría encontrado más tranquilo.

La Policía Especializada se había llevado a la chica, pero a no muchos metros de distancia de donde les separaron, el guardia más joven le preguntó el nombre, la dirección, el número de identificación y le recordó que debería llevar siempre consigo su tarjeta. La chica contestó a todas las preguntas y aseguró que no dejaría nunca de llevar su documentación.

Sin más dilación, los dos policías dejaron que la chica se marchara y le dijeron que no se acercara al turista con el que le habían visto:

—Hemos recibido instrucciones muy concretas —aclaró uno de ellos— y no queremos que ningún cubano se vea involucrado en ningún jaleo con algunas personas, como puede ser ese señor con el que ibas. ¿Équelecua?

Iris Angerí volvió a casa de su novio en la calle Lamparilla, de donde había salido, con la tristeza de no haber podido cumplir la misión encomendada.

46

El domingo amaneció con un sol radiante, algo que no era novedad para Alberto, pero que sí constituía un aliciente después de cómo había terminado el día anterior, con la detención de Iris, la soledad de su cena y la soledad de su cama.

La luz le animó. Nada más salir de su habitación camino del restaurante se cruzó, como todos los días, con Omara y su carro de limpieza, y tal vez fue ver la tranquilidad que le profería la expresión de la chica, o el no pensárselo mucho, pero se armó de valor y preguntó a la camarera:

—Buenos días, Omara, ¿sabes dónde está Marcia, la camarera del restaurante?

—No lo sé, somos tantos que casi no nos conocemos —reconoció la empleada.

—Es que llevo varios días que no la veo y me preocupa pensar que le suceda algo.

—No sé, hay veces que tenemos días de licencia, o contratos que acaban y volvemos pasado un tiempo, pero de Marcia no lo sé, yo con ella tengo muy poco trato. ¿Le voy tendiendo la cama?

—Lo que quieras, no volveré hasta el mediodía —precisó Alberto, que tampoco había entendido muy bien la pregunta.

Mientras desayunaba no dejó de mirar la puerta de la cocina, después de escrutar a todas los camareras del restaurante buscando la tímida expresión de aquella chica que, con diferencia, fue la que más le había marcado de todas a las que había conocido.

Nada más salir a la calle, un hombre levantó la mano para llamarle la atención:

—¿Taxi, señor?

—No, gracias —contestó rápidamente para huir del discurso habitual.

Tomó la calle O´Relly dirección al puerto y optó por caminar ligero, como si llevara prisa, pretendiendo así no dar la imagen de extranjero desocupado que va despistado y ser, por tanto, menos

vulnerable a las muchas ofertas que seguro le realizarían.

De momento le funcionaba bien y así llegó rápidamente a la Catedral, que tenía mucho interés en conocer, y que se encontraba en el inicio de la misa más importante de la semana.

Le llamó la atención los ventiladores eléctricos tan aparatosos que habían instalado en el interior y las personas que podrían estar allí congregadas. No creía que la misa fuera seguida por tanto feligrés.

Se sentó e intentó observar a la gente y pensar en ella. Él era cristiano, como la mayoría de los españoles, pero nunca asistía a más misas que las que exigía el protocolo social motivado por algún evento, pero pensaba que la Iglesia era un buen lugar para reflexionar y contemplar a los que se encontraban siguiendo la ceremonia. Tenía la idea, pero necesitaba el argumento para escribir su novela.

No llevaría mirando mucho tiempo cuando se fijó en un joven negro que vestía camisa roja y que se hallaba junto a un mulato que llevaba únicamente un peto vaquero. Parecía que estaban juntos y pensó en la traición como pilar de su novela. En la traición que pudo cometer uno de los expedicionarios pagados por los americanos, pasando información a un familiar revolucionario en Cuba y de esta manera alertar a las tropas castristas para tener montado el operativo de defensa de la isla, justo por donde entraron, por la famosa playa Girón. «¡Sí!, por ahí podría ir la cosa —pensó alegremente al verse con la idea nueva en la cabeza— sí, la traición siempre ha formado parte de una de las facetas más oscuras del ser humano, y ese podría ser el camino».

Esperó a que la misa terminara.

—El Señor sea con todos ustedes —concluyó el sacerdote que la oficiaba.

Salió junto a todos los asistentes y se mostraba muy contento por haber sacado el principio de su novela. «Sí, eso puede dar mucho juego —se decía—, me imagino poniendo al cubano traidor para los americanos y fiel al régimen de Castro, cómo se entrenaba con los demás, todos ellos pagados por la CIA, cómo obtenía información de todo el plan y cómo la enviaba para el país para el que trabajaba y para el país que teóricamente invadiría. Y además todo enmarcado en

la época de Kennedy, de Marilyn, de la Guerra Fría...»

Alberto seguía creyendo en la inspiración. Sabía que no siempre venía cuando uno quería y que, cuando llegaba, había que aprovecharla, por lo que tomó la decisión radical de volver a su hotel y ponerse a escribir.

Abandonó la plaza de la Catedral por la calle Empedrado. No muchos metros después de pasar La Bodeguita del Medio le asaltó una persona por la calle que le llamó por su nombre:

—¿Dónde va usted, señor Alberto?

Se volvió y no pudo reprimir la alegría que le daba volver a verla.

—¡Luré!

Se acercaron los dos y se dieron un abrazo espontáneo.

—¿Dónde tú te has metido?

—He estado visitando la ciudad.

—¿Y por qué tú no me has llamado y te la hubiera enseñado? ¿Oíste?

—Tenía que haberlo hecho.

—Pero eso tiene remedio, ¿ahora dónde vas?

—Vuelvo al hotel.

—Pero si son las once y media de la mañana —la mujer se sorprendió de la hora.

—Sí, pero tengo que hacer.

—¿Y qué tienes tú que hacer tan importante?

—Tengo unas cosas que hacer, de verdad, ¿cuándo quieres que nos veamos?

—Cuando quieras, ¿esta noche?

—Vale, a las ocho y media te espero en la esquina del Centro Gallego con el hotel Inglaterra, ¿Lo conoces? —preguntó, satisfecho de ir conociendo la ciudad.

—¿Pero cómo tú crees que no voy a conocerlo?

—Pues allí nos vemos.

—¡Ok!, yo me llego a la hora que me has dicho.

Se despidieron con un par de besos, siguiendo ella en el mismo sitio en el que se hallaba y él enfilando rápidamente la dirección del

hotel.

Al llegar allí todavía estaba Omara haciéndole la habitación.

—Perdone, no sabía que fuera a regresar tan pronto —la muchacha se alteró con la llegada del turista antes de lo esperado.

—Es que he cambiado de idea. Si quiere, me marcho al vestíbulo y subo en un rato.

—Tardo menos, espéreme fuera un par de minutos si desea.

Alberto estaba muy contento, había encontrado argumento para su novela y esa noche iba a tener un encuentro con la explosiva y sensual Luré. Todo iba mucho mejor de lo que podría imaginar. Ese compromiso personal con la editorial, esa ética como escritor, esa correspondencia con el dinero que le estaban pagando... Todo se había arreglado. La luz se había encendido. Se había visto el final del túnel.

Se sentó en la mesa, tomó los folios en blanco que había traído y empezó a escribir.

47

El teléfono tuvo que dar cuatro timbrazos para que Alberto encontrara el momento de soltar el bolígrafo y descolgarlo:

—¡Buenas tardes, escritor!

—¡Sofía! ¿Qué tal te encuentras?

—Yo ya metida en la cama, pero como veía que no me llamabas, ya no quería esperar más.

En ese momento miró la hora y comprobó que eran las siete y cuarto de la tarde. Calculó y exclamó:

—¡Pero si en Madrid es más de la una de la madrugada!

—Ya lo sé, además mañana lunes tengo un día terrible porque he de dejar arregladas muchas cosas, pero no quería dormirme sin hablar contigo.

—Tienes que perdonarme, pero he perdido un poco la noción del tiempo, fíjate que no he comido...

—¿Que no has comido?

—No, pero te tengo que dar una gran noticia: ¡Ya tengo argumento!

—¡Bien!

—Sí, esta mañana he ido a misa.

—¿A misa? ¿Tú?

—Sí, sé que suena raro, pero quería conocer la Catedral con una misa, y allí empecé a pensar en el argumento de la novela. Ya te lo contaré.

—Sí, yo también quiero hablarte de algo.

—¿De qué?

—No, por teléfono no quiero decirte nada, ya lo hablaremos en persona. Solo te digo que tengo muchas ganas de ir a verte y de estar juntos unos días.

—Bueno, venga, duérmete que para ti es muy tarde.

—Un beso muy fuerte, Alberto, muy fuerte, el más fuerte que te he dado en toda mi vida.

Después de colgar, Alberto se quedó pensando en las últimas

palabras de su mujer. Sofía no era una persona muy propensa a expresar cariños y no se abundaba en frases apasionadas, pero eso que le había dicho, le dejó pensativo.

Se levantó un momento para despejarse y se afanó en terminar el capítulo que escribía. Había encontrado en la traición el hilo argumental básico en el que hacer discurrir su historia. Pensó que podría hablar de dos amigos de la niñez que el destino situó en bandos opuestos. Chicos nacidos en la década de los años treinta y que en el momento en que sucedieron los hechos estaban en la plenitud de su juventud.

La noche se presentaba climatológicamente hablando muy atrayente, porque corría algo de viento, que amainaba la habitual sensación de calor pegajoso que reinaba siempre al sur del Trópico de Cáncer.

Se acercó a la esquina donde había quedado y, después de contemplar los azulejos pintados y encastrados que había en la acera, se paró a escuchar a un grupo musical que amenizaba a los comensales del hotel Inglaterra. Eran cinco y, excepto el vocalista, los demás tocaban algún instrumento. El cantante tenía una voz muy embaucadora y los otros cuatro músicos le acompañaban formando un conjunto intimista y seductor, por lo que la espera no se le hizo pesada:

...parado yo en una esquina
vi pasar una muchacha
al mirarla me inspiré
y compuse esta guaracha...

El sentimiento que desprendía la letra de la canción era acompañado por todos los miembros del grupo con unas marcadas expresiones en sus rostros, lo cual sorprendió a un escritor que carecía de sensibilidad musical y no estaba acostumbrado a presenciar una interpretación en directo.

Durante un momento pensó en los últimos encuentros que había tenido con la policía y le parecía raro que en varios días no hubiera habido ninguno, y que en el día anterior fueran dos veces las que se le acercaran a identificar tanto a él como a sus acompañantes, casualmente mujeres las dos.

Especuló con que esa posibilidad le fuera a ocurrir también esa noche, algo que no quería que sucediera porque al margen de lo embarazosa e incómoda de la situación, al final eso desembocaba en que volvería a pasar la noche solo. Tres mujeres para tres noches y, a partir de la tercera, ya no hubo ninguna más. No estaba dispuesto a

que se repitiera, por lo que optó por plantear a su pareja, en cuanto llegara, que se metieran rápido en el hotel, ya que ahí entendía que sería más difícil que pudieran ser molestados por esa Policía Especializada que tan inoportunamente había aparecido en su vida.

Serían las nueve menos cuarto cuando la vio aparecer, deslumbrante, como siempre. Pensó en que esa mujer no se cohibía a la hora de ponerse la ropa para salir a la calle, y se encontraba hasta violento llevando de compañía una pareja así.

Luré apareció por los soportales del Centro Gallego vestida con un cortísimo vestido negro de amplio escote que dejaba ver una buena parte de sus pechos, zapatos negros con un poco de tacón y un pañuelo en la cabeza a modo de turbante, rojo igual que el bolso. Sería por la luz de la calle, por la piel de su cuerpo, por lo fino del vestido, pero se le distinguían perfectamente las bragas blancas que llevaba debajo.

—¡Alberto! —exclamó, como siempre, presentando su mejor sonrisa.

—¡Luré! —respondió el escritor.

Los dos se dieron un par de besos, abrazándose desde el primer instante como si de una pareja de novios se tratara.

—¿Qué te parece si vamos al hotel?

—¿Sin cenar? —preguntó la chica, levantando las cejas en señal de asombro.

—¡No, mujer!, te pregunto que si vamos al hotel a cenar.

—Ok, donde tú digas. Allí seguro que también dan buen condumio.

Y sin mediar ninguna palabra, Alberto tomó la dirección de su hotel a una velocidad mucho mayor de la que correspondería a dos personas que van paseando por la calle. Por la propina que había dado en alguna ocasión al portero, sabía que no le pondría ningún problema para dejar pasar a la chica.

—¿Por qué vamos tan rápidos?

—Porque tengo hambre —contestó un Alberto que exteriorizaba un cierto grado de nerviosismo.

Mientras la mujer echaba una risa aparatosa, el escritor miraba a

todos los lados de la plaza con el temor de ver aparecer por cualquier lugar a la pareja de policía que le rompiera nuevamente los planes que había estado diseñando.

Cuando estarían a poco menos de diez o quince pasos de la puerta del hotel, oyó cómo le chistaban en la distancia. Alberto se detuvo en secó y notó cómo su pulso se le aceleraba.

Se giró despacio temiendo encontrar a otra siniestra pareja dispuesta a dejarle nuevamente sin compañía. Cuando vio quién le llamaba, respiró más tranquilamente:

—¿Va a querer un taxi esta noche, señor?

Suspiró, dando la negativa con la mano y ganó junto a la chica la puerta del hotel, percibiendo que la tranquilidad había alcanzado a su semblante.

—¡Ya estamos!

—Alberto, tú me has traído que parecía que íbamos a apagar un fuego, ¿te pasa algo?

—No, en absoluto, es que he estado casi todo el día en mi habitación y creo que he extrañado salir a la calle.

Según caminaban, ya mucho más tranquilos por el vestíbulo del hotel, el escritor miraba a los hombres de seguridad, que elegantemente vestidos con su traje azul oscuro, camisa blanca y corbata negra, controlaban todos los movimientos de los huéspedes, así como el trasiego de maletas y bultos de los viajeros.

—¿Y qué has estado haciendo tú todo el día en tu habitación?

—Bueno, en realidad, he estado una parte importante en la piscina.

—¿Pero no me has dicho que has estado en tu habitación?

—Las dos cosas, Luré, las dos cosas —zanjó Alberto, con temor a delatarse a más que hablara.

Entraron en el restaurante preguntándoles el *maître* para cuántos iba a ser la mesa.

Les pusieron en una diferente a la que ocupaba habitualmente y miró casi instintivamente alrededor más que buscando a Marcia, comprobando, como así fue, que esa noche tampoco estaba. Parecía evidente que había dejado de trabajar en el hotel.

Luré era una mujer muy agradable y, al margen de ser una fémina tremendamente escultural y provocativa, lo que más le gustaba a Alberto era su forma de ser, su carácter dicharachero y divertido. Siempre con la sonrisa dibujada en una boca que suponía la mayor mezcla de alegría y erotismo que había visto conjuntadas en una cara.

Al fondo del restaurante había un dúo cantando junto a la mesa de un grupo de turistas. Les trajeron la carta y Luré le preguntó si podía pedir lo que quisiera, a lo que Alberto contestó con una sonrisa. El filete de res de segundo y los espárragos blancos de primero fue lo que pidió.

—¿Y te está gustando Cuba?

—Es un país fantástico y me lo estoy pasando muy bien.

—¿Incluso cuando no estás en la cama conmigo?

Nunca había conocido a una mujer tan sumamente provocativa, directa y clara, como la que tenía enfrente.

— Sí, Luré. Me está gustando Cuba incluso cuando me dejas un rato fuera de tus garras —y, a la vez que pronunciaba la última palabra, marcó el ademán de arañarla con su mano.

—¡Calla, canchanchan!

Quizá no era del todo consciente de lo infantil que le convertía esa compañía.

Alberto se fijó en que los dos músicos, vestidos con unas amplias camisas negras de manga larga y portando cada uno una guitarra, se acercaron a su mesa y, cuando se situaron junto a ellos, les cantaron las estrofas de una canción que Luré tarareaba con los labios, sin que saliera por ellos ninguna palabra...

...esas perlas que tú guardas con cuidado
en tan lindo estuche de peluche rojo
me provocan, nena mía el loco antojo
de contarlas beso a beso, enamorado...

La escena le pareció hermosa. Sacó unas monedas y se las dio a uno de los cantantes, agradeciéndoles la música que les habían regalado. Con un gesto de ostensible agradecimiento, el dúo se

marchó a otra mesa y Luré le hizo una pregunta que entendió fuera de lugar.

—¿Y por qué vendes carros en Madrid?

—Es mi trabajo, y me gusta porque me relaciono con la gente. Conoces a muchas personas diferentes.

—A mí también me gusta eso.

—¡Oye!, ¿por qué no me hablas de cuando eras pequeña?

La mujer se sorprendió por la pregunta e indagó con cara extrañada:

—¿Qué quieres tú saber de cuando era pequeña?

La pareja seguía hablando en el restaurante del hotel. En la decoración de la sala había cuadros, había plantas, había escayolas en el techo, y también, perfectamente camufladas, se encontraban unas pequeñas bolas negras en cuyo interior se escondía una pequeña cámara. En algún lugar de esa misma planta había una persona que seguía atentamente la situación, y gracias al micrófono que tenían cerca de la mesa donde estratégicamente les había puesto el *maître*, podía seguir la conversación de los dos con bastante precisión.

Gilberto Oñate tenía al día siguiente despacho en la plaza de la Revolución y llevaba perfectamente actualizados todos los movimientos del *PPE* que se alojaba en su hotel. Su ambición le ayudaba en su desempeño profesional y se había tomado este seguimiento como si de una misión militar estuviera tratándose, algo parecido a una cuestión de Estado.

Desde su despacho pudo comprobar que, al terminar de cenar, la pareja abandonó la mesa y puso rumbo a la habitación donde se encerraron. La conversación había sido grabada y se disponía a escucharla de nuevo, buscando algo que se le hubiera podido escapar. No era lógico que un vendedor de coches hubiera realizado tantas preguntas sobre cuestiones de educación, cultura y costumbres del pueblo cubano, que la resuelta chica le había ido contestando.

Pensaba quizá que se le pasaba algo por alto, porque su opinión personal sobre el escritor era especialmente baja y no le tenía en la

más mínima consideración como persona. Quería entender que su Partido se preocupase por personalidades más complejas que por la de un simple escritor inocente y mujeriego.

49

—Ahora pasarás a ocupar el sitio que la historia te está reservando. ¡Cuantos patriotas querrían estar sentados donde tú lo vas a estar! Pero tu amor a Cuba te ha llevado a situarte al frente de tan alta responsabilidad, que espero sepas respaldar. Recuerda, William, que este extranjero *hp* lo tenemos acechante, dispuesto a entrometerse en nuestro modo de vida, en nuestros sentimientos y en nuestra historia. ¿Entendido?

—¡Sí, teniente Torres!

—Vas a pasar a ocupar el lugar donde espero seas condecorado, como les ha pasado ya a muchos de tus antecesores. Tienes que sentirte lo que eres, miembro de la dirigencia de seguridad de tu país y, por tanto, debes mantener un comportamiento exquisito para con todos tus compañeros y con la Revolución. Es tu momento de meter el hombro y trabajar.

El chico escuchaba muy atento las explicaciones del teniente Félix Torres. Vestía de paisano y había acudido al centro Rubén Martínez Villena con la ilusión que se tiene a los veintiún años. Sentía una gran emoción porque las palabras responsabilidad, discreción, seguridad nacional, fueran asociadas con su persona en un edificio del gobierno como era ese lugar en el Vedado.

Después de las presentaciones, ocupó una silla en la sala donde trabajaba otro grupo de personas, todas de uniforme, frente a la pantalla de un ordenador. Todos tenían a su lado una serie de relaciones en las que iban haciendo anotaciones.

Una vez que se sentó en la silla, tomó el listado que le había dado el teniente y empezó a confrontar en el ordenador cada nombre que le venía escrito en el papel con la base de datos que le ofrecía la pantalla en blanco y negro, y a poner números y letras: OB, OB, 1B, OB...

Así se pudo pasar toda la mañana, sin levantar casi la vista de los papeles que le habían entregado y mirando aquella pantalla mugrienta de ordenador soviético.

Antes de comer, apareció el teniente:

—William, deja lo que estás haciendo y ponte a buscar en los vuelos que arribarán pasado mañana miércoles al José Martí, uno en el que llega una mujer teóricamente llamada Sofía Robles Martín. Necesito que me lo confirmes y me indiques la hora a la que llegará y si nos consta ese nombre por algún lado.

Victoriano y Lino se miraron con unos ojos que demostraban una complicidad impropia de dos personas que llevaban trabajando una semana juntas.

Al cabo de unos minutos, William detectó el nombre en el listado, lo comprobó en el ordenador, y subió diligente al despacho del teniente Torres a informarle:

—Teniente, ¡aquí lo tengo! Sofía Robles Martín no figura en el computador y, por el tiempo que va a estar y las veces que ha venido, sería un *OB*.

El teniente Torres miró el listado y después a la cara del joven.

—Muy bien William, muy bien. Con trabajos así es como defenderemos a la patria de las invasiones extranjeras. Nunca debes bajar la guardia y tienes que estar siempre con cuatro ojos. Los enemigos del país se van en barca y llegan por avión. Y para eso nos ha puesto la Revolución aquí, para detectar su llegada y obrar en consecuencia.

—Pero, ¿esa Sofía Robles es una espía?

—No hagas preguntas William, aquí no estamos para investigar sino para cumplir órdenes. Se nos ha encomendado una importantísima misión diaria y nuestra obligación es cumplirla fielmente, pero no debemos hacer preguntas.

El chico asintió.

—¿Qué tal tus compañeros? —Torres cambió de tema.

—Bien. Estoy al lado de Victoriano Parra.

—Muy bueno ese chico, y no tiene guayabitos en la azotea. Lleva con nosotros muy poco tiempo también, pero te puede ser de gran ayuda. Aquí tenemos que colaborar todos con todos. Si no nos ayudamos entre nosotros ¿quién nos va a ayudar?

Cuando William abandonó la sala, Torres cogió el teléfono y

llamó a otro edificio gubernamental:

—¡Gálvez!, soy Torres. Mira, la persona que me has dicho arribará este miércoles a las cuatro de la tarde hora local. Está confirmado que nunca ha venido a Cuba y va a estar hospedada en el hotel Presidencial durante cinco noches, según el visado que tiene tramitado, es decir, volverá a Madrid el próximo lunes cinco de mayo en un vuelo que partirá del José Martí a las ocho de la tarde.

El teniente Gálvez llamó al capitán Monaga por el teléfono interior:

—Capitán, ya tengo la información que me pidió, y está aquí el director del hotel, tal y como le habíamos pedido.

—Bien, pasad los dos.

Las tres personas se juntaron en el despacho del capitán, los dos militares con sus uniformes y Gilberto Oñate con su cuidado traje y corbata.

El director fue explicando el resultado de las gestiones que estaban llevando a cabo en el hotel y, cuando terminó, el capitán Monaga se quedó pensativo. Al cabo de unos instantes, levantó la vista de los papeles y miró a Gilberto.

—Muy bien Gilberto, muy bien. Eres un buen testimoniante. Señores —explicó, mirando a los dos— nos encontramos con una persona a la que el Partido está haciendo un seguimiento especial. Ha venido a Cuba a realizar un trabajo que no sabemos cuál es, y además no tenemos por qué saberlo. Nuestra misión está muy clara. Tenemos que conocer en todo momento con quién habla, con quién está y dónde va. Y dejarle escribir. Cuando nos den nuevas órdenes, obraremos en consecuencia

Marcó una pausa larga e intencionada y continuó hablando.

—¿Así que sobre la playa Girón?

Los dos asintieron.

—No lleva mucho escrito —puntualizó Gilberto— pero parece que es de eso sobre lo que está escribiendo.

—No me digas eso de que *parece*, a mí si me llaman del piso doce no puedo ir con suposiciones, tengo que ir con respuestas exactas ante preguntas concretas.

—Sí, está escribiendo sobre los sucesos de la invasión. ¡Tremendo!

—Tiene varios libros que compró en la plaza de Armas y en la Moderna Poesía, en la calle Obispo —apuntó el teniente Gálvez.

—Sé muy bien dónde se ubica esa librería —cortó el capitán, seco—. Lo que me estoy preguntando es por qué está escribiendo de aquello si ya han pasado más de cuarenta años del suceso. No lo entiendo.

Se secó el sudor y siguió hablando:

—Y ahora lo de su mujer.

—Efectivamente, compañero capitán. Pasado mañana a las cuatro llega en vuelo regular procedente de Madrid, está confirmado que nunca ha estado en Cuba y que, a diferencia de su marido, ella no se ha cambiado los nombres —aseguró Gálvez—. Luego está lo del traslado a Varadero.

—Eso, tampoco lo entiendo —repuso Monaga.

—Ya le dije capitán —intervino Gilberto— que en el buró de viajes arregló el hotel para cuatro noches en uno de Varadero, quería cinco, pero no le pudimos encontrar combinación.

—Gilberto, otra vez que quiera cinco, se le dan cinco noches.

—Sí, pero es que teníamos a un grupo...

—¡Silencio! —Monaga interrumpió bruscamente la disculpa del director del hotel— si quería las cinco noches, por algo sería, aunque no entiendo la razón, por lo tanto, habrá que darle las cinco noches.

Gálvez y Oñate veían que a Monaga este asunto le ponía más nervioso de lo habitual.

—¿Puede alguno explicarme qué sentido tiene que venga la mujer de un turista a pasar cinco días con su marido a La Habana, ciudad en la que teóricamente nunca ha estado, para que nada más llegar se vaya a otro destino?

Los dos le miraron en silencio y ninguno contestó.

—Señores, no tenemos nada más que contarnos por el momento. Gilberto, sigue como lo estás haciendo y Gálvez, mantén el operativo en funcionamiento las veinticuatro horas del día, que no está el horno para galleticas. ¿Alguna pregunta?

El silencio de los tres dio por terminada la reunión. Al salir del despacho de Monaga, el teniente Gálvez levantó las cejas a Gilberto en un gesto de incertidumbre.

—Nunca le había visto así por un *PPE* —se sinceró.

—Parece que este es un caso muy especial.

—Sí. Por cierto, ¿le has visto en persona?

—Ayer me crucé con él en el lobby.

—¿Y qué te pareció? —inquirió el teniente, con algo de curiosidad.

—Por lo que está haciendo, no puedo decir de él mucho más que es un jodedor que está intentando encontrar mujer y que, de vez en vez, se entretiene escribiendo.

—Eso mismo me parece a mí. No creo que sea una persona tan importante como le parece al capitán.

Después de volver a secarse el sudor, Monaga recopiló toda la información que obraba en su poder y subió al piso doce a explicar cómo estaba la situación con Alberto Rodríguez-Conde. «¿Y por qué querrá la Revolución a un hombre como este?», también se preguntaba él.

50

Alberto se había despertado antes que Luré, que todavía continuaba dormida en la gran cama de la habitación. Se asomó a la ventana, costumbre que adoptó desde la primera mañana en que había amanecido en La Habana, y que no había dejado de hacer ni un solo día.

La vida que reflejaba la ciudad le indicaba que el fin de semana había pasado ya que la circulación se había incrementado. Había más coches, más camellos transportando viajeros, más taxis, más bici-taxis, más coco-taxis, y más gente pasando por la calle. Como siempre, sin ver grandes prisas pero sí un importante trasiego de personas.

Se volvió y observó a Luré dormir. La luz que entraba por la ventana no la había despertado y todavía tenía los ojos bien cerrados. Pensaba que la noche anterior no había sido tan fogosa como resultó en el primer encuentro, pero volvió a disfrutar con aquella chica, no solo por su cuerpo, sino por la simpatía que demostraba incluso encontrándose totalmente desnuda. No paró de reír, de ser y querer hacer feliz a la persona que tenía la inmensa fortuna de compartir con ella esos momentos. Después de lo que le había pasado con Iris, y de la desaparición de Marcia, tenía ganas de estar de nuevo en la cama con una cubana, confirmando una vez más todo lo que le habían dicho respecto al amor en el Caribe. «¡Nada que ver con el temperamento latino!», pensaba.

Desnudo como se hallaba, se acercó despacio a la cama y se situó muy cerca de la cara de Luré, sintiendo cómo su respiración le abanicaba las mejillas. Quizá esa proximidad hizo despertar a la chica, que abrió tímidamente los ojos y se encontró con la cara de Alberto a escasos milímetros de la suya. Al verle, sonrió y le abrazó a la vez que le daba un cálido beso en la boca. Al terminar, volvió a abrir los ojos que había cerrado previamente y musitó:

—Buenos días, Alberto.

—Buenos días, Luré. ¿Qué tal has descansado?

—Me cansé muy bien, y descansé mejor.

El escritor pensaba que esta mujer le decía unas frases realmente hermosas, sobre todo por el momento en que las pronunciaba.

—¿Querrías desayunar?

—¿Ahora?

—No sé. ¿Se te ocurre otra cosa que podamos hacer?

Cuando terminó de pronunciar esta frase, Luré cerró los ojos y lo volvió a rodear con los dos brazos, llevándole consigo al mismo lugar que tenía ella en la cama y empezando una nueva sesión de amor a la que Alberto, sin dudarlo ni un instante, se entregó con absoluto empeño.

El escritor se quedó transpuesto y, cuando se levantó de la cama para ver la hora, se dio cuenta de que eran las diez de la mañana, por lo que había perdido el desayuno en el restaurante, aunque la causa había merecido la pena.

Se encontraba sentado en la cama y sintió cómo lo agarraban por la espalda, invitándole otra vez a volver al lugar de donde se había incorporado. Se giró y volvió a recrearse con la belleza de la mujer envuelta entre las sábanas.

—¡Me encanta esta cama! ¡Es enorme!

—¿Te gusta?

—¡Ay, sí! Yo duermo en una personal, y esta es muy grande. Se templa de fábula.

Por fin, se levantó y tomó el teléfono, preguntando si podían subirle un desayuno para dos personas.

Volvió a la cama y besó a Luré.

—¿Qué tal te lo pasas conmigo? —preguntó la chica— ¿Te gusto más que tu jeva?

—¿Quién dices?

—¿Que si te gusto más que tu mujer?

—¿Quién te ha dicho que estoy casado? —Alberto se incomodó con la pregunta. No le gustó que nombrara a su mujer.

—La mayoría de los que venís a Cuba o estáis casados o estáis argollados. Además, el anillo de casado en España, ¿no se lleva en la

mano derecha?

Alberto la miró y comprobó que la alianza le había delatado, aunque tampoco se había planteado en ningún caso mentir a nadie. A nadie en Cuba, se entendía.

—¿Y por qué has venido solo?

Pensó en ese momento contar que su mujer iba a venir a visitarlo dentro de dos días, pero no quería dejar ningún resquicio a la más remota posibilidad de chantaje.

—Ella no podía arreglar unos días de permiso y se ha tenido que quedar en Madrid.

—¿Y no tenéis niños?

Continuaron hablando un rato y Alberto no cayó en la cuenta de que en cualquier momento iban a llamar con el desayuno y todavía no se había arreglado.

Efectivamente, cuando tocaron la puerta, saltó de la cama y corrió al cuarto de baño para ponerse una toalla anudada a la cintura. Cuando abrió, la sorpresa, la perplejidad, la confusión, se cebaron en su semblante y no pudo articular palabra.

—Señor, su desayuno —anunció Marcia.

Él seguía agarrado al tirador y permanecía atónito, como si presenciara una visión. La mujer continuaba de pie, en el umbral, con una expresión severa.

—Señor, ¿le paso el desayuno para dos personas que ha pedido o se lo dejo en la puerta?

La cara de Marcia no reflejaba ningún sentimiento, era una fría e inexpresiva efigie inanimada, casi impersonal.

Tras unos instantes, Alberto acertó a decir a Marcia que le diera la bandeja que él la terminaría de pasar a la habitación.

—Gracias —consiguió articular el escritor.

—¡Por nada!

Cuando Luré, que por la forma de la habitación no había visto con quién había hablado Alberto, comprobó el contenido de la bandeja exclamó:

—¡Qué rico el *cake*!, ¡con lo dulcera que soy!

Ella se comió casi todo lo que trajeron. A Alberto, sin embargo,

se le había marchado el apetito.

51

Cuando Luré salió por la puerta del hotel Presidencial, un coche oficial dejaba en ese mismo momento al flamante director que venía de recibir el respaldo y la felicitación de la plaza de la Revolución, algo que para una persona tan ambiciosa como él significaba una importante satisfacción. No llegaron a cruzarse, porque la chica había abandonado ya el edificio cuando él entró por la puerta, recibiendo el saludo de uno de los miembros de seguridad que tenía situado junto a las enormes puertas de cristal de la entrada.

Arriba, un hombre se duchaba pensando en lo que había pasado durante la mañana. La inesperada aparición de Marcia le había supuesto un choque mental mucho mayor del que podía imaginar. Ahora la cuestión era saber por qué desapareció del hotel y por qué volvió a la escena, justamente para llevarle el desayuno cuando además tenía a otra mujer en su cama. No acertaba a dar explicación de aquello, remitiéndose a alguna enfermedad u otro tipo de baja por alguna razón que se le escapara y que estaba dispuesto a indagar a la hora del almuerzo, siempre y cuando la volviera a ver.

Cuando terminó de arreglarse, salió al pasillo y, esta vez, no se encontró a Omara con su equipo de limpieza. La buscó por el resto de la planta y justo en el pasillo paralelo, situado al otro extremo, vio un carro solitario junto a una habitación con la puerta abierta. A Alberto no le parecía oportuno asomarse y llamó desde fuera:

—¿Omara?

Al cabo de unos instantes salió por la puerta la tímida e impasible camarera.

—¿Señor?

—Voy a marcharme a dar una vuelta durante una hora, ¿podría estar en ese tiempo la habitación?

—No se preocupe, que me pongo con ella ahora mismo.

—Gracias.

—Por nada, señor.

Pensó que todo lo que tenía de educada esta chica lo tenía de

sosa y de mohína.

Cuando salió a la calle volvió a recibir las mismas tres sensaciones que le habían acompañado durante todas las salidas del hotel: el calor, el olor a petróleo y el ofrecimiento de taxi.

Decidió encaminar sus pasos hacia el Parque Central y pensó en algo que en ningún momento se había planteado, pero los últimos acontecimientos le habían llevado a una reflexión de la que había sido testigo el agua tibia de la ducha que acababa de darse.

Se sentó en un banco, a la sombra, y permaneció allí durante un rato. Mientras veía cómo un viejo vendía sirope de fresa en vasos con hielo picado a los turistas y cubanos que pasaban por las proximidades de la estatua de Martí, pensaba si su permanencia en La Habana era imprescindible. Había venido hacía una semana sin saber qué contar. Pasados los días, no solo ya sabía de qué escribir, sino que tenía bibliografía sobre el particular y además había empezado a componer su historia. Su objetivo profesional estaba encarrilado. Personalmente había tenido relaciones íntimas con tres mujeres, cada una sobresaliente en su faceta de amantes. Si se quedaba más días, podría conocer a más, o repetir con las mismas, pero las cosas que tienen un principio también cuentan con un final y, en algún momento todo eso tendría que acabar. Él quería a su esposa, aunque a veces lo que entendía como su innata sequedad castellana le llevara a buscar a otras mujeres. Pero él seguía queriendo a Sofía y todas las chicas que habían pasado por su cama no le habían conseguido hacer olvidar a la mujer con la que compartía ya muchos años de vida y muchos intereses económicos.

Por otro lado, los últimos acontecimientos le habían incomodado. La aparición de la Policía Especializada casi secuestrando a las dos mujeres que le acompañaban, lo recordaba como un hecho muy desagradable y sorprendentemente repetitivo. Y, por último, la reaparición de Marcia. Una situación así podía poner su matrimonio al borde de la ruptura y seguro que una mujer como Sofía no consentiría semejante humillación.

Quizá lo que podría faltar sería visitar la famosa playa Girón y comprar algo más de bibliografía ya que, además, la que podía

adquirir en Cuba se encontraba intencionadamente sesgada, por lo que tendría que buscar otras librerías, evidentemente fuera de la isla, si quería conocer otros enfoques de aquello.

Sí, se reafirmaba en que su continuidad en La Habana no tenía mucha razón de ser. Él no había ido a escribir un libro de historia, lo que tenía que crear era una novela que sucediera en Cuba, y la imaginación aquí tendría que jugar un papel predominante.

Alberto pensaba en todo ello cuando se le acercó un hombrecillo bien entrado en años, completamente calvo, con una bolsa de plástico en una mano y un *Granma* en la otra.

—Buenos días señor, ¿quiere el periódico *Granma*?

—No gracias, ya lo compré el otro día y no me parece que a eso se le pueda llamar un periódico.

—Este que le traigo seguro que le va a interesar.

—De verdad que no, que no quiero eso.

El hombre se acercó un poco más a Alberto y se agachó para ponerse a su misma altura.

—Créame en lo que le digo, mi *Granma* de hoy le va a resultar de mucha utilidad.

—Mire, por favor, deje de molestarme —Alberto estuvo tentado de darle un empujón.

El señor se enderezó y le miró por unos instantes.

—Solo le pido que tome el periódico y por favor mire la página cuatro. ¡Tómelo!

Le extendió el ejemplar.

Alberto perezosamente lo tomó en su mano y cuando le fue a preguntar lo que le debía, el vendedor le contestó:

—Deme lo que quiera y, por favor, lea atentamente la página cuatro. Usted puede ser una de nuestras esperanzas.

Según dijo esto, y después de que le dieran una pequeña moneda, el vendedor dio media vuelta y continuó andando.

Alberto, que no se había levantado en ningún momento, tomó el periódico y la curiosidad le llevó a la página cuatro. Cuando lo encontró no pudo por menos que quedarse helado al ver lo que allí había.

Con una cinta de celo le habían pegado un papel en el que se leía en una preciosa caligrafía femenina: *Alberto, no mire a la persona que le ha dado este periódico ni haga ningún gesto sorpresivo. Seguro que le están vigilando. Tenemos que verle pronto. Mañana martes acuda a las 11.00 a.m. al Museo de la Ciudad, allí recibirá información. Cuando llegue a su hotel, asegúrese de destruir este papel a conciencia*.

A pesar de lo que le decían, evidentemente intentó buscar con disimulo a la persona que le había dado el periódico, pero no pudo encontrar a nadie. Se levantó y comprobó que todavía no había pasado la hora que le había dicho Omara que necesitaba para hacer la habitación, por lo que no sabía dónde ir.

En ese momento, Alberto era plenamente consciente de que la primera parte de su estancia en La Habana había sido de una manera, y en esta segunda empezaban a suceder acontecimientos que no podía haber imaginado cuando su avión tomó tierra en la capital cubana.

Volvió a mirar la nota y aprovechó para dar un repaso al periódico intentando estérilmente buscar alguna conexión con el papel que allí le habían pegado. Lo releyó de nuevo y se encontró incapaz de tomar una decisión inmediata sobre qué hacer. «¿Qué querría decir eso de *tenemos que verle pronto*?», se preguntaba quiénes tenían que verle y para qué. Además, le citaban para el día siguiente, un día antes de la llegada de su mujer.

Puso rumbo al hotel con el *Granma* en la mano.

52

En la central del grupo editorial en Barcelona dos hombres hablaban entre sí a través del hilo telefónico.

—¿Qué tal le van las cosas a nuestro hombre en La Habana? —preguntó Gerard Maciá, parafraseando la novela de Greene.

—Hablé con él la semana pasada —respondió David Muntaner— y me contó que ya tenía esbozada la idea sobre lo que iba a escribir.

—¿Estás solo en tu despacho?

—Sí presidente, ahora estaba terminando de revisar el plan de cuentos infantiles para septiembre.

—¿Y si salimos a tomar un café de media tarde a la cafetería de enfrente?

Sorprendido por la proposición, totalmente inusual, David tomó su americana y se encaminó hacia los ascensores.

Al cabo de unos instantes ambos salían por la puerta de entrada del edificio, acompañados a escasos metros de distancia por dos guardaespaldas del presidente.

—¿Siempre tienen que ir?

—Sí, es el protocolo de la compañía de seguridad, ¡oye!, y una lata, no te dejan solo ni un momento. ¡Menos mal —continuó diciendo— que por lo menos son discretos! —y mientras decía esto, guiñó un ojo a David que este interpretó como una confirmación a los rumores que siempre circulaban por los pasillos sobre los constantes devaneos del presidente.

Después de pedir, se sentaron a una mesa lejos de la ventana, como también marcaba su protocolo de seguridad, mientras los dos guardaespaldas se quedaron de pie en la barra tomándose otro café.

—¡Así que ya tenemos argumento!

—Sí, como le decía, hablé con él la semana pasada y le encontré muy contento porque ya tenía un guión preeliminar.

—¿Y de qué va a ir? —se interesó, mostrando una fingida especial atención.

—De la invasión americana a la Bahía de Cochinos.

—¡Muy bien! —opinó casi mecánicamente—. Ese fue un acontecimiento que le costó muy caro a Kennedy, que reforzó a Castro ante el mundo y vinculó definitivamente la Revolución socialista cubana al régimen soviético. ¡Muy bien!, ese tema en la pluma de Alberto puede dar mucho juego. Oye, ¿entiendo que se llevaría un ordenador portátil?

—No lo sé.

—Pues debería tenerlo. ¿Por qué no le envías uno?

—Bien. Haré que se lo envíen.

—¿Y has vuelto a hablar con él?

—No, tampoco me parecía oportuno llamarle de nuevo, y esperaba a que fuera él el que lo hiciera.

—Entiendo, me parece bien. Y su mujer, ¿ha ido?, ¿va a ir?

—Va a ir esta semana a pasar unos días con él.

—Bien, a lo mejor ella puede llevarle el portátil. Mira David, que Alberto tampoco vaya a estar mucho tiempo en Cuba. Que empiece a escribir el libro es fundamental, pero no debería quedarse mucho más de quince días. No es por el dinero, es que creo que lo que tenga que hacer allí, de tomar ideas, de visitar algún sitio para inspirarse, o comprar algún libro, lo puede hacer en esos diez, quince, veinte días como máximo. Luego puede continuar en Madrid. Sí que tienes que asegurarte que empieza a escribir la novela. Anímale a que lo haga allí, que se deje influenciar por el clima de la ciudad, por el acento de los habitantes, por la brisa del trópico, por lo que quiera, pero que arranque el libro y, al cabo de unos días, tráele para España otra vez. Cuba tiene muchos canales de enfoque de su situación social, política, económica, y no sea que vaya a despistarse de su obligación, que es la de escribir un libro, que es para lo que le pagamos.

—Efectivamente —se limitó a contestar un David que escuchaba a su jefe con atención y verdadera admiración por la forma que tenía de comunicar.

—Y tú, ¿has ido pensando ya en el lanzamiento?

—Creo que a lo mejor nos hemos precipitado con este viaje, porque todavía quedan seis meses para el lanzamiento del libro del *Rey Fernando*.

—Ya, a lo mejor, pero es que el tirón de Cuba no va a ser eterno y son temáticas totalmente diferentes. No te voy a decir de sacar los dos libros a la vez, pero a lo mejor adelantamos algo la salida del libro del Rey para septiembre, y aprovechamos las navidades para vaciarnos con este nuevo.

Después de tomar un sorbo del café, el presidente sentenció:

—Alberto es casi único.

—¿En qué sentido?

—En todos David, en todos. Pocas veces un escritor tan mediocre ha llegado tan lejos en este mundo editorial.

—Está claro que la calidad literaria de Rodríguez-Conde siempre ha sido muy discutible.

—No, David, muy discutible no. Alberto es malísimo. Sus novelas son cuentecitos simples que distraen a gente que habitualmente no lee y que pretenden acallar su incapacidad a enfrentarse con un libro, de silenciar su incultura literaria, diciendo a todos que leen, y estos son los que eligen los libros de Rodríguez-Conde. Folletines patéticos, casi esperpénticos, con nulo fondo literario.

—Pero son los que compran, presidente.

—¡Efectivamente!, tú lo has dicho muy bien, son los que compran, los que regalan un libro pretendiendo darse la aureola de intelectuales y van a los grandes almacenes y adquieren lo que está en el número uno de las ventas, o cogen un ejemplar de la torre más alta que espera en cualquier lugar de la tienda a que venga el primer erudito urbano y espíe sus pecados ante la literatura.

Se terminó el café de un trago y sentenció:

—Alberto tuvo su momento intelectual, sobre todo cuando se metía en los ensayos, pero luego en la novela es un verdadero inútil. Pero vende. Tú lo has dicho, vende —se ratificaba.

Se levantaron de la mesa y emprendieron el camino de la puerta de salida. El ticket lo atendió uno de los guardaespaldas.

53

Entró en la habitación que Omara le había compuesto y pensó en varias cosas a la vez: la llegada de Sofía dentro de dos días, el *Granma* y la extraña cita para el día siguiente, la aparición otra vez en su vida de Marcia y, mirando a la cama, pensó en Luré.

Se sentó a su mesa y volvió a mirar tranquilamente la nota y pensó en la manera de cómo se lo habían entregado, y eso de que le estaban vigilando. «¿Vigilarme a mí? —sonrió—. ¿A un simple vendedor de coches que viene solo a Cuba?»

Le parecía cómico. Empezó a barajar la posibilidad de que hubiera sido una broma, un nuevo truco para venderle puros, para presentarle a una nueva jinetera, para intentar sacarle dinero de alguna otra forma novedosa.

Por otro lado, no conocía el Museo de la Ciudad, situado dentro del Palacio de los Capitanes Generales, y en algún momento tendría que verlo ya que en varias guías había leído que era el más importante de La Habana. Se encontraba dubitativo. Se levantó, arrancó la nota que estaba pegada con celo a una de las páginas del panfleto político, que era como consideraba al *Granma*, y la rompió en múltiples pedazos. Los tiró al inodoro y se cercioró de que desaparecieran.

Optó por olvidarse de ello, por lo menos de momento, y seguir trabajando en su novela. La tomó por donde la había dejado y decidió no levantarse de la mesa en el resto de mañana, aprovechar el tiempo y descansar a la hora de comer.

Por alguna extraña relación de ideas, pensó que si a Marcia la había vuelto a ver al pedir que le subieran el desayuno a su habitación, no sería mala idea pedir que le subieran la comida y solicitar expresamente que fuera ella quien realizara el servicio.

Varias horas después llamaron a su puerta. Antes de abrirla, instintivamente se atusó el pelo en el espejo y agarró el tirador, cruzando los dedos por la espalda.

—Buenos días, señor.

El escritor, que casi había contenido la respiración, soltó una

vaharada de aire impregnado en satisfacción.

—Buenos días, Marcia. Estoy solo, pasa por favor.

La chica entró y preguntó, con el mismo tono de timidez que había utilizado todos los días anteriores:

—¿Dónde le dejo la bandeja?

Alberto se dirigió a la mesa, llena de papeles y libros, los apartó, e hizo hueco.

—Marcia, ¿dónde has estado todos estos días?

—¿Qué más le da?, veo que ha estado muy ocupado sin mí.

Aquello le sonó a celos de enamorada.

—¿No vas a tutearme ahora?

La tomó por el brazo suavemente y le apartó un mechón del pelo que se había escapado del coletero, sin que ella ofreciera la más mínima oposición. Ella se dejó besar. Fue un beso intenso, con mucho corazón y sentimiento, como si hubiera estado precedido de un tiempo largo de ausencia no deseada.

—¿Por qué no te he visto? ¿No has estado en el hotel?

—No he podido, y tampoco quiero que me preguntes más.

Se volvieron a besar. A Alberto le gustaba mucho la suavidad y dulzura de Marcia. Nada tenía que ver con la fogosidad e ímpetu de Beylin o de Luré. Lo de esta chica era diferente, era el comportamiento más propio de una novia tradicional que de una prostituta.

Alberto entendió que la situación era propicia y, cogiéndole la mano con extrema dulzura, la acercó a la cama. Empezó a desnudarla quitándole gradualmente la ropa. Cuando la muchacha se encontraba solo con la ropa interior, el escritor preguntó:

—¿No te van a echar en falta en la cocina?

—No, una compañera va a cubrirme la ausencia.

Esa respuesta denotaba que la chica estaba actuando con total premeditación y que se había imaginado perfectamente qué iba a suceder cuando subiera la comida.

Mientras Alberto seguía de pie junto a la cama, la mulata se sentó en ella y empezó a quitarle la ropa.

Después de la siesta que se echó al marcharse Marcia, el escritor comprobó que se le habían ido las ganas de continuar escribiendo. Pensó en la nota del *Granma* y también reflexionó sobre qué podía hacer el resto de la tarde, una tarde ahora incómoda, en donde se le juntaban los remordimientos de conciencia de haber perdido un tiempo que además le estaban pagando, de haberle sido de nuevo infiel a su mujer y de haberse acostado con Marcia, una chica muy diferente a todas las otras mujeres que había conocido en su vida, especialmente a las cubanas, una mujer que cuando cogía los billetes se los llevaba casi a su corazón en un gesto que a él le parecía inusual de alguien que recibía un dinero por venderse. «Estaba claro —pensaba— que, o disimula muy bien, o esta mujer lo necesita mucho». Al final, pensó en el dominó.

Regresó a su casa al anochecer. El ron, sin ningún acompañamiento comestible, le había dejado un poco mareado, por lo que cuando llegó a su habitación, actualizó su diario y se metió en la cama. El día no daba para más.

54

El teniente Gálvez hablaba por teléfono:

—Vamos a ver, Gilberto, que no me termino de copiar. ¿Tiene usted algún mensaje que le hayan podido haber hecho llegar al *PPE* que tiene usted en su hotel?

—No, teniente, mensaje no tengo. Lo que sí que parece es que en el *Granma* que le dieron ayer al hombre del que estamos hablando, iba un mensaje.

—¿Y por qué piensa eso?

—Porque en la página cuatro del periódico había un rastro de que hubiera estado pegado con *scoch tape* algún papel que posteriormente se habría arrancado, y en el *Granma*, que yo sepa, nunca se adjunta nada en su interior.

— ¿Y de qué tamaño sería ese papel?

— Era media hoja, más o menos.

—¿Y sabe usted cómo consiguió el periódico?

—No, se lo debieron dar en la calle. Cuando terminó de desayunar se marchó y, al volver, más o menos una hora después, ya lo traía.

—Muy bien, Gilberto, muy bien.

Gálvez se puso en contacto con otro hombre que trabajaba para él:

—Orestes —llamó por el interfono que conectaba a toda la red de personas que se hallaban posicionadas fuera del edificio de la plaza de la Revolución, donde tenía su despacho.

Al cabo de unos instantes sonó la voz de su agente en el Parque Central.

—Teniente, ¡ordene!

—Vamos a ver Orestes, ayer por la mañana se acercó un vendedor de *Granma* a darle uno al escritor español. ¿Sabes quién es?

—¿Cómo era?

—¿Cómo que cómo era, Orestes? ¿No sabes qué persona se le acercó ayer por la mañana?

—Ayer por la mañana solamente salió un rato y estuvo sentado en un banco durante una media hora, y no recuerdo que se le acercara nadie.

—Orestes, en su habitación tenía un *Granma*, y si solo salió durante la mañana una media hora, ahí se lo debieron de dar. Han mirado la cinta que se grabó desde la puerta del hotel y me han asegurado desde el Presidencial que se ve que sale sin él y que regresa con uno.

—Teniente, voy a intentar averiguar algo y le llamo.

Gálvez cortó la comunicación. Lo verdaderamente importante para el teniente no era quién se lo había dado, sino qué le ponían en la nota, que además el escritor ya había destruido.

55

—¿La leche fría, como siempre?

—Sí, gracias.

Marcia había vuelto al restaurante y Alberto se encontraba más satisfecho por ello. Se preguntaba la razón y no acertaba a encontrar respuesta adecuada, pero descubría que le inspiraba una cierta tranquilidad ver a Marcia desenvolverse con ese aire tímido, que solo mantenía cuando llevaba uniforme. Tenía que reconocer que le causaba una extraña excitación pensar que esa muchacha que ahora iba con dos jarras en la mano sirviendo desayunos, no hacía muchas horas había estado en su cama haciendo el amor en un sentido literal, mucho más que con las otras, con las que solamente había practicado sexo. La sensibilidad de Marcia superaba a la de cualquier otra mujer que jamás hubiera conocido.

Cuando se acercó a retirarle el plato de la fruta, la camarera no se hizo de rogar.

—Yo ya no voy a librar hasta dentro de tres días —detalló la chica, en voz baja—. Cuando quieras, ya sabes que lo único que tienes que hacer es llamar para que te suban la comida, que yo estaré atenta a las peticiones del servicio de habitaciones.

Alberto asintió con la cabeza acompañando un guiño de complicidad. Cuando se marchó pensó que él era un extranjero con dinero, y que eso ya era suficiente para que muchas mujeres sintieran atracción hacia su persona. Tampoco iba a creer otra cosa.

Cuando terminó de desayunar pensó en qué hacer respecto al mensaje del día anterior. Se reafirmaba en que efectivamente no conocía el Museo de la Ciudad y que en todos los lugares que había consultado figuraba como un lugar de visita prioritaria.

Subió a la habitación y saludó a Omara, que salía con su habitual carrito de limpieza, y se dirigió al teléfono a realizar dos llamadas.

La primera fue a su editor, su amigo David Muntaner, al que le contó que ya había empezado a escribir el libro, que llevaría escritas en papel y a bolígrafo una cifra próxima a las cincuenta páginas. Le extrañó que al igual que antes de salir de España le dijo que se tomara todo el tiempo que le pareciera oportuno, ahora parecía que tenía

interés en que no estuviese mucho más de dos semanas, y que el trabajo podría terminarlo en Madrid.

Luego llamó a Sofía, calculando que serían las cuatro de la tarde y que ya habría terminado de comer.

Notó que su mujer se hallaba un poco nerviosa, y fue ella misma la que le dio la razón de su ansiedad:

—Mañana por la mañana no tengo previsto venir a trabajar y hoy tengo un montón de asuntos todavía por resolver, pero me da igual a qué hora termine esta tarde, mañana me levanto más tranquila y, si me queda algo, lo solucionaré por el móvil.

—Tengo que pedirte que me traigas el ordenador portátil, porque estoy escribiendo con bolígrafo y prefiero utilizar el teclado.

—Sí, me llamó David Muntaner y me aconsejó que te lo llevara ¿Te llevo algo más?

—Mete también algunos discos vírgenes, para grabar lo que vaya escribiendo, ya que no quiero confiarlo todo al disco duro y que vaya a tener alguna sorpresa con el escáner del aeropuerto cuando regrese.

—¿Sabes que tengo muchas ganas de verte?

—Claro, y yo también.

Cuando colgó, notó que en estos días que había hablado con ella le había sentido mucho más cariñosa que de costumbre. «La distancia —pensó— le debe estar afectando».

Ya tenía todo hecho y miró la hora, viendo que el reloj marcaba casi las diez y media.

«Definitivamente, voy a ir —aseguró, totalmente convencido—, total, lo más que tengo que perder es ver el Museo y seguro que aprenderé algo más de la historia de este país».

Y, con ese ánimo, salió por la puerta dispuesto a cubrir andando la distancia que había entre el hotel Presidencial y la plaza de Armas, lugar donde se hallaba el Palacio de los Capitanes Generales.

56

De la primera bofetada que le dio Orestes a Lázaro Morales lo mandó

al suelo con gran estrépito, junto a todos los periódicos que llevaba en la bolsa de plástico. Los dos se encontraban en ese momento en el interior del portal de un edificio en la calle San Rafael.

Se agachó y le agarró por el pelo, soltándole otra de medio lado que lo envió a la pared contraria.

El hombre lloraba:

—¡En verdad Orestes!, que ayer solo vendí tres y no fue a ningún español.

—¡Eres un comemierda Lázaro! —chillaba Orestes a voz en grito, ¡Me cago en la que canta y no pone! ¡estás matusalén y no sabes lo que haces!

Le volvió a agarrar de las hombreras de la vieja guayabera y le zarandeó contra la pared.

—¡No cojas lucha! De verdad, solo vendí tres y no fue a ninguna persona que estuviera sentada en ningún banco.

—Eres un jeringón y vas a ir al necrocomio. Te voy a quitar la licencia para vender el periódico —las voces de Orestes podían oírse a muchos metros fuera del portal donde le estaba propinando la paliza pero, aun así, nadie entró ni salió por él.

—¡No, por favor!, ¡eso no!

Se acercó al hombre, lo levantó del suelo y le volvió a pegar otro puñetazo en la cara que lo envió directamente al pie de los peldaños de la escalera. El hombre, que para ese momento ya tenía la cara cubierta de sangre, se volvió para intentar tranquilizarlo:

—¡No te estoy vacilando Orestes, en verdad! ¡No me dejes sin la licencia, que no tengo donde amarrar la chiva!

—¡Sí, y no me berrees! ¿Tú no sabes que el *hp* está en todas partes y que muchos de los que te compran el *Granma* lo hacen para enterarse de cómo vivimos, de qué hacemos y de qué cosas dice nuestro Comandante en Jefe? ¡Cudango!

El hombre callaba y torcía la cara instintivamente esperando, resignado, la nueva bofetada del musculoso Orestes. La diferencia física, así como la jerárquica, lo conducían inexorablemente a saber que la única esperanza que tenía era esperar a que aquel hombre se cansara de pegarle.

Ante la tunda que le estaba dando, Orestes empezó a pensar que hasta podía ser posible que aquel hombre estuviera diciendo la verdad, ya que le hablaba de que solo había vendido tres.

—Vamos a ver Lázaro, dices que solo has vendido tres —según decía esto, le agarraba para sentarle junto a él en el poyete interior del portal, bajo la nube de cables deshilachados que salían y entraban de los viejos contadores de la luz de los pisos.

—Sí, solo tres —concretó el hombre barbotando. El descomunal negro había dejado de chillarle y eso le daba una mínima esperanza de que también fuera a dejarle de pegar. De reojo, miraba atemorizado las fuertes botas que calzaba Orestes. Tenían fama y, en el fondo, le debía estar agradecido de que no las hubiera utilizado. Por lo menos todavía.

—¿Y a quienes fueron?, ¿cubanos?

—Sabes que los cubanos no suelen comprar el *Granma*. Fue a tres yumas en la puerta del Payret. Luego estuve toda la mañana dando vueltas por los soportales del Centro Gallego, del Kid Chocolate, del Inglaterra y no vendí ninguno más. Devolví los que me dieron menos tres. Otros días vendo muchos, pero ayer solo fueron esos tres. Tres. Y a nadie sentado. ¡Más nada!

Orestes se veía sin poderle dar respuesta a su jefe. Nervioso, agarró nuevamente del pelo a Lázaro y le dio un golpe otra vez contra la pared.

—¡Eres un guayabero!

—¡No, es verdad! ¡Por mi madre!

—¿No tendrás un bisne con alguien?

—¡Orestes, yo soy más revolucionario que Maceo!

Se contuvo en pegarle una nueva bofetada. Ese hombre no le mentía. Entendía que nadie aguantaba así una zurra, y le creía, aunque no se lo fuera a decir. Era consciente de que en el fondo pagaba con aquel pobre desgraciado el despiste que había tenido al dejar que se le acercara alguien al *PPE* que vigilaba sin que él se enterara. Lo miró y le ordenó que se fuera:

—¡Vete quemando!

El hombre no se lo pensó dos veces y, sangrando continuamente

por la nariz, abandonó el portal palpándose con la lengua la dentadura y alegrándose de que tuviera todos los dientes en su sitio.

Orestes también salió a la calle San Rafael, donde había interrogado al hombre, y se quedó pensativo con sus últimas palabras: «...otros días vendo muchos», y en ese momento tuvo una ocurrencia. Tomó su teléfono móvil y llamó a su jefe:

—¡Teniente!

—¡Dime Orestes!

—¿Me dijo que fue ayer cuando le entregaron el *Granma*?

—Tú deberías saberlo —le recriminó el teniente Gálvez—, que para eso estás ahí. Sí, fue ayer, en las cámaras del hotel se ve perfectamente que sale con las manos vacías y entra con un ejemplar.

—Perdone la pregunta: el *Granma* que parece ser que le dieron, ¿era el de ayer? —preguntó Orestes.

—¿Cómo que si era de ayer?

—Sí, ¿que si el ejemplar era del día 28? He hablado con el repartidor y me ha asegurado que ayer solo dio tres, y que todos fueron entregados en otro lugar. ¿Se podría comprobar?

—¡Sí, hombre!, no tengo otra cosa que hacer que ponerme a ver más cintas de las que ya veo. ¿Dices si el ejemplar era de ayer? No lo sé, lo supongo porque se lo dieron ayer. ¿Y no puede ser que se lo entregara otro vendedor? —preguntó Gálvez.

—No, eso seguro que no, Lázaro Morales es el único que vende en el Parque Central, y yo a este hombre le creo, es de mi confianza. Pero lo que sí pudo pasar es que se acercara alguien en un suspiro y le diera un *Granma* de hace unos días. ¿Podemos saber ese detalle?

—Lo que tenías que haber hecho Orestes era hacer bien tu trabajo, e impedir que te haya pillado fuera de la base, y alguien se acerque a tu hombre y le entregue un papel.

Nada más colgar violentamente y sin dejarle replicar, pensó que la teoría de Orestes podía ser acertada. Para comprobarlo, tenía que llamar a su contacto en el interior del hotel Presidencial.

El teléfono móvil de Lucila empezó a vibrar debajo del panty, donde lo guardaba. Cuando trabajaba, lo llevaba sin sonido, no fueran a llamarla cuando se encontrara en alguna labor de seguimiento y

resultaría muy extraño que una simple camarera de hotel en Cuba llevara un teléfono móvil. Al cabo de unos instantes, contestó la llamada.

—¿Aló?

—Lucila.

—¿Quién es?

—Soy el teniente Gálvez. ¿Puedes hablar?

—Sí, compañero teniente, estoy sola —confirmó, en un hilo de voz.

—¿Recuerdas lo que nos dijiste ayer de que habías visto el rastro de un posible mensaje en un *Granma*?

—Sí, ayer por la tarde, después de que estuviera en la habitación con una camarera de aquí, del hotel, le volví a registrar y fue cuando me encontré lo del *Granma*.

—Sí, Lucila, pero ¿de qué día era el *Granma*?

—No lo sé. El periódico lo trajo ayer.

—Sí, eso ya lo sé, pero estoy preguntándote de cuándo era el periódico, qué día lo publicaron.

—Supongo que ayer, pero estoy cerca de la habitación y ahora no está. Voy a comprobarlo.

Lucila salió para la habitación número 312 con el móvil en la mano, y la abrió con la tarjeta que guardaba debajo de la caja de los jabones de su carro de limpieza. Entró, buscó y encontró rápidamente el *Granma* que había visto el día anterior.

—Teniente, ¡lo tengo aquí! es del 25 de abril, viernes. Tenía usted razón, no era de ayer.

57

La calle Obispo mostraba su acostumbrada animación de media mañana. Sobre todo de turistas que, con sus cámaras de fotos y de video, se situaban en mitad de la calzada para tomar las vistas de una vía tan típica en La Habana Vieja como era esa calle peatonal.

Alberto caminaba a buena velocidad, habiendo encontrando en

ese modo de andar un buen escudo contra toda la legión de personas que le interrogaban sobre su procedencia, duración de viaje y la larga letanía de preguntas a las que todavía no terminaba de encontrar tanto significado. En cualquier caso él estaba en Cuba para escribir una novela que ya había empezado y, por ello, se sentía especialmente orgulloso. Con las personas de la editorial tenía un compromiso de lealtad que siempre había beneficiado a ambas partes, tanto a ellos por los ingresos de sus libros como a él por las importantes retribuciones que había obtenido, y que su amigo Jaime Espinosa le había negociado con tanto acierto. Se recriminó por no haberle llamado ni un solo día.

Cuando llegó a la plaza de Armas volvió a sentir la frescura de un lugar tan encantador como ese, rodeado de una vegetación exuberante que permitía una umbría que transportaba al visitante a un lugar todavía más idílico.

Caminó por los soportales del Palacio de los Capitanes Generales y se acercó a la taquilla. No había ningún turista y una mujer de uniforme le preguntó:

—¿Una?

—Sí, por favor.

—¿Con guía?

Detuvo su cuerpo y sus pensamientos. Le habían dicho que se pondrían en contacto con él, y de momento esa señora no lo había hecho. Se cuestionó si recorrer el Palacio con guía o solo. Entendió que, si alguien iba a ponerse en contacto con él, le interesaba que no hubiera testigos.

—Démela sin guía —pidió.

Después de abonar el billete se dirigió al patio central, donde la estatua de Cristóbal Colón le dio la callada bienvenida. Se preguntó qué hacer ahora. Tampoco tenía muchas alternativas. Se había convencido de que a ese sitio había ido a ver el Museo y eso era lo que iba a hacer, pero lo que no podía evitar era mirar a los ojos de todas las personas que veía a su alrededor, tanto visitantes, como guías o cuidadoras, buscando un atisbo de complicidad que, de momento, no había vislumbrado.

Empezó la visita subiendo las escaleras que le llevaban a la planta alta y, sin mucho interés, emprendió un recorrido que le conducía por vitrinas con jarrones, cuberterías, piezas decorativas, así como por las habitaciones donde hacían la vida los capitanes generales que enviaban desde lo que llamaban la *metrópoli*, la península; cuando Cuba era una colonia española.

Dado que no tenía muchas ganas de ver el museo, la visita le pareció pesada, pero la cabeza del escritor se hallaba llena de otras ideas y evidentemente no tenía la tranquilidad suficiente como para ver con el interés que debería un lugar como ese.

Había terminado de recorrer la parte superior y se dispuso a bajar por las mismas escaleras que había utilizado para ascender. Miró el reloj y comprobó que eran las once y media y todavía nadie se había puesto en contacto con él.

Al pasar por la Giraldilla se cruzó con una muchacha de unos treinta años, vestida igual que todas las guías y cuidadoras del museo, que le dijo de pasada y sin pararse:

—Alberto, vaya al cuarto de banderas y quédese allí, que le buscará mi hermana —y siguió andando, sin reparar más en su presencia.

Miró cómo se marchaba por un pasillo y se quedó unos instantes sin saber muy bien qué hacer. ¿Quién sería? ¿Qué querría? ¿Por qué le buscaban?

De repente se hizo una pregunta de mayor calado. «¿Y si me vuelvo a España con Sofía?» Sin saber por qué, empezaba a recorrerle una extraña sensación de miedo que le atravesaba todo el cuerpo. «¿Por qué tengo que meterme yo en este lío?», se dijo.

Como a todo buscador de ideas, como a casi todo amante de la literatura, la curiosidad era una de las peculiaridades de la personalidad de Alberto y, ya que se hallaba en esa situación, decidió continuar, por lo menos de momento.

Volvió a subir a la planta alta. Cuando llegó a la Sala de Banderas comprobó que había un grupo de turistas nórdicos que permanecían muy atentos a las explicaciones de su guía. Se puso a curiosear qué había allí, fijándose en los suntuosos ejemplares con los

escudos bordados a mano de muchos países del mundo. Tenía que hacer tiempo y no sabía muy bien cómo. Cuando terminó de ver todas y cada una de las enseñas, se puso a ver cuadros. Podría contar como mínimo más de cincuenta lienzos con los retratos de cubanos famosos, entre los que veía por supuesto a Céspedes y a Martí, persona por la que se ejercía una devoción institucional.

Al marcharse el último turista nórdico se abrió una puerta por la que un brazo le instó a que entrara.

Miró a ambos lados y, comprobando que no había nadie en la sala, no dudó y siguió la dirección que le llamaba.

Al entrar en la pequeña habitación lo primero que se llevó fue un sobresalto, que la chica entendió:

—Es que somos jimaguas.

Era la hermana gemela de la mujer que se había cruzado con él en la escalera y el volver a ver a una persona igual, aunque vestida diferente, le llevó a intranquilizarse un poco más de lo que ya estaba.

Aclarado el parecido, la chica le ofreció asiento.

—Espere, que aparto el cubo.

La habitación no tendría más de cuatro o cinco metros cuadrados y era un cuarto de servicio donde solamente había un par de sillas, una escalera, material de limpieza, y cuerdas y cables colgados de unos ganchos en la pared.

—Tome este banquito, por favor.

La mujer le ofrecía un pequeño taburete, igual que el que ella tomó para sentarse. La iluminación de la habitación era especialmente lóbrega, y el escritor tenía la sensación de haberse metido en un refugio antiaéreo.

—Alberto, me alegro de que ella esté aquí —manifestó la desconocida, con una sonrisa apagada, casi forzada. En su rostro se leía la preocupación que le cabía.

—¿Quién es usted?

—Es muy largo de contar, no quién soy yo, que me llamo Onelia Calero, sino quiénes somos nosotros.

—¿Qué es eso de *nosotros*?

—Mire Alberto, somos un grupo muy importante de personas

que estamos tanto en Cuba como en el extranjero, firmes amantes de nuestra patria y que queremos para la misma el mejor futuro.

—¿Son del gobierno? —fue la primera pregunta que se le ocurrió formular al sorprendido e inquieto interlocutor.

—No, por contra estamos muy perseguidos por el gobierno actual, y si nos cogen ahora mismo, me meterían en la cárcel. ¡Estoy corriendo peligro!

—¿Qué hacen ustedes?

—Nosotros estamos buscando el mejor porvenir para nuestro país, después de que muera el Comandante. Ahí será cuando entremos.

—Pero, en todo eso, ¿qué puede pintar un vendedor de coches?

La muchacha se sonrió y le aclaró:

—Mire, Alberto Rodríguez-Conde, aunque en realidad se llama Alberto Rodríguez García, nacido en Madrid en la calle Lombía. Tres hermanas. Escritor que está en la fama, que ha ido pasando del ensayo a la novela comercial, siendo sus últimos éxitos —según enumeraba datos, Alberto se iba quedando cada vez más aturdido— los libros de Valldemosa y de Praga, aunque usted se siente más orgulloso de su primera etapa, cuando hacía denuncias sociales en *Las hormigas de la Luna*, o *El pálpito sosegado de Sergio*.

Ante aquella demostración de conocimiento, Alberto solamente se limitó a corregir el último título pronunciado:

—*Sergio y el pálpito sosegado*.

Un sobrecogedor silencio cruzó la estancia. Notaba que había palidecido. La perplejidad le había sumido en el más profundo desconcierto.

—Yo no le puedo decir mucho más de lo que le he dicho, porque tampoco lo sé. Nuestra organización está muy fragmentada, y yo solamente conozco una pequeña parte. A mí hermana y a mí nos dijeron ayer por la tarde que iba a venir usted al Museo de la Ciudad. No sé nada más.

—Bueno, me ha dicho muchas cosas de mí ¿De dónde ha sacado toda esa información?

—Me la transmitieron. En nuestra organización hay muchas

personas comprometidas y algunos ocupan puestos importantes en el actual aparato del Estado. Gente que está jugándose la vida por el futuro de su país, por la sociedad de libertades que quieren para sus hijos. Y no solo estamos en Cuba. También hay muchas personas fuera de nuestras fronteras, por lo que entiendo que su bibliografía habrá venido por un contacto que tengamos en España.

—Pero, ¿qué buscan de mí?

—Mi misión únicamente era hacerle una pequeña introducción, pero yo ya no puedo dar más datos. Hoy le tengo que proponer una cita con otra persona. Es de los nuestros y le tendría que pedir que aceptara tener una entrevista con él, para que le cuente por qué usted puede ser tan importante para el futuro de Cuba.

—Señorita...

—Onelia.

—Sí, Onelia, ¿me quiere hacer usted creer que yo, un escritor español, puedo ser una persona importante para el futuro de algún país, y más Cuba, en donde solo llevo una semana?

—Sí, créame. Necesitamos que se embulla con nosotros —rogó la mujer, con ansiedad—. Todos somos muy importantes. Esto es como un inmenso rompecabezas donde no puede fallar ninguna pieza, y la suya, como la de tantos otros, puede ser vital.

—¿Y qué contacto es ese?

—No es preciso que sepa su nombre. Le quiere hablar a usted en un lugar donde no puedan ser molestados ni vigilados. Espiados, como dicen ustedes.

—¿Espiados?

—Sí, si no desde el primer momento que llegó, sí que muy pocos días después, estamos seguros que usted está siendo sometido a una estrecha vigilancia. En todo momento el gobierno sabe lo que está haciendo y con quién lo hace.

La mirada de Alberto era una mezcla de desconfianza y de incredulidad. «¿Espionaje? —pensaba— ¿De qué me hablaba esta chica?»

—Siento todo esto, pero es la verdad. En la isla se hace un seguimiento muy cercano de todos los escritores que vienen. Temen

que ustedes puedan narrar luego cómo se vive en este país y lo mal que está el sistema. Nosotros, los cubanos, lo pensamos, pero ustedes los escritores, lejos de la isla, pueden contar muchas cosas y tienen una capacidad de influencia que no gusta al gobierno. Su acceso a los medios de comunicación de masas y la posibilidad de crear opinión es inherente a su profesión. Por eso, los escritores y los periodistas no gustan en Cuba, porque según el sistema, alteran y agitan a la población. Por eso les vigilan.

El escritor se sorprendía con lo que escuchaba y más en el lugar donde lo oía, en un pequeño cuarto de limpieza lleno de lejías y detergentes, y de una persona que, por su aspecto, jamás podía imaginar que tuviera esa locuacidad verbal, ese léxico, nada cubano, excepto por la entonación que daba a cada una de las palabras que decía. Veía que la mujer le hablaba con una sensación de angustia, de desasosiego, que no solo era capaz de exteriorizar, sino que además estaba consiguiendo transmitir.

Se mantuvo pensativo durante unos instantes, mientras miraba a la chica, hasta que al final le preguntó:

—¿Y dónde sería ese encuentro?

—En un taxi. Es uno de los pocos lugares seguros dentro de Cuba para que dos personas puedan hablar. Un recorrido de algunos kilómetros podrá bastar.

Le pareció un razonamiento muy lógico.

—¿Y dónde cogería ese taxi?

—Mañana, junto al Capitolio.

—Mañana no puede ser —reaccionó instantáneamente—, viene mi mujer y nos vamos unos días a Varadero.

Aun así, quiso dar una alternativa.

—Tendrá que ser la semana próxima.

—No importa. Ya entenderá por qué no tenemos prisa ¿Qué día?

—El martes. El próximo martes podría ser. Mi mujer ya se habrá vuelto a España.

—Grábeselo, porque no se lo puedo dar apuntado. Usted acuda a las escalinatas del Capitolio a las doce de la mañana, y allí una persona se ofrecerá para llevarle a Cojímar.

—¿El pueblo donde se inspiró Hemingway para escribir *El viejo y el mar*?

—¡Équelecua! Cuando pronuncien ese nombre, póngase a su disposición y él le explicará.

—Y esa persona, ¿es de su organización?

—Sí, como muchos cubanos que nos estamos arriesgando en la preparación de una sociedad más justa y más digna. Como mi hermana y como yo. Todos nosotros somos elevadores, bueno, ustedes dirían *ascensores*.

—¿Ascensores?

—Ya lo entenderá, y excúseme por haberle recibido en este cuarto de desahogo.

La chica se levantó de la silla y salió, dejándole a Alberto un momento en la habitación. Igual que había hecho para que entrara, metió el brazo por la puerta mientras se hallaba en la Sala de Banderas, y animó al escritor a salir:

—Ya.

Según salió, la chica volvió a meterse en el cuartito y se sobresaltó cuando oyó una voz en la distancia:

—La puerta de salida está siguiendo aquella flecha.

Vio a la hermana de Onelia cómo señalaba un cartel, mostrando un rostro de complicidad.

Sin dar más palabras que una breve de gratitud, pasó junto a su lado y salió del edificio, recibiendo de nuevo la frescura del ambiente de la plaza de Armas.

Se encontraba totalmente desorientado. No entendía nada. Pensaba que se habían creído lo de la venta de los coches y resulta que en una remota habitación de un país situado a muchos miles de kilómetros de su casa, una mujer le había contado los libros que había escrito y le proponía entrevistarse con un taxista... ¡en su taxi!

Miró el reloj y pensó que podría volver al hotel para darse un baño en la piscina. Tenía demasiadas ideas que aclarar.

Lucila, en su papel de Omara, había terminado de registrar la habitación del escritor español, como hacía todas las mañanas, desactivando la caja de seguridad y leyendo o fotografiando el diario que el huésped iba escribiendo. Después contaba el dinero que iba gastando para que supieran en todo momento en la plaza de la Revolución si destinaba alguna cantidad diferente de la que podían considerar normal para un turista. Por último revolvía en la mesa para indagar qué compras había realizado y, por supuesto, miraba lo que escribía. Su profesionalidad la llevaba a dejar todo exactamente igual a como lo encontró.

Con toda esa información bajaba a despachar con Oñate, que era la persona a la que le había dicho Gálvez que reportara, terminando ahí su misión. El resto del día, como una camarera más, hacía camas, limpiaba baños y reponía las bebidas de los minibares de las habitaciones del majestuoso hotel Presidencial, edificio de principios del siglo XX convertido en una de las construcciones más emblemáticas de lo que se conocía como Centro Habana.

—Adelante —concedió Gilberto Oñate.

La chica pasó al despacho del director del hotel y se sentó en una de las sillas que había junto a su mesa.

—Cuéntame Lucila.

La mujer le informó del número de páginas que llevaba escritas, la cantidad de dinero que tenía en una cartera que guardaba siempre en la caja de seguridad y las compras que había hecho.

—No, compras ayer no hizo ninguna —confirmó la mujer.

—Bien, Lucila, bien. De mujeres —Gilberto Oñate seguía hablando—, según lo que me han pasado, ayer se acostó otra vez con Marcia Lunas, al mediodía, pero me han dicho que no interfiramos. Su padre está muy enfermo y la chica le compra morfina a uno que vive en la calle 19. Cuanto más se acueste con ella, más dinero ingresaremos, por lo que dejémosla que le seduzca todo lo que quiera —afirmó Oñate, riendo—. ¿Y del resto de mujeres?

—Yo solamente conozco a aquellas dos jineteras, que las había visto anteriormente en el hotel, pero tampoco sé cómo se llaman.

—Sí, sé quiénes dices. ¿No han vuelto?

—Vino una de ellas, la negra más alta, el domingo a pasar la noche, pero se marchó por la mañana después de que Marcia les subiera el desayuno. Marcia estuvo unos días sin venir.

—Sí, en principio se entendió que no debía aparecer, pero se la considera sin ningún peligro para la operación.

Levantó la vista de los papeles y se recostó sobre su asiento.

—Muy bien, Lucila —el director se mostraba exultante—, lo estás haciendo muy bien. No dejes que por ninguna razón pueda cogerte asando maíz. Si quieres ayuda en algún momento, me lo dices y montamos algún tipo de operativo de distracción para que te dé lugar a trabajar con seguridad.

—No hace falta. Siempre que estoy dentro, cierro la puerta y desactivo cualquier tipo de tarjeta. Con un minuto tengo suficiente y es imposible que me pueda coger controlando sus cosas.

—Vale Lucila, muchas gracias.

La chica se levantó y salió de la habitación. A Gilberto le habían asegurado que ese *PPE* era extremadamente interesante para la Revolución y que tenía que hacerle un seguimiento especial, muy minucioso. Recopiló los números de teléfono a los que había llamado, la duración de las conferencias y, como hacía todos los días, salió a la calle con las cintas en donde estaban grabadas las conversaciones telefónicas que había mantenido, siendo recogido por un coche oficial discreto que le llevó a la plaza de la Revolución para celebrar su habitual despacho con el teniente Gálvez.

59

El despacho de Walfrido Riva era un sencillo lugar de trabajo. Como todo en Cuba. Incluso las instalaciones del gobierno eran sencillas. Sencillas o pobres, según se mirara. La diferencia a veces estaba en el filo muy delgado de una navaja. En la isla eran conceptos que querían asimilarse pero que, vistos con una perspectiva más abierta, eran totalmente antagonistas. Walfrido quizá pensaría que tenía lo

suficiente para ejercer su deber pero, en otro entorno, podría considerarse que una persona con una misión tan delicada debería tener otros medios.

En cualquier caso, él era un artista, y con lo que tenía que contar era con la tranquilidad necesaria para ejercer la alta responsabilidad que se le encomendaba. Sabía que lo que tenía entre manos no era como cualquier otro discurso. Tampoco era una entrevista. Le habían trasladado el importante compromiso que tenía con la Revolución, de la que Walfrido era uno de sus máximos ideólogos, a pesar de contar con menos de treinta años. Era, sin lugar a dudas, el miembro más joven de lo que se conocía como el Círculo del Comandante en Jefe.

La maquinaria del régimen era un conjunto de piezas que funcionaban milimétricamente. Cada uno desempeñaba su papel conforme a las órdenes que recibía y con el absoluto deber que tenían para con la causa.

Todo se coordinaba desde el piso doce del Ministerio del Interior, en la plaza de la Revolución. Un comité, que presidía el propio Fidel, se reunía con periodicidad semanal para analizar con detenimiento todos los asuntos concernientes a la seguridad en la isla. Eran reuniones maratonianas que a veces duraban más de diez o doce horas. Cada capitán exponía las cuestiones relativas a la sección bajo su responsabilidad: relaciones con Estados Unidos, emigración legal y los ingresos que acarreaba, emigración ilegal, ingresos que suponían, Internet y servidores, emisoras de radio, fundamentalmente de Miami, transferencias de dinero desde el extranjero, y, por supuesto, turismo. Ahí intervenían varios departamentos. Se exponían cuestiones relativas a la afluencia de turistas en general, países de procedencia, duración de las estancias, identificación de los cubanos que hubieran tenido alguna relación diferenciada con alguno de ellos y, en capítulo específico, se hablaba de los *PPE*, donde el capitán Monaga presentaba la situación actualizada de todos y cada uno. Aunque por razones que el régimen no entendía, más del noventa y cinco por ciento del tiempo que pasaban en Cuba, lo hacían en la ciudad de La Habana.

Esta vez se hizo un especial énfasis en la situación de uno de ellos en particular, el que conocían como *el escritor español*. El

Comandante había nombrado a uno de sus más íntimos colaboradores al frente de este operativo, que solamente conocía un reducido grupo de mandatarios.

Cuando terminó la reunión, sobre las diez de la noche, Alejandro Tuero tuvo un apartado con el Comandante donde le tranquilizó sobre los detalles, asegurándole que absolutamente todos los ángulos de la operación estaban bajo su control.

Al preguntarle por el trabajo de Walfrido Riva, aseguró que ya tenía preparada la mitad del libro y sintió cómo le apremiaba para su conclusión rápida y exitosa.

—Calculo que pueden quedar de siete a diez días —supuso Tuero, el *factotum* del Jefe del Estado.

Le dijo que era un tiempo muy justo, que era martes veintinueve de abril, y que tenía que estar terminado no más tarde del viernes día nueve de mayo. Se tenía prevista la finalización del operativo para esa fecha y la labor de Walfrido tenía que estar imperiosamente concluida ese día. Eran muchas las personas, mucho el interés y mucho el dinero que iba a poner la Revolución en este revulsivo como para que alguien fallara y, en ese esquema, el papel de Riva era crucial.

Nada más abandonar la reunión, Alejandro Tuero llamó al aeropuerto José Martí y habló con el jefe de seguridad. Le explicó que sobre las cuatro de la tarde tomaría tierra un vuelo procedente de Madrid donde viajaba una persona que tenía que tener el trato similar al de cualquier turista, es decir, que en absoluto se utilizara el circuito VIP, pero que no fuera molestada ni con su documentación ni, sobre todo, con su equipaje. Por las cintas magnetofónicas que le habían llevado sabía que el escritor español había pedido a su mujer un ordenador portátil. El protocolo aeroportuario cubano indicaba que cuando alguien entraba en el país con un aparato así sin haberlo solicitado previamente, había que interrogarle en cuarto privado para averiguar qué intenciones traía al transportar un ordenador, profesión específica, uso que del mismo iba a realizar y, por supuesto, investigación informática de los archivos que contenía, sacando copias de todos ellos para cotejarlos con los que sacara cuando abandonara la isla.

En este caso, al viajero que habían indicado al jefe de seguridad no tenían que molestarle en absoluto, ordenándole que pusiera a sus mejores hombres en liza para asegurar que el equipaje de Sofía Robles Martín iba a atravesar todos los controles sin que nadie le preguntara absolutamente nada. Los servicios de información de Madrid le habían facilitado unas fotos que habían obtenido de ella recientemente y, al día siguiente, recibiría una llamada de cómo iba vestida cuando llegara al aeropuerto de Madrid-Barajas, para que fuera un pasajero perfectamente identificado por todas las personas que tomaran parte en el seguimiento aeroportuario.

Tuero era un hombre muy metódico que se había ganado la confianza de la más alta instancia del país y se sentía muy orgulloso por ello. Su posición le permitía haber viajado en numerosas ocasiones al extranjero, la última vez a Barcelona, para entrevistarse con el presidente de uno de los grupos editoriales españoles más importantes, y conocía cuales eran los puntos de mejora de la imagen de la Revolución tras las fronteras de la isla. Y también sabía los puntos fuertes. Esta misión que le había encargado el Comandante le era especialmente grata y la había hecho suya desde el primer día, comprometiéndose con ella y haciéndola absolutamente prioritaria frente a otras anteriores.

Recapituló la situación y llamó a Varadero, al hotel Jardines de la Reina, para hablar con su director.

60

El baño en la piscina tampoco le sirvió a Alberto para aclarar las ideas que convergían en su mente. Eran demasiados impulsos seguidos y no terminaba de encajar ninguna de las nuevas situaciones que vivía desde que llegó a La Habana, hacía de esto solo ocho días. Había venido en busca de un motivo y una inspiración para escribir, y se había encontrado con un volumen de información y sensaciones que no era capaz de digerir con tranquilidad, incluidas las detenciones de las dos mujeres que se había encontrado en la calle.

Para colofón, recordó los sucesos del señor mayor que le vendió el *Granma*, la entrevista con la chica aquella en el Museo de la Ciudad y, por último, la proposición de reunión en un taxi.

Y por si fuera poco, al día siguiente llegaba Sofía, con la que casi tenía que salir huyendo. No, no podía consentirlo. Se lamentaba incluso de que no pudieran marcharse de La Habana nada más llegara su mujer y tuvieran que pernoctar una noche en el hotel Presidencial, en el lugar donde había llevado a cabo toda la cadena de infidelidades de las que, sin saber muy bien por qué, no se sentía tan culpable como debiera. Él quería a Sofía, pero entendía que aquellas relaciones con las prostitutas que habían compartido su cama eran el complemento personal que su mujer no le había dado. Quizá, de continuar con ese pensamiento, podría llegar a suponer que no fuera tan punible, dados los atenuantes de frialdad, de insensibilidad y de indolencia que le había demostrado siempre su mujer en el lecho conyugal.

Se hallaba incómodo en la ciudad. Se había dado cuenta de que su vida estaba alterada, tanto en la calle, como en su habitación, tanto sin su mujer, como cuando ella se reuniera con él. No podía salir sin que se sintiera visiblemente acosado e incluso, como le había afirmado Onelia, espiado invisiblemente por gente desconocida.

Pero él se sentía un profesional y se debía a la editorial que le pagaba y, además, muy generosamente, a un proyecto literario y a un presidente que le había realizado un encargo al cual no pensaba defraudar. Las letras eran su vida y, después de los libros anteriores, pensaba que con la novela sobre Cuba iba a tener el espaldarazo definitivo con el que pretendía no dar un salto cuantitativo en las listas de éxitos, algo que ya conocía, sino el cualitativo, ese que hace cardinalmente diferente una pluma de otra.

Optó por no salir de su habitación cuando volvió de la piscina y se quedó trabajando durante el resto de mañana así como durante toda la tarde. No quiso, ni siquiera, salir a compartir la partida de dominó, ni tampoco pidió nada para comer ni cenar. Le gustaba Marcia, pero ahora la temía. Le había cogido miedo, a ella y a todos y a todas. No se creía lo que le había contado Onelia por la mañana, pero tampoco lo descartaba. Sabía del rechazo que el régimen de

Castro provocaba a muchas personas en el extranjero. Conocía las cifras de cubanos que vivían fuera del país, sobre todo en Estados Unidos. En algún lugar había leído que un veinte por ciento de los isleños residían fuera de la isla.

Y también conocía la existencia de disidentes en el interior. Había leído de las persecuciones que los Comités de Defensa de la Revolución ejercían sobre aquellas personas que se permitían la licencia de opinar de forma diferente a la oficial. Aquella Revolución, que nació como una esperanza para el futuro, se había convertido en una extraña máquina del tiempo, parando para siempre el reloj de la evolución temporal, del progreso intelectual, de las mejoras sociales. Recordaba al señor que le habló aquella tarde en la calle Neptuno y a la señora que se llevó la policía cuando iba a enseñarle su casa, o la mulata del Malecón.

Todo ello le llevaba a pensar que igual Onelia le había dicho la verdad, que era cierto que existiera una organización clandestina que pretendiera dar un giro a la vida política de la isla. Lo que no terminaba de comprender era qué podía aportar él a todo ello.

La tarde le había cundido y la noche había envuelto a la ciudad. Pensaba en qué iba a hacer con Sofía y sopesaba las alternativas que se le presentaban. Si le hablaba de la conversación con Onelia, tal vez empezara a hacerle demasiadas preguntas y a extraer excesivas conjeturas. Decidió que no hablaría de ninguna de las cuestiones que le preocupaban y que adoptaría una actitud propia del escritor que se encuentra concentrado en su trabajo, alejado del mundo que le rodea y consagrado a su pensamiento.

Antes de dormirse tenía como única preocupación qué hacer la noche del día siguiente, la única que estaría su mujer en La Habana. Entendía que entre la hora de la llegada, y que tendría que pasar los lentos trámites aduaneros, no llegarían al hotel hasta las seis o siete de la tarde. Por la noche podría llevarla a cenar al restaurante de algún hotel próximo y al día siguiente, a primera hora, se marcharían a Varadero. El único fleco que le quedaba por concretar era el desayuno del día uno de mayo, en el hotel y con la más que probable presencia de Marcia como camarera. Ese momento tenía que cuidarlo. Iban a ser

los únicos instantes donde podían verse las caras las dos mujeres. Evidentemente con información diferente, pero no podía confiar solo en la presunta buena actitud de la empleada del hotel.

61

En el último día del mes de abril se notaba una actividad especial en la plaza de la Revolución. La festividad del día siguiente, Día del Trabajo, conllevaba que toda la maquinaria propagandística del régimen se encontrara perfilando los actos que iban a celebrarse y que tenían como evento central el discurso de Fidel Castro bajo la estatua de José Martí, junto a la torre que se constituía como la edificación más alta de La Habana y que, contrariamente a lo que muchos cubanos pensaban, se había levantado durante los últimos años del dictador Fulgencio Batista, a finales de los años cincuenta.

Por un lado podían verse tanto a los coordinadores de grupos, quienes recibían instrucciones de dónde situarse, de qué pancartas exhibir, de los horarios que tenían que cumplir, como las reuniones de los miembros de seguridad personal del propio Fidel, o la supervisión de la cobertura informativa, tanto televisiva como radiofónica.

El Comandante había encargado a Walfrido Riva que esta vez su discurso se centrara, en una parte importante, en asociar el espíritu patrio enarbolado por Martí, herido por los ataques de todas las potencias extranjeras poderosas, con la culpabilidad de la situación económica de la isla y que esta se solucionaría si los países más desarrollados entendieran los logros sociales de la Revolución. Los asesores personales de Fidel estaban terminando de retocar algún matiz de la modélica soflama que había preparado el brillante Walfrido.

Con ese entorno, sin embargo, en el despacho de Alejandro Tuero se respiraba un cierto clima de distanciamiento respecto a los actos del día siguiente. Él sabía que la misión que le habían encomendado superaba la importancia incluso de un día primero de mayo, y el calado de la manipulación que se traía entre manos lo

calificaba de cuestión de máxima prioridad oficial. Se estaba hablando de la imagen del país, de la imagen de su máximo mandatario y de la imagen de una Revolución que necesitaba alimentarse, también, y sobre todo, desde fuera de las fronteras cubanas. Todo el plan, pensado e ideado por el propio Comandante, se encontraba en las manos ejecutoras de Alejandro Tuero, hombre plenipotenciario en el régimen y en especial de esta operación.

Junto a él se hallaba el capitán Monaga. Aunque en esos momentos en la isla había un total de cinco personas con esa misma consideración, era evidente que la situación del escritor español era la que ocupó la mayoría del tiempo de la reunión que estaban manteniendo:

—¿Cree usted que Lucila está obteniendo toda la información que necesitamos? —preguntaba Tuero, que utilizaba o no el tuteo según le pareciera oportuno marcar las distancias en cada momento.

—Sí. Es una mujer muy matraquillosa en su trabajo y siempre hace todo a la perfección, con mucho detalle. La seleccionamos hace ya algún tiempo y nos ha demostrado una valía muy significativa en todas las misiones que le hemos encomendado.

Tuero miraba los informes que tenía sobre la mesa.

—¿Y hoy viene la mujer?

—Sí, dentro de seis horas —precisó, después de consultar su reloj de muñeca—. ¿Ya habló con el José Martí para que no le molesten con los controles?

—Sí, Monaga, pero esa mujer seguro que no es tonta, a ver si va a encontrar que mientras todo el mundo se tira una hora para pasar los controles de chequeo, por el contrario ella tiene una ventanilla esperándole vacía. Arréglelo para que en el resto de los trámites todo sea absolutamente normal.

—Tanto en el chequeo de pasaporte, como en la espera de las maletas, será como una más. Por lo que hemos podido detectar de una llamada telefónica que realizó a su mujer, ella va a traer un computador portátil.

—Lo sé. ¿Sabe Monaga lo interesante que es un computador portátil? —aquello, más que una pregunta, sonó a reflexión personal.

El capitán no conocía la operación en su totalidad. Solo sabía que el escritor español era un *PPE* de especial seguimiento, por lo que no entendía las palabras del arrogante Alejandro Tuero cuando le hablaba. Aún así, mantuvo la compostura y le dio la razón sobre lo último que había pronunciado, algo que por otro lado era evidente: un ordenador era algo muy interesante.

—¿Y luego se van a marchar a Varadero?

—Sí, se van mañana día primero, hasta el próximo domingo, ya que ella vuelve a Madrid el lunes.

—¿Y no le va a extrañar a su mujer que nada más llegar se vayan a Varadero?

—Eso mismo pienso yo.

Tuero seguía viendo papeles.

—¡Es un jevoso!, se ha acostado con tres, ¿no? ¡Menuda tarramenta le ha puesto a la Sofía! ¡Es una aguantona de la pinga!

—¡Sí!, primero fue con una tal Beylin, que se la trajo un taxista. Luego fue otra que se llama Luré. Son jineteras habituales.

—Eso está bien, así las visten hermosas y cuando luego viene otro extranjero habla de la belleza de las cubanas, se las pasa por la chágara, y así, y así. ¡Eso está bien! ¡Está bien que hablen del fuego uterino de nuestras hembras! Eso nos deja muchos chavitos.

—Efectivamente y, por último, se está acostando con una camarera del Presidencial, una tal Marcia Lunas, la del padre con cáncer.

—¡Ok!, ¡esa déjala! Ahí cerramos muy bien el círculo. El extranjero se acuesta con la chica y con lo que esta recibe a cambio nos compra morfina para su padre. Déjala que siga así, y que lo de su padre se alargue lo más posible, que necesitamos ingresos por todos los sitios. Lo de aquella otra chica fue interceptado ¿no?

—Sí, se llamaba Iris Angerí. Esa no la conocíamos.

—¿Pero la habéis investigado?

—Sí, Gálvez me dice que esa platinada está limpia, tanto ella como su familia, pero la aparté de él por si acaso.

—Bueno, y de todas las relaciones con esas chicas, ¿tenemos suficiente material? —más que preguntar, Tuero afirmaba.

—Sí, por supuesto. No en la habitación ya que retiramos todas las cámaras del Presidencial, pero sí los tenemos en los vestíbulos y en los restaurantes que ha ido con ellas. En el restaurante del hotel le tenemos con la camarera.

—De esa relación, poco habrá.

—Sí, nada comprometido. Se ve solo que él habla con una camarera, pero esas imágenes no dicen mucho. Además, el micrófono tampoco capta con nitidez lo que hablan.

—Bueno, ya tenemos imágenes con las otras dos chicas. De momento con eso nos vale.

Por su actitud, parecía que Tuero iba a dar por terminada la reunión. Se incorporó y dejó de mirar papeles.

—Bien, Monaga, buen trabajo. En este momento lo importante es que la mujer se vaya pronto, que no tengan ningún incidente en Varadero...

—Tengo destacados a cinco agentes allá —interrumpió el capitán—, y he alertado al director del hotel matancero.

—Bien, muy bien, decía que lo importante es que no les pase nada, que disfruten de su estancia, que se bañen, que singen y que ella se lleve de Cuba una imagen especialmente buena. Céntrese en ello Monaga. Nos volveremos a ver la semana próxima. Le repito que es muy importante que ella saque muy buena impresión del país, y además me alegro de que estén recluidos en un hotel de Varadero y no curioseando por las calles de La Habana Vieja.

—¡Así se hará!

Alejandro Tuero se sentía especialmente satisfecho. Todo salía como había querido, incluso lo del ordenador. «No quiero pensar —se dijo— qué hubiera pasado si el famoso escritor español no tuviera ordenador en Cuba, pero todo salió a la perfección, y no solo funcionaron las instrucciones que le dio a aquel presidente tan miserable, sino que al final lo ha acabado pidiendo él».

Por unos instantes pensó en Gerard Maciá y las dos veces que se había entrevistado con él. Por su actitud, le pareció simplemente un ladrón. «En un país decente como el nuestro —se decía para su interior— una persona así sería argollada, y si por mí fuera,

públicamente. Está manejando la organización a su antojo y únicamente para su beneficio personal. Es una metralla mierdera».

Olvidó a aquel presidente. Ahora se sentía orgulloso, según miraba la tribuna que estaban terminando de instalar delante del monumento a Martí. «¡La Revolución tiene vida! —pensó—. Sí, está más viva que cuando aquel sátrapa de Batista huía aquella mañana del primero de enero del cincuenta y nueve. Entonces era una parte importante del país la que era revolucionaria. Hoy todos los cubanos somos revolucionarios. Todos pensamos que así la sociedad es más justa, que así, la sociedad es más equitativa».

62

Alberto ya no sabía si quería que Marcia apareciera por la puerta de la cocina con las jarras de leche o si, por el contrario, deseaba que desapareciera para siempre. A esa hora, Sofía ya estaba de camino en el avión, pero era verdad que el siguiente lunes se marcharía y, a lo mejor en ese momento, se volvía a acordar de la ternura y sensibilidad de la camarera, cuando la soledad volviera a sus días en La Habana.

Al salir de su habitación pensó en Omara y valoró el hablar con ella para decirle que cambiara las sábanas, no fuera que su mujer, que iba a pasar una noche entre ellas, pudiera descubrir algún rastro de la infidelidad continua a la que le había sometido. Sabía que por muy de máxima categoría que fuera el hotel, las sábanas no se cambiaban todos los días si no había cambio de huésped, y no podía arriesgarse.

Encontró una buena excusa y recordaba la conversación que había tenido con la chica hacía unos instantes, antes de bajar a desayunar, cuando se la encontró por el pasillo con su carro de limpieza:

—¡Omara!

—¿Sí, señor?

—Lo siento, pero anoche se me derramó zumo de tomate y manché las sábanas.

—¿Y por qué no nos llamó y se las hubiéramos cambiado?

—Tampoco tenía importancia y no quería molestar, pero si no le importa...

Sí, pensaba que había sido una buena idea hacerlo así, de esa forma tenían que cambiarlas forzosamente y se ahorraba dar explicaciones o pedir favores. Aprovechó el momento para pensar en el cuerpo de Omara y hasta se le pasó por la cabeza la posibilidad de hacerle alguna proposición la semana siguiente.

Ahora, sin embargo, se hallaba en una tesitura diferente respecto a Marcia. Lo que había tenido con ella no se arreglaba derramando un zumo de tomate y era más que posible que el desayuno del día siguiente, el primero y único que tomaría con su mujer en el Presidencial, se lo sirviera ella. Para la cena ya tenía previsto llevarla a otro lugar, pero sería de muy difícil justificación que el desayuno no lo tomaran en el hotel en el que se encontraban alojados. Pensó que hasta sería contraproducente.

Después de levantarse para servirse un plato de fruta y unos bollos esperó a que sucediera lo que estaba previsto. Marcia apareció con una bandeja de vasos limpios que puso junto a las jarras de zumo de naranja. Se miraron y a él le pareció que con sus ojos la chica le había indicado que en unos instantes iría por su mesa.

Cuando la camarera se acercó con las jarras de servir el café, Alberto le contó que al día siguiente iría su mujer. Ella le miró fijamente preguntándole con la mirada algo que él no supo interpretar.

—Marcia, será solo mañana —el escritor seguía hablando con voz baja— porque luego nos vamos a Varadero cinco días. El lunes estaré otra vez aquí. Yo solo —quiso remarcar ese extremo, marcando el acento de estas últimas palabras.

—¿Cómo quiere la leche? —la pregunta fueron las únicas palabras que salieron de boca de la muchacha.

—Fría por favor —contestó en un tono de conversación normal.

En ese momento acercó la mano a uno de los bolsillos de la chaqueta que llevaba la camarera, esa misma que había estado colgada en una de las sillas de su habitación, e introdujo un billete de elevado valor, a la vez que le anunció:

—La semana próxima volveremos a vernos.

La chica le otorgó una leve y disimulada mueca de conformidad, y continuó con su ronda por las mesas buscando a qué turista le podía faltar servir el café.

Alberto se sentía contento y pensaba que Marcia mantendría la discreción. No guardaba lógica que pretendiera otra cosa, porque de hacerlo, seguro que la próxima semana no contaría con su dinero, y concluyó que aunque solo fuera por un interés crematístico, su silencio le podía suponer unos ingresos adicionales al sueldo mísero que seguro cobraría como camarera del hotel.

Al terminar, miró el reloj y decidió salir a la calle a dar un paseo corto antes de subir a trabajar el resto de la mañana, hasta que se fuera al aeropuerto para esperar la llegada del vuelo de Sofía.

El cielo era un exponente de luz y de sol. La vegetación del Parque Central constituía un gran oasis entre tanta luminosidad, y algún habanero mayor se cobijaba de su furia sentado en uno de los bancos que estaban situados bajo sus umbrías.

—¿Taxi señor?

Continuó caminando bajo los soportales del hotel Presidencial sin llegar siquiera a responder al ofrecimiento.

No llevaba rumbo fijo y decidió cruzar hacia el centro del parque, donde se hallaba la estatua de Martí. Allí se encontró con una cara conocida:

—¿Te acuerdas de mí?

—¡Claro que me acuerdo de ti! Tú te llamas Orestes.

—¡Muy bien, hermano!, tienes buena memoria.

—¿Y qué haces por aquí?

—Entro a trabajar en el agro dentro de un rato. ¿Qué, te está a ti gustando La Habana? —preguntó el sonriente hombre.

—Mucho, estoy conociendo un montón de cosas, no paro en el hotel y hasta ahora todo lo que he visto me ha encantado.

—Por cierto hermano, ¿sigues sin querer unos *cohíbas*? Tengo a muy buen precio unos *panetelas* que a algún compañero tuyo vendedor de carros seguro que le gustarán, y así les llevas algo típico cubano.

—No, de verdad, gracias, pero no quiero puros. Tengo que

marcharme.

—¡Ok, hermano! ¡Venga un estrechón de manos!

En ese momento, Alberto noto la fuerza que tenía aquel hombre. «¿Cuánto podrá medir?» —se preguntó. Él mismo se respondió que si no llegaba a los dos metros, poco le faltaría.

Continuó andando y le parecía que el día iluminaba con una fuerza especial. Todo lo tenía arreglado y nada iba a interponerse para que él y su mujer pasaran unos días de vacaciones. «No pienso escribir nada —auguraba—, solo me dedicaré a dormir, comer y descansar».

Creía que tenía un importante cansancio, más psicológico que físico, y empezaba a ver la visita de su mujer como una estupenda oportunidad de aliviarse de tanta tensión. La semana siguiente sería otra acometida diferente.

Después de tomar un poco el aire de la mañana, volvió a su habitación y siguió escribiendo antes de la pausa de cinco días que iba a tomarse. Había hablado con la recepción y, dado el corto número de +turistas que había en esos días, le respetarían la habitación durante las noches que estuviera en Varadero, por lo que no tenía que guardar el equipaje en ningún otro lugar ni sacar las cosas de la caja de seguridad. «Se están portando muy bien conmigo en el hotel», pensaba el escritor.

63

Cuando oyó el mensaje de la torre de control, miró el reloj y comprobó que eran casi las cuatro de la tarde. Ya no le asombraba la puntualidad porque esa era la tónica habitual de los vuelos con España. Rolando Díaz llevaba como Jefe de Seguridad del aeropuerto internacional José Martí cerca de diez años. Su discreción, su implacable capacidad para ejecutar las órdenes que recibía desde la plaza de la Revolución, su innegable astucia para gestionar cualquier eventualidad que se produjera en la terminal, unido a ser hijo de uno de los Mártires del Moncada, no solo le habían llevado a ese puesto, sino que lo había mantenido con indiscutible autoridad.

Las comunicaciones con el Ministerio del Interior, a través de la

Aduana General de Cuba, eran habituales y en alguna ocasión había sido invitado a asistir a las reuniones semanales del Comité de Seguridad Nacional. Sabía que era una de las cinco o seis personas del régimen revolucionario cubano más importantes en esa materia. El jefe de la guardia personal del Comandante, el director de prisiones, el director de la cadena estatal de televisión... un pequeño grupo de elegidos entre los que Díaz se encontraba y en el que no estaba dispuesto a dejar de estar.

Por todo ello, cuando recibió las llamadas tanto de Monaga, como sobre todo de Alejandro Tuero, se encargó, como siempre hacía, de supervisar personalmente todo el proceso. Eran demasiadas prebendas como para estar ausente de ese selecto conjunto de hombres poderosos.

El Airbus 330 acababa de tomar tierra en la pista y se hallaba realizando la maniobra de aproximación a la terminal. Le había llamado Monaga para decirle que la pasajera sobre la que tenían que hacer el correspondiente seguimiento vestía pantalón negro, camiseta blanca y una chaqueta roja. Como equipaje de mano solo llevaba un pequeño neceser verde oscuro, de la marca Samsonite, del mismo color y calidad a la maleta que había facturado.

Cuando salió el pasaje por la puerta de babor del avión fue mirando atentamente la pantalla de televisión, esperando ver en cualquier momento cómo Sofía Robles Martín llegaba por primera vez a Cuba.

Según escrutaba la interminable procesión de turistas que salía por la única puerta que habían abierto, le pasaron una nota informándole que habían detectado ya la llegada del marido en un taxi. Preguntó, en un arrebato de curiosidad, cómo se llamaba el taxista e hizo memoria por si le hubiera podido conocer, cosa que no sucedió.

Después de que hubieran pasado ya por lo menos cien personas por la pantalla, apareció por fin la estilizada figura de Sofía, la española sobre la que tenía que hacer seguimiento. A juicio de Rolando, aquella mujer tenía unos andares majestuosos, demostrando un estilo y una elegancia más propios de una persona que iba a asistir

a una reunión de trabajo que la de un turista corriente. Portaba su neceser verde oscuro y en la mano libre llevaba su chaqueta y un periódico color salmón.

Vio cómo se dirigía hacia las ventanillas de policía. Díaz comprobó que solamente estaban habilitadas tres, por lo que habló con el responsable para que redoblara el número de funcionarios y así el tiempo de espera fuera menor. Después se comunicó con la sección donde inspeccionaban las maletas, advirtiendo nuevamente que la persona sobre la que habían recibido el aviso había llegado en el vuelo de Madrid que acababa de tomar tierra.

—Recuerda que lleve lo que lleve, no hay que molestar la maleta Samsonite verde oscura con las iniciales *SRM* —advirtió Rolando— ¡Eso sí!, quiero foto de su contenido.

Tras una espera de veinte minutos, la mujer se situó en el mostrador donde un policía, ya avisado, realizó la correspondiente y rutinaria comprobación de pasaporte, visado de entrada y cara del pasajero. Sofía esperaba y, mientras, miraba instintivamente hacia la cámara que se situaba justo encima de la cabeza del guardia. Al otro lado, Rolando la observaba con detenimiento y comprobó, al verla desde más cerca, la serena belleza de aquella mujer.

El policía de la cabina de chequeos se dio la suficiente prisa para que ella no tuviera que esperar más de lo habitual, cruzando después la puerta que le permitía el paso a tierra cubana.

Todavía quedaban tres últimos trámites. El primero era otro control de metales, por lo que la mujer depositó su neceser en los rodillos del escáner, atravesando sin problemas el arco de seguridad, que previamente había sido desconectado a su paso. El hombre del escáner comprobó que en las pertenencias de la mujer había un ordenador portátil, pero siguiendo las instrucciones recibidas directamente del jefe de seguridad del aeropuerto, no activó el protocolo que tenían establecido para la ocasión. Se limitó a dar la bienvenida a Cuba que la mujer correspondió con una palabra de gratitud.

Rolando seguía observando en las pantallas de las numerosas cámaras que tenían instaladas en todos los rincones del aeropuerto

cómo la mujer se dirigía hacia la cinta transportadora. Afortunadamente no tuvo que esperar muchos minutos para que apareciera su equipaje. Sacó la manija retráctil y, ayudada de las ruedas incorporadas en su maleta, se dirigió hacia el último punto: el control de equipajes.

Rolando permanecía muy atento a todas las evoluciones de la turista y de su personal. De momento todos estaban cumpliendo con lo ordenado, y ahora solo faltaba el paso final. Como en la totalidad de los aeropuertos internacionales, había dos lugares por donde podían salir los pasajeros, según si tenían o no que declarar. La tendencia natural de todos ellos era ir siempre por la segunda opción, pero el reglamento interno cubano hacía abrir siempre sus maletas a todo viajero que llevara dos o más bultos, incluyendo los neceseres o equipajes de mano. En este caso se había dicho que no se molestara a la española, *la de pantalón negro y chaqueta roja*, según había indicado el propio Rolando mediante el interfono que comunicaba con el auricular del guardia encargado del área.

Así, Sofía cruzó la última línea sin tener la sensación de haber perdido nada de tiempo en el aeropuerto y habiendo tomado de Cuba una primera impresión positiva de agilidad y eficacia.

Por las cámaras que daban al vestíbulo, pudo comprobar que la recién llegada se abrazaba efusivamente con el hombre que había ido a recibirla.

Rolando había ejecutado la nueva misión encomendada con absoluta perfección: «¡Como siempre!», pensó.

64

Los dos salieron a la calle y Sofía notó de nuevo la bofetada de calor, de humedad y de sofoco que invadía a toda persona que no estaba acostumbrada al clima tropical de la isla.

Alberto llamó a uno de los taxis que estaban aparcados en la parada y metió dentro los dos bultos que traía su mujer:

—Al hotel Presidencial —ordenó al conductor del Mercedes—

¿Vas a querer dormir un rato cuando lleguemos al hotel?

—Igual me doy una ducha y descanso un rato. Bueno —supuso sonriente—, me imagino que tendrás ya pensado qué vamos a hacer estos días.

—¡Sí!, vamos a marcharnos de La Habana.

—¿Qué dices? —preguntó, sonriente y un tanto desorientada.

—Quiero que descanses, que no pienses en nada. Quiero que comas, que duermas, que paseemos, quiero que estemos los dos solos, quiero estar tranquilo contigo, Sofía. Creo que necesitamos playa, tomar el sol y estar juntos.

—Todo eso me parece muy bien —afirmó después de darle un nuevo beso— pero eso mismo, ¿no podemos tenerlo en La Habana?

—No, aquí hay más follón en la calle, en el hotel. He reservado en un hotel de Varadero a partir de mañana hasta el domingo. Está a hora y media de aquí por carretera, y me han dicho que para descansar es único.

—Bueno, si tú lo prefieres..., yo he venido aquí para estar contigo. El lugar me resulta indiferente. Tenemos que hablar.

—¿De qué tenemos que hablar? —preguntó Alberto, sorprendido e intranquilo.

—Esta noche. Dime, ¿dónde me vas a llevar a cenar?

—A un lugar que seguro te gustará.

—¿Cómo se llama?

—Es una sorpresa, ya lo verás.

—Veo que estamos de sorpresas, los dos...

La pareja volvió a besarse, mientras él pensaba dónde podría llevar a su mujer que fuera imposible encontrarse con alguna de las chicas que había conocido, y además ni con el taxista que le presentó a Beylin, ni con Iris. Eran demasiadas las personas de las que quería desaparecer. Incluso cabría la posibilidad de que se cruzara con las hermanas Calero. Eso a Alberto nunca antes le había pasado. En Madrid, jamás había tenido que cambiar de acera por miedo a encontrarse con alguien cuya presencia le incomodara.

El taxi recorría los barrios que unen el aeropuerto con el centro de La Habana sin que ella se fijara en la podredumbre de los edificios,

en los bares con el mostrador vacío y llenos de gente, en los niños sin juguetes jugando en la calle, en las gasolineras sin coches.

En un momento sí se fijó en los carteles publicitarios de propaganda institucional, con exaltaciones a la política antiimperialista y a los líderes ya fallecidos de las diferentes revoluciones cubanas: Che Guevara, Maceo, Martí y Céspedes.

—¿Por qué no hay anuncios de publicidad en las calles? —preguntó Sofía al conductor.

—Porque a nuestro Comandante no le gusta la publicidad —contestó el taxista.

Alberto ya llevaba el suficiente tiempo en la ciudad como para saber que ello obedecía a la pretensión continua del régimen por eliminar la necesidad de consumo de una población que no tenía capacidad para ello.

Llegaron a una amplia rotonda donde se encontraba a la derecha un edificio circular de grandes dimensiones:

—¿Qué es este edificio? —volvió a indagar.

—Es el Palacio de Deportes, señora.

Se veía viejo y eso le llevó a realizar otra pregunta:

—¿De qué año es?

—No lo sé exactamente, debe de ser de los años sesenta.

Alberto también sabía que no era de los años sesenta, sino que se levantó en los años cincuenta, cuando la ciudad de La Habana vivió sus mejores momentos en la construcción de las grandes infraestructuras, desde ese Palacio de los Deportes, al túnel bajo la bocana del puerto, incluso la mismísima plaza de la Revolución, lugar donde Fidel Castro atacaba continuamente a todos los países extranjeros, acusándolos de querer empobrecer a su nación cubana. La Revolución se había apropiado de la autoría de unas construcciones que solo los viejos y los libros de historia escrita, y hoy en día situados fuera de Cuba, sabían que no era verdad. Alberto conocía que desde el año 1959, fecha en la que cayó derrocado el dictador Batista, no se había construido ninguna edificación de importancia. Ni siquiera los edificios del Vedado.

Pero no quería hablar nada de ello ni con el taxista, ni con su

mujer. Ya desarrollaría lo que procediera en su novela. Sofía había venido para verlo, no para hablar de la historia de Cuba, ni de la viabilidad actual del régimen castrista. Tenía que dedicarse a ella y quería hacer un paréntesis en todo lo anterior.

Cuando llegaron al hotel Presidencial salió enseguida un empleado uniformado para hacerse cargo de la maleta, algo que Alberto rechazó con una palabra de agradecimiento. Subieron a la habitación y ella corrió a la ventana para contemplar las vistas de una ciudad en la que iba a estar unas horas. «Tenía razón Alberto —pensaba— creo que va a ser mucho mejor que nos vayamos a la playa. Allí descansaré mucho más».

Siguiendo lo que habían hablado en el taxi, la mujer se dio una ducha y se metió en la cama. Un lecho donde su marido le había engañado continuamente, ahora mudo de huellas gracias a una simple maniobra.

Alberto aprovechó para empezar a pasar al ordenador todas las notas que había escrito a bolígrafo. La velocidad de su escritura permitió que adelantara mucho durante la siesta tardía que se echó su mujer.

65

La noche había caído sobre La Habana. Por las calles del Vedado solamente se dejaba ver algún coche que pasaba de tarde en tarde, mientras que las aceras se encontraban totalmente vacías.

En la 19 no había turistas. Los circuitos habituales por donde pasaban los visitantes obviaban lugares como ese, inhóspito, desagradable, frío a pesar de la cercanía del trópico. Por esa calle hoy se levantaban viviendas que fueron florecientes en otra época, y ahora no eran más que caricaturas de un pasado que se plasmaba en una realidad construida por edificios desvencijados, descompuestos, echados a perder por tanta lluvia, tanto sol, tanta humedad, tantos huracanes y nula conservación. Los cubanos, los muchos habaneros que vivían dentro, se limitaban a callar.

La 19, entre las calles B y C, se situaba muy lejos de los Floriditas, de los mercadillos de turistas, de los puntos donde se ponían los vendedores ambulantes de puros. Allí no había espacio para ninguna fachada remozada. Allí no había cantantes ambulantes mendigando calladamente una propina con la que poder vivir, con la que poder sobrevivir. Allí nadie ofrecía taxi a nadie. Ese lugar era uno de los oscuros rincones donde muchas personas vivían su tragedia diaria en absoluto silencio.

Las luces de las escasas farolas iluminadas vieron pasar la figura de una mujer. Los andares del pequeño cuerpo no creaban muchas sombras, por lo que casi podía afirmarse que, más que una persona, lo que cruzaba la calle era un espíritu. Caminaba a paso resuelto. Se veía que iba con prisa. No estaba en aquella zona de la ciudad por capricho y su estancia obedecía solamente a una razón obligada y, además, muy importante.

Tampoco iba con bolso ni cargaba con ningún objeto en la mano. Marcia Lunas llevaba el dinero guardado dentro del sujetador. No podía evitar ir intranquila. Le costaba mucho esfuerzo juntarlo como para que pudiera perderlo o que se lo robaran. Antes iba con su madre, pero ahora eso no podía ser, y se veía obligada a ir sola a la calle 19, a la siniestra calle 19.

En el momento en que llegó al edificio se cruzó con otra joven que bajaba por las escaleras. Las dos pensarían que habían ido a lo mismo. Las dos quizá pensarían que ganaban el dinero de idéntica manera, pero la vida había que defenderla y el precio a pagar por ello no siempre era suficientemente alto.

Cuando bajó con la mercancía, sentía la misma repugnancia por la gente que se la vendía que por todo lo que les rodeaba. Absolutamente por todo.

Los clientes sabían quién se escondía detrás de aquella morfina y los vendedores conocían de qué manera conseguían el dinero las mujeres que la compraban. Era un macabro juego en el que todos conocían las reglas.

Al día siguiente, todos oirían un discurso en el que se les hablaría de logros sociales, de igualdad entre los seres humanos, de

solidaridad y de justicia. Todos asistirían y, en no pocas ocasiones, tendrían que interrumpirlo con sus aplausos, cuando los cederistas dieran la orden. Allí también tendría que estar ella. Era algo obligatorio para todos los empleados del hotel que no tuvieran servicio de comidas, como era su caso.

Y dentro de unos días, Marcia sabía que tendría que volver a esa infame casa, a entregar el fruto de los sacrificios de su cuerpo y de su vergüenza.

Muy a lo lejos pudo oír una descarga a la que estaba acostumbrada. Sabía de qué parte de la ciudad provenía y se imaginaba cuántos turistas felices estarían agolpándose allí en ese momento, para retratar al cañón que daba la hora. Allí todo serían risas. Allí las caras de felicidad estarían dibujadas en todos los presentes.

«Aquello era el Fuerte de San Carlos de la Cabaña, no la calle 19», pensó.

66

El sonido del cañonazo anunció a Alberto que eran las nueve de la noche. Levantó la mirada del teclado del portátil y comprobó que su mujer dormía plácidamente en la cama. Se acercó y estuvo unos instantes contemplando cómo sus ojos permanecían cerrados, mientras su cuerpo era acunado por su tranquila respiración. Pensaba en las otras mujeres que había visto en una situación similar, en esa misma habitación y en esa misma cama, y se preguntaba por qué serían tan hermosas las mujeres mientras dormían.

Eran ya muchos años los que llevaba con su esposa, y los últimos acontecimientos le habían hecho pensar sobre su futuro con ella, sobre si era esa la persona con la que tendría que compartir el resto de su vida. A sus treinta y cinco años, Alberto se sentía un hombre joven, demasiado ligado a una persona que había copado la mayor parte de su vida de adulto, y se preguntaba si eso era lo que tenía que seguir haciendo o, a lo mejor, tenía que dar un giro a esa situación en la que

se encontraba sentimentalmente encasillado. Por mutuo acuerdo, Sofía todavía no le había dado un hijo. Ella siempre había albergado un excesivo pundonor profesional, una absoluta dedicación al trabajo y había otorgado una incuestionable prioridad a una determinada faceta de su existencia, tal vez abandonando otras que podrían tener una importancia igualmente fundamental en la vida, como era la formación de una familia.

Puso una mano en su hombro y la movió levemente:

—Sofía —susurró, en voz queda.

El cansancio que llevaba acumulado en su cuerpo hizo que tuviera que repetir la operación varias veces, incrementando el volumen de la voz con que la llamaba. Por fin, la mujer empezó a removerse en la cama. Cuando abrió los ojos, lo primero que preguntó fue la hora:

—Son las nueve y diez. Se nos va a hacer tarde para cenar.

Se desperezó y se incorporó instintivamente con diligencia. Ver a Sofía, incluso en pijama, suponía enfrentarse a la más pura esencia del dinamismo. Se fue para el cuarto de baño y, al momento, volvió abriendo su maleta y sacando de ella una falda y una camiseta que no conocía Alberto. Pensó que serían fruto de las compras del pasado fin de semana.

No habrían pasado muchos minutos cuando uno de los hombres de seguridad del hotel abría la puerta de salida del vestíbulo a la pareja.

Alberto iba intranquilo, aunque procuraba disimular su desazón.

—¿Dónde me llevas?

—Vamos aquí cerca, al hotel Sevilla.

—¿A otro hotel?

—Sí, aquí los mejores restaurantes están en los hoteles —se le ocurrió decir—, y el del Sevilla me han dicho que es muy bueno —supuso, ya que había leído en alguna guía que ese establecimiento contaba con un restaurante ubicado en el último piso con unas magníficas vistas y un inmejorable servicio.

A Sofía le llamó la atención el elevado número de policías que patrullaban la calle, por parejas. Lo comentó con su marido, que

también lo había advertido.

—Debe ser por lo de mañana.

—Mañana. ¿Qué pasa mañana?

—Que es el Día Internacional del Trabajo —respondió el escritor.

—¿Y qué pasa?

—Que es fiesta y que Fidel va a dar un discurso.

—Sería muy original ir a verlo —propuso, divertida, mientras le daba un beso en la mejilla según caminaban cogidos de la mano.

Notaba que su mujer estaba muy cariñosa, tanto de actitud física como en complacencia, accediendo a todos los planes que él proponía con absoluta docilidad.

A través del frondoso bulevar del paseo del Prado llegaron al hotel Sevilla, y tomaron uno de los ascensores que les subió al restaurante.

Aquel lugar les impresionó a los dos, algo que no era fácil pues llevaban una temporada frecuentando buenos locales, y la capacidad de sorpresa iba reduciéndose. Solamente estarían ocupadas cuatro o cinco mesas y el camarero les invitó a que se sentaran donde quisieran. Alberto eligió una que se hallaba situada junto a un balcón y que ofrecía una magnífica vista del Capitolio iluminado. La música clásica que interpretaba el cuarteto de cámara daba al lugar un aspecto sobrio y romántico que encandiló a Sofía.

Se acercó un camarero con las cartas y le dio a Alberto una con precios, mientras que la que ella recibió no los tenía. Comentaron el hecho.

Antes de que volviera y pidieran la cena, la mujer no quiso esperar más:

—Bueno, te he dicho que teníamos que hablar.

—Sí, es verdad. ¿Qué cosa tenías que decirme que no podía ser por teléfono? —Alberto no esperaba ninguna noticia trascendental.

—Quiero que tengamos un hijo.

Aunque la temperatura del local era muy agradable, el hombre se quedó completamente helado. Intentó reaccionar y lo primero que hizo fue pedir una aclaración a aquello que acababa de escuchar.

La mujer tomó un poco de aire, le cogió la mano e inició la argumentación que había repetido para sí en numerosas ocasiones en los últimos días.

—Alberto, llevamos mucho tiempo casados, creo que tenemos la suficiente estabilidad económica y profesional, y los años van pasando. Estoy haciéndome cada vez mayor y llevo un tiempo pensando que necesitaríamos un hijo.

—Pero ¿lo has pensado bien? Eso hay que recapacitarlo con calma.

—Sí, lo he pensado muy bien. Además, lo quiero pronto.

—Y yo... ¿qué pienso? —la expresión del escritor reflejaba el aturdimiento en el que se encontraba.

—Eso es lo que quería preguntarte precisamente en persona, y por supuesto nunca por teléfono. Tú, ¿qué piensas?

Durante unos instantes a Alberto le dio tiempo a escuchar la melódica música del cuarteto, a mirar el Capitolio iluminado por las tenues luces amarillas, que le daban un aire mucho más majestuoso incluso que el que exhibía de día y, por supuesto, también le dio tiempo para pensar.

—Pues no lo sé —su primera reacción, después de incredulidad, fue de duda— Nos hemos pasado toda la vida hablando de la libertad que teníamos por no tener niños, de lo atados que vivían los padres que habían formado una familia, del tiempo que tú tenías para trabajar y para estudiar, de todo lo que yo podía documentarme y escribir, de todo lo que podíamos estar juntos... y ahora me dices lo del niño.

—Sí, sé que es algo muy importante, pero si lo queremos tener, no podemos esperar mucho más. Yo tengo treinta y cuatro años. Nos conocemos hace mucho. Creo que estamos suficientemente consolidados como pareja para poder afrontar esa responsabilidad —mientras hablaba, Sofía acariciaba suavemente la mano de su marido con las yemas de sus dedos.

Alberto nunca le había oído hablar en esos términos. Parecía otra persona. No sabía qué le habría podido pasar para que hablara de aquella manera y menos con aquellas prisas. Sofía siempre había sido

una mujer que presumía de su situación y ahora veía que, esa misma persona, le proponía meterse en una aventura totalmente desconocida para ambos.

Él, sin embargo, nunca había adoptado una postura tan enfrentada a la paternidad como ella, y en alguna ocasión lo había pensado, pero la idea, dentro del marco de hechos que estaban sucediéndole desde que llegó a La Habana, la veía totalmente fuera de lugar.

—He pensado que podíamos tener un hijo cubano... —le espetó, mientras clavaba fijamente sus ojos a la vez que seguía acariciando la mano con los dedos.

No recordaba a su mujer tan cariñosa como en aquella ocasión. Esa conducta era muy diferente de la que conocía y por un momento le asaltó la duda, absurda, de que hubiera sabido algo de los encuentros que había tenido con las otras chicas.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo?

—Sí. Completamente.

—Sabes lo que te va a cambiar la vida.

—Alberto, estoy deseando que la vida me cambie. No solo quiero ser una buena profesional y una buena esposa. También quiero ser una magnífica madre, con tu ayuda.

Las palabras de la mujer derrochaban una seguridad que asustaban a su marido. No podía imaginarse que aquellas afirmaciones partieran de su boca.

Para Alberto, la vuelta al hotel fue mucho más agradable que la ida. No iban cogidos de la mano. Iban completamente abrazados. Él había conseguido abstraerse de todo lo que le rodeaba, encontrándose en ese momento muy a gusto con su esposa.

El camino era una continua sucesión de paradas para besarse, para mirarse a la cara, para preguntarse afirmando lo bonito que podría ser la paternidad.

Sin saber muy bien por qué, Alberto se había olvidado totalmente de la Bahía de Cochinos, del dominó, de Marcia. No sabía

si se hallaba en el paseo del Prado de La Habana o en el paseo del Prado de Madrid. Se encontraba consagrado a su mujer y descubría que era muy feliz en su compañía.

Cuando llegaron al hotel se aplicaron con afán en la búsqueda del hijo que querían. Antes de empezar, Alberto cayó en la consideración que era la primera vez que iba a hacer el amor en esa cama sin usar preservativos.

67

El jueves uno de mayo era un día muy especial en la capital cubana. El régimen castrista iba a aprovechar la fiesta para realizar una nueva exaltación de las virtudes del socialismo, y para ello necesitaba encontrarse arropado por un importante número de personas que ofrecieran en televisión la mayor demostración de apoyo popular.

Los Comités de Defensa de la Revolución habían trabajado duro los días anteriores y habían formado a las personas bajo su responsabilidad, dándoles a cada uno una bandera cubana, la cual tendrían que devolver al finalizar el acto. Por la calle podía verse a grupos de personas, con un importante número de niños, andando hacia la plaza de la Revolución, donde Fidel iba a realizar un discurso que, por supuesto, sería televisado y radiado en directo.

Totalmente ajenos a todo aquello, Alberto y Sofía estaban arreglándose en su habitación para bajar a desayunar. Parecían una pareja en su viaje de bodas. Sus miradas, sus gestos, sus aires de complicidad, chocaban frontalmente con la idea que podía tenerse de dos personas que llevaban casadas un elevado número de años.

—¿Estás ya?

Sofía salió del cuarto de baño vestida con un pantalón bermudas granate, por supuesto de marca, y un top blanco que le daba un aire muy juvenil. Después de darse un beso, salieron al pasillo donde no tardaron en encontrarse con Omara, que andaba con su carro de limpieza.

—Buenos días señores.

—Buenos días —contestaron los dos.

—¿Qué tal Omara?, hoy todos descansando y usted trabajando —comentó Alberto.

—¡Ya ve señor!, alguien tiene que hacer las habitaciones.

Cuando tomaron el ascensor Sofía le preguntó que de qué conocía a esa chica.

—Todos los días me la cruzo en el pasillo. Es quien arregla la habitación —explicó.

—Muy guapa, ¿verdad?

—Sí, la mujer cubana es en general muy guapa —contestó, a la vez que pensó que podía darse la paradoja de que su mujer pensara que había tenido relaciones con una mujer distinta de las que sí tuvo en sus brazos.

Cuando llegaron al restaurante se sentaron a la mesa que solía utilizar Alberto, y enseguida se levantaron para servirse la fruta que les tenían dispuesta en las enormes bandejas del bufé.

Alberto explicó a su mujer qué fruta era cada una, ya que no conocía alguna.

—¿Cómo desean el café? —preguntó Marcia, casi con la mirada clavada en el suelo.

—Yo, con leche muy caliente —pidió Sofía.

Alberto, que lo único que quería era que la camarera no volviera a aparecer, respondió lo primero que se le ocurrió.

Una vez que sirvió los cafés y se hubiera ido, Sofía le volvió a preguntar:

—Esta chica, también es muy guapa ¿no?

—Sí. Ya te digo que la mujer cubana es muy atractiva.

Ella nunca había pensado mal de su marido y creía que le era completamente fiel. A su juicio, no le había dado motivos para dudar. Pero Cuba era un lugar especial y a Sofía no le gustaba que su marido estuviera tanto tiempo solo en la isla.

Cuando terminaron de desayunar subieron a la habitación y bajaron con el equipaje, dispuestos a tomar un taxi camino de Varadero.

Al salir a la calle, Alberto volvió a escuchar la pregunta de todos

los días:

—¿Taxi, señor?

Comprobó que el chofer conducía un Mercedes, por lo que negoció el precio, y se montaron en él, camino del túnel que discurre bajo la bocana del puerto y, desde allí, a la provincia de Matanzas, donde se halla la localidad turística de Varadero.

De lo que Alberto no se dio cuenta era de que solo había un taxi en la puerta del hotel y que, además, era un vehículo confortable en el que el taxista hizo un precio suficientemente bueno como para que el escritor español no tuviera motivos para buscar otro coche. Se habían montado en uno de los que Monaga tenía para el seguimiento de sus *PPE*, dotado de micrófono especial, para seguir la conversación de dos personas situadas en el asiento trasero, como era el caso.

Las cámaras del hotel habían seguido el movimiento de la pareja y, cuando estos fueron a salir a la calle, la policía ya había retirado a los otros taxis, dejando solamente el conducido por uno de los hombres del teniente Gálvez. Consideraban muy importante tener cubiertos la mayoría de los momentos en que la pareja estuviera junta ya que Alejandro Tuero quería saber qué se decían el uno al otro.

Una vez el coche abandonó las proximidades del hotel, se celebró la reunión diaria entre el director y la agente designada por el gobierno.

—Lo único que ha traído ella digno de interés es el computador portátil, el resto es ropa y las pertenencias personales habituales para encobarse.

—Lucila, ¿has registrado el computador?

—Sí, tiene cargados varios archivos con diccionarios. También hay registros de otras informaciones como algunos textos y música. Se podría decir en general que está bastante vacío.

—¿Sería muy complicado que sacaras copia de esos archivos?

—No, en absoluto, señor Oñate. Puede llevarme una media hora, más o menos.

—¡Ok!, hazlo, que esta tarde tengo reunión en la plaza de la Revolución y seguro que van a pedírmelos. Métete en la habitación y trabaja con tranquilidad, que van a estar cuatro noches fuera, de todas

maneras, voy a dar orden de que si aparecieran por la puerta se les entretuviera y me dieran aviso urgente.

—Perfecto.

Gilberto Oñate se sentía satisfecho. La coordinación con la chica era impecable y todo el aparato instalado en el hotel estaba funcionando según lo dispuesto por Monaga.

Una vez la falsa camarera se hubo marchado de su despacho, el director encendió la televisión para seguir el discurso de Walfrido Riva, en boca de Fidel.

68

La estancia de cuatro días en Varadero supuso un paréntesis para todos, en especial para la pareja. Alberto y Sofía habían vivido una segunda luna de miel, tal vez excesivamente tarde pero, no por ello, menos provechosa. Todos los razonamientos esgrimidos por la mujer habían calado hondamente en su marido, que se encontraba totalmente convencido de que un hijo en su vida sería ahora algo que le ayudaría a complementarse en la única faceta que le quedaba pendiente. Veía incluso una aplicación literaria a la paternidad, no tanto porque ahora valorara la posibilidad de escribir libros sobre embarazos o niños, sino porque podría darle una visión diferente de la vida y de las relaciones humanas. Lo que significaba el valor de la descendencia o la importancia de la responsabilidad.

Ella, por su parte, había recibido la llamada de la maternidad la cual había atendido de forma inmediata. Ese aviso había sido capaz de arrinconar todas las atenciones que entendía necesitaba para cumplir con sus obligaciones profesionales. Quizá por ello, Sofía se había convertido en esos días en una mujer mucho más dulce y sensible, más cariñosa y tierna. Alberto se sentía desorientado sobre su comportamiento, pero lo entendía como una consecuencia lógica provocada por una pregunta existencial en una edad determinada. Pensaba que tendría que ser así.

Durante esos días no hicieron mucho más que levantarse tarde,

bañarse en el mar, comer en la piscina, echarse una siesta, otro baño vespertino, y salir después a cenar y a bailar. Los dos no eran muy amantes de la danza, pero allí se sintieron arrastrados por los cálidos ritmos caribeños. En Cuba, todo era distinto. Incluso ellos también se sentían otras personas.

Pero no para todo el mundo aquella estancia significó un remanso de tranquilidad y relajo. El capitán Monaga había estado en contacto permanente con el director del hotel Jardines de la Reina, que le mantenía informado diariamente de las actividades de la pareja. Al igual que en el hotel Presidencial, la camarera que arreglaba la habitación abría la caja fuerte y revisaba lo que allí había. Nunca detectó nada anormal porque apenas gastaron dinero ya que hicieron la vida en el hotel, donde pagaron con tarjeta de crédito. Pero no hubo ninguna mañana que el director, y por tanto el capitán Monaga, dejaran de recibir los correspondientes informes de la empleada que les hacía la habitación, de uno de los asistentes de la piscina y del servicio de cámaras de vigilancia del hotel, donde se había realizado un seguimiento expreso de la pareja. Monaga tenía mucho interés en que el matrimonio no fuera molestado por nadie y que las conversaciones que mantuvieran con los cubanos fueran lo más breves e intrascendentes posible. En Varadero, respecto a La Habana, se jugaba con una ventaja adicional importante, y era que en el primer destino no había más cubanos que los que trabajan en la hostelería o actividades relacionadas con el turismo, por lo que la capacidad de relación de un turista con la vida real que viven los isleños era mucho más limitada que en La Habana, donde el visitante curioso podía llegar a conocer una realidad que en ningún caso interesaba al régimen.

El departamento que dirigía Monaga preparó a Alejandro Tuero un informe acompañado de las correspondientes cintas de video. En dicho parte relataban los horarios diarios de la pareja, lo que desayunaron, comieron y cenaron, qué tipo de músicas bailaban. No había un detalle, por muy superficial que pudiera parecer, que no le resultara interesante al sagaz delegado de Castro.

Fue en el piso doce en donde mantuvieron la reunión de trabajo.

—Entonces, ¿no salieron del hotel ni un momento?

—No, incluso compró a la mujer un collar, un vestido y unas figuritas de cerámica en las tiendas del lobby.

—¿Y las comidas?

—El desayuno y la comida los hacían en el restaurante de la piscina. Las cenas, sin embargo, se iban dentro, al que tiene un pequeño lago interior. ¿Lo conoce? —preguntó el capitán.

Tuero miró a Monaga indiferente. Después, volvió a clavar la vista sobre los papeles que le habían entregado.

—¿Y no hablaron con ningún cubano?

—Solo con los del hotel, y siempre fueron preguntas sin importancia.

—¿A qué considera una pregunta sin importancia? —inquirió Tuero.

—A preguntas tales como ¿a qué hora abre el restaurante?, ¿qué tiempo va a hacer hoy?, ¿cómo se llama la canción que está tocando el conjunto? De ese tipo.

Alejandro Tuero asintió.

—Bien, Monaga. ¿Y de la marcha?

—Sale en el vuelo que parte hoy del José Martí a las seis de la tarde, directo a Madrid.

—¿Lo sabe ya Rolando?

—Sí, hablé con él y me ha dicho que va a reforzar el personal de chequeo, para tardar menos en la salida.

—El taxi tiene que ser como el del otro día, pero no el mismo. Sería mucha casualidad.

—Sí, pienso igual. Va a ser un carro más pequeño, un *Citröen*. Había pensado que el chofer le preguntara a qué se dedicaba en Madrid, para ver qué respondía.

Tuero pensó unos instantes.

—No, no quiero provocar situaciones tensas. No sabemos lo que le ha podido decir él a ella al respecto, y se le puede poner en un aprieto. Y, además, su respuesta no nos va a valer de nada. Nosotros, Monaga, sí sabemos muy bien qué profesión tiene ese globero que ha venido a Cuba a entrometerse en nuestra vida y en nuestra

Revolución. Nosotros sí le conocemos muy bien a él. Sabemos que es un jodedor, un vago, un despilfarrador y un pérfido con su mujer. Nosotros sí sabemos qué tipo de persona es ese *hp*.

—Sí, señor —la dureza de las palabras de Tuero transmitían a Monaga la misma imagen que él tenía de Alberto Rodríguez-Conde.

Alejandro Tuero dio por concluida la reunión con un resumen:

—Monaga, a esta operación no le quedan más de seis o siete jornadas. Ahora, que ya hemos puesto todo en marcha, no podemos fallar. Las más altas instancias del país están esperando que todo salga a la perfección, y no podemos defraudar su confianza.

Cuando el capitán Monaga se marchó del despacho, Tuero llamó a Walfrido Riva y, después de felicitarle por el discurso que pronunció el Comandante el pasado Día del Trabajo, preguntó cómo llevaba el trabajo que le había encomendado. Después, Alejandro se acomodó en su asiento y se felicitó por la evolución de la operación. No era la primera que le había encargado el Comandante, pero de esta se sentía especialmente orgulloso por la repercusión internacional que pensaba tendría una vez finalizada. Se acordaba de Capablanca, y le parecía que todo esto era como una inmensa partida de ajedrez en donde él iba moviendo las piezas como le parecía más oportuno para poner en jaque a los individualistas, a los intrusos, a los imperialistas y a los contrarrevolucionarios.

En ese momento, tuvo una asociación de ideas para cada uno: había torres, en referencia al teniente. Había alfiles, como Gilberto Oñate. Había caballos, pensando en Orestes. Peones había muchos, pero *reina* solo una, aunque tuviera dos nombres.

69

El jefe de seguridad del José Martí estaba perfectamente instalado en su puesto cuando vio por una de las cámaras de televisión cómo la pareja entraba en el vestíbulo del aeropuerto. Llevaban los mismos bultos que cuando llegó la mujer y juntos se dirigieron al mostrador de facturación. La fila de turistas que estarían esperando no sería muy

larga, quizá seis o siete, algo que por supuesto ni era habitual ni obedecía a una casualidad.

Veía cómo hablaban, aunque no pudo escuchar la conversación.

—¿No sabes cuánto más vas a estar?

—No creo que mucho. Ya te dije que estoy escribiendo la novela, pero todo el desarrollo detallado, correcciones y ampliaciones, lo haré en casa.

—Por lo que me dices, San Isidro lo pasamos juntos.

El hombre cambió súbitamente de tema de conversación y le soltó la mano de la que había permanecido agarrado todo el tiempo, para aferrarla la cintura y estrecharla junto a él.

—Sofía, he pasado muy bien estos días.

—Sí, yo también —la mujer siguió hablando después de darle un beso— ha sido un viaje muy cansado, pero ha merecido la pena.

Algo había cambiado en su relación. Esos desayunos junto a la playa, esas siestas de tres horas después de hacer el amor en aquella cama tan enorme que tenía la espaciosa habitación del hotel Jardines de la Reina, esas noches bajo las estrellas tropicales y los efluvios de esos mojitos y daiquiris bien fríos, habían hecho por la unión de aquellas dos personas mucho más que años de convivencia. Sería difícil pensar si serían dos personas diferentes las que fueron a Varadero, pero sí que debería afirmarse con rotundidad que la que regresó era otra pareja.

Después de obtener la tarjeta de embarque y facturar la maleta, llegaron a la entrada en la zona de tránsito, donde él ya no podía acceder. Ella se volvió y le dio otro largo beso.

Rolando vio cómo se separaban. Al salir a la calle, Alberto tomó el primer taxi que vio y pidió que lo llevara al hotel Presidencial.

El conductor vio cómo su pasajero tenía la vista perdida en el infinito y durante todo el recorrido no pronunció palabra alguna.

70

—¿Y ya se ha marchado su mujer?

—Creo que sí. Según tengo entendido, han estado unos días en Varadero y ahora ella se vuelve y él seguirá escribiendo.

—¿Pero es seguro que ha venido a escribir?

—Todo hace pensar que sí. Lo de que es vendedor de carros no se lo cree nadie. A ningún vendedor de máquinas le paga la empresa un viaje tan largo en un hotel de máxima categoría. Estoy convencido de que ha venido a escribir. Ten en cuenta que las dos últimas novelas que ha publicado relatan aventuras de viajes, una discurre en Mallorca y la otra en Praga. No me extrañaría lo más mínimo que haya elegido la ciudad de La Habana, o incluso la isla, para situar el escenario de otro libro.

—Podría ser —conjeturó el hombre, pensativo.

—Además, cuando ha estado jugando las partidas del dominó, también teníamos a un elevador que iba por allí, y me contó que mientras jugaba, preguntaba mucho por costumbres, por cosas de historia. Es prueba segura que ha venido a enterarse de datos para luego escribir.

—¿Y le están haciendo seguimiento?

—Seguro. No sé si desde la llegada, pero me dijeron que uno de los hombres de Orestes iba también por donde jugaba al dominó, a ver de qué se enteraba.

El joven se acercó al que tenía más edad, como si le quisiera hacer una gran confidencia y, bajando aún más la voz, le dijo:

—Asnaldo, tenemos en Cuba a un escritor español con un gran reconocimiento en su país. No es un buen escritor, pero vende mucho y esta persona nos puede interesar, puede hacer él mucho más desde allí con su pluma, que todos nosotros juntos pudriéndonos en Villa Marista o en cualquier otra cárcel política.

Asnaldo frunció el ceño de su ajada frente. En el fondo, lo que mostraba a su amigo y camarada era una señal que la sagacidad del joven comprendió.

—Lo que no podemos hacer en estos momentos es cansarnos. Tenemos que seguir luchando, como antes lo hicieron otros muchos —recordó el joven.

El hombre tomó un poco de aire.

—Tienes razón, Toribio. Llevamos muchos años en esta batalla y en este momento no hay que dejarlo, sino continuar. ¿Cómo establecisteis contacto con él?

—Por las jimaguas.

—¡Ay, qué chicas! —sonrió mientras soltó una exclamación de cariño.

—Teóricamente se ha comprometido a acudir mañana a la zona del Capitolio para coger un taxi. El conductor será Roselio Milián. Él le explicará, pero tú tienes que terminar de convencerle.

—Sí —aseveró, totalmente seguro— llevadle a Lamparilla.

—Bien, me parece un buen lugar aunque quizá demasiado céntrico —razonó Toribio—. Lo mejor es que no está muy lejos de su hotel.

—Pero tiene que ser muy de madrugada, antes de que puedan organizar un seguimiento.

—Por supuesto Asnaldo.

Se despidieron y Toribio Duna abandonó el despacho de su maestro Asnaldo Cortiza, experto en economía y una de las figuras más destacadas de la organización clandestina de los ascensores.

Para Toribio no fue difícil entrar en aquella asociación. Había jugado la baza de que su padre fue uno de los dieciocho mil cubanos que fueron a luchar contra las fuerzas sudafricanas que estaban apoyadas por los americanos, en la guerra de Angola, allá por el setenta y cinco. Eso le valió a él, como huérfano de mártir, una consideración en su país pero, por las averiguaciones que hizo después, se enteró que su padre había sido victima de una emboscada muy dudosamente organizada por el ejército yanqui. En palabras de uno de los pocos que estuvieron allí, y que se atrevió a hablar, su padre fue utilizado como cebo por una de las columnas cubanas en una batalla al sur del país.

Entonces él era pequeño y lo único que recordaba de aquellos días era la imagen de su madre llorando a todas horas, metida en la cama, totalmente destrozada, sin poder sacar adelante a sus dos hijos y con un marido muerto en una guerra absurda, a la que le llevaron a la fuerza. Eso era lo que le había quedado, un odio ancestral por todos

los conceptos que en la Cuba oficial eran llamados como *valores patrios*.

Y así, todos los días tenía que ver a Fidel por televisión, oírle por la radio, y leer la continua, extensa y repetitiva propaganda institucional, repartida en carteles por todas las calles, todas las carreteras. El *Granma* jamás lo compraba porque era ilegible. En muchos años, solamente lo había comprado un día y, además recientemente, para una misión especial, como él decía.

Toribio sabía que algún día Fidel Castro moriría. De una manera o de otra, la muerte acabaría con su vida y en ese momento se deberían abrir las puertas a una evolución de su país hacia la libertad. Esas mismas puertas que hoy estaban cerradas y que solo la esperanza de la inmensa mayoría, y la actividad de unos pocos, hacía mantener la ilusión de poder abrir. Ese día comenzaría un nuevo tiempo y, en ese momento, tendrían que actuar abiertamente, estando dispuestos a sacrificar incluso su vida. Sabían que el destino de los cubanos libertadores había sido la lucha por su ideal, y que una gran parte de ellos había encontrado la muerte buscando un mundo mejor. Él estaba dispuesto a ello, pero sabía que en la situación actual, sería una muerte absurda y sin sentido. Uno más en las listas que luego el gobierno tildaría de *mercenarios al servicio de potencias extranjeras*. No, Toribio hablaba en su caso de una muerte inteligente, de una muerte útil.

Pero prefería soñar con una victoria para todos. Como su maestro Asnaldo, como otros muchos, albergaba la esperanza de que Cuba viviera una transición hacia la democracia, en paz, en un proceso sin muertes ni disturbios. Ese era su afán. Y el de muchas otras personas.

Según bajaba la larga escalinata de la Universidad de La Habana, pasó junto a la estatua del *Alma Mater* y, como todos los días, pidió porque algún día su país viviese en libertad.

Cuando Alberto llegó a su hotel se hallaba desasosegado. En quince días la vida le había cambiado completamente convirtiendo la estancia en la Isla en una sucesión continua de acontecimientos en los que él se había convertido solo en un espectador impasible, mientras que los demás tomaban la iniciativa en esas relaciones. No había buscado a las mujeres con las que se había acostado, ni buscado a nadie para que le contara cómo vivía, ni tampoco había pedido paternidad a su mujer; tampoco se había dirigido a nadie para hablar de organizaciones ni mantener citas extrañas en lugares insólitos. Tampoco sugirió el tema de su próxima novela. Todos habían acudido a instarle a vivir sensaciones nuevas a las que él solo mostraba su más sumisa conformidad.

Le preocupaba ese hecho. Era consciente de que no había dicho todavía que no a nada ni a nadie, y se preguntaba la razón de tanto consentimiento. «Al fin y al cabo —pensaba— todas las propuestas han sido muy buenas, y no tengo por qué decir que no a ninguna. En realidad, las chicas —continuó con su justificación— se han insinuado y no tengo ninguna razón para privarme de ese placer. Yo siempre he querido a Sofía y lo único que ha habido con esas mujeres ha sido una relación carnal que jamás me hubiera dado mi mujer, por lo que no veo problema en haberlas aceptado. Respecto a lo del hijo, creo que es verdad que ya va siendo hora. Tengo treinta y cinco años y no puedo esperar mucho más si no quiero que me confundan más que con un padre mayor, con un abuelo joven. Sofía tiene razón, un hijo puede aportar a mi faceta de escritor un nuevo punto de vista que, además, será coincidente con la mayoría de mis lectores, ya que la gente, en general, tiene hijos».

Los argumentos que Alberto iba dándose justificaban todo lo que le acontecía. Incluso la misteriosa cita de aquellas hermanas gemelas. «Sí, ¿qué problema tiene que acuda a la cita que me han propuesto? —se preguntaba—, lo más que puede pasarme es que me sucedan cosas que luego pueda escribir en mi novela. Mucho de lo que he relatado en mis novelas me han pasado directamente a mí, y esta vez no tiene por qué ser una excepción», recordó.

Se sentó a su mesa y retomó la novela que tenía totalmente

abandonada después de varios días de inactividad. Tenía que volver a lo que le había traído a Cuba. Miró el reloj y comprobó que en ese momento su mujer estaría despegando del José Martí. «Todavía me quedan tres horas para cenar», calculó. Se preguntó si le apetecía bajar a cenar o si, por el contrario, prefería que le subieran los platos. De momento aparcó la decisión y se consagró en su trabajo.

La noche había caído en la ciudad. Los *camellos* pasaban abarrotados de personas que volvían a su casa después de interminables esperas a que llegara aquel denigrante medio de transporte. Los que contaban con dinero tomaban un taxi, algo solo permitido a los pocos cubanos pudientes y siempre relacionados con puestos de la administración.

Alberto comprobaba, preocupado, que la parada literaria había afectado negativamente a su dinámica creativa y se encontraba con que había adelantado muy poco. Miró su reloj y tomó la decisión que más le apetecía.

No habría pasado más de media hora cuando llamaron a la puerta. El corazón del escritor se aceleró y los pasos que dio hasta abrirla se le hicieron eternos. Deseaba, anhelaba, que al otro lado de la gruesa madera estuviera la persona que él quería.

Como si de dos enamorados se tratara, cuando se volvieron a ver se quedaron casi sin habla. Ella, haciendo un alarde de profesionalidad, anunció muy seria:

—Señor, su cena.

—Pasa por favor —pidió.

Alberto cerró la puerta nada más pasar Marcia a la habitación. La chica miró hacia la cama, que estaba perfectamente compuesta y comprobó que estaban los dos solos en la habitación. Aún así se quiso asegurar:

—¿Está usted solo? —preguntó, con su habitual timidez.

—Sí y, por favor, no me llames de usted.

—Lo que tú quieras.

El semblante de la chica era de absoluta seriedad, exteriorizando

la tensión que le invadía por dentro.

Era tan evidente, que Alberto se acercó a ella y le ayudó con la bandeja. Después de dejarla sobre la mesa, la tomó con las dos manos por los brazos y la miró fijamente a los ojos.

—Tranquila. Estamos solos. La que estaba conmigo era mi mujer. Ya te lo dije, pero ya se ha marchado. A estas horas —supuso, mirando el reloj— ya debe estar sobre el Atlántico...

A la chica le costaba mantener fija la mirada en los ojos de Alberto. Él completó la frase que dejó sin terminar:

— ... y no va a volver a La Habana. He vuelto a ser un hombre libre.

Los ojos de Marcia mostraban una interrogación sobre las pretensiones del escritor.

—No habrás cenado —el escritor lo dio por hecho.

—No, ¿por qué?

—Como te habrás dado cuenta, he pedido un primero y dos segundos. Tenía pensado pedirte que fueras mi invitada a la cena.

—Pero no voy a poder estar tanto tiempo.

—¿No está esa compañera que te cubre?

—Sí, pero...

Alberto no dejó que terminara la frase y se acercó a su boca, dándole un breve beso en los labios.

—¿No te importará que lo tomemos frío?

Marcia se limitó a ver cómo él le iba desabrochando uno a uno los botones de la chaqueta, después los de su camisa blanca, la cual dejó cuidadosamente colocada en el respaldo de una de las sillas de la habitación.

La cubana era como un frágil juguete en las manos de un niño caprichoso y se atenía a lo que Alberto iba haciendo en cada momento, sin tomar la más mínima iniciativa ya que él era quien pagaba, y eso ella siempre lo tenía muy presente. Cuando le quitó la falda, la cogió entre sus brazos y así, solamente vestida con unas humildes bragas y un viejo sujetador, la recostó sobre la cama y empezó a besarla lentamente.

Marcia quiso llorar, pero afortunadamente para su integridad

moral, consiguió que no saliera ni la más diminuta lágrima de sus ojos.

72

Walfrido Riva ya había perdido la cuenta de las horas que llevaba trabajando en el encargo que le había ordenado Alejandro Tuero. Le había pedido insistentemente que para el seis de mayo tuviera un esbozo del texto, y ese día era el siguiente, por lo que se veía en la obligación de trabajar a toda velocidad. Incluso le había insinuado que el propio Comandante tenía interés en leer los avances. En eso tenía que reconocer que era un privilegiado. Probablemente estaría trabajando con uno de los pocos ordenadores de última generación que había en Cuba. Trabajar en la plaza de la Revolución, pensaba, tenía sus ventajas, y una de ellas era que contaba con los mejores medios con que podía poseer un escritor en la isla. En su pequeño despacho disponía de impresora láser, de papel blanco en abundancia y sin ninguna limitación, de acceso a Internet para su uso personal, y de toda una colección de libros y enciclopedias de consulta, lo que le convertía en una de las personas más y mejor informadas de todo Cuba. Y por si todo eso no fuera suficiente, podía pedir que le subieran cualquier periódico de cualquier día, de casi cualquier país, según los recibían por valija diplomática. Había que tener en cuenta que, cuando escribía alguno de los discursos que luego el Comandante hacía suyo, era imprescindible que dispusiera de información actualizada sobre lo que se decía del régimen allende las fronteras.

Otras veces, la información la obtenía por el visionado de la televisión. En la plaza de la Revolución había un departamento donde se veían todos los noticiarios, tanto de emisoras públicas como privadas, de quince países, entre ellos figuraban, por supuesto, tanto España como los Estados Unidos. Las noticias concernientes a Cuba se grababan y se analizaban con detenimiento por un reducido grupo de personas que tenían libertad de acceso a una información que se negaba al resto de la población. Por el puesto que ocupaba Walfrido

tenía terminantemente prohibida la salida de la isla, ni siquiera acompañado por personal de la seguridad, y también sabía que su correo electrónico se controlaba a diario, lo que desconocía era quién y desde qué parte de la isla se llevaba a cabo aquella labor de supervisión.

En ese momento Walfrido estaba totalmente consagrado a esa tarea especial que le habían ordenado y llevaba trabajando en ella más de tres semanas, incluso antes de que llegara a la isla el escritor español. Se había leído sus dos últimos éxitos y había tomado apuntes sobre estilo, léxico y ritmo literario. Él trabajaba para Tuero, no para Monaga. Trabajar para Tuero tenía sus ventajas. Iba siempre por delante de todos. Alejandro era una de las personas más y mejor informadas de Cuba y él sabía que era uno de los pocos en los que Fidel Castro tenía depositadas las mayores dosis de confianza. Pero el Comandante era un hombre que sabía manejar muy bien las circunstancias y en ocasiones dejaba caer los nombres de Arnaldo Ochoa o Tony de la Guardia, fusilados hacía años por el régimen. También habían sido personas de su mayor confianza. Era un claro aviso para todos los que le rodeaban. Su posición de privilegio era un arma de doble filo y en cualquier momento podría no interesar alguna circunstancia relacionada con ellos. Todos los que trabajaban cerca de Fidel sabían que tenían una espada sobre su cabeza y que en cualquier momento podía formarse un pelotón de fusilamiento que apuntara directamente a su corazón, destrozando no solo su vida, sino también su honor y el de su familia.

Aquí no valía pensar que él era el *brazo derecho* de alguien, o de algo. Parecía que el régimen fuera como una estrella de mar: brazo partido, brazo regenerado.

Miró la hora y comprobó que eran las once de la noche. Decidió quedarse a dormir en los sótanos del mismo edificio, donde tenían a su disposición unas pequeñas habitaciones para circunstancias excepcionales, mucho más frecuentes de lo que a él o a su familia les gustaría. Al día siguiente se levantaría a las seis de la mañana y encendería de nuevo el ordenador para seguir escribiendo el encargo que había recibido, la orden que le habían dictado. Cuidaría cada

detalle. Cuidaría cada frase y cada palabra. Cuidaría cada tilde. Así sería más difícil que lo último que escucharan sus oídos fuera una detonación y que sus hijos tuvieran que vivir con la vergüenza de haber tenido un padre traidor, y no un padre que lo dio todo por una Revolución en la que todavía creía firmemente.

73

El martes seis de mayo amaneció bajo un cielo primaveral. Las mañanas de ese mes en Madrid eran especialmente hermosas. Con la abundante vegetación que tenía la ciudad, esta se ponía su mejor gala en el ecuador de la primavera.

El coche había cruzado el túnel que atravesaba parte de la ciudad y que ponía a su conductor en el aeropuerto de Barajas en muy pocos minutos.

Había apurado demasiado y el veloz Audi llegó al aparcamiento de la terminal de vuelos internacionales con el tiempo demasiado justo. Lo dejó en el primer sitio que encontró y casi a la carrera alcanzó la zona de llegadas. Se tranquilizó al ver que el vuelo procedente de La Habana llevaba retraso, y decidió acercarse a una de las cafeterías. Todavía tenía tiempo para tomarse el buen desayuno que la ajetreada mañana le había hurtado.

Después de media hora pudo ver que el vuelo 9805 procedente de la capital cubana había tomado tierra. Se dirigió hacia la puerta de salida y esperó pacientemente.

No tuvo que aguardar mucho tiempo para que apareciera una Sofía que reflejaba en su cara el cansancio acumulado de las muchas horas que llevaba sin entrar en una cama. Levantó el brazo y la llamó:

—¡Sofía!

La mujer, al verle, no pudo disimular la contrariedad que le suponía encontrarle allí, aunque no constituía ninguna sorpresa. Después de conseguir desmarcarse del grupo de personas en el que involuntariamente se veía inmersa, se acercó al hombre.

—Jaime, te dije que no vinieras.

—Solo he venido para llevarte a tu casa.

Se acercó a darle un beso en la boca, pero ella giró la cabeza ostensiblemente para que sus labios acabaran posándose en su mejilla derecha. Se quedaron quietos durante unas significativas décimas de segundo.

Jaime Espinosa cogió solícito la maleta que llevaba Sofía y le pidió su neceser.

Tomaron la dirección del aparcamiento y fue en la pasarela mecánica cuando empezaron otra vez a hablar:

—¿Qué tal el viaje?

—Muy cansado, pero bien. Déjame en casa que me cambio. Voy a ir a la oficina —le ordenó, cortante y con la mirada puesta al frente.

—Pero Sofía, lo que no puedes... —la mujer no le dejó terminar.

—Mira Jaime, tú no vas a decirme lo que tengo que hacer. ¿Vale?

No volvieron a dirigirse la palabra hasta alcanzar el coche. El día anterior a que ella tomara el vuelo, Sofía le había anunciado que aquello había terminado.

—Déjame en Alcalá esquina a Ruiz de Alarcón. No quiero que nadie vea que me apeo de tu coche.

Él le ayudó a sacar el equipaje. Se quedaron mirándose sin pronunciar palabra, muy fijamente, con ojos desconocidos, amargos, tristes.

—Jaime, te lo pido por última vez: no vuelvas a verme, no vuelvas a llamarme, no vuelvas a hablarme. Olvídate de todo y solo mantengamos ante Alberto una actitud de amistad, si es que alguna vez volvemos a vernos.

La flemática Sofía Robles tomó su maleta y su neceser, y puso dirección a su casa. Jaime la vio marchar y volvió a su coche. Sabía que había hablado con una incómoda claridad.

74

El seis de mayo amaneció en La Habana con el cielo encapotado, algo

bastante insólito para la fecha. Alberto se despertó más tarde de la hora que tenía prevista y comprobó cómo todavía estaban sobre la mesa los restos de la ensalada y de su lasaña, a la que solo le había dado dos bocados. El filete de cerdo, que tampoco habían probado, no estaba, y el escritor supuso que sería la comida o cena de Marcia.

Miró el reloj y corrió a asearse antes de bajar a desayunar. Pensó en Sofía y en que ya estaría en Madrid después de la larga travesía oceánica que había realizado durante toda la noche, y se alegró de haber tomado con ella la decisión de ir a buscar firmemente un hijo para la pareja. Se encontraba totalmente convencido de que era la mejor determinación que podían tomar para ellos, y deseaba que todo fuera lo mejor posible y que la edad que ya iban teniendo no fuera un impedimento para que se cumplieran sus pretensiones.

Al salir de su habitación se encontró, como casi todas las mañanas, el carro de limpieza, situado en las proximidades de una de las habitaciones contiguas que estaba abierta. Según pasaba miró hacia el interior y saludó a la chica que trabajaba dentro:

—¡Buenos días, Omara!

La camarera devolvió el saludo desde el fondo de la habitación que limpiaba y se acercó hacia la puerta.

—¿Va a subir enseguida?

—Sí. Estaré un rato en la habitación y es posible que me marche después, sobre las doce. Mejor hágamela cuando me vaya.

La mujer vio marchar al escritor hacia los ascensores y esperó, junto al carro y sin que él la viera, a que sonara el pequeño timbre que anunciaba la llegada del mismo. Cuando entendió que lo había tomado, se dirigió hacia el vestíbulo para comprobar que, efectivamente, descendía uno de ellos hacia la planta baja.

En ese momento se dirigió a paso resuelto hacia la habitación que ocupaba Alberto y, después de sacar una llave magnética que guardaba en uno de los bolsillos de su chaqueta, abrió la puerta de entrada y la cerró tras sus pasos. La que ella tenía permitía anular la cerradura para evitar que entraran con otra a la vez y le pillaran sin darse ella cuenta. Tomó su teléfono móvil e hizo una llamada:

—Delio ¿está ahí?

—Sí, tranquila, acabo de preguntarle el número de la habitación según entraba en el restaurante. Se ha sentado donde siempre.

—Estoy dentro de la pieza. Cuando salga te doy un timbrazo.

Delio, el fiel colaborador de Gilberto Oñate, ayudaba a la falsa camarera a desempeñar su trabajo sin que pudieran sorprenderla.

La mujer tenía sistematizada su misión en la habitación. Empezó, como todos los días, con el arranque del ordenador portátil. Mientras este se ponía en marcha, se dirigió hacia la caja de seguridad, marco el código maestro *19281967* y la abrió. «Seguro que si alguien más conociera la combinación —se decía a sí misma—, me tildaría de patriota o de fanática por poner como referencia una fecha así, pero no puedo por menos que rendir de esa manera mi particular homenaje a nuestro comandante Che Guevara».

Sacó la cartera de Alberto y contó los billetes de euros y pesos que contenía, y anotó el importe. «¡Es un acana! No se gasta aquí nada —pensaba— solo lo que le paga a la camarera, que el muy pendejo la explota como un canalla». Comprobó igualmente que allí no había nada nuevo digno de interés, y la cerró.

Cuando se acercó a la mesa, el ordenador ya estaba dispuesto para trabajar con él. Al no tener ningún código de acceso, el confiado escritor facilitaba el trabajo a Lucila, aunque la espía no se hubiera parado por algo tan elemental para ella. Entró en los archivos y sacó un copiador de discos portátil, enormemente delgado y ligero, que llevaba sujeto con la braga y que camuflaba el pequeño delantal, enchufándolo en uno de los puertos *USB* del portátil. Transfirió toda la información que había en el mismo. Mientras se realizaba el rápido proceso, comprobó que no había adquirido ningún libro nuevo ni que la habitación revelara más información significativa.

Después de desconectar el grabador de discos, y de entrar un instante en el sistema operativo para que la memoria del ordenador borrara la última entrada que había realizado, Lucila se acercó a la puerta comprobando que todo se hallaba igual que antes de que ella entrara. Llamó por su teléfono móvil a su compañero Delio.

—Sigue aquí todavía, pero no creo que le quede mucho. Ya tomó el café y parece estar próximo a levantarse.

—Salgo ya de la habitación. Que haga lo que quiera.

—Perfecto Lucila.

Cuando Alberto llegó a su planta se cruzó con la camarera impostora, que le preguntó con una enorme dosis de timidez añadida:

—¿Qué tal desayunó el señor?

—Muy bien Omara, muchas gracias.

«¡Qué mujer más agradable!», pensó. Lucila le vio entrar en su habitación y tomó unas toallas de su carro para disimular. Bajó por el ascensor de servicio que recorría todas las plantas, hasta la baja. Desde allí se dirigió al despacho del director del hotel:

Una vez dentro, se sentó en una de las sillas que estaban junto a su mesa.

—El disco de hoy —señaló, mientras le entregaba el *CD* que llevaba debajo de su chaqueta, sujeto con la cintura de la falda.

—¡Ok! ¿De dinero?

—Igual, solo falta lo que ayer debió pagar a los taxis que utilizó para ir y venir al aeropuerto, y luego lo que le pagara a la camarera esa.

—Ese hijo de puta se la está bailando muy barato. Seguro que con eso en España no tendría ni para acostarse con una drogadicta o con un petardo, y aquí vienen y por muy poco se acuestan con todo lo que pillan. ¿Te ha propuesto a ti algo?

—Y a ti, ¿qué te incumbe? —le preguntó riendo, según se levantaba.

Los dos echaron una pequeña sonrisa.

—Mira que se consideraría alta traición.

—El día que me veas con uno de esos, si quieres se lo dices al mismo Comandante —le espetó ella, desafiante.

—¡Ni nombres a nuestro Comandante en estas cosas!

—Yo no necesito nada que me pueda dar uno de esos espías extranjeros. Yo amo a mi país más que nadie.

Gilberto aprovechó para mirarla descaradamente de arriba abajo, para decirla finalmente:

—Estoy seguro que ninguno de esos te puede dar nada que tú puedas querer. Ya sabes que para todo, me tienes a mí...

La mujer le miró con la mano en el pomo de la puerta y se despidió con elevadas dosis de sorna:

—Por supuesto, señor director de hotel de máxima categoría.

Y, mientras le dedicaba otra sonrisa, recogió las toallas y abrió la puerta cerrándola tras su paso, no sin antes advertirle de que el escritor le había dicho que sobre las doce tenía previsto salir a la calle.

75

Después de estar trabajando casi un par de horas Alberto se levantó de su mesa, apagó el ordenador y se dispuso a vivir esa aventura que había comenzado con la citación por medio del *Granma* y que continuó con la misteriosa reunión con aquellas gemelas. Ahora tocaba lo del taxi. Le parecía todo un gracioso juego en el que, de momento, quería participar. Al fin y al cabo, «¡esto es Cuba!», pensaba, como si ello fuera necesariamente sinónimo de aventura y atrevimiento.

El fuerte calor de la avanzada hora de la mañana lo sacudió nada más poner los pies en la calle.

—¿Taxi, señor?

«Siempre igual —pensó— ¿no se cansarán?»

Le habían dicho que se acercara a las escalinatas del Capitolio y hacia allí encaminó sus pasos. Se cruzó con un grupo de turistas nórdicos, todos con la tez roja por el fuerte sol que les había sorprendido en la isla, pero, sobre todo, vio a una corriente de mulatos y negros de ambos sexos que llevaban el lento caminar que les delataba como personas desocupadas, que cambian de lugar sin saber muy bien el por qué de ello.

El lugar de encuentro era casi igual de majestuoso que el propio edificio, que ya había tenido la oportunidad de conocer antes de que le visitara su mujer. Comprobó por su reloj que se encontraba muy cerca del mediodía, y se dirigió hacia el grupo multicolor de taxis que estaban aparcados en el centro de la plaza.

Sin mostrar especial interés por ninguno, se dedicó a caminar

por las proximidades con la esperanza de que alguno se le acercara y le dijera la contraseña acordada.

—Señor, ¿querría algún taxi?

—No, gracias.

—Mire, el mío es aquel carro de caballos, ¿conoce La Habana?

—No, de verdad, gracias.

—¡Oiga! —se le acercó otro que parecía había oído la conversación— yo tengo uno con aire acondicionado, y a buen precio.

—No, de verdad —Alberto volvió a mostrar resistencia.

Según miraba a ese taxista, se quedó expectante a ver si le decía algo más, pero el chofer se mantuvo callado, mirándole con cierta incredulidad. Le volvió a decir:

—¿De verdad que no quiere un taxi con aire acondicionado?

—No —la respuesta del escritor no pudo ser más rotunda.

Convencido de que con aquella persona no tenía nada más qué hablar, le comentó:

—De momento prefiero pasear.

No sabía qué hacer, entendía que si alguien iba a buscarle, este habría tenido que actuar ya, y no acertaba a comprender el por qué no había sido el primero en ofrecerse.

Optó por volver hacia la zona de las escaleras y fue allí donde se le acercó un hombre. Era un mulato muy delgado de una edad próxima a los cuarenta años:

—¿Taxi, señor?

—No, gracias.

—¿Le podría llevar a Cojímar?

Alberto le clavó fijamente su mirada.

—¿Cojímar? —repitió el español.

—Sí, es donde Hemingway pescaba pez espada.

—¿Dónde tienes el taxi?

—Allí —señaló el hombre— justo al otro lado del Parque Central.

Ambos se encaminaron hacia donde decía que se hallaba el coche, sin que mediara palabra alguna.

Al llegar Alberto se encontró con un vehículo muy viejo, lleno de

golpes a lo largo de todo su contorno. No sabría precisar la marca, pero sin lugar a dudas tenía claramente el peor aspecto de todos los que había visto antes.

—¿Es este?

—Sí señor, pero funciona perfectamente. Ya lo verá.

Los dos hombres se acomodaron, sentándose el escritor en uno de los asientos traseros.

Orestes tenía situadas a varias personas en la plaza para hacer el correspondiente seguimiento de dónde iba el escritor español, alertados por el personal del hotel Presidencial que había controlado su salida.

Al teniente Gálvez se lo comunicaron inmediatamente, instando este a que facilitaran la matrícula del taxi a los policías motorizados que estaban situados en las principales salidas de La Habana.

—No hagas seguimiento del carro —ordenó por teléfono al coordinador de los motoristas— solo quiero saber hacia dónde se dirigen.

Después pidió que comprobaran qué coche era el que había tomado. Cuando le facilitaron la matrícula, Gálvez entendió que había razones suficientes para avisar al capitán Monaga.

—Compañero capitán, es muy extraño.

—Estoy de acuerdo Lisandro. No tiene sentido que una persona que se hospeda en el Presidencial tome un carromato como ese, y además en un lugar que está lleno de carros mucho más nuevos, mejores y con aire acondicionado.

—¿Y todavía no se sabe qué dirección ha podido tomar?

—No, capitán. Tengo dadas órdenes de que no paren a la máquina ni le hagan seguimiento con caballitos, pero de que me avisen inmediatamente cuando detecten que quiere salir de la ciudad.

—Bien. Cuando lo sepas, montamos una patrulla camuflajeada de seguimiento. ¡Vete preparándola!

—Sí, capitán.

—Por cierto, ¿Quién es el chofer habitual de ese taxi?

—Lo hemos mirado ya. Se llama Roselio Milián.

Llevarían unos minutos dentro del coche y todavía Roselio Milián no había pronunciado palabra. Alberto dudaba si ese era el taxi que tenía que haber tomado.

Cuando estaban por debajo del túnel que cruzaba la bocana del puerto, el conductor, que parecía haberle leído el pensamiento, empezó a hablar:

—Esté tranquilo, que no se ha confundido de taxi. Este es el que le dijo Onelia en el Museo de la Ciudad. Ahora vamos a pasar un control donde seguro hay policía que ya tendrá el aviso del carro. No me extrañaría que nos siguieran.

Todo lo que le contó a Alberto le pareció de película barata de agentes buenos y malos pero, no obstante, no podía dejar de percibir una atracción vital hacia todo lo que le acontecía. Él, que en muchas ocasiones había puesto en la vida de otras personas situaciones de riesgo y expectación, ahora se convertía en protagonista de un momento totalmente novedoso.

—¿Que nos siguieran? —repitió el escritor.

—Entiendo que para usted todo esto sea muy nuevo, incluso igual le parece que está viviendo una situación como la que le sucede a Bruno Maricevich con la persecución por las estrechas calles de Malá Strana, en su novela de Praga. Pero créame, Alberto, mucha gente nos estamos jugando mucho para que usted y yo estemos ahora juntos. De momento, vamos a continuar así, sin hablar. Cuando lleguemos al control no mire a los guardias, que seguro estarán.

El semblante del pasajero dio un vuelco radical. Jamás podría imaginarse que ese hombre hubiera leído su último libro publicado, que además le habían dicho que no se había comercializado en Cuba. Hizo caso de lo que le decía y comprobó, según miraba de reojo, que en las casetas del control que precedían a la entrada a la Autopista del Este había un par de policías junto a sus motos, que tenían un papel en la mano y que miraban sin disimulo alguno al vehículo en el que él viajaba.

Alberto sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Fue en ese momento cuando empezó a notar que sucedía algo incómodamente distinto a lo previsto. Se había dado cuenta claramente de que aquellos policías estaban esperando ese coche, y él viajaba en su interior, acompañado de un señor que parecía cubano y que se había leído su último libro, no publicado en Cuba. Pidió, rogó, que le dijera algo que le tranquilizara.

—¿Dónde vamos? —preguntó el asustado escritor.

—Vamos a Cojímar, ya sabe, donde Hemingway pescaba.

—¡Sí, eso ya lo sé! Ya sé que Ernest Hemingway pescaba peces espada allí —chilló. Sus nervios empezaban a florecer, y no podía ocultarlo—. Pero lo que estoy preguntándole es qué vamos a hacer en ese pueblo.

—Le dijimos Cojímar porque nos permite estar un rato con usted, sin que nos moleste nadie y con la certeza de que no vamos a tener ningún micrófono que nos oiga.

—Pero ¿de qué micrófonos me está hablando? —Alberto empezaba a encontrase atenazado por sus nervios y por el desconocimiento de la situación que estaba viviendo.

—De los que tiene ubicados Fidel en toda Cuba. Esos que delatan todo lo que hablamos y todo lo que contamos a los yumas como usted.

El taxi circulaba despacio por la vetusta autopista.

—Si le parece, y ya que como ve, en la carretera hay poco tránsito, le cuento el plan, y si no lo encuentra correcto le retorno a su hotel Presidencial.

Después de lo que le había contado y del grado de conocimiento que tenía de él, por lo menos de uno de sus libros, le pareció absurdo preguntarle al taxista por qué sabía dónde se alojaba.

—Dígame —invitó el escritor.

—Recuerde que somos un taxista y un turista. Usted ha venido a La Habana y quiere hacer una excursión a una población cercana que aparece en todas las guías que traen ustedes. Ha salido de su hotel, ha elegido uno de los muchos taxis que se le han ofrecido y ahora nos dirigimos hacia allí. Si le parece bien, podemos comer juntos, ya que es bastante habitual que el turista invite a su taxista, y luego le dejaré

de regreso en el hotel. Ese es el plan ¿le parece correcto?

—Me parece bien. Le escucho.

A la vez que iba hablando, el taxista no perdía de vista el espejo retrovisor interior, para mantener contacto visual con su interlocutor.

—Nosotros somos una organización que trabajamos al margen del gobierno —empezó explicando Roselio Milián—. Desde que se constituyó, en el año noventa y ocho, estamos considerados por la Revolución como un grupo hostil a los intereses de la patria y, por ello, estamos perseguidos. Todos trabajamos en la más absoluta clandestinidad, sin conocernos casi los unos con los otros, para que si prenden a alguno, como de hecho ya ha pasado, ese no pueda saber nada del resto de compañeros.

—Ustedes están dirigidos desde Miami —interrumpió Alberto, que se encontraba algo más tranquilo.

—¡No! —exclamó el taxista, negando con rotundidad—. Nuestra dirección no sé dónde está, pero sí que es seguro que no se encuentra en Estados Unidos. Nosotros no tenemos nada en contra del pueblo norteamericano, ni de todos los hermanos que se vieron obligados a cruzar el canal. Pero tememos que cuando muera Fidel Cuba pueda convertirse otra vez en un jardín de recreo.

—¿Cuántas personas son?

—Tampoco lo sé. Yo conozco a media docena, nada más.

—Pero yo, ¿qué pinto en todo esto?

—Usted si quiere, puede tener un papel muy importante por jugar. Querríamos que de alguna manera trabajara para nosotros.

—¿Qué trabaje para ustedes?

—Sí, sé que va a resultarle extraña la petición, pero queremos que colabore con nuestra causa, que no es otra que el establecimiento de un país libre y democrático.

—Pero, su organización, ¿quiere matar a Fidel?

—¡No!, ¡eso jamás! La muerte violenta de Fidel Castro abocaría a nuestra patria a otro nuevo callejón de muy difícil salida. No, nuestra organización no quiere que el Comandante tenga ningún atentado de ninguna clase.

Se hizo un pequeño silencio entre los dos. El coche no

sobrepasaba los ochenta kilómetros por hora y, en ocasiones, Alberto miraba hacia atrás por el cristal, temiéndose encontrar con una patrulla de motoristas. Pero tras ellos solamente había una carretera vieja, con baches y remiendos, vacía de todo tipo de vehículos.

—Nosotros queremos que usted, que está en el hit parade, escriba un libro sobre nuestra isla en el que evoque los valores de la libertad, de la esperanza, del futuro que tenemos todos los cubanos por delante de nosotros. Ese sería su papel en esta organización. Piénselo, que ya nos vamos acercando a Cojímar.

El vehículo tomó la desviación deficientemente indicada a la derecha y abandonó la autopista, para enfilar después una carretera mucho más pequeña, también sin tráfico.

Se hizo el silencio entre los dos. Poco a poco fueron llegando a la pequeña población costera.

—Tenga en cuenta que el gobierno tiene la isla llena de informantes y vamos a comer en el único restaurante que hay en el pueblo donde puede comer un turista. Lo lógico es que se dé usted solo un paseo y luego entremos en él. Si quiere, yo le dejo cerca de la playa, usted entra en el restaurante que se llama La Terraza y pregunta si puede comer. Seguro que le van a decir que sí. Dice que va a dar una vuelta y después de pasear hasta el pequeño puerto, retorna a él. Antes, pasará por el taxi donde yo estaré esperándole y me dice desde la calle si quiero comer con usted. Dentro le contaré más cosas. ¿Le parece bien?

Evidentemente Roselio tenía todo perfectamente planificado y era muy difícil, llegado este momento, negarle la continuación del programa que se había trazado.

—Me parece bien. Lo haremos así.

77

— A lo mejor lo que está pasando es que no sé explicarme.

Alejandro Tuero sabía muy bien que la claridad con la que hablaba no dejaba duda a su interlocutor, pero aún así quiso ser cortés

con él.

—Yo creo que puede estar esta semana —respondió, casi temblando.

—¿Qué día?

—Si hoy estamos a martes —calculaba Walfrido— quizá, podemos estar hablando del sábado, aunque quedarían correcciones.

—Por eso te he dicho que no tienes que preocuparte. Lo importante es que el hilo argumental esté suficientemente claro. Prefiero que pueda quedar algo pendiente relativo a la terminación final que dar más tiempo a este asunto.

El despacho de Alejandro Tuero en el piso doce imponía respeto solo con nombrarlo. De ese hombre podía decirse que asustaba a todo aquel que tenía la mala fortuna de trabajar junto a él. Y ese era el caso del temeroso Walfrido Riva, un hombre que destacó desde niño por sus relatos prorevolucionarios y que había acabado haciendo de ello una verdadera profesión. Sabía que realizaba un trabajo en el que los ojos más altos del régimen tenían puestas unas expectativas excepcionalmente relevantes.

Tuero zanjó la cuestión:

—Mira, el domingo. Ya estamos en los días finales y vamos a tomar ese día como la fecha clave. El domingo once de mayo. Por tanto, tienes que tenerlo terminado como muy tarde el sábado diez a última hora. ¿Podrás?

—Sí, cuente con ello —no le quedó más remedio que afirmar al medroso escritor.

—Si crees que necesitas alguna ayuda, dímelo hoy, no el viernes. ¿Entiendes?

—Sí. No creo. Podré terminarlo entero yo solo.

—¡Así me gusta!, Walfrido.

Antes de marcharse de su despacho, Alejandro Tuero le marcó un guiño a la complicidad.

—Creo que nuestro Comandante tiene pensado tener contigo una importante atención.

Walfrido calló y escuchó atento.

—Aunque no se te olvide que todo esto lo estás haciendo por el

deber que tenemos todos los cubanos para con nuestra patria.

—No, compañero Alejandro, no lo olvido.

Cuando el anfitrión volvió a quedarse solo, tomó su teléfono y habló con su secretario, y le pidió que convocara para el día siguiente una reunión para preparar la estrategia con el director del hotel Presidencial, con el capitán Monaga y con dos de sus hombres de confianza.

Sabía que alguien podría estar queriendo contactar con el escritor español, pero dudaba. «Aquello del periódico que descubrió Lucila —recordaba—, ¿qué mensaje le pasarían?»

Sus recelos se acrecentaron cuando recibió la llamada del capitán Monaga, que le pedía audiencia.

Después de que lo hiciera pasar, este le contó los sucesos de esa mañana.

—En este momento están en Cojímar. Acaban de llamarme por el celular. El escritor está dando un paseo por la playa y va camino del puerto. Mientras, el taxista le está esperando y todo apunta a que van a comer juntos, porque ha entrado en La Terraza a preguntar si le reservaban mesa.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Andrade?

—Sí.

—¿Sigue siendo el que regentea el restaurante?

—Sí.

Alejandro se recostó sobre su asiento, para volver instantes después a la posición que tenía erguida, solemne.

—Habla inmediatamente con Andrade para que, si van a comer allí, les sirva alguno de su absoluta confianza. Que intenten pedir platos que obliguen al camarero a permanecer el mayor tiempo posible junto a los clientes, no sé, sopa quizá, o pescado que haya que preparar, ¿entiendes? Como ya no va a poder ubicar micrófonos, todo lo que copien nos va a valer. Una frase, incluso una palabra puede ser de vital importancia. Después de que se acerque cada vez a la mesa, que se lo cuente a Andrade y que este te llame a ti. Si son cinco veces, como si son cincuenta. Y de todas formas luego, cuando partan, que hable contigo el camarero y te lo vuelva a contar. Si es preciso, le citas

aquí por la tarde y le interrogas. Pero lo primero llamar al Edificio B para que envíen inmediatamente a los técnicos en telecomunicaciones de la calle 17 para que ubiquen en ese carro una radioemisora que sea también grabadora, a ver si pillamos lo que hablan por lo menos en el viaje de regreso. Dales cobertura suficiente. ¿Qué te parece?

Monaga sabía muy bien que una pregunta así de alguien como Tuero era una orden implacable, y solo le restó pedirle permiso para abandonar su despacho y salir lo más rápido que pudo a montar el operativo que le habían indicado.

Cuando se quedó solo, pensó en qué estaría pasando. «Evidentemente Monaga había estado acertado con la presunción —se decía— de que esa no era la actitud lógica de un turista con el perfil de Alberto Rodríguez García. Ningún viajero que se aloja en un hotel como el Presidencial va a realizar en Cuba un trayecto de treinta kilómetros a las doce de la mañana en un coche sin aire acondicionado. Y esa suposición tenía mucha más fuerza incluso a la de que el taxista fuera un hombre totalmente anónimo, ese tal Roselio Milián, una persona desconocida, sin ningún tipo de antecedentes ni él, ni su familia.

«Así pues —resumía los tiempos— nos quedan solo cuatro días y esto terminará».

Alejandro Tuero se volvió a recostar sobre su asiento. Satisfecho.

78

Cojímar era una población costera cargada de historia por los cuatro costados. Sus playas fueron testigos de la invasión de la isla por los ingleses cuando los españoles eran los amos de todo el Caribe. Hoy se reducía a un pequeño pueblo, feo y destartalado, sin más belleza que unas aguas tranquilas que lo bañaban y un pequeño puerto que algún día, ya muy lejano, albergó yates de lujo.

Después de dar un paseo por la corta playa que separaba el poblado del pequeño puerto pesquero, Alberto inició el camino de vuelta en busca del restaurante donde iban a comer. La población le

había decepcionado. Pensaba que con la tradición pesquera que tenía ese lugar iba a encontrarse allí con una importante flota de barcos, ya que lo único que sobraba en Cuba era mar donde faenar. Igualmente pensó que podría encontrar también atracados barcos particulares, más o menos lujosos, pero en mayor número, como parecía indicaban las guías de turismo.

En Cojímar no había nada de eso. No solo no había barcos pesqueros, era que no había puerto donde albergarlos. No solo no había yates de recreo, era que solamente permanecían atracados unos pequeños botes, viejos y sucios, que si alguna vez tuvieron algún esplendor, este fue hacía muchas décadas.

Según se acercaba a La Terraza comprobó que Roselio permanecía de pie junto a su taxi.

Se acercó a él y le preguntó en voz alta:

—¿Te apetecería comer aquí, conmigo?

—Si usted me quiere convidar, ¡encantado!

Entraron en el restaurante, que estaba precedido del bar, donde tras la larga barra que se levantaba a la derecha había dos camareros que les saludaron.

Una vez llegaron a la sala que, haciendo honor al nombre del restaurante, era una impresionante terraza acristalada que se asomaba a la bahía, vieron cómo el camarero les indicaba una mesa situada en la parte derecha, cerca de la puerta de la cocina. Cuando Alberto se dirigía instintivamente hacia ella, Roselio intervino:

—Señor, igual prefiere esta otra mesa, que está frente al mar.

—Esta otra también lo está —terció el camarero.

El escritor entendió claramente el mensaje y obedeció a la velada indicación que le había marcado el taxista.

Una vez se sentaron los dos frente al mar, Roselio le indicó que mejor se sentara enfrente de él, y de esa forma vería si llegaba alguien por detrás.

Se acercó uno de los camareros con dos cartas y empezó a enumerar las recomendaciones. Alberto le cortó en seco e indicó que primero querría mirar la carta y luego le diría.

—¿Quieren comer un saladito?

Alberto miró a Roselio en actitud interrogativa:

—Yo quiero una cerveza, una *Bucanero*. Esta —justificó, mirando al escritor— es más fuerte que la *Cristal*. A mí me gusta más.

—Tráiganos dos —resolvió el español.

Una vez se marchó el camarero, el taxista empezó a hablarlo, de tú:

—¿Qué tal Cojímar? ¿Te ha gustado su puerto de barcas pescadoras? —preguntó, dejando entrever una pequeña sonrisa.

—Pero si no hay ninguna barca.

Roselio le indicó con la mano que bajara más aún el tono de su voz.

—Estas son las infraestructuras con que nos tiene Fidel.

—Pero aquí debería haber una flota pesquera importantísima. ¡Con ese mar! —supuso Alberto.

—Con ese mar, como dices y con esa riqueza de mar. Estamos en el Océano Atlántico. Todo eso está lleno de peces y ya ves que acá ni hay barcos, ni intención de que los haya.

Apareció el camarero nuevamente:

—¿Ha elegido ya el señor? —el hombre preguntó al turista, ignorando descaradamente al taxista cubano. Sabía muy bien quién iba a pagar la factura.

—¿Qué le parece que pidamos? —preguntó a Roselio.

—Estos señores preparan un exquisito pargo asado, acompañado de malanga. De primero podemos tomar un congrís.

El camarero fue tomando nota de muy mala gana y aprovechó para recomendarles la langosta al horno, que luego habría que preparar en la propia mesa del comensal.

—Si al señor le parece bien —propuso Roselio mirando a Alberto — comeremos lo que le he pedido.

Después de que Alberto confirmara los deseos de su invitado, y una vez se marchara el camarero, Roselio retomó la conversación, en un tono de voz muy bajo y con la mano próxima a la boca.

—Alberto, nosotros somos una organización que se creó en febrero del noventa y ocho, justo después de la visita que nos hizo a la isla su Santidad el Papa Juan Pablo II. Muchos entendimos que

aquello significó un antes y un después en nuestra historia contemporánea y comprendimos que, desde dentro, teníamos que empezar a movernos para cambiar este país cuando Fidel muera.

—Pero ¿sois una organización religiosa?

—¡No, qué va! En absoluto. Fue durante aquellos días, como en otras ocasiones habrá sido por otros motivos. No hubo ninguna conexión con aquella comitiva. Lo que sí aconteció fue un hecho sociológico de trascendencia internacional, que no pasó inadvertido a nadie.

Tal y como se habían situado, la única persona que podía escuchar a Roselio era su interlocutor en la mesa. El taxista sabía muy bien cómo esquivar los controles que, seguro, le habrían preparado.

—Nosotros tenemos gente dispuesta en diversas posiciones, una cantidad importante en Cuba y otra también en el exilio.

—¿En Estados Unidos? —preguntó Alberto.

—No, nosotros queremos desmarcarnos de los cubanos que viajaron al norte y del poder americano. No sé cuánto conoces de la historia de nuestro país.

—Un poco.

—Pues entonces sabrás que aquí ha reinado siempre un odio tradicional al que nosotros llamamos *vecino del norte*. Desde más de un siglo. Desde antes de que ustedes se marcharan de aquí. Entonces ya se veía a ese país como un aprovechado de las circunstancias, sin la vinculación histórica que tenía la España de aquella época, que tuvo que salir de aquí corriendo. Luego vino el período de protectorado y tutela con la proclamación de una Constitución hecha a medida de sus apetencias e intereses, incluyendo la famosa Enmienda Platt. ¿Sabes lo que era aquello? Alberto negó con la cabeza admitiendo el desconocimiento que tenía de esa cláusula.

—La Enmienda Platt significaba que Estados Unidos podía intervenir militarmente en la isla siempre que quisiera, a su antojo y sin contar con el gobierno que hubiéramos elegido en cada momento.

—¿Y la puso en práctica?

—Cinco veces.

Se hizo un silencio entre los dos. En ese momento apareció el

camarero con una bandeja con las dos botellas. Sirvió parsimoniosamente, primero a Alberto y después a Roselio, algo que en ningún otro caso hubiera hecho ya que no era costumbre que un camarero cubano sirviera a un taxista que estaba invitado por un turista en un restaurante de lujo.

Cuando se marchó continuó con la conversación:

—Después de la abolición de esa estipulación, en el año treinta y cuatro, empezamos con las sucesivas jefaturas de Batista, siempre apoyado por los yanquis.

Dio un sorbo de cerveza e hizo un paréntesis:

—Cuando aparezca el camarero, hazme la seña que quieras, pero no quiero que me copie nada de lo que estoy diciendo. Seguro que es un testimoniante.

Alberto asintió con la cabeza y le pidió que prosiguiera.

—Y luego ya lo sabes. Fidel achaca todos los males de la isla a la presión americana. Peor que dice se porta la administración de Washington con nosotros, más se afinca en el poder. Los yanquis se han convertido en el principal puntal de la revolución socialista. La existencia de ese enemigo justifica su presencia. Eso pretende por lo menos. Por eso hoy en día pensamos que cualquier cambio político creíble tiene que pasar necesariamente por un apoyo diferente al americano.

—Y entonces, ¿en qué país o países os vais a apoyar?

—Nosotros tenemos el punto de mira puesto en Europa, y el centro de esa relación recae en el tuyo.

—¿En España? —el escritor se sorprendió.

—Sí, en España, ¡quién lo iba a decir! Hace años queriendo huir de su hegemonía y un siglo después tenemos puestas nuestras esperanzas en el país de ustedes.

Según hablaba Roselio, Alberto vio aparecer a dos camareros por la puerta, por lo que intervino para alertar a su interlocutor:

—¿Y a qué distancia estamos de Varadero?

—A poco más de cien kilómetros —concretó el taxista.

Cuando estuvieron a su lado, uno de ellos preguntó:

—¿Los dos van a querer congrís?

—Sí, por favor —contestó Alberto, que no sabía muy bien qué plato había pedido Roselio.

Alberto continuó hablando mientras el camarero seguía sirviendo parsimoniosamente el arroz.

—Estuve hace unos días en Varadero, pero no recordaba la distancia.

La pareja continuó hablando banalidades haciendo tiempo, esperando volver a encontrarse solos.

Cuando terminaron de servir a los dos comensales, los camareros abandonaron la sala por la misma puerta por donde habían entrado.

—Íbamos por el apoyo de España —recordó Alberto, bajando de nuevo la voz.

—Sí, te decía que nosotros tenemos puestas en tu país nuestras esperanzas de ayuda para cuando la situación política lo permita.

—Y pasa por la muerte de Fidel.

—Sí, hace años, muchos, había en la isla una corriente que pensaba que el Comandante podría dar un giro a su forma de enfocar la jefatura del estado, pero hace casi décadas aquello quedó en un sueño.

Empezaron los dos a comer el arroz mezclado con los fríjoles negros, pimientos y cerdo, ingredientes del plato que habían pedido.

—Roselio. Dime exactamente qué queréis de mí.

—Para nuestra organización tener en nuestro país a un escritor de éxito es un privilegio. Una pluma que hace un tiempo estuvo comprometida con la justicia social, con la búsqueda de la igualdad y con la defensa de las libertades. Todos nosotros hemos leído clandestinamente libros tuyos. *Las hormigas de la Luna* o *Sergio y el pálpito sosegado*, son grandes obras. A mi modo de ver, mucho mejores que las últimas, más comerciales, nada comprometidas.

Cuando aquel hombre se ponía a dar detalles específicos de su obra, el escritor no podía evitar estremecerse al oír sus títulos a tantos miles de kilómetros de su casa.

—Roselio, los escritores también tenemos que comer —justificó Alberto, disculpándose.

—Sí. No te digo nada. Para nosotros contar con alguien que

fuera capaz de escribir un libro sobre la verdadera realidad de Cuba, y que esa obra sea publicada en un país libre como es España, es fundamental para crear allí un estado de opinión de cara a la situación con la que podemos enfrentarnos en cualquier momento después de la muerte de Fidel.

A Alberto le llamaban la atención las palabras que utilizaba el mulato. Por un lado, tenía un marcado acento cubano, que le sería muy difícil repetir, soltándole algunas expresiones de las que desconocía exactamente cuál sería su significado. Pero luego, en el resto de la conversación, utilizaba un léxico que le llevaba a pensar que se encontraba sentado con una persona de muchísimo mayor calado intelectual de lo que teóricamente podía esperarse de un taxista.

—Pero, ¿qué libro es el que queréis que escriba? —preguntó, intentando que Roselio le detallara.

—El tema y el ritmo lo tienes que fijar tú, que eres el escritor. Yo soy licenciado en geografía e historia...

—¿Tú? —le interrumpió Alberto, explicándose quizá el por qué de su manera de hablar.

—Sí. Ya ves, en Cuba es muy común que quien te lleva en un taxi, o te sirve en un restaurante, sea un licenciado, un ingeniero o un médico. Con esas profesiones se vive apretado, sin embargo si estás cerca del turista, siempre cae algún chavito. Te decía que el libro lo tienes que escribir tú. Nosotros lo que queremos pedirte es que colabores con un pueblo que está ahogado y que necesita conseguir, de una vez, su verdadera libertad.

Alberto miró a Roselio y siguió comiendo, pensativo y en silencio.

79

Cada vez que el camarero regresaba a la cocina informaba a su jefe de lo que había pasado cuando se había acercado a la mesa. El reporte no aportaba información alguna, ya que cada vez que se aproximaba, los

comensales se encontraban metidos en una conversación banal.

Andrade se irritó, porque luego le llamarían desde la plaza de la Revolución y no iba a saber qué contar. En ese momento, sonó su teléfono móvil.

—¡Ya estamos aquí! —le informaron al otro lado de la línea telefónica.

—¡Salgo!

El director del restaurante se encontró con un coche tipo furgoneta y dos personas vestidas con monos de mecánicos. Eran comones, expertos en telecomunicaciones pertenecientes a uno de los departamentos del Ministerio del Interior. Les condujo hacia donde el taxista tenía aparcado el coche.

—No hay ningún problema. Desde donde están sentados no se ve el carro. Podéis trabajar con tranquilidad.

Los hombres portaban una caja de herramientas cada uno. Una vez que estuvieron junto al coche, Andrade les dijo:

—Voy a volver al restaurante. Si hacen intención de salir, os doy un timbrazo.

—Perfecto —asintió uno de ellos—. Te llamamos cuando terminemos.

No tardaron más de diez minutos en instalar un transmisor en el interior del coche, trincado debajo del salpicadero. Comprobaron que funcionaba correctamente y abandonaron el lugar. Desde otra zona del pueblo, donde se levantaba un pequeño templete con el busto del famoso escritor norteamericano, llamaron a Andrade:

—Oye, ya está todo hecho. Hemos comprobado que la emisora funciona perfectamente.

80

El segundo plato le gustó a Alberto más que el arroz con fríjoles, por muy bien preparado que estuviera. Él nunca había comido pargo y se sorprendió por el marcado sabor a mar que tenía su carne.

—Mi editorial en España no me impuso ningún tema en particular. La única condición es que el libro tendría que discurrir en Cuba y muy identificable con el país, para que pueda tener el mayor número posible de lectores.

—Entiendo.

—Veo que ambas cosas son compatibles, los intereses de mi empresa con los de vuestra organización.

—Solamente hace falta que también estés tú perfectamente identificado con el proyecto.

—Sé lo qué dices.

—No termino de verte convencido —el taxista comprobó que el escritor español carecía del entusiasmo que a él le gustaría.

—Mira Roselio, todo esto es muy confuso. No sé nada de vosotros. Me traes aquí, me cuentas cosas, y no sé qué creer.

—Tú has estado visitando La Habana. Llevas viviendo con nosotros ya un tiempo, ¿te gusta lo que ves, o sigues durmiendo de otro lado, como hace el gobierno?

Hizo un silencio mientras tomaba otro trozo de pescado.

—No, no me gusta lo que veo, pero de ahí a tener que cambiar el argumento de mi novela y hacerme pensar que yo puedo influir en el supuesto cambio cubano, hay mucha diferencia.

—Tú no vas a ser imprescindible pero, me quieres decir, ¿qué libro con un alto volumen de ventas se ha escrito sobre la isla, o sobre su historia?

—Imagino que por eso el presidente de mi editorial me lo pidió, para que seamos nosotros los que lo llevemos a cabo.

—Pues ahí lo tienes, ¿o es que no piensas que la literatura puede crear estados de opinión?

—Sí, si lo creo.

—Un libro con un importante volumen de ventas, escrito desde un país como es España, de donde esperamos ayuda cuando muera Fidel, puede ser vital para nosotros.

—Tengo que pensármelo.

Los dos siguieron comiendo.

—Nos imaginábamos que no nos ibas a dar la respuesta hoy.

Seguro que te interesará conocer más a fondo nuestra organización.

Alberto vio en ello la oportunidad de profundizar en un supuesto guión alternativo. Desde que conoció a las gemelas en aquel museo, el tema de la Bahía de Cochinos había pasado a un segundo plano y pensaba en otro argumento mucho más aventurero e intrigante, siempre compatible con la petición del señor Maciá.

—Simplemente voy a darte unas breves pinceladas para que las consideres: Cuando muera Fidel suponemos que el poder pasará provisionalmente a unas manos con un estilo más abierto, más dialogante. No vamos a esperar ni mucho menos cambios significativos, pero sí que quien se ponga de hombre fuerte admita los consejos de personas próximas, preparadas y dispuestas a implementar un enfoque diferente al gobierno. Ahí están los nuestros. Tenemos un pequeño grupo de prestigiosos hombres, personas muy acreditadas, capaces de encabezar, a cabalidad, a todo un pueblo, a los que espero se les pida consulta. Ellos son los nuestros. Ellos están ahí esperando, como todos nosotros. Todos esperamos. Sabemos que no podemos cambiar totalmente en cincuenta semanas lo que habrá durado cincuenta años, o incluso más.

Alberto escuchaba con el máximo interés.

—Y cuando eso suceda, esperaremos contar con el apoyo de ustedes. Algunas de estas personas ya están en España y, según nos han dicho, han tenido contactos con sus más altas instituciones y partidos políticos, y todos están muy dispuestos a ayudarnos. Alberto, tenemos ya a muchas empresas listas para invertir aquí, en cuanto les demos garantías jurídicas y políticas de que su dinero va a estar seguro.

El escritor se quedó pensativo, mientras tomaba otro trozo del pescado que tanto le estaba gustando.

—Quiero ver a alguien más de tu organización.

—Bien. Lo voy a decir. Estás en tu derecho, estamos pidiéndote mucho y tienes que conocernos más a fondo. Pero tengo que decirte una cosa. Creo que en Cuba ya llevas demasiado tiempo. Al régimen le gustan los turistas que están una o dos semanas, se dejan el mayor número posible de divisas, y vuelven a su tierra. Haz tú lo mismo.

Cuando hayas visto a nuestra gente, vuélvete a España, no te quedes aquí. No quiero ocultarte que quedarse puede tener su peligro. A estas alturas es más que posible que sepan que eres escritor y ya has visto, por el policía del control, que tu presencia ha sido advertida.

En el fondo, Alberto se emocionaba por lo que estaba oyendo. Siguió comiendo el pargo y se dio cuenta que acababa de encontrar el verdadero guión de la novela que estaba persiguiendo. Ese era el argumento y no el viejo tema de la Bahía de Cochinos, que por mucho que lo trabajaran desde marketing, aquello no interesaría a nadie. Ese, el de un hombre que llega a Cuba y conoce a una organización subversiva que le busca y le quiere utilizar. Según empezaba a pensar en ello, se iba animando con la idea. Además, en esa trama también podría hablar de todo eso de la justicia social, de la igualdad y de los conceptos que algún día fueron una de sus inquietudes. En ese momento se acordó de su asesor financiero y amigo Jaime Espinosa:

—¿Y de dinero?

Roselio Milián sonrió.

—Contábamos con ello. Sí, sabemos que eres un escritor profesional y que lo que tú hagas para nosotros tiene su precio y estamos dispuestos a pagar en Madrid una buena cantidad, siempre y cuando, y eso te pido que lo entiendas, tu libro nos ayude a fomentar la imagen de necesidad de evolución que tenemos que implementar en Cuba.

—No te preocupes por ello —respondió el codicioso escritor.

Ahora estaba contento. Desde que había comido con el presidente de la editorial no paraba de tener buenas noticias en su vida. Había conocido un país sorprendente como era Cuba, se había acostado casi gratis con verdaderas preciosidades, mujeres activas en la cama y con unos cuerpos esculturales, había tomado junto a su mujer una decisión de futuro muy esperanzadora e iba a ingresar una cantidad muy fuerte de su editorial y otra, que intentaría también que fuera sustancial, de este grupo que tampoco sabía muy bien quienes eran, pero eso no lo consideraba relevante si ponían suficiente dinero encima de la mesa. «Al fin y al cabo —pensaba— si se están tomando todas estas molestias será porque tienen ellos bastante más interés en

mí, que yo en su organización, que no tengo ninguno».

—¿Me dejas que te comente el plan que vamos a hacer?

—Sí, por favor.

—Ahora vamos a regresar a La Habana, hablando de cosas superficiales. No me fío de que mientras hemos estado comiendo hayan podido hacer algo a la máquina.

—¿Qué cosa?

—Ponerle algún micrófono, o realizarle cualquier sabotaje para saber qué hablamos según regresamos. Por ello, y por si acaso —continuó diciendo—, en el viaje de vuelta vamos a hablar de lo bonito o feo que es Cojímar, de lo rico que estaba el pargo y de que las cubanas están que parten un corojo. Es decir, una conversación normal entre un turista y su taxista.

—¡Perfecto! —contestó Alberto, entusiasmado.

—Tú haz la vida normal en la ciudad y vamos a intentar que mañana miércoles o pasado jueves tengas esa reunión.

—¿Dónde será?

—Tenemos que buscar nosotros un lugar seguro. Lo que sí te voy a pedir es que te sacrifiques con la hora.

—¿A qué te refieres?

—A que la mejor hora para tener esa reunión sería a altas horas de la noche. A las tres o las cuatro.

—¡A las tres o las cuatro de la madrugada!

Le recordó con la mano que bajara el tono de voz.

—De esa forma nos aseguramos que nadie va a seguirte. No llames al despertador del hotel ¿Tú tienes despertador?

—Puedo usar el del móvil.

—¡Perfecto! Despiértate con él y sal a la calle por la puerta en la que habrá un cevepé medio dormido. Dale una propina y dile que vas a dar una vuelta, mientras le recomiendas que si está callado, al regresar le darás otra. Intenta ir a jugar al dominó hoy y mañana y por algún lado se acercará alguien a venderte puros, cómpraselos y en esa cajita irán las instrucciones. Acuérdate, como el día del *Granma*. Te darán una clave que entenderás rápidamente.

Alberto asentía mientras disfrutaba del magnífico guión que

había surgido de la conversación con Roselio.

—Y después de que tengas esa entrevista, lo mejor que puedes hacer es marcharte. En Madrid conocerás a más personas de la organización con quienes podrás hablar con total libertad, y ellos te indicarán más detalles de lo que queremos, y te concretarán el tema económico.

El taxista terminó con un mensaje de petición de ayuda:

—Alberto, necesitamos personas como tú, que tengan poder de convocatoria e influencia en la sociedad y sean sensibles a las desigualdades, capaces de denunciar la pobreza y precariedad a la que nos ha traído este sistema, condenando a la población joven a una vida sin esperanza, a muchas mujeres a una prostitución indiscriminada y a los viejos a una muerte triste.

Alberto lo oyó, pero no le escuchó.

81

Cuando trajeron la cuenta se levantaron y fue cuando el camarero aprovechó para contarles que a La Terraza iba Hemingway con frecuencia, mostrándoles todas las fotos que tenían allí del escritor americano, en algunas acompañado de un Fidel Castro muy joven.

Al salir, montaron en el taxi y tomaron la calle de salida para buscar la autopista del Este y retornar a La Habana.

A varios cientos de metros les seguía un coche provisto de un aparato receptor y grabador donde iban registrando la insulsa conversación que mantenían sus dos ocupantes.

Andrade, que era quien había hablado con ellos al final de la comida, observó detenidamente la mesa, comprobando que allí no quedaba ningún resto de interés salvo las dos tazas sucias con los posos del café. Ningún apunte, ningún objeto.

Llamó a Monaga desde su pequeño despacho:

—Capitán, ya han partido.

—¡Cuéntame!

—Les sigue el carro que vino con los comones. He mirado en la

mesa y no dejaron nada de interés.

—Y durante la comida, ¿pudisteis enteraros de algo?

—Lo siento capitán, intenté colocarles en una mesa donde tuviera visión del taxista, pero este le indicó al español que se pusieran en otra, y él estuvo todo el tiempo de espaldas, por lo que me fue imposible ni siquiera leer sus labios desde el falso espejo.

—Y cuando iba el camarero, ¿qué?

—Nada tampoco. El turista se sentó frente a la puerta y claramente cambiaba de conversación, porque siempre que fuimos hablaban de tonterías.

—¿De qué tonterías?

—Pues de que si estaba bueno el pargo y de que cómo podría conseguir entradas para Tropicana.

—Entiendo —concedió, resignado.

Cuando terminó la comunicación con Cojímar, Monaga era consciente de que el escritor español estaba sobre aviso de que algo nuevo se había asomado a su vida, que había muchos ojos que podían estar observándolo desde distintos ángulos. Consideraba que, a partir de ese momento, cambiaría de actitud y que sería más difícil realizarle un seguimiento, puesto que le habían puesto en alerta y le habrían aconsejado una serie de precauciones.

Después estuvo pensando en la reunión que iban a tener al día siguiente con Alejandro Tuero, en la cual perfilarían la actuación final de esta operación que se había convertido en una verdadera obsesión. «Cuidado que han venido *PPE* a Cuba —recordaba—, y nunca uno tan desconocido como este nos había generado tantas actuaciones. ¿Qué tendrá Fidel con este hombre?», pensó el capitán.

82

El taxi aparcó junto a la puerta del hotel Presidencial. Alberto subió a la habitación y se echó una pequeña siesta.

Al despertar comprobó que no tenía ninguna gana de escribir. Ahora, toda la historia que había estado preparando carecía de

sentido. Se preguntaba a quién podía interesarle una aventura de traiciones ambientada en los primeros años sesenta. Quizá en su momento fue una buena idea, pero los últimos acontecimientos le habían llevado a cambiar fulminantemente de opinión.

Aún así, no le apetecía sentarse frente al portátil. La excitación mental que vivía le incapacitaba para concentrarse y prefirió salir a la calle a dar un paseo, ahora que estaba descansado después de la siesta, y tal vez echar una partida de dominó.

—¿Taxi, señor?

—No, gracias.

Ya se había acostumbrado a la pregunta de rigor y pensaba que le había ido muy bien caminar ligero, porque así se le acercaban menos personas que si andaba más despacio.

Tomó el paseo del Prado y llegó hasta el Malecón, donde el mar golpeaba con furia los viejos muros de la avenida Antonio Maceo, que era así como se llamaba, aunque nadie la conociera por el nombre oficial.

La luz del sol iluminaba cálidamente los edificios, mostrando toda la riqueza cromática que emanaba de aquella piedra vieja y desgastada por las inclemencias continuas de una meteorología especialmente adversa.

Caminaba ya más pausado y en alguna ocasión tuvo que sufrir el chisteo de alguna jinetera buscando cliente. Alberto no quería ninguna compañía, ya que no paraba de pensar en la conversación con Roselio. Reconocía que, independientemente de la alegría que le suponía haber encontrado un guión que le llenaba completamente, las posibilidades económicas que ese grupo clandestino podía reportarle serían muy importantes, y además las cosas que le dijo el taxista eran de un calado especial. Le había hablado del futuro próximo de un país que vivía hoy en día en una situación precaria, con un gobierno que lo tenía alejado del mundo, sobre la base de represión, de coacciones y de un deplorable manejo de los medios de comunicación. Bastaba ver cómo se ofrecía a la prostitución tanta joven, cómo mendigaban con los puros tantos hombres y cómo podía enumerar a tantas personas sin hacer nada por la calle. Simplemente sentados, sin trabajar, perdiendo

el tiempo. Luego observaba los coches, los autobuses, el estado de las casas, sin cristales, ennegrecidas por la humedad, con muchos de los balcones desaparecidos.

Para Alberto, el cubano vivía muy mal y, aunque no parecía que lo exteriorizara, su calidad de vida era mucho más baja de la que correspondía a todo ser humano civilizado, incluso la comparó con la que se vivía en la República Checa cuando la visitó para escribir el libro de Praga, determinando que en la isla se vivía mucho peor que en la antigua Europa del Este.

Le hubiera gustado caminar por la acera que discurría al lado del mar, pero el oleaje le impedía circular por allí. Le llamó la atención que, en alguna ocasión, por la boca de las alcantarillas rezumaba el agua del mar al compás de las olas. Volvió la vista y contempló el Castillo del Morro al otro extremo de la bocana del puerto y seguía confirmando que la ciudad de La Habana, era una de las más bellas que conocía.

Al llegar a la calle Campanario torció hacia la izquierda y continuó por ella hasta llegar a Neptuno, donde buscó y encontró la casa donde se jugaba al dominó.

Su llegada fue alertada por uno de los niños que normalmente pululaban por allí, y enseguida empezó a salir gente para ver cómo se formaba la partida y, de paso, intentar que les cayese algo de ron del que trajera *el madrileño*, que era como alguno le llamaba.

Se sentó frente a su compañero habitual, y para esa tarde tuvieron a uno nuevo:

—¿Qué le pasa a Aldo?

—Hoy tenía que hacer —le aclaró un oponente.

—Yo me llamo Teófilo —se presentó ante Alberto un mulato que se sentó a su izquierda.

Durante toda la partida Alberto no dejaba de mirar a todos los curiosos que allí se agolpaban, esperando a alguien que le ofreciera puros y, sobre todo, qué consigna le daría. Incluso llegó a creer por un momento que el nuevo oponente sería su nuevo contacto.

«Todo esto —pensaba— está claro que lo incluiré en mi novela». El escritor disfrutaba de todos esos momentos, sabiéndose

protagonista de unos hechos que no podría contar como propios, porque nadie le creería. Sí podría pensar que eran argumentos literarios o cinematográficos pero que todo eso era algo que jamás sucedía en la realidad.

Cuando terminó la partida se despidió de todos ellos asegurando que al día siguiente acudiría de nuevo. Su compañero, como era usual, le dio un abrazo al despedirse.

—Una tarde —le propuso— nos tienes que contar cosas de España, que siempre somos nosotros los que te contamos cosas de Cuba.

—Me parece muy buena idea.

Cuando empezó a andar por la calle Neptuno, de vuelta a su hotel, se le acercó uno de los críos que habían estado mirando:

—Señor, ¿querría unos puros? —el niño tendría seis o siete años, y sus ojos eran vivos e inquietos.

—¿No eres muy pequeño tú como para andar ya con el tabaco?

—¡Yo no fumo señor!, bueno doy alguna cachada, pero yo solo vendo.

—Anda, vete a jugar con tus amigos.

—¿Y a qué jugamos?

Le sorprendió esa contestación y lo único que se le ocurrió responderle al chico, de lo cual se arrepintió después, fue:

—¡Ya se os ocurrirá algo!, que los cubanos sois muy inventores.

No, no había sido una buena respuesta.

Antes de entrar en el hotel se paró a tomar un sándwich en un bar muy desabastecido que había en la misma calle esquina a Consulado, y de ahí se fue a su habitación a dormir. El día había sido muy intenso en emociones y tenía que recapacitar sobre qué iba a hacer en las próximas jornadas porque se preguntaba si su estancia en La Habana tenía mucho sentido o, quizá, era momento de volverse a Madrid para reunirse con su mujer, con su cambiada y diferente esposa.

—Alberto, te necesito conmigo. Te quiero mucho y estoy como loca por volverte a ver —la voz de la mujer sonaba a súplica a través del teléfono.

El escritor estaba extrañadísimo con el comportamiento de su esposa, pero lo que no iba a hacer era reprocharla su excesiva apetencia amorosa, sus ataques emocionales tanto en la distancia como en la presencia, porque su actitud durante los días de Varadero fue a su juicio sorprendente.

—¡Espera un poco! —pidió Alberto, riendo— Igual te sorprendo con una vuelta más apresurada a España. Es posible que este fin de semana o a principios de la semana próxima regrese a Madrid. ¿Me vas a ir a buscar al aeropuerto?

—Aunque ese día se caiga el mundo.

—Venga anda, que te pones muy cariñosa por teléfono. Sigue trabajando y aprovecha hoy para marcharte pronto y métete en la cama, ¡pero sola!

—¡Qué tonto eres!

Cuando colgaron la mujer pensó que su marido no podría sospechar que más de una tarde de reunión interminable, en alguno de los muchos sitios ilocalizables que tenía la ciudad, en realidad estaba haciendo el amor con su amigo y asesor; que cuando él tenía que viajar a Barcelona, ese día ella trabajaba por el móvil desde algún hotel próximo a Madrid, que muchas veces sus salidas a comprar eran encuentros furtivos mantenidos con su amigo del alma, con su gran amigo de la niñez, ese de quien más duele una traición.

Pero todo aquello había pasado ya. Ahora quería consagrarse a su marido, que le había demostrado que la quería mucho y que solamente bebía los vientos por su persona. «¡Pobre! –pensaba— cuando me dice que me meta en la cama sola. Si hubiera sabido...»

Alberto pensó que al día siguiente sería buen momento para arreglar el billete de regreso a Madrid. Lo que tenía que hacer era ordenar su vida en torno a su mujer y olvidar tantas facilidades que

encontró en la ciudad. Deseaba que al día siguiente, cuando fuera a jugar al dominó, le pasaran el contacto. «Aquí en La Habana no tengo mucho más que hacer», concluyó.

La conversación telefónica había sido corta pero intensa en emociones, tanto para Alberto, como para Sofía. Cada uno se había quedado pensando después en lo que se habían dicho y en lo que iban a hacer en breve.

Pero también había sido intensa en información para el empleado del hotel que había estado escuchando y grabándola. Le había parecido que lo hablado no solo era una simple conversación de un matrimonio enamorado separado por la distancia, sino que se había arrojado un dato de trascendental importancia: el hombre anunciaba su inminente abandono del país.

No dudó ni un instante y llamó a su jefe para informarle de lo que había sucedido. Este pidió que le subiera la cinta magnetofónica en la que se reflejaba la conversación y la escuchó íntegramente varias veces. ...*igual te sorprendo con una vuelta más apresurada a España*... Esa era una frase tremendamente esclarecedora, en especial la palabra *apresurada*. Ahí estaba la clave de la conversación, ya que el subconsciente del escritor había reflejado su estado de ánimo. No era una salida rápida, era *apresurada*, y Gilberto Oñate sabía que no quería decir lo mismo, independientemente de los matices que pudiera tener una palabra en el español de España, o en el español de Cuba.

De inmediato llamó a Lucila para que pusiera especial cuidado y atención cuando entrara ese día en la habitación del escritor español, y después telefoneó a Monaga para contarle las novedades.

No pasaría más de una hora cuando un coche oficial, lógicamente sin ningún signo externo, se estacionaba en el lateral del hotel Presidencial para recoger a su director y conducirlo a la plaza de la Revolución.

84

Asnaldo salía de impartir su clase y se encontró en el pasillo de la

Universidad a su joven compañero y discípulo Toribio Duna. La expresión de desasosiego que reflejaba el rostro de este indicaba claramente que necesitaba hablar con él. Al verlo, y sin que le tuviera que decir ninguna palabra, lo cogió por el brazo y le pidió que le acompañara a su despacho.

Nunca tuvo ninguna razón para pensar que el régimen le quisiera espiar, pero tenía la costumbre de mirar siempre debajo de la mesa, o en el armario, buscando un hipotético micrófono que nunca encontró. Ese día hizo lo mismo, pero cambió de opinión sobre el hecho de mantener la reunión allí.

—Mejor, vamos a dar una vuelta.

Ambos empezaron a caminar por un largo pasillo.

—Parece que está dispuesto a colaborar —informó Toribio.

—¡Qué me dices! —Asnaldo no pudo ocultar su satisfacción.

—Sí. Ayer hablé con Roselio y me ha confirmado que estuvieron viéndose en el taxi.

—¿Dónde fueron?

—A Cojímar.

—Entonces les dio tiempo a hablar —extrajo en conclusión.

—Estuvieron comiendo en La Terraza. Se las arregló para que pareciera que el turista invitaba a comer al taxista.

—Muy ocurrente Roselio.

—Sí. Ha partido de La Habana unos días. Creo que esta mañana han ido a verle a su casa los del Minint, para ver qué servicios hizo ayer. Su esposa les dijo que el estadillo lo entregó en el parqueo de taxis.

—¿Va a necesitar algo?

—No, porque Roselio es así. Se escamó de que le habían puesto un escucha en el interior del carro. Y estaba en lo cierto. Uno que trabaja allí me lo ha confirmado esta mañana. Está claro que el gobierno ha detectado a este escritor, a este *PPE* como dicen, y están sobre él.

—Es curioso, ese Alberto Rodríguez-Conde se ha convertido a la vez en objetivo de dos formas diferentes de entender la sociedad. Aunque me pregunto que si bien nosotros lo tenemos perfectamente claro para qué le queremos, no sé muy bien si lo de ellos al respecto obedece a un seguimiento rutinario, como hacen todas las semanas a muchos o, sin embargo, tienen por él algún interés especial.

—¿Y qué interés pueden tener por él? ¿Extorsión? —preguntó inquieto Toribio.

—Podría ser. Es un hombre con influencias y no debe de estar con el bolsillo del revés. ¿Es jodedor?

Toribio asintió con la cabeza.

—¿Y está casado?

—Sí.

—¡No me digas más! Estos lo quieren para hacerle chantaje. Le tienen que tener retratado en todas las posturas y le van a sacar los riñones, como hacen siempre.

—Pero contra eso, no podemos hacer nada.

—Ya sé que no podemos hacer nada. Pero no termino de acostumbrarme a que el gobierno de mi país se anivele con esas maniobras.

El viejo cambió de conversación rápidamente:

—Vamos a verle esta noche —sentenció—. ¿Qué te parece?

—Muy bien, hay que aprovechar que ahora está dispuesto, no sea que se enfríe.

—Pienso igual —corroboró Asnaldo.

—Le podemos ver tú y yo en el sótano de Lamparilla.

—Bien, aunque tu casa me parece peligrosa. Está muy cerca del centro y allí siempre hay más policía.

—Sí, pero le vamos a ver muy de noche, ¿no?

El hombre se quedó pensando. Por fin tomó la decisión que su joven compañero estaba esperando oír.

—Cítale a las tres y media. ¿A quién vas a enviar para avisarle?

—A Yopal.

—¿Con los tabacos?

—Sí, con los tabacos.

Asnaldo echó una sonrisa.

—Espero que no se enteren en su hotel de la salida a esa hora.

Toribio levantó las cejas y mentalmente cruzó los dedos.

85

La conversación con su mujer le había dejado un aura sentimental. Después de hablar con ella estaba tremendamente animado. Quería que el tiempo pasara deprisa y no sabía muy bien la razón. «¿Por Sofía? —intentaba adivinar— ¿porque ya tenía el verdadero guión que buscaba?, ¿porque además iba a obtener un dinero extra?». Pensó en su amigo Jaime Espinosa y en lo orgulloso que estaría si le hubiera visto *sacando dinero de un pozo sin agua*, como él decía que hacía a veces con las finanzas. ¿Qué pensaría Alberto si supiera de dónde salían algunas de las joyas que teóricamente Sofía se compraba en sus salidas?

Era miércoles y tenía que empezar a fijar la fecha de salida de la isla. «¿De huida? —pensaba en broma— ¿para cuándo?» Alberto disfrutaba como un crío con toda esa situación.

Pensó en escribir un rato. Pensó en salir a dar una vuelta. Pensó en ir a la piscina a bañarse. ¿Y el desayuno? Se había olvidado de desayunar ¿Cómo era posible? ¿Y Marcia?

Salió a toda velocidad de su habitación, pensando que el restaurante estaría a punto de cerrar. Ni siquiera le extrañó no tener su encuentro diario con Omara. Especuló con que había librado ya que, hasta donde le alcanzaba la memoria, todos los días que llevaba en La Habana la había visto con su habitual e inseparable carro de limpieza.

En ese momento tuvo una ocurrencia de chiquillo. «Puede que me queden tres días de estar en esta ciudad —se dijo—. He conocido a tres mujeres. ¿Y si cada día...?»

86

El semblante serio de Alejandro Tuero vaticinaba a los presentes la trascendencia de la reunión. Los seis se encontraban sentados alrededor de una gran mesa redonda que tenía en su despacho. A la derecha de Tuero se sentaba el capitán Monaga, seguidamente ocupaba su sitio Gilberto Oñate junto a Lucila Cardoso. A la izquierda de Tuero había otras dos personas. Eran dos hombres próximos a los treinta años, de complexión atlética, que no habían abierto la boca desde que se habían sentado allí.

—Señores —Tuero fue quien abrió la sesión— si ya nos temíamos que estábamos llegando al conteo regresivo de la operación, la llamada de larga distancia que ha realizado el escritor español esta mañana a su mujer, y que ha sido eficazmente interceptada por la gente que está al deber de Gilberto —al oír esto, el director del hotel hizo un leve ademán de agradecimiento con la cabeza—, va a acelerar irremisiblemente el desenlace. De aquí vamos a salir con un plan detallado para cada uno a realizar en los próximos días. Monaga, comienza tú:

—Gracias, compañero Alejandro. Tenemos la firme sospecha de que ha entrado en contacto con algún tipo de organización subversiva, ya que su conducta ha cambiado recientemente. Ayer martes estuvo en Cojímar con un taxista y durante la comida adoptó una postura muy diferente de la que había llevado hasta este momento —el capitán Monaga hablaba despacio, mirando a cada uno de los compañeros de reunión—. Por cierto, hemos buscado a ese taxista y, de momento, no ha vuelto a su casa. Le queríamos haber interrogado —remarcó, mirando a Tuero.

—¡Vamos a ver! —exclamó Tuero, con los ojos puestos en Monaga—. Bajo ningún concepto ese español debe abandonar la isla.

Igualmente no puede abandonar La Habana sin mi consentimiento expreso. Si lo intenta recógelo con la excusa de que se encuentra en peligro. ¿De acuerdo?

Todos los presentes asintieron.

—Si estamos hoy a miércoles, no puede tener vuelo disponible hasta el próximo domingo —ordenó—. ¿Entendido Oñate?

—¡Ok! —concedió el director del hotel.

Tuero se volvió a los dos hombres que habían permanecido en silencio y empezó a hablarles.

—Ustedes tienen que actuar el sábado.

Asintieron al unísono.

—Vamos a repetir lo del holandés de enero. ¿Dónde tenéis pensado?

—En Cayo Carolina —contestó uno de ellos, después de mirar al compañero en busca de su aprobación.

—Bien. ¿Hiciste tú algo de esto cuando estabas en el Riviera? —indagó Tuero mientras se dirigía a Gilberto Oñate con sus ojos.

—Sí. Dos veces.

—Las llevas muy contadas Oñate. ¿Te va a dar miedo? —inquirió, desafiante.

—¡En absoluto! —respondió, ofendido, procurando mostrar una seguridad en sí mismo de la que carecía.

—Eso espero. No es momento de que a ninguno nos tiemble el pulso. Ha llegado la hora decisiva y el Comandante me pide progresos diarios. ¿Entendéis lo que eso significa, verdad?

Todos los asistentes se miraron sin pronunciar ninguna palabra.

—Una vez ustedes hayan concluido —explicó a los dos jóvenes, que miraban atentamente—, llaman a Monaga para que él se haga cargo del resto, como hacemos de costumbre. Gilberto, en cuanto el escritor español salga por la puerta del hotel, llamas a Lucila, que sabe muy bien su cometido. Porque... el escritor español irá el sábado a Cayo Carolina.

Hizo una pausa. Miró a todos uno a uno, hasta que sus ojos se detuvieron en los de Gilberto Oñate. El semblante de Tuero era implacable. En el fondo sentía desprecio por ese director que él mismo

había nombrado. Por él y por otros muchos que no comprendían la Revolución como él la entendía.

—¿Verdad Gilberto? —preguntó directamente.

—Haremos todo lo posible porque sea así —contestó Oñate con una voz muy poco convincente.

Como si le hubiera activado un resorte, Alejandro Tuero se levantó de su silla y, delante de todos, le agarró por las solapas de su elegante chaqueta oscura zarandeándole con las dos manos. Aunque no era un hombre especialmente corpulento, se mantenía en muy buena forma física, y además contaba con que el asustado Gilberto no iba a hacer nada más que esperar acontecimientos.

—¡Me cago en el corazón de tu madre! ¿Qué vas a hacer todo lo posible? —le preguntó a un palmo de su cara.

Todos permanecían en silencio. Lo rompió el propio Oñate.

—No se ponga bravo —rogó, con la voz entrecortada—, el escritor español estará el sábado en Cayo Carolina. Se lo aseguro.

—¡Te mando para el otro lado como no vaya!

Tener el entrecejo de Tuero a centímetros del suyo hizo que Gilberto notara claramente cómo le temblaban sus piernas.

—Mira, ¡por tu bien! —sentenció el director de la reunión.

Según soltaba con desprecio las solapas de la chaqueta del director del hotel, Tuero volvió a sentarse otra vez, mandándole fuera de su despacho junto a Monaga.

—Con vosotros dos ya he concluido. ¡Volved a vuestros trabajos!

Monaga y el que fuera orgulloso director de hotel de primer nivel salieron en absoluto silencio del despacho del piso doce. El capitán veía cómo el humillado Gilberto intentaba componerse la chaqueta de las arrugas que le habían producido las manos de Tuero.

Una vez se quedaron solos, Tuero se dirigió hacia sus otros dos hombres.

—A mí me gusta hacer valer la Revolución por el convencimiento, por la razón, pero algunas veces las órdenes hay que transmitirlas con suficiente claridad cuando no se entienden con el rigor que están enunciándose.

Los dos hombres permanecían callados. En ese despacho

solamente hablaba una persona.

—Mael. He estado viendo personalmente varios videos con lo que hacía este hombre en la piscina, tanto en la del Presidencial, como en la de los Jardines de la Reina. Claramente le gusta el agua y le gusta el buceo. A veces, mientras su mujer tomaba el sol en la tumbona, se hacía algún largo por debajo del agua.

—¿En la piscina de Los Jardines de la Reina? —se extrañó Mael, que no pudo ocultar su sorpresa mientras miraba a su compañero Iván.

—En la del Presidencial y sí, también en la del de Varadero. En el video se ve claramente y quiero que ustedes también lo visionen.

—Pero la piscina del hotel de Varadero —intervino Iván por primera vez en la mañana— es bastante larga.

—Por eso se lo estoy diciendo. Estamos pues ante una persona con bastante buena preparación física. Tengan mucho cuidado.

—No se preocupe, nos amarraremos los pantalones.

Los dos asintieron dócilmente.

—En el carro le acompañas tú, Mael. Luego cuando lleguen al atracadero, Iván, tú pilotarás la barca. Asegúrate de llevar todo el equipo correctamente.

—Pensaba estibar también, si le parece correcto, otro completo de repuesto por si fallara algo.

—Bien pensado Iván. Bien pensado.

Según iba hablando, Alejandro sentenciaba con cada afirmación. Era difícil contradecirle porque siempre llevaba los planes muy bien estudiados.

—Me planteo —hizo una pequeña pausa—, llevar en la barca a una cuarta persona.

—¿A quién, señor Tuero? —preguntó Mael con el mayor tacto posible, no fuera a interpretar su interlocutor que estaba metiéndose en algo que no fuera de su incumbencia.

—El escritor español ha resultado ser un jodedor. Sí, cuando estuvo su mujer permanecieron muy acaramelados pero, en su ausencia, no dejaba entrepierna viva —se quedó unos instantes callado. Después miró a la chica— igual terminaba de animarse

llevando a la excursión también a una mujer. No me fío de Gilberto.

—Si el español es así, seguro que estará más interesado —confirmó Lucila.

—Bien. Recuerden todos que Lucila está al frente de esta misión. Ustedes —recordó, mirando a los dos hombres— están a sus órdenes. ¿Entendido?

Alejandro Tuero mandó salir a todos del despacho después de entregar a Mael las cintas de video para que se familiarizara con los hábitos del objetivo.

Cuando se quedó solo, tomó el teléfono e hizo dos llamadas:

—Walfrido. El sábado no puede ser. Tiene que estar pasado mañana viernes a media tarde en mi despacho, para que lo pueda repasar. Envíame ahora mismo lo que llevas.

Lo que pudiera pensar el joven Walfrido Riva era algo que a Tuero le traía sin cuidado. Lo que fuera a dormir en esos dos días, también.

Después llamó al hotel Presidencial, para ordenar que regresara de nuevo su director. El plan inicial iba a sufrir un pequeño pero sustancial cambio.

87

Durante el desayuno Alberto vio a Marcia y quedaron en que luego pediría que le subieran la comida a la habitación, sin ningún rodeo. Hasta que llegara ese momento, optó por salir a pasear un rato, tomando uno de los taxis que se le ofrecían en la puerta para que le llevara hacia la zona de la plaza Vieja, que no la conocía y empezaba a barruntar que las horas que le quedaban de pasar en La Habana iban a ser ya muy escasas.

La amplia, luminosa y remozada plaza Vieja le gustó mucho. Tenía un marcado aire colonial y la belleza de los edificios que la circundaban se realzaba con el fuerte sol de la mañana.

No se percató de que un joven iba andando próximo a él, dibujándole con rotulador en una pequeña cartulina. Cuando terminó,

se acercó y se lo entregó.

—*Do you like it*? —preguntó el chico, muy despacio y deletreando cada palabra.

—No te esfuerces, soy español.

—¿De qué parte? —el muchacho se mostró aliviado.

—A ver, ¿cuál es la capital de mi país? —preguntó Alberto, bromeando.

—¡Cuál va a ser, el Real Madrid! —le devolvió la broma el pintor. Los dos soltaron una carcajada.

Era palpable que Alberto se encontraba entusiasmado con los últimos acontecimientos, y su estado de ánimo era excelente. Aprovechaba cualquier ocasión para reírse e irradiar una felicidad que no podía contener.

—¿Cómo te llamas?

—Anier.

—Pues sí, nací, como tú dices, en Real Madrid. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿De dónde eres?

—Soy villareño.

—¿Y qué estudias?

—Curso Bellas Artes. Detalladamente, pintura.

—Pues lo haces muy bien —le felicitó, mientras miraba el rápido dibujo que le había hecho.

—Gracias.

—¿Dónde vas a trabajar cuando termines?

—En Miami, aunque luego me llamen *gusano*.

La contundente respuesta que le dio el muchacho dejó al escritor momentáneamente desconcertado, ya que no se la podía esperar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no quiero pasarme toda la vida haciendo esto con los turistas para poder comprarme unos tenis como mis primos. ¡Aquí pasamos las mil y una noches!

Era un argumento demasiado infantil, o quizá demasiado profundo. Lo cierto era que Alberto no tenía muchas ganas de ponerse

trascendental y optó por terminar la conversación dando al muchacho por el dibujo un par de monedas que este agradeció muy efusivamente.

—Gracias por echarme un cabo —le dijo, como despedida.

El resto de la mañana la pasó caminando por las calles de La Habana Vieja, esquivando a los vendedores de puros, a alguna jinetera suelta que le ofreció su compañía y a varios cubanos que le preguntaron de dónde era, cuánto iba a estar en la ciudad...

Volvió a su hotel por la animada calle Obispo, recordando que fue allí donde conoció a Luré al día siguiente de llegar a la ciudad, y no pudo por menos que acordarse de ella cuando pasó por el bar donde probó el guarapo, por primera y única vez, mientras ella devoraba aquel sándwich que pidió. Parecía que había pasado una eternidad desde entonces.

Subió directamente a su habitación, que se hallaba perfectamente arreglada como todos los días, y tomó la carta del servicio de habitaciones, pensando en lo que le apetecía a él, y en lo que también querría Marcia. Por un momento, se extrañó de lo fácil que le resultaba a ella zafarse de sus obligaciones en el hotel. Pero, eso no era asunto suyo. Le quedaban ya muy pocos días y eran eso, días, de lo que disponía, porque se suponía que esa noche, ya que no fue la anterior, sería cuando le citarían para ver a otras personas de la extraña organización. «La de hoy miércoles, será para Marcia —pronosticó— la de mañana jueves para Beylin o Luré, la del viernes para la que no sea mañana, el sábado, ¡ya veré!, y el domingo: ¡A Madrid!»

Pensó que sería bueno acercarse por el buró de turismo del hotel y gestionar el vuelo de regreso a España. Lo recapacitó mejor y esperó a comer.

Parecía que el buen humor también había afectado a la camarera, pues cuando esta entró en la habitación de Alberto su cara reflejaba mayor alegría que en otras ocasiones. El escritor optó por no decirle nada de su marcha porque supuso que no sería buena noticia para ella.

—No puedo entretenerme, tengo que volver a la cocina —la chica se encontraba desnuda, a su izquierda. Algo inquieta.

—Espera un poco. Cuéntame algo de ti.

—No, mi vida tiene poco de interés.

—Todos tenemos algo que contar.

—No, de verdad Alberto, no tengo nada que contarte que sea atrayente.

—¿Llevas trabajando mucho en el hotel?

—No, en verdad, no insistas.

Alberto no hizo más preguntas ante la insistencia de la chica y dejó que se marchara al cuarto de baño, con la ropa cogida bajo el brazo. Le hacía gracia el cuerpo menudo de la mulata y su manera de andar desnuda.

Apuró una cerveza que había sacado del minibar y pensó lo que iba a hacer el resto de la tarde, hasta que se hiciera la hora de ir a jugar al dominó y recibir la famosa *cita secreta*, bromeó para sí.

88

La siesta le había sentado muy bien y seguía manteniendo el magnífico buen humor con el que se había acostado.

Se arregló para salir a la calle y tomó uno de los ascensores, pulsando el botón del vestíbulo. En cuanto salió, y mientras se dirigía hacia el buró de turismo, se le acercó uno de los hombres de seguridad del hotel que rondaban por la planta baja:

—Perdón, ¿es usted don Alberto Rodríguez?

—Sí, soy yo —respondió sorprendido el escritor.

—Mire, vengo de parte del director del hotel. Me ha comunicado que tendría mucho interés en conocerle.

La invitación le extrañó, pero accedió a ella.

El hombre, de complexión fuerte y embutido en un apretado traje azul oscuro, lo guió por un pasillo que partía de la zona de la cafetería. Después de pasar tres o cuatro puertas cerradas, se paró en

una y pidió permiso:

—¡Adelante! —se oyó desde dentro.

El director se levantó de la mesa y se acercó hacia el huésped con la mano tendida:

—Buenas tardes, don Alberto. Mi nombre es Gilberto Oñate, soy el director del hotel Presidencial.

Los dos hombres se dieron un fuerte apretón de manos.

Una vez que estuvieron sentados, el director volvió a hablar:

—¿Cerveza?, ¿vino?, ¿un refresco?

Una cerveza —pidió Alberto. Le había caído bien el sonriente director.

Tomó el teléfono interior y pidió a uno de los camareros.

—Bueno, en primer lugar, quiero agradecerle que me conceda unos minutos de su valioso tiempo. Siempre me gusta conocer en persona a los huéspedes que llevan con nosotros unos días para saber de primera mano cómo se está portando el hotel con todos ustedes.

—Muy bien. No tengo ninguna queja, al contrario, estoy encantado.

—¿Le atiende todo el personal del hotel a su entera satisfacción?

—Por supuesto, todos muy bien —Alberto se acordó de Marcia.

—Tremenda alegría. En Cuba estamos para servirles a ustedes. Queremos que su estancia entre nosotros constituya una experiencia llena de satisfacciones y que luego todos los momentos felices que pasaron con nosotros perduren en el recuerdo.

El escritor se quedó maravillado de la verborrea de su interlocutor, pero adoptó en todo momento una postura de interés por todo lo que oía.

—¿Qué día fue el que llegó?

—El pasado veintiuno.

—Muy bien, ¿y qué es lo que más le ha gustado de La Habana?

Después de quedarse pensativo, dijo lo primero que se le ocurrió:

—El Capitolio.

—¿El Capitolio?

—Sí, me impresionó.

—Le contarían que ya no se utiliza. Se construyó durante la

dictadura de Machado.

—Sí, ya me lo dijeron cuando lo visité —quizá hubiera sido una buena ocasión para inquirir a ese hombre por el lugar donde democráticamente se elaboraban las leyes, pero prefirió seguir manteniéndose públicamente al margen del modo de gobernar en la isla.

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica en España?

—Soy vendedor de coches *Citröen*.

—¡Qué interesante! —exclamó Gilberto Oñate.

En ese momento entró un camarero con una bandeja con una jarra y dos botellas de cerveza de diferente marca.

—La cerveza, ¿cómo la quiere, suave o fuerte?

—Prefiero suave.

—Dale la *Cristal* —ordenó al camarero.

Cuando se quedaron solos, Oñate volvió a hablar:

—Como director del hotel estoy autorizado para tener con usted una atención.

Eso sonaba nuevo para Alberto y por ello prestó especial atención.

—Con todos los ilustres turistas que tienen la amabilidad de permanecer hospedados con nosotros durante un tiempo mayor al habitual, queremos tener un detalle. En esta ocasión, había pensado en un pequeño viaje.

—¿Un viaje? ¿A dónde?

—Un viaje para conocer un lugar precioso de nuestra isla, y de paso hacer un poco de deporte. Sería visitar Cayo Carolina y hacer buceo en sus aguas.

—¿Buceo?

—Sí. Por supuesto todo sería gratuito para usted, incluida la equipación completa: traje, botella, gafas, aletas... todo lo necesario.

Alberto no se esperaba en absoluto semejante ofrecimiento. Él nunca había buceado con escafandra autónoma, aunque el agua le gustaba mucho y se consideraba un buen nadador. Así lo hizo saber.

—¿Nunca ha buceado usted?

—¡Jamás! Alguna vez me he puesto unas gafas y he mirado los

fondos, pero de ahí a ponerme una botella, hay mucha diferencia.

—Por supuesto, señor Rodríguez. Sepa que en todo momento estaría usted acompañado de un instructor especializado, como es obligatorio aquí en Cuba.

Alberto pensaba en la oferta que le cursaba, a la vez que le llamaba la atención el tono de voz del cubano que tenía sentado enfrente, una persona con muy poco acento y con un español prácticamente igual al que se hablaba en la península. En principio, no le atraía el plan que le estaba proponiendo porque en su cabeza solo habitaba la idea de volver a su casa, ver a su mujer y engranar una novela que empezaba a abrirle unas enormes expectativas personales.

—Tenga en cuenta —siguió Gilberto— que jamás ha habido peligro en esta isla en la práctica de ese fantástico deporte. Yo he buceado —mintió— en Cayo Carolina y le aseguro que son unos fondos preciosos, llenos de peces de todos los colores, con bosques de corales, que seguro le van a fascinar.

Después de pensárselo unos instantes, contestó al director:

—No, de verdad, señor...

—Oñate, Gilberto Oñate.

—No, señor Oñate, se lo agradezco, pero ya tengo previsto volver para mi país y lo voy a dejar para otra ocasión.

Gilberto pensaba en el zarandeo de la mañana y todavía sentía la expresión de los ojos de Tuero clavados en los suyos, y le parecía seguir oliendo su olor. Le había quedado muy claro que si no conseguía que el escritor español aceptara el ofrecimiento, seguro que el partido le apartaría del puesto para el que tanto tiempo había estado luchando, quizá como camino hacia algún cargo de responsabilidad nacional en la plaza de la Revolución.

Gilberto apuró el último argumento, ese por el que Alejandro Tuero le había hecho volver a su despacho en la mañana. Era un desafío que le podría resultar contraproducente, pero sabía que tenía enfrente a una persona con escasa personalidad y vulnerable a determinados temas.

—Señor Rodríguez, acaso usted tenga razón. A lo mejor es muy precipitado, o igual no se encuentra en las mejores condiciones físicas

—intentó apelar a su autoestima—, es posible incluso que se maree en una embarcación —continuó abriendo la brecha de la debilidad, en una maniobra de premeditada provocación—. Vamos a dejarlo y se lo diremos a otro huésped, porque además en este viaje teníamos pensado premiar también a nuestro mejor empleado del mes de abril, elegido por los clientes del hotel, e igual resulta incómodo para usted tener que compartirlo.

Las palabras del director habían calado en Alberto.

—Por cierto —continuó diciendo Oñate—, me parece que al mejor empleado del mes de abril le conoce usted. ¿No trabaja en su planta Omara Cardoso?

Alberto tuvo que disimular mucho para que no se le notara que la idea de ir a bucear con la mujer que le hacía la habitación todos los días era algo con lo que no había contado y que no le disgustaba en absoluto.

—Pero exactamente ¿qué plan sería, y qué día lo haríamos? —Gilberto procuró disimular su triunfo. Alejandro Tuero tenía razón.

—Saldría usted con la camarera, si no tiene inconveniente, el sábado por la mañana, junto a un buceador profesional que les pondría el hotel. A su disposición. Irían desde aquí a Marina Hemingway, donde les estaría esperando un pequeño yate, y partirían posteriormente hacia Cayo Carolina que dista media hora, aproximadamente. Cuando terminen el buceo, volvería al puerto y tendría una mesa reservada en uno de los restaurantes para que usted, o si quiere dejarse acompañar de la señorita, para que los dos degusten uno de los platos que allí ofrecen. Por cierto, le recomiendo la langosta fresca. Nosotros damos mucha importancia a nuestros trabajadores y por eso los queremos tener estimulados en sus tareas —aclaró cínicamente.

Alberto pensaba en las posibilidades que le abría ese plan.

—Yo tenía intención de ir ahora al buró de turismo y cerrar billete para el domingo.

—No se preocupe, señor Rodríguez, déjelo de mi cuenta que yo me encargaré personalmente de que usted tenga billete para uno de los vuelos que parten desde La Habana a Madrid. Bueno, ¿qué le

parece?, ¿voy haciendo la reserva del yate y del restaurante?, ¿qué va a querer comer?

—Me han hablado muy bien de la langosta con guindilla picante.

Se levantó de su silla, ya que había aprendido en los muchos cursos que el régimen le había dado, que cuando el cliente mostraba su conformidad, había que cerrar inmediatamente la oferta, evitando así que se echara para atrás, y le dijo sonriendo:

—¡Excelente elección señor Rodríguez! Tiene usted un gusto exquisito. Yo la he tomado en alguna ocasión y estoy convencido de que le encantará. Verá cómo le gusta todo y cuente con su vuelo a España para el domingo.

Los dos salieron por el pasillo y Alberto, que estaba totalmente emocionado y con un entusiasmo que no podía disimular, le dijo con muy poca gana:

—Y usted, señor Oñate, ¿no se animaría a venir con nosotros? — suplicando, por dentro, que diera una evasiva.

—¡Oh, muchas gracias!, pero las obligaciones de mi puesto me retienen continuamente en mi deber.

En el vestíbulo del hotel Presidencial ambos volvieron a darse la mano, quedándose cada uno muy satisfecho de cómo había ido la pequeña reunión.

89

Alberto salió a la calle rebosante de alegría. Iba a terminar su estancia en la isla con aquella pequeña aventura, asegurándole además el director del hotel la consecución segura de su billete. Siempre le había gustado el agua, y desde pequeño ya jugaba con su padre a bucear por entre sus piernas, en la piscina del Barrio de la Concepción, próxima a su casa. Pero lo que nunca se había terminado por decidir, había sido por cargar con una botella de oxigeno a la espalda. En alguna ocasión había oído que era peligroso, pero sabía que mucha gente lo practicaba y a todos les entusiasmaba. Y además, él iba a contar con la compañía, según le había dicho Gilberto, de un especialista que

siempre iría con él.

De todas maneras, lo que al escritor terminó por convencerle era que en la proposición aparecía Omara. Siempre la había visto junto a su carro de limpieza y se había preguntado cómo sería la ropa interior que ocultaba ese uniforme. Con Marcia sí había vivido el placer de desnudarla, de tomarla en su cama, pero la idea de ver cómo estaría en bañador la educada camarera, le atraía todavía más que bajar a las profundidades caribeñas.

Según caminaba por la calle Neptuno se marcaba el reto de acostarse con ella el día de la excursión. «Sí, la del sábado será la última noche que pasaré en Cuba —calculaba—. Tengo que intentar que la mañana discurra lo más divertida posible. Luego, según me ha dicho el director, comeremos juntos e intentaré que el monitor no esté en nuestra misma mesa. Y después, vamos a ver si tengo un poco de suerte y termino mi última noche cobrando la mejor pieza».

Antes de llegar a la casa en cuyo portal se reunían a echar una partida, compró una botella de ron añejo para amenizar la reunión.

Al salir de la pequeña tienda se le acercó un hombre y le ofreció puros:

—Caballero, ¿querría unos puros de calidad?, que de alguna manera me tengo que resolver.

—No, gracias —contestó instintivamente Alberto.

—Señor, estos son especiales —le aseguró aquel hombre de mediana edad según le seguía andando, ya que Alberto ni siquiera hizo intención de pararse.

—De verdad, muchas gracias.

—Estos son de Cojímar —el vendedor se quedó parado en su lugar.

Aunque iba distraído y no le había prestado ninguna atención al cubano, al oír el nombre de la población, Alberto también se quedó frenado en su sitio.

—¿Cómo ha dicho? —pidió confirmación, mientras se volvía al hombre que no había llegado a ver.

—Señor, son unos puros especiales, nos los traen desde Cojímar en taxi —concretó.

Sin entender mucho lo que le decía, le preguntó por el precio, que le pareció muy bajo para las cotizaciones que había oído otras veces, y le cogió la pequeña caja que contenía, según la rotulación exterior, cinco unidades marca *Cohíba Robustos*. Sin mediar mucha despedida, los dos hombres se separaron guardándose el estuche bajo la camisa, sujeto por el calzoncillo. Pensó que la calle no era el mejor lugar para ponerse a abrir la caja ni examinar su contenido.

Se preguntó si ya tenía mucho sentido ir a la partida de dominó, aún así continuó el camino que llevaba.

De vuelta en el hotel, después de haberse reído un rato con sus compañeros de juego, y también de beber quizá un poco más de la cuenta, pensó en tomar una ducha para despejarse, pero la curiosidad por lo que llevaría la caja era mayor que su deseo de estar un poco más lúcido y limpio.

La abrió y en un primer momento no encontró nota alguna, pensando que se había equivocado y que lo que había pasado era que había comprado una caja a uno de los muchos vendedores ambulantes que circulaban por la ciudad.

Cuando sacó los puros comprobó que en la parte trasera, y como refuerzo de la petaca, había una cartulina doblada. Al darla la vuelta se encontró con un mensaje escrito a mano. La limpia y pulcra caligrafía le hizo pensar que aquello era obra de una mujer.

Leyó con sumo interés lo que ponía la nota: *Don Alberto, le esperamos esta noche. Siga atentamente las siguientes instrucciones: salga de su hotel a las tres y veinte de la madrugada, tome la calle Obrapía y continúe por ella hasta llegar al cruce con Aguacate. Gire a la derecha y se encontrará con una calle llamada Lamparilla. Tuerza por ella a la izquierda y antes de que llegue a la siguiente esquina, alguien le llamará. Por supuesto, no hable con nadie de este encuentro. Un saludo y memorice y destruya este mensaje.*

El escritor se fijó que la nota no llevaba firma.

Lo primero que hizo fue acudir a una de las guías de turismo que había comprado en Madrid para situarse por dónde se encontraba el

lugar convenido. Calculó que podría tardar andando hasta allí unos diez minutos. Pensaba que no le habían dicho el camino más directo por lo que entendió que podría ser para dificultar algún hipotético seguimiento. «¡Qué emocionante!», pensó.

Después sacó de la caja fuerte el móvil, que no había utilizado desde que llegó al hotel, y se metió en la ducha. El ron, sin ningún acompañamiento, le tenía la cabeza embotada y no se sentía bien.

Valoró la posibilidad de no bajar a cenar y tampoco pedir que se la subieran a la habitación. Necesitaba descansar y estar lo más lúcido posible para la cita que iba a tener esa noche.

90

Tal y como había planeado, a las tres menos diez sonó el despertador del móvil. Se incorporó y comprobó que las casi seis horas que había dormido le habían sentado muy bien. Salió de la habitación con mucho sigilo, procurando no hacer ningún ruido. Prefirió bajar por las escaleras, sin utilizar el ascensor. Todo el hotel permanecía en absoluto silencio, incluyendo el vestíbulo, que estaba iluminado tan solo por una tenue luz. En un principio no vio a nadie y se dirigió hacia la puerta de la entrada. Cuando intentó abrirla comprobó que se hallaba cerrada. Al moverla para salir, oyó una voz por detrás que le sobresaltó haciendo que diera un pequeño respingo:

—¿Quién hay ahí?

A la vez, se encendieron unas luces más fuertes y un hombre apareció por la puerta que daba a la recepción.

—Perdón —se excusó el empleado— pensaba que era alguien que quería entrar desde fuera.

El empleado de noche del hotel estaba avisado de que era posible que el huésped de la 312 quisiera abandonar la instalación, en ese caso, tenía que dar parte inmediatamente.

—Quería salir a la calle —anunció Alberto en voz baja, como para que la conversación no transcendiera— y pasear un rato. No tengo mucho sueño.

—¿En qué habitación está usted?

—En la 312.

El portero intentó sacar provecho de la ocasión.

—¿Cuánto tardará en regresar?

—Me imagino que un par de horas.

Alberto recordó las palabras de Roselio.

—Tenga, y no le diga nada a nadie —le pidió el escritor esbozando una sonrisa, según deslizaba un billete en la chaqueta de aquel hombre menudo, con gafas, al que esa noche le tocaba el turno de vigilante.

—Gracias, caballero.

—¿A qué hora vienen a relevarle?

—A las seis.

—No se preocupe. A esa hora ya estaré de vuelta.

Y diciendo esto, Alberto salió por los soportales al Parque Central. Pensó que era la primera vez que ponía los pies en la calle sin que le ofrecieran inmediatamente un taxi.

La Habana dormía. La calle ofrecía un aspecto casi tétrico. La mitad de las farolas estaban apagadas y en las que había luz esta era mortecina, iluminando solo unos pocos metros a su alrededor. En consecuencia, había muchos lugares que estaban literalmente a oscuras, presentando un aspecto que se asemejaba al de una película de terror. A lo lejos se veía algún peatón, y también vio unos focos de un coche que se perdía por el paseo del Prado. El silencio era prácticamente absoluto de no ser por los acelerados pasos de Alberto, que caminaba a buena velocidad hacia la calle Obrapía.

Nunca podía haberse imaginado un contraste tan singular como el que experimentaba La Habana, una ciudad viva, dinámica, llena de luz y color por el día, era ahora un espacio que infundía un importante respeto al medroso escritor español.

Una vez hubo llegado a la primera de las calles que le indicaban, caminó por la pequeña acera para alcanzar, tal y como ponía en el papel, la calle Aguacate. Era la segunda y torció a la derecha, y luego la primera a la izquierda. Sentía inquietud cada vez que pasaba junto al portal de una casa. Se imaginaba que en cualquier momento iba a

abrirse y de allí saldría una persona que seguro le pondría en una situación incómoda. Experimentaba la sensación de que una cosa era el escribir sobre las situaciones que se pueden imaginar en la mesa de un escritor, y otra muy diferente vivirlas en primera persona.

Así, llegó a la calle Lamparilla y ahora lo que faltaba era que alguien le llamara desde algún lugar.

La apariencia de la vía era fantasmagórica. Si en el gran Parque Central había poca luz, en esas calles pequeñas de la Habana Vieja la luminosidad literalmente brillaba por su ausencia. Era muy difícil ir caminando y no tropezar con algún objeto que pudiera haber por la calle. Aminoró el paso esperando lo citaran en algún momento, mientras levantaba la vista y miraba a los balcones y a las ventanas apagadas, buscando alguna señal que todavía no se había dejado ver. Lamparilla era larga y terminaba, como todas las que recorren esta zona dirección oeste a este, en el puerto. Se veía muy poco. No se oía nada.

De repente escuchó una voz que en un tono muy bajo le llamaba desde arriba, por su nombre. Por lo poco que pudo ver, ya que la oscuridad era casi absoluta, era una mujer que le señalaba con la mano la puerta que estaba justo debajo de ella, a la altura de la acera por donde él pasaba en ese momento. Se abrió y Alberto comprobó que en su interior no se veía ninguna luz. Una voz desde dentro le invitó a pasar, a lo que el escritor accedió sin saber dónde podría estarse metiendo.

Cuando se hubo cerrado, se encendió una luz y se encontró cara a cara con una persona que nunca había visto:

—Buenas noches señor Rodríguez. Mi nombre es Toribio Duna —a la vez que pronunciaba esas palabras, estrechó la mano de un Alberto que se encontraba visiblemente desorientado.

Su cara de desasosiego y confusión era tan patente que el hombre que lo recibió intentó calmarlo:

—Alberto, tranquilo. Está usted entre amigos.

Pareció que estas palabras tranquilizaron algo al escritor, que no paraba de mirar en todas las direcciones, intentando descubrir en aquella casa vieja la razón de la cita.

Con la mano le pidió que lo acompañara por unas viejas escaleras. En el sótano se vislumbraba una luz un poco más potente.

Cuando llegaron abajo, Alberto se encontró en una pequeña sala con las paredes ennegrecidas por la humedad. La escasez de mobiliario acrecentaba la sensación de humildad que parecía tener toda la casa. Del techo colgaba un cable eléctrico, de donde pendía la única iluminación que tenía la estancia, lo que provocaba que las sombras fueran muy duras y marcadas. El suelo, que algún día tuvo una lechada de cemento, ahora se deshacía, lo que provocaba que estuviera lleno de partículas de tierra que sonaban cuando se andaba sobre él.

En el centro estaba un hombre de avanzada edad que emanaba un aire de distinción que contrastaba con el lugar donde se encontraban. El que le había abierto la puerta realizó las presentaciones:

—Señor Rodríguez, le presento al solemne profesor Asnaldo Cortiza, doctor en economía.

—Es para mí —dijo el hombre mayor, que poseía una profunda y modulada voz— un verdadero honor que haya accedido a venir. Por favor, siéntese ¿Quiere tomar algo a esta hora?

—No, gracias.

—¿Café?, ¿té?, ¿agua?

—Nada, de verdad.

—¿Y una cama? —preguntó sonriente.

—No se preocupe, estoy bien.

—En primer lugar, tenemos que disculparnos con usted por la hora de nuestra cita. Quizá no se haya fijado, pero toda Cuba en general y La Habana en particular, están tomadas por mecanismos de información gubernamental. Hay chivatos por todas partes, cámaras de vigilancia en muchas esquinas y en las terrazas de los hoteles. Ojos que nos ven y micrófonos que nos oyen. ¿Se acuerda del viaje que hizo a Cojímar? —Alberto asintió, cauteloso— pues mientras ustedes comían, alguien colocó una grabadora en el carro. Nos lo dijo otro de los elevadores que tenemos en donde se parquean.

—¿Qué es eso del elevador, que ya se lo he oído decir a ustedes?

Asnaldo no pudo por menos que esbozar una pequeña sonrisa.

—Bueno, lo que empezó como anécdota, ha acabado siendo un lema. Eso me lo contaron precisamente en Madrid. Creo que ya le han dicho que nosotros nos creamos en el año noventa y ocho... del siglo pasado, no del anterior —volvió a bromear el profesor, mientras su interlocutor marcaba una sonrisa algo más franca—. Pues bien, una vez que viajé a Madrid, un colega mío de la Universidad Complutense me reconoció que lo que más le llamó la atención de nuestra ciudad era que todos los ascensores que había en La Habana Vieja estaban parados, ya que habían dejado de funcionar hacía muchos años, y comparó el cambio político, económico y social que tendrá que experimentar nuestro país cuando muera Fidel Castro con el despertar de todos esos elevadores, bueno, ascensores como dicen ustedes. En ese momento, volverá el esplendor a nuestra tierra y, como mayor exponente, a nuestra ciudad. Ese día, los elevadores reparados de nuestros edificios volverán a funcionar. Ese día, los ascensores habrán despertado.

Alberto escuchaba interesadísimo las amenas explicaciones de Asnaldo, que se había revelado como un encantador contertuliano.

—Y por eso nos llamamos así, *Los ascensores dormidos de La Habana*. Porque no están rotos ni ellos ni nosotros, simplemente están como estamos todos, dormidos, dispuestos a despertar en cualquier momento. Solo necesitan una ayuda, también como nosotros, para comenzar su movimiento.

El imaginativo escritor no podía sospechar que esa fuera la explicación de aquello que le dijo por primera vez la chica del Museo de la Ciudad.

—Muy curioso —se limitó a decir.

—Sí, aquel compatriota suyo tenía, bueno tiene, muy buenas ocurrencias.

Mientras Asnaldo hablaba, Toribio, al igual que Alberto, le escuchaba con sumo interés.

—Vamos a ver. Creo que Roselio en Cojímar ya le puso en antecedentes. Aunque Castro nos quiera ver como unos conspiradores, incluso como unos terroristas, término por cierto que le gusta propalar

con frecuencia para llamar así a todo el que no comparte sus ideas, nosotros no somos nada de eso. Nuestra organización la formamos un grupo de personas pacíficas que lo que hacemos es esperar a que Castro se muera. Nada más. El día que eso pase intentaremos entrar en el planteo de un gobierno provisional que dirija al país al cambio paulatino que tenemos que afrontar. Y para eso, necesitamos inmediatamente varias cosas. Una, desde luego, son financiamientos. Sin ellos, no vamos a poder hacer nada en ningún caso. Pero nuestros contactos están funcionando y contamos ya con importantes ayudas para cuando llegue el momento. Lo segundo que necesitamos son apoyos, y también los tenemos.

—No en América —intervino Alberto.

—No, en absoluto. Veo que ya se lo han dicho. Aunque no somos antiamericanos, nos estamos centrando totalmente en Europa. Una parte importante en Bruselas, pero el país en el que tenemos depositadas las mayores esperanzas es en el suyo.

—Pero, ¿usted quiere que yo refleje eso en mi novela? —Alberto no sabía muy qué querían de él.

—¡Oh no, por Dios! Su novela tiene que ser eso, una novela. Deje que le diga. Las dos necesidades, la primera y segunda, eran dinero y apoyos políticos, pero la tercera que no le había dicho, es el estado de opinión de la gente. Es fundamental que cuando eso pase los ciudadanos de su país estén preparados psicológicamente para ayudarnos, y eso se crea de muchas maneras. Una de ellas, por supuesto, es con la literatura.

—¿Con la literatura? —preguntó extrañado Alberto.

—Claro que sí. Necesitamos que se escriba la gran novela sobre Cuba. Una narración imaginativa en la que se hable del futuro de nuestro país, el futuro que nosotros queremos, para que cuando eso pase, la consecuencia lógica no sea otra que un giro político en el sentido que hayan marcado diferentes líderes de opinión, hombres públicos: políticos, periodistas, cantantes, actores y, por supuesto, escritores. ¡Esa será su parcela señor Rodríguez!

Alberto, que mostraba un especial interés por todo lo que contaba aquel hombre, entendió perfectamente cuál era su cometido.

En ese momento no pudo por menos que sentir la llamada de la escritura de denuncia, de la escritura reivindicativa, aquellos mismos sentimientos que le llevaron un día, ya muy lejano, a tomar un bolígrafo y empezar a forjar su oficio.

—Señor... ¿cómo me dijo que era su apellido?

—Cortiza.

—Señor Cortiza, necesitaría que me ampliara un poco qué tipo de medidas tienen previsto aplicar cuando suceda la muerte de Castro.

—Mire, nosotros hemos querido ponernos en contacto con usted, aquí, en La Habana. Podíamos haber esperado a que llegara a Madrid y allí, a la luz del día y sin tener que andar con todas estas precauciones, explicarle todo lo que necesitara, pero hemos querido que fuera aquí donde nos conociera, para que fuera consciente de la situación en la que vivimos los que no pensamos como Castro. Y eso que nosotros no somos contrarrevolucionarios ni queremos opacarle. Somos simplemente personas a las que nos va a tocar vivir una situación que tiene que ser necesariamente de cambio.

—Pero ¿por qué no pretenden acabar con la vida de Castro?

—¡Señor Rodríguez! —exclamó, ofendido— Nosotros no somos asesinos ¿Qué quiere?, ¿que lo eliminemos? Si Castro sufriera un magnicidio, entraríamos en un proceso involutivo que jamás nos llevaría a donde queremos. Eso nosotros lo tenemos claro y comparten nuestra opinión los diferentes líderes políticos europeos con los que nos hemos entrevistado. No tendría ninguna utilidad para nuestra causa. Nuestro chance vendrá en el momento que le he dicho.

—Entiendo. ¿Y qué medidas piensan tomar?

—Muchas. Muchísimas. Hay mucha gente muy preparada fuera de nuestra isla, que lleva trabajando duro para tener un plan perfectamente detallado. Yo le diré algo muy brevemente y a modo de anécdota. Nuestro cambio tiene que estar tutelado por un icono cubano, y no hay otro mejor que...

Cuando iba a decir el nombre, Alberto intervino bruscamente:

—El Che Guevara.

—¡No, por favor! Ese médico argentino jamás puede ser icono de nada en el mañana de esta isla. No, estoy hablando de José Martí.

—Pero parece que toda su obra ha sido escrita para la Revolución de Castro.

Asnaldo se sonrió y dirigió la mirada a su compañero.

—Por favor, Toribio, lee algunos de sus poemas:

El ayudante tomó un pequeño libro y recitó varios de sus pensamientos que tenía subrayados:

—El poeta decía que *Patria es eso, equidad, respeto a todas las opiniones y consuelo al triste.* ¡Mire este!: *Me parece que me matan un hijo cada vez que privan a un hombre del derecho de pensar* y, por último, este otro: *De los derechos y opiniones de todos sus hijos, está hecho un pueblo y no de los derechos y opiniones de una clase sola de sus hijos*.

Alberto se quedó pensativo.

—Frases hermosas —reconoció.

—Sí, lo son. Tiene usted razón, pero ¿las ha visto escritas en alguna valla o afiche de los que utiliza Castro para amenizarnos los paisajes?

El escritor negó con la cabeza mientras encogía los hombros.

—Tenga en cuenta que tenemos que devolver la pelota a Castro. Como dicen en España, *aplicarle su propia medicina*.

La admiración que iba sintiendo Alberto por el hombre mayor crecía con el paso de la noche. Jamás podía haber imaginado que en aquel sótano, que rozaba la insalubridad, fuera a estar escuchando unos razonamientos tan bien esquematizados y tan profundamente trabajados.

—Nuestro paquete de medidas es tremendamente prolífico y contárselas en este momento puede resultarle muy pesado, pero al margen de buscar la tutela espiritual de un poeta cubano de gran calado popular, tenemos otras muchas más concretas, pero si quiere podemos comentarlas con mayor detalle mañana. ¿Tendría usted inconveniente en repetir nuestro encuentro?

—Asnaldo ¿no va a ser peligroso vernos dos días seguidos en el mismo sitio? —preguntó Toribio antes de que Alberto contestara.

—Creo que va a resultar peor que apuremos la hora y que nuestro invitado se cruce con alguien que vaya después a la policía. Ya

digo, esta ciudad está llena de informantes y todos estamos en peligro. ¿Cuándo se va a España?

—El domingo.

—No haga nada extraordinario. Cuanto más desapercibido pase estos pocos días que le faltan, mejor. Alberto ¿mañana a la misma hora?

—Perfecto —contestó el escritor sin dudarlo.

Pensó en haber comentado lo del buceo, pero prefirió guardar silencio. Se dieron un fuerte apretón de manos.

—Le espero mañana aquí otra vez, señor Rodríguez.

Subieron los tres las escaleras y fue Toribio quien salió a la calle. Con la mano mandó a Alberto que esperara. Entró nuevamente y le dijo que en vez de ir directamente al hotel, diera un pequeño rodeo.

Una vez estuvo solo en la calle, empezó a pensar más despacio en Asnaldo. Le había parecido una persona muy respetable. Sus argumentos, los pocos que había contado, eran perfectamente coherentes con un proceso de transformación de una sociedad, que había sido gobernada de una manera muy peculiar, hacia un país democrático. Y eso tenía que venir marcado por un proceso lento, sin rencores y sin rupturas emocionales. Le resultó muy original utilizar como propaganda del nuevo gobierno frases de Martí, pero otras, no las que utilizaba Fidel, enfrentando al dictador contra uno de sus iconos preferidos.

La ciudad ofrecía el mismo aspecto que cuando entró en la casa, y entendía que tomaran todas las medidas de precaución posibles. Por ello, siguió hacia la plaza de Armas y, sin llegar a ella, volvió hacia el Parque Central por O´Relly, en principio mucho más tranquila que la paralela calle Obispo.

Quince minutos después de salir de la casa de Lamparilla se presentaba en los soportales del hotel Presidencial, cuya puerta seguía cerrada con llave desde dentro. Llamó con un par de pequeños golpes con los nudillos y enseguida apareció el hombre menudo que le franqueó la entrada.

—No se ha enterado nadie, ¿verdad?

—No, ni ha salido, ni ha entrado ninguna persona.

—Bien, muchas gracias.

—Por nada —correspondió el vigilante nocturno.

Y según dijo eso, volvió a darle otro billete del mismo valor que el anterior, algo que el hombre agradeció encendidamente.

Dada la hora, y aunque suponía que le costaría dormirse, se metió en la cama para intentar descansar.

91

Gerard Maciá no paraba de pensar en cómo irían las cosas en La Habana. No quería exteriorizar en exceso el interés que tenía por saber en qué situación se encontraba la novela de Rodríguez-Conde, y no tuvo mejor ocurrencia que llamar a David Muntaner para despachar con él todos los proyectos pendientes, incluido por supuesto el que más le interesaba.

Una hora después se encontraban los dos hombres en el despacho del presidente, en una labor que jamás practicaba el primer ejecutivo de la empresa.

Primero trataron la situación de la campaña escolar del próximo curso, la cual, como todos los años, tenía que estar perfectamente preparada para enviar a los distribuidores a finales de mayo. Luego entraron en los detalles de *Letra Europa*, galardón que la editorial concedía para premiar el mejor relato de los cientos que recibían. Este año iba a cumplirse el décimo aniversario y el presidente quería que tuviera una relevancia especial.

Por último pasaron a despachar los nuevos proyectos editoriales a desarrollar en los próximos meses. Después de hablar de otros dos, por fin llegaron al que más interés tenía para el señor Maciá.

—¿Qué sabes de Rodríguez?

—Hace días que no sé nada de él. Hablé con su mujer y me dijo que tenía previsto regresar pronto a España.

—Por fin, la novela va a ir de lo de La Bahía de Cochinos —afirmó el presidente.

—Sí. A mí me parece un buen tema, lo que pasa es que ya es un

poco antiguo.

—Estoy de acuerdo contigo. Está en un lapso que no podemos calificar ni de histórico ni de contemporáneo. Pero creo que los años sesenta siguen siendo un filón cultural y social todavía por agotar. Entre música y literatura sigue cautivando a las generaciones que lo vivieron y a las que son más jóvenes. De todas maneras David, nos da igual de lo que escriba. Sabemos que Alberto es un autor que tiene un lenguaje que se vende y luego viene nuestra parte. Ahí no podemos fallar.

—No, está claro que la fama de este madrileño hay que seguirla alentando.

—Pensaba una cosa, a ver qué te parece. Si lo que nos trae nos gusta, ¿y si cambiáramos el orden de publicación y antepusiéramos la novela cubana al lanzamiento del de *Los Libros del Rey Fernando*?

David sabía muy bien que cuando su presidente decía eso era que la decisión estaba tomada, pero no le parecía que ese cambio de novela fuera correcto, por lo que intentó exponerle los motivos de su desacuerdo.

—Presidente, yo creo que no deberíamos alterar el orden. Según me dijeron desde marketing, ya tienen muy avanzado el proyecto de presentación del libro del *Rey Fernando* y...

El señor Maciá le interrumpió:

—Pero vamos a ver. Lo que tendrán preparado serán firmas de ejemplares, apariciones en televisión, entrevistas en los medios. Para todo eso, yo me pregunto qué más da que hable del castillo de Peñafiel que del Malecón.

—Señor presidente, no es exactamente lo mismo...

Le volvió a interrumpir.

—En eso estoy de acuerdo contigo, claro que no es igual, es mucho mejor que hable de un tema que hoy tiene más gancho popular, respecto a otro que tiene el mismo este año, el que viene o dentro de diez. ¿Estamos seguros que el próximo año Cuba va a seguir estando tan de moda?

—No. No lo podemos asegurar —reconoció el editor.

—Mira David, vamos a esperar a ver qué nos trae y, si nos gusta,

alteramos el orden.

El interlocutor sabía que la decisión estaba tomada y que no tenía ningún sentido que contrariara a su presidente, que al final iba a acabar imponiendo su criterio. Como hacía siempre.

Cuando terminaron la reunión, David Muntaner se preguntaba por qué el presidente de la editorial se interesaba tanto por ese proyecto. Nunca se había entrevistado con un autor para influirle en el guión de su obra y, desde luego, lo que jamás había hecho era quitarle la autoridad que él tenía como editor jefe para diseñar el orden de edición de los libros que publicaban.

Conociendo a su presidente como le conocía, llamó al director de marketing de la editorial para tener una reunión con él en los próximos días y empezar a reconvertir el plan de lanzamiento de un libro por el del nuevo gran éxito que iban a preparar.

92

Como todas las mañanas, la del jueves ocho de mayo amaneció muy soleada, con un cielo limpio marcado por una fuerte tonalidad azulada que otorgaba a la ciudad su luminosidad habitual.

Gilberto empezaba una nueva jornada de trabajo y lo primero que hizo al llegar a su despacho fue ver la hoja de incidencias que todos los días le tenían preparada con información relativa a la ocupación del hotel, al número de entradas y salidas del día anterior, así como las previstas para la jornada entrante, turnos de empleados, incidentes de mantenimiento o de restauración, y otras diversas. Dentro de estas últimas siempre estaban los movimientos de los huéspedes que estaban en el hotel en situación especial. Antes de ser director del hotel Riviera, él lo preparaba para su jefe cuando prestaba sus servicios en el Habana Libre, siendo entonces subdirector.

Todo estaba en orden y no había nada digno de mención. Al rato, recibió una llamada en su despacho:

—¿Oigo?

—¿Gilberto?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy el teniente Gálvez. ¿Habéis tenido esta noche algún movimiento de entrada o salida de vuestro hotel?

—Que yo sepa no compañero teniente. Me han dado la planilla de movimiento fuera de horas, y... —según decía esto, volvía a comprobarlo— ...efectivamente, veo que no ha salido ni entrado ningún turista desde las doce y media que entraron los últimos hasta las seis y media que partió un grupo de italianos hacia el aeropuerto.

—Compruébalo bien, porque las cámaras del tejado del hotel Plaza han registrado a un tipo andando por el Parque Central sobre las cuatro de la noche. Ellos dicen que no es ningún turista suyo, y estoy llamando a los otros hoteles del Parque Central. Por la ropa no parece un cubano. Asegúrate.

—Sí, compañero teniente.

Al colgar, llamó a la persona que se encontraba en la recepción y le preguntó por quién había estado la noche anterior de servicio.

—El sereno fue Heriberto Quintana, pero ya se ha marchado.

—¡Ok, no era para nada! Por cierto, ¿puedes traerme la cinta que graba la puerta de entrada?

A los diez minutos lo tenía en su despacho. La introdujo en el video y pulsó la tecla de avance rápido. Llevaría un par de minutos viendo la imagen continua de un vestíbulo en soledad cuando apareció en la pantalla lo que temía.

Ante la gravedad de los hechos, no dudó ni un instante en llamar directamente a Monaga.

—¿Qué me dices? ¿Y no te habían dicho nada?

La sorpresa del capitán encargado de la gestión de los *PPE* dejó paso a unos instantes de reflexión. Rápidamente organizó una reunión en su despacho de la plaza de la Revolución en la que quería que estuviera ese empleado, que tuvieron que ir a buscar a su casa, el teniente Gálvez, el director del hotel con el video y otra persona de su confianza.

Serían las doce de la mañana cuando Heriberto yacía en el suelo

junto a un Orestes que, de pie, jadeaba por el esfuerzo realizado.

—¡Fíjate por qué poco guano has traicionado a tu país! —le espetaba Monaga.

El hombre, que casi no podía ver por los hematomas que tenía en los párpados, intentaba intuir de dónde venía la voz que le hablaba.

—Todos trabajando por cuidar de nuestras familias, de nuestro bienestar, de nuestro socialismo y ahora aparece una manzana podrida que se vende al extranjero por unos pocos chavitos.

Quien la noche anterior había estado de guardia en la recepción del hotel ya no podía pedir perdón una sola vez más. De sus labios era difícil que volviera a salir alguna palabra. La sangre emanaba abundantemente por su boca y debía tener afectados varios órganos vitales por las patadas que le había dado el hombre de confianza que se había buscado Monaga.

Heriberto había suplicado piedad, había implorado clemencia, incluso había llegado a ponerse de rodillas. Había gemido y llorado sin parar, pero nada había ablandado el corazón de aquel improvisado tribunal de justicia popular.

Monaga miró a Orestes y volvió a hablar al hombre que estaba tendido en el suelo. En ese momento le formuló una absurda pregunta cuya respuesta probablemente no hubiera influido para la consecuencia:

—¿Tienes hijos?

El capitán entendió que con la cabeza había contestado negativamente, por lo que comprendió que aquella persona era prescindible para el sistema.

Hizo una seña a Orestes que este entendió perfectamente. Acto seguido, la fuerte bota del corpulento negro impactaba mortalmente en el cuello de un Heriberto que, antes de recibir el impacto, ya se encontraba mentalmente muerto.

El golpe había sido certero y en breves instantes dejó de convulsionar el cuerpo del que fuera empleado del hotel Presidencial. En esos menesteres, el negro era un especialista.

Siguieron unos instantes de silencio absoluto. Monaga sabía que

él había fallado. Tenía que haber previsto que pudiera producirse alguna contingencia y tenía que haberse encargado de que alguno de sus hombres patrullara el hotel durante toda la noche, pero no estaba dispuesto a admitir en público aquel error de principiante e hizo que todas las miradas se centraran en una dirección.

—¡Gilberto! —chilló, mirando al director que había contemplado la escena aterrado— no sé que pensaría el señor Tuero de su capacidad de mando si le contara lo sucedido.

El acusado tragó saliva. Según había estado mirando la escena, y por una extraña asociación de ideas, también se vio en el suelo envuelto en su propia sangre con su elegante traje y corbata, mientras sentía bien de cerca la bota del ejecutor.

—Ha quedado patente —continuó el capitán—, que no tienes a tus empleados suficientemente disciplinados y me pregunto si controlas el hotel como la Revolución espera de ti.

El director prefirió callar, ya que, aunque se trataba de una situación puntual con un empleado que se dejó sobornar, no parecía que fuera buena idea intentar defenderse en ese momento de las acusaciones que le blandía Monaga.

—Mira Oñate, no te quiero amarillear. Esto está a punto de la terminación. No quiero ningún otro error. Espero que lo hayas entendido con absoluta claridad.

Gilberto siguió callado mientras se levantaba para abandonar el despacho del capitán Monaga.

—Por cierto Orestes —ordenó, antes de que se fuera el director del hotel— quiero que esto se sepa, no que has sido tú, pero que se conozca que en la plaza de la Revolución se ha vapuleado y ejecutado a un sinvergüenzuro contrarrevolucionario que se vendió al capital extranjero. Eso viene muy bien a nuestro sistema.

El negro asintió.

—¡Y recoge eso! —gruñó, señalando al cuerpo de Heriberto.

Mientras Alberto estaba desayunando, la amable Omara estuvo haciéndole la habitación. Después, se quedó allí trabajando en todo lo nuevo que había oído y aprendido, en pos de su novela, de la nueva narración que tenía que preparar sobre la isla, satisfecho de que fuera a escribir una trama que comulgara los intereses de su presidente con los suyos personales.

Se dio cuenta de que ahora, desde que sabía que el sábado iba a estar con ella en la excursión marina, a miraba con unos ojos muy diferentes e intentó adivinar cuáles serían sus medidas completamente desnuda, que era su mayor aspiración antes de que el domingo despegara el vuelo hacia Madrid.

«Realmente —pensaba, expectante— no me queda en La Habana más que hacer, ver esta noche a Asnaldo Cortiza e intentar acostarme con la camarera. Lo primero seguro que pasará hoy, lo segundo, espero que el sábado por la tarde, después del buceo».

La mañana pasaba y su cabeza se hallaba con la agitada mezcla que la ciudad le había deparado. Miró el reloj y vio que era la una del mediodía. Pensó que, antes de comer, le vendría bien darse un baño y bajó a la piscina para nadar y tomar el sol. Necesitaba las dos cosas, para refrescarse y para tomar un poco de color, que después de tantos días en el Caribe iba a regresar a Madrid con una tez demasiado pálida. Allí pensó que la idea de citarse con las dos prostitutas que conoció, Beylin y Luré, iba a ser un poco más complicada y que tenía a su disposición a una chica maravillosa, que hacía el amor como ninguna y que además siempre le visitaba acompañada de una bandeja con exquisita comida. «Y todo eso —terminaba de razonar— sin moverme incluso ni de mi cama».

Y eso fue lo que hizo. A la hora de comer llamó al servicio de habitaciones y, dos horas después, la chica se marchaba con sus billetes en el bolsillo de su chaqueta, y él se quedaba con muy poco dinero menos, pero con todo su apetito y ego plenamente satisfechos.

Después de la siesta se levantó y fue a la caja de seguridad, estuvo tentado de anotar en el diario todo lo que había hablado, tanto con Roselio Milián en Cojímar, como con Toribio y Asnaldo en el sótano de la calle Lamparilla, pero recordó que le habían dicho que en

Madrid tendrían nuevas reuniones para tratar en profundidad todos los aspectos relativos a la organización clandestina, por lo que entendió que no tenía sentido tomarse la molestia de ponerse ahora a escribir.

Así, fue discurriendo la tarde hasta llegar al momento de la cena. Se arregló para dirigirse a una pizzería próxima y tomar unos espaguetis con langosta que tanto le gustaron cuando fue con Luré, y que no había vuelto a probar.

Serían las diez de la noche cuando se metió en la cama. Programó la alarma del móvil para las tres menos diez de la madrugada.

La ciudad de La Habana pronto iba a iniciar un silencio cómplice para la ocasión.

94

A la misma hora que el día anterior, Alberto cerró la puerta de su habitación con sigilo y bajó a la recepción por las escaleras. El hotel seguía totalmente dormido y los pasillos tenían una luz de penumbra.

Cuando llegó al vestíbulo se sorprendió al ver a otra persona diferente. Había algo nuevo: este hombre no estaba en una habitación del interior de la recepción, sino que se encontraba de pie paseando por detrás de las grandes puertas de cristal de la entrada. Se dirigió a él:

—¡Buenas noches! señor —saludó el vigilante.

—Buenas noches. Querría salir a dar un paseo. Me han dicho que La Habana por la noche es preciosa —se le ocurrió decir al escritor.

—Muy bien, y además se lo han dicho con razón. Nuestra ciudad gusta a todas las horas del día y de la noche, ¡cómo no! Lo que ocurre es que no todas las zonas son igual de seguras. ¿Por dónde piensa ir?

—Por aquí cerca —siguiendo lo que le habían advertido, no quiso dar pistas sobre su destino.

—No, se lo digo porque, según donde vaya, le puedo prevenir para que no tenga ningún problema.

—Ahora veré —un soplo de intuición le decía a Alberto que no tenía que revelar a nadie ni siquiera la zona de la ciudad donde iba a celebrarse el encuentro— de momento me quedaré por el Parque Central.

—Muy bien. ¡Que disfrute!

Cuando fue a salir por la puerta, el vigilante se acercó a su oído y le susurró:

—Me dijo mi compañero que estuvo anoche de turno, que usted era muy generoso.

El escritor comprendió enseguida a qué se refería y sacó de la pequeña cartera que llevaba un billete igual al que dio la noche anterior, y que llevaba preparado para la ocasión. «Este, a diferencia del de ayer —pensó— me lo ha pedido directamente».

Le abrió la puerta y vio cómo el escritor torcía a la izquierda según salía.

Al verlo abandonar el hotel, alguien que llevaba toda la noche en vela desde algún lugar del Parque Central llamó a la plaza de la Revolución.

El portero del hotel no tardó más que segundos en correr literalmente hacia el despacho del director, que se había quedado a pasar la noche allí.

—¡Señor Gilberto! —chilló según entró, sin llegar incluso a llamar antes de abrir la puerta— ¡Señor Gilberto!

Gilberto Oñate se había quedado traspuesto en su mesa, frente a las pantallas de televisión de circuito cerrado que controlaban alternativamente diferentes estancias del hotel. Al oír al vigilante, pegó un brinco en su sillón:

—¿Qué pasa? —la somnolencia le había provocado cierta desorientación.

—La persona que usted me había indicado acaba de salir por la puerta.

—¿Para dónde ha ido? —preguntó, mientras se iba componiendo.

—Según salió, torció a la izquierda. Le intenté sacar para qué zona iba, pero no quiso decírmelo. Dijo que de momento iba a quedarse por el Parque Central.

—¡Seguro que es mentira!
—Por cierto, tal y como me anunció, le he pedido astilla y me lo ha dado sin rechistar, y además, ¡mire!

Según decía estas palabras le mostraba el billete que le había dado.
—Quien da una cantidad así, es que tiene algo que ocultar. ¡Voy a telefonear y tú vuelve al lobby, por si aparece!
—¡Muy bien, señor Oñate!
Cuando el vigilante fue a salir por la puerta, se volvió hacia su jefe y le preguntó:
—¿Qué hago con el billete?
El director, que ya tenía el teléfono en la mano, le contestó bruscamente:
—¡Quédatelo, y vuelve a tu sitio!
El empleado del hotel Presidencial volvió corriendo hacia su puesto de trabajo, con la satisfacción de haber prestado a la Revolución un buen servicio y, de paso, muy bien retribuido.

Mientras tanto, el hombre que desde la calle había visto salir al escritor había hablado con su jefe:
—No le sigas —ordenó el teniente Gálvez— pero mira bien por dónde va. No quiero que sospeche. Tengo la sensación de que este tipo nos va a llevar a un peje muy gordo. Y hay que pillarlo amasando.
Cuando Gilberto llamó a Monaga, este ya estaba al tanto del movimiento del hombre y había iniciado todo el proceso previsto, que incluía la comunicación nada más y nada menos que con el mismo Alejandro Tuero.

No tardó más de diez minutos en llamar a otras tres personas, entre ellas al jefe de la Sala Central de Vigilancia, donde coordinaban todas las cámaras que estaban situadas en las calles de La Habana. Las que el gobierno tenía instaladas en lugares tales como hoteles, aeropuertos, estaciones de tren o edificios públicos, estaban vigiladas por los propios responsables de cada uno de los centros.
En menos de veinte minutos tenía montado un operativo en el que se habían movilizado a más de cincuenta personas, todas ellas pertenecientes a las Tropas Especiales, llegadas directamente desde su

cuartel de Miramar, tanto en actividades de presencia, como de visionado de cámaras de televisión.
—Monaga, en treinta minutos nos reunimos en mi despacho. Vamos a montar una barrida.
—Sí, compañero —contestó el capitán a Alejandro Tuero.
—Este anticomunista nos va a llevar a alguien, seguro. ¡Aquí hay gato en jaba! No quiero un solo baleo. Quiero que se identifique dónde está, con quién está y se le recoja con la excusa de que le tenemos que salvar de una peligrosa red internacional. Pero repito, no quiero una sola bala. Si alguien abre fuego quiero su nombre.

95

Alberto se sobresaltó cuando bajó al sótano de la calle Lamparilla y se encontró a dos personas más que la noche anterior.
—Señor Rodríguez, aquiétese, quiero presentarle a dos eficientes colaboradoras que seguro le va a interesar conocer de cara a la novela que le estamos pidiendo que escriba. A mi izquierda está la doctora Caridad Cortés, que trabaja en el Ministerio de Industria Básica. Y a mi derecha le presento a Dulce María Barros, que ocupa un importante cargo en el Ministerio para la Inversión Extranjera y Colaboración Económica. A Toribio Duna ya le conoce.
Una vez se estrecharon todos la mano, Alberto comentó:
—Entiendo que todos ustedes son también ascensores.
—Nosotros ya sabe que decimos elevadores —aclaró Caridad, sonriendo.
—No termino de acostumbrarme a la palabra —reconoció el escritor.
Con una seña de Asnaldo los cinco se sentaron alrededor de una mesa en aquella tenebrosa habitación, muy poco iluminada por una bombilla de escasa potencia que, solitaria, colgaba del techo. Alberto se preguntaba si aquel sería el lugar para cambiar un país, aunque tenía que recordar que todos ellos trabajaban en la más absoluta clandestinidad.
—Tampoco tenemos hoy toda la noche —recordó el doctor Cortiza. Si

le parece, señor Rodríguez, vamos a empezar. Les he pedido a dos compañeras que vinieran para contarle algo más de los planes que tenemos preparados para cuando muera Fidel Castro. Ya le dijimos ayer que nuestra organización no tiene puesta la mira en Estados Unidos, y eso que estaríamos encantados de que por primera vez en la historia aterrizara en el José Martí el *Air Force One*, sino en Europa y sobre todo en España, para que nos apoyen cuando llegue el momento. Las medidas políticas que tenemos previsto tomar si, como pensamos, uno de nosotros consigue ganarse la confianza del órgano que se cree para el traspaso de poderes, se las va a comentar la doctora Cortés.

Según Asnaldo dijo esto, Caridad Cortés, una mujer delgada, morena de pelo largo sujeto con horquillas, dotada de una voz ligeramente ronca, tomó la palabra:

—Señor Rodríguez, lo primero que nos tenemos que ir ganando es la credibilidad de los países democráticos. Y eso lo tenemos que conseguir aperturando el país a la libertad de expresión. Iremos dando pasos poco a poco. Tenemos previsto empezar a emitir películas cubanas hasta ahora prohibidas en nuestro país, así como otras que tenemos preparadas para su emisión, producidas por España, México y países hispanoparlantes. Autorizaremos la entrada en la televisión de otras opiniones diferentes a las revolucionarias, siempre en línea con lo que queremos hacer en el futuro, sin cuestionarnos el pasado. La apertura en los noticieros de los medios de comunicación masivos, lo consideramos fundamental. Daremos amnistía a todos los presos políticos que se hacinan en las cárceles castristas y empezaremos a gestionar la llegada de mandatarios extranjeros para lavar la imagen de aislamiento que vivimos hoy en día.

Alberto ponía sumo interés en todo lo que le contaba esta nueva persona que acababa de conocer.

—Las medidas económicas tienen una trascendencia vital —intervino Dulce María, que hasta el momento había permanecido callada—, y las tenemos que poner negro sobre blanco. Tenemos que devolver la propiedad privada que la Revolución expropió impunemente a sus dueños. Si no hacemos eso, nunca se entenderá que Cuba quiera ser

un país libre y democrático. Además, si no retornamos las propiedades, jamás entrará en la isla el dinero que necesitamos. Ya tenemos acuerdos secretos con determinados consejos de administración de empresas españolas, para que realicen inversiones importantes en plantas de ensamblaje industrial. Aquí, la mano de obra será mucho más barata que en Europa, y las ventajas estratégicas de nuestro país son innegables. Tenemos que liberar nuestro control aduanal.

El escritor estaba dándose cuenta del calado de este grupo. No podía imaginarse que en una isla totalmente tomada por un poder absolutista se hubiera conseguido crear una organización tan importante, capaz de poder transformar el destino de todo un pueblo.

—Las inversiones extranjeras vamos a realizarlas en régimen de concesión, así el cubano nunca sentirá que vendemos su país, y el inversor tendrá cien años para amortizar su dinero —explicó Dulce María, que acompañaba sus palabras con unos ágiles movimientos de manos, como si fuera una prestidigitadora durante una actuación.

—Puede decirse con ello que todos contentos —intervino Asnaldo.

Dulce María seguía hablando:

—Tenemos establecidos también acuerdos con empresas alemanas, francesas y españolas para la construcción de diferentes complejos hoteleros, así como marinas deportivas, pero siempre, y repito esto, en régimen de concesión. Mi *tío* ha explotado durante muchas décadas el concepto de *Patria* y ahora no podemos venderla si queremos contar con un amplio apoyo popular.

—Me imagino que una concesión a tan largo plazo —razonó Alberto en voz alta — no será obstáculo para el inversionista.

—¡Ninguno!, lo tenemos hablado —aclaró Caridad Cortés.

—Hemos gestionado con Bruselas —siguió exponiendo Dulce María— unos préstamos para realizar un crecimiento sostenido de los tres sectores productivos, así como para fomentar la extracción de níquel, la compra de pescadoras para aprovechar los bancos que hoy en día están ahí, esperando a que vayamos a por ellos y, por supuesto, redimensionar el rendimiento de la industria azucarera.

—Hoy somos un país en el que un tercio de nuestras exportaciones lo

constituyen productos básicos de alimentación, y eso hay que cambiarlo —aseguró Caridad.
—Veo que lo tienen todo pensado —confesó Alberto.
—No sé si todo, señor Rodríguez —intervino de nuevo el viejo doctor —, pero créame que aunque en lo aparente sea teoría, ya hay avances con muchas instituciones españolas, no en vano, España es el segundo suministrador cubano.
—Tenemos que mejorar —siguió diciendo Dulce María— la competitividad, algo que hoy en la isla no existe. Hay que suprimir la coexistencia de dos tipos de monedas diferentes. Eso es una humillación para el cubano y un desconcierto para el visitante.
—Por la calle no puede haber dos clases de personas según la moneda que lleven en el bolsillo —aseguró Asnaldo—. Eso no pasa en ningún país y Cuba no puede ser una excepción.
La conversación continuaba entre los cuatro, porque Toribio no hacía nada más que mirar y asentir cuando correspondía.

96

Entre Monaga y Gálvez habían situado estratégicamente diferentes unidades del Departamento de Operaciones Especiales sin que tuvieran ninguna noticia de dónde podría estar el escritor español. «Parece que se lo ha comido la tierra», pensaba Monaga, pero no se atrevía a decirlo en voz alta delante de Tuero, desde cuyo despacho coordinaban a todos los hombres.
—¿Han dicho algo en donde las cámaras?
—Nada. Parece que ha ido por otro sitio, porque está fuera del plano de la que lo detecto ayer.
—No es tan fácil tener lugares donde reunirse clandestinamente con un extranjero sin que lo haya advertido algún delegado del *CDR* — insinuó Tuero.
Monaga pensó en lo que le pasaría a ese delegado si el encuentro al que asistía el escritor español se celebraba en una de las casas bajo su responsabilidad.

En ese momento sonó su teléfono móvil. Por el número, Monaga comprendió que venía del director del hotel.

—¡Capitán!, acaban de llegar los de los perros —informó Oñate.

Un grupo de tres guardias uniformados totalmente de negro, procedentes de la Escuela Nacional de Técnica Canina, hacían su aparición en el vestíbulo del hotel Presidencial que, por la hora, seguía totalmente vacío. Velozmente subieron las escaleras hasta la tercera planta donde Alberto tenía su habitación, acompañados del director, que llevaba una llave magnética maestra. Los nerviosos canes imprimían una siniestra apariencia a aquel grupo. Irrumpieron en la misma y uno de los policías abrió rápidamente el armario incitando a los perros a que olieran las ropas que allí permanecían colgadas. También olfatearon la mesa donde tenía situado el ordenador personal y la cama, que estaba deshecha.

Antes de que todos salieran, sin que en ningún momento pronunciaran palabra, Gilberto comprobó que la habitación se había quedado igual a como la habían encontrado, cerrando el armario tras de sí.

Ya en la calle, los tres perros se dirigieron hacia la izquierda, expresando sus adiestradores la satisfacción por lo que parecía el encuentro claro del rastro de la persona a la que buscaban.

Gilberto se dirigió hacia su puesto y, tomando el teléfono, llamó a la plaza de la Revolución:

—¡Capitán!

—¡Dime Oñate!

—Acaban de salir los perros y se dirigen hacia La Habana Vieja.

Una vez colgó, Monaga se dirigió hacia su jefe:

—El hijo de puta está en la Habana Vieja. Como allí las calles son mucho más pequeñas y con tanta asquerosidad, va a ser más difícil que los perros encuentren la pista.

—Tranquilo, vamos a esperar —dispuso Alejandro Tuero, con una parsimonia que envidiaba su interlocutor—. Yo confío en todos los cubanos, incluso en los perros, para pescar a ese resbaloso. Por lo pronto, acordona la zona.

Monaga tomó el teléfono y empezó a lanzar un torrente de órdenes a Gálvez:

—Envías una mona a cada una de las cuatro plazas más importantes: la de Armas, la de la Catedral, la de San Francisco de Asís y la Vieja. ¡Que vayan con cuatro policías! A lo largo de Muralla, pones una pareja en cada esquina y lo mismo haces en la avenida de las Misiones. Lo que está claro es que en barca no va a abandonar La Habana Vieja pero, por si acaso, alerta a la perseguidora náutica del puerto para que identifiquen a todo lo que flote y se esté moviendo. Llama también a los del Museo de la Revolución, para que despierten a todos sus hombres y que comprueben la identidad de cada persona que pase por la calle.

La voz de Monaga se mantenía firme y parecía que toda esa corriente de mandamientos los tenía interiorizados como si ya los hubiera impartido con anterioridad o si, por el contrario, formaran parte de uno de los múltiples planes previamente diseñados desde la plaza de la Revolución.

—Gálvez —seguía el capitán—, que los hombres que van con los perros tengan una patrulla de seis personas, y que vayan bien armados. No sabemos junto a quién puede estar ese pendejo.

Parecía que la cadena de órdenes no tenía fin.

—Y envía a dos carros patrulleros al Parque Central. Uno de ellos en la puerta del hotel Presidencial.

Alejandro Tuero, que permanecía con una apariencia muy tranquila, veía actuar a Monaga y no podía dejar que se le escapara una pequeña sonrisa.

—Igual ese tarruo nos va a llevar a algo bueno. Ya verás lo que te estoy diciendo. Por cierto Monaga, si hay premio, arriba se sabrá, y ya sabes cómo recompensa nuestro Comandante a los que son eficaces en el tratamiento de los individualistas y anticomunistas.

Monaga, que se encontraba en una situación de extrema tensión, agradeció con la mirada las palabras de Tuero, pero seguía atentamente con los dos teléfonos que le habían dispuesto en el despacho del piso doce.

—¿Cómo van los perros?

Su interlocutor le contó que habían hecho tres grupos y que caminaban por las calles Empedrado, O´Relly y Obispo dirección oeste

a este, peinando toda la zona.
—Señor —le anunció uno de ellos por teléfono— me dicen que el perro que va por Obispo se encuentra más excitado.
—¡Dejen Empedrado y O´Relly y pasen a las dos paralelas hacia el sur!
Colgó el teléfono y se quedó pensativo. Dirigió la mirada a Tuero:
—¿Cuales son las dos paralelas al sur desde Obispo?
—Obrapía y Lamparilla. ¿En dónde tú tienes la cabeza? —le preguntó tranquilamente Alejandro.

97

La presencia de los animales había provocado los ladridos de todos los perros de la zona, dando un inusual concierto que puso en guardia a la mulata teñida de rubio que vigilaba desde el primer piso de la calle Lamparilla donde en su sótano se celebraba la reunión.
Se asomó al balcón y, al ver al fondo de la calle cómo se acercaba corriendo un grupo de hombres siguiendo a un perro que iba olfateando todas las puertas de la acera donde se hallaba la casa, bajó corriendo por las escaleras.
—...recuerde, señor Rodríguez, —le decía Asnaldo— que todo lo tenemos que encajar dentro de la mentalidad de nuestra población. No solo se trata de Cuba, se trata de los cubanos, ese es el mensaje que tenemos que transmitir... —el estrépito de una persona bajando las escaleras a toda velocidad lo enmudeció.
—¡Viene la policía con los perros! —exclamó la mujer, con el terror marcado en su rostro.
Los cinco que estaban en la habitación se pusieron en pie como por obra de un muelle que cada uno tuviera en su asiento. El único que habló fue precisamente el escritor.
—¡Iris! —Alberto la había reconocido.
—¿Conoce usted a mi nieta? —preguntó Asnaldo— Es la novia de Toribio.
—Quisimos contactar con él por medio suyo —intervino el ayudante, según torcía la cabeza hacia Alberto— pero la policía lo impidió.

El resto de los presentes se miraban entre ellos con angustia.
—No me dejaron citarle y tuvieron que intervenir las jimaguas —aclaró Iris.
—¡Tiene que irse de aquí! —ordenó Asnaldo.
—¿Y ustedes?
—No se preocupe. ¡Corra!
—Asociaciones socialistas envían sus azuzadores profesionales —recitó Toribio, lacónico.
—¿Y eso?, ¿es una frase suya? —preguntó Alberto según había pisado ya el primer escalón.
—No, también es una frase de Martí.
Subió rápidamente las escaleras acompañado de la chica.
—¡No!, por ahí no —advirtió ella, señalándole una puerta cerrada que había a la derecha— por ahí es por donde ha entrado y da a Lamparilla. ¡Vamos por esta otra!
Abrió la puerta y encendió la luz. Tenían ante sí un largo pasillo, débilmente iluminado, donde al final parecía encontrarse otra puerta. Los diez o doce metros que habría de distancia los cubrieron los dos a la carrera. Al llegar, Iris introdujo la llave que tenía en su mano y abrió el portón.
—Es un taller de serigrafía. ¡Vamos!
Cruzaron las mesas de trabajo, donde había grabados a medio pintar, y por fin llegaron a otra puerta, que tenía la llave puesta en la cerradura. La chica la abrió diciéndole con la mano que esperara. Los ladridos de los perros parecía que se oían ahora más lejanos.
Franqueó la puerta que daba directamente a la calle y le dijo en voz muy baja:
—Esta calle es Compostela. A la izquierda está Lamparilla. Vaya por la derecha y cuando llegue a la siguiente, que es Amargura, tuerza a la derecha y llegará al Parque Central.
Se dijeron adiós con la mirada inmediatamente antes de que Alberto saliera al exterior dejando allí a las cinco personas.
Una vez estuvo en la calle cumplió al pie de la letra las indicaciones de Iris, y continuó andando, muy deprisa, pegado a la pared de las casas. Miraba a todos los sitios y creía que en el umbral de cada una

de las puertas por las que pasaba podría estar alguien apostado. Creía que lo miraban desde los balcones. Creía oír los ladridos más próximos. El miedo le tenía atenazado y notaba el ostensible temblequeo de sus piernas, que se hacía más patente con su apresurado trote.

No tuvo que andar mucho cuando oyó un silbato seguido de una voz que le conminaba a detenerse. Hizo caso inmediato y, en unos instantes, una patrulla de dos hombres a la carrera se situó a su lado. Uno de ellos llevaba una ametralladora colgada del hombro y el que lo llamó portaba una pistola fuera de su funda, sujetando un intercomunicador en la otra:

—¿Nos permite la identificación, caballero?

—Lo siento, pero lo único que tengo es la tarjeta magnética del hotel donde estoy alojado —contestó Alberto con una voz temblorosa.

Hasta ese momento todo le había parecido a Alberto muy divertido y se sentía protagonista de una película de espías, pero cuando vio bajar por las escaleras la desencajada estampa de la chica, con los ojos abiertos al máximo, toda la gracia que le hacía vivir esa situación se vino abajo como si fuera un castillo de naipes y afloró su verdadera personalidad, miedosa y asustadiza.

—¿En qué hotel se hospeda?

—En el hotel Presidencial, aquí en el Parque Central —detalló—. Estoy en la habitación 312 y llegué el pasado día veintiuno de abril...

—¡Cállese! —ordenó el que parecía mayor, que era el que llevaba la pistola en la mano.

Mientras su compañero miraba en todas direcciones, Alberto no podía parar de contemplar de reojo las armas que portaban.

El policía llamó por el intercomunicador:

—¡Tenemos con nosotros a un turista! Dice estar en el Presidencial.

Apartó el aparato de la oreja y le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Alberto Rodríguez García. Soy español. Natural de Madrid, con número de pasaporte...

El policía le mandó callar con la mano, a la vez repetía el nombre que acababa de escuchar.

El mismo Alberto pudo oír cómo le decían que acompañaran a su hotel a la persona que habían encontrado.
—Señor me dicen que tenemos que acompañarle a su hotel.
—Muy Bien —concedió, sin rechistar.
Mientras caminaban los tres por la calle Cuba pudieron oír cómo los ladridos de los perros se habían incrementado al escuchar la detonación de un arma de fuego.
—¿Y eso? —preguntó aterrado por aquel sonido que, a pesar de lejano, se le había clavado en sus oídos como un punzón.
—No sé, tal vez algún contrarrevolucionario —respondió escueto el hombre armado.
Cuando llegaron al Presidencial, en el vestíbulo podía apreciarse un panorama completamente diferente al que había dejado cuando se marchó con sigilo, no haría ni una hora. En los soportales pudo contar varias patrullas de hombres totalmente vestidos de negro, fuertemente armados, alguno de ellos con pastores alemanes sujetos por sus correas, que no paraban de ladrar. Igual sería una sensación suya, pero Alberto pensaba que todo el mundo le miraba y que era a su persona a quien ladraban los animales.
El director se encontraba de pie en la calle junto a la puerta de entrada:
—Señor Rodríguez ¡tremenda alegría por verle!
—¿Qué ocurre? —preguntó Alberto.
—Parece ser que han encontrado a un grupo de anticomunistas y nos han pedido que no salga ninguno de nuestros huéspedes a la calle. Me alegra mucho que usted esté aquí en este instante, ya con nosotros.
—Había salido a pasear un poco —se excusó, con torpeza.
—Yo le pediría que hasta que no se aclaren las cosas no salga del hotel, por lo menos sin protección.
—No se preocupe, de momento voy a subir a mi habitación, ¿puedo?
—Por supuesto, ¡esta es su casa! Si quiere salir, dígamelo que le pondremos seguridad. En La Habana últimamente se ha detectado la presencia de grupos de indeseables y el gobierno quiere protegernos a todos, especialmente a ustedes que nos visitan.

Procurando que no se notara la endeblez de sus piernas, Alberto

se dirigió despacio hacia los ascensores. Atrás quedaba una recepción donde podía contar cuatro policías, dos de ellos armados con un subfusil automático apoyado a la cadera. En la calle todavía centelleaban las luces azules de los coches de policía. Le parecieron unos macabros juegos luminotécnicos.

En la plaza de la Revolución un hombre respiraba cierta tranquilidad. Hablaba por teléfono y, cuando colgó, se dirigió hacia el dueño del despacho.

—Señor Tuero, ya le tenemos en el hotel.

—¿Y si le da por salir a pasear otro rato? —aventuró, con una sonrisa irónica.

—No lo hará. ¡Seguro! Me ha dicho Gilberto Oñate que le temblaba la voz al hablar y que parecía costarle trabajo articular palabra. Dudo mucho que le queden ganas de volver a dejar el hotel.

—¿Y ya está?

—No, han encontrado a cinco. Una jinetera, dos hombres y dos mujeres.

—¡Qué interesante! —consideró Alejandro, según se reclinaba en su asiento—. ¡Qué interesante!

98

Aunque intentó dormir algo desde que volvió a su habitación, Alberto no fue capaz de cerrar los ojos ni un instante. Notó que seguía teniendo miedo, que todavía veía a aquella chica bajando las escaleras con la cara pálida, alertando de la presencia en la calle de la policía con los perros. Su expresión persistía en su memoria pues los ojos de Iris reflejaban su propio terror.

Por otro lado, no paraba de dar vueltas a todo lo que le habían contado durante la noche aquellas personas, desde Asnaldo a su ayudante Toribio. Pensaba en el taxista de Cojímar y en las gemelas del Museo. Le estaban demostrando la pavura en la que tenían que vivir todos los cubanos que no opinaban lo mismo que la Revolución. Esa que no había sido capaz de conseguir que sus ciudadanos vivieran

con la suficiente libertad como para no poder exponer sus ideas en otro lugar que no fuera un lúgubre sótano a altas horas de la madrugada para evitar ser descubiertos. «Por cierto —pensó— ¿cómo llegó la policía hasta allí?»

Fue en ese momento cuando recordó que el vigilante del hotel le preguntó con cierta insistencia hacia dónde tenía pensado dirigirse. «¿Y si ha sido él?», especuló. Luego se acordó de las cámaras de vigilancia que había visto en muchas esquinas de la ciudad.

Alberto seguía teniendo miedo. Daría cualquier cosa por estar en el avión rumbo a Madrid. La Habana le parecía una trampa y tenía una extraña sensación, alimentada por todos los hechos que se sucedían continuamente.

Se acordaba de su mujer. Miró el reloj y comprobó que eran las ocho de la mañana y que llevaba dando vueltas en la cama más de tres horas sin ser capaz de poder dormir ni un instante. Pensó en llamar.

Se dirigió al servicio. Le sorprendía el olor peculiar que ahora tenía. Con la duda sobre a qué olería la estancia, se acercó a la mesa y tomó el teléfono.

No tuvo que esperar mucho para que lo descolgaran:

—¡Alberto, qué alegría! ¿Pasa algo?

—Lo único que pasa es que el domingo voy a marcharme de aquí rumbo a nuestra cama.

Sofía, que estaba junto a otras personas de su trabajo, intentó mantener la compostura.

—¿A qué hora?

—No lo sé todavía, pero se ha interesado por mí el director del hotel y va a conseguirme el billete. Estoy como loco por volver a verte.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí, ¡como loco! Este viaje va a ser el último que hago sin ti.

—¿Seguro que no te pasa nada? —quiso asegurarse la mujer.

Alberto realizó una espontánea declaración de amor que extrañó sobremanera a Sofía. Terminó diciéndole que la llamaría al día siguiente para informarla de la hora de llegada a Madrid.

Los dos rieron. La intensidad afectiva entre ambos había ganado con la distancia y Alberto ya no recordaba aquella mujer tan indiferente,

tan insensible, tan inexpresiva en el amor, como había sido Sofía. Quien no los conociera parecería que había asistido a una conversación de una pareja de adolescentes enamorados. O, quizá por la edad, de dos amantes furtivos que tienen que estar planeando ese nuevo encuentro que, como todos, será la antesala del manifiesto de una pasión oculta.

Era viernes y se marcharía el domingo. Ya no eran días lo que tenía que esperar en La Habana, sino horas. De repente le vino a la cabeza la pregunta que le había hecho su mujer y pensó si no sería muy pronto para ir a ver al director del hotel y averiguar la situación de su vuelo para el domingo.

Gilberto Oñate lo recibió muy afectuoso en su despacho. El hombre se mostraba cansado pero satisfecho.

—Buenos días, señor Rodríguez. ¡Pase por favor! ¡Siéntese!

Alberto agradeció el ofrecimiento y tomó uno de los dos asientos de confidente.

—¡Qué pronto le veo levantado! ¿Ha podido dormir algo?

—Si le digo la verdad, no he conseguido pegar ojo ni un instante.

—¿Y por qué quiso salir tan de noche?

—Tenía ganas de dar una vuelta, y quería conocer La Habana de madrugada.

—Vivimos en una ciudad muy segura, pero también podemos estar expuestos a que algún extranjero altere el pacífico convivir que nos brinda el socialismo.

Alberto escuchó paciente la retórica de Gilberto y después le preguntó lo que deseaba averiguar:

—¿Tiene ya mi billete?

—¿Su billete?

—Sí, mi billete de vuelta a España —el escritor no comprendió la pregunta del director.

—¡Ah, su billete! sí, esto..., ¡ya está solucionado! Parte usted en un vuelo que sale el mismo domingo por la mañana, directo a Madrid.

—¿A qué hora?

—¿La hora?

—Sí, la hora a la que sale el avión.

—¡Ah!, ¡la hora! Sí, me lo tienen que confirmar, pero es por la mañana.

—¿Pero no se lo tienen confirmado?

—No, vamos a ver. Está confirmado el que usted tiene billete para ese vuelo. Lo único que tienen que decirme, que no sé, es a que hora parte del José Martí.

—¿Y cuándo lo sabré? —Alberto no entendía las imprecisiones de su interlocutor.

—Si puedo se lo digo después. ¿Va a salir del hotel?

—No lo sé.

—Si me permite, tenía previsto invitarle a comer nuestro menú especial.

—Ya van a invitarme mañana a la excursión en el barco.

—Sí, señor Rodríguez, pero esta noche le hemos procurado demasiadas incomodidades y sería una atención del hotel y de todo Cuba.

—Hoy es mi último día en la isla y querría comprar algunas cosas.

—La tienda del lobby la tiene a su disposición. No tiene nada más que entrar y coger lo que quiera. Es lo mínimo que podríamos hacer por usted.

Al salir, Alberto iba sorprendido por la cantidad de agasajos que recibía del hotel: la excursión en el barco, el menú especial, la tienda del hotel. Pensaba que no se merecía tanto. Al fin y al cabo, era un vendedor de coches que pasaba unos días de descanso.

Aún así, le extrañaban las contestaciones que le había dado sobre su billete de avión. Le había visto inseguro, dubitativo. No le dio respuestas muy concretas. No entendía que, a cuarenta y ocho horas de partir, todavía no supiera la hora del vuelo.

Tampoco le quiso dar mucha importancia y se dirigió al restaurante.

La noche también había sido larga en el piso doce de la plaza de la Revolución, pero Alejandro Tuero parecía tener una infinita capacidad de resistencia. Hacía unos instantes había recibido la llamada de Walfrido para informarle que había terminado completamente su trabajo.

Ahora los dos se encontraban delante de la pantalla del ordenador donde Tuero leía los últimos párrafos que todavía desconocía.

Atentamente iba escrutando línea a línea y asintiendo con la cabeza, señal que era recibida por Walfrido como una verdadera bendición. Ya no recordaba desde hacía cuanto no había dormido más de dos horas seguidas pero, al final, había conseguido terminar la responsabilidad que la Revolución le había encomendado y, por lo visto de momento, con éxito.

—¿Cuántas páginas son? —preguntó, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Trescientas treinta y ocho.

—Bien. Está dentro del número ideal según los estudios que han hecho en Barcelona. Estos capitalistas tienen todo estudiado y saben hasta cuál es la dimensión óptima de una novela —afirmó, mirando a Walfrido y quitando unos instantes los ojos del ordenador—. Me dijo aquel hombre que entre trescientas y cuatrocientas cincuenta, y tú lo has clavado.

La cara cansada de Walfrido Riva agradecía las palabras que, viniendo de Tuero, alcanzaban una dimensión casi de imposición de condecoración.

Prosiguió la lectura y de vez en cuando dibujaba en su rostro una leve sonrisa, que alternaba con unos movimientos de aprobación.

—¿Has repasado toda la acentuación?

—Sí, y también el léxico.

—De acuerdo —repuso, sin parar de leer.

Al cabo de un rato se separó del ordenador poniendo los ojos en el joven:

—¡Muy bien! Esto se ajusta perfectamente a lo que queremos. ¡Has hecho un gran cometido!

—Gracias, señor Tuero.

—Has trabajado duro. Vas a ir a una casa de estímulo.

—¡Gracias señor!

—Voy a tramitar para que te vayas unos días con la compañía que quieras. ¡Tú eliges el destino!

—¡Oh, gracias!

—Por nada Walfrido. Prepárame dos copias impresas y dos en disco.

Para terminar la reunión, sentenció con absoluto convencimiento:

—A esto no hay que añadirle ni una coma.

Una vez se hubo marchado Walfrido, tomó el teléfono para hacer dos llamadas. La primera era a Lucila, a la que ordenó que se presentara ante él inmediatamente. La segunda fue al Comandante.

100

A los pocos minutos de entrar en el restaurante, Marcia se acercó a Alberto con las jarras de café y leche. Los últimos sucesos habían retraído su libido y ahora no veía a la camarera con los mismos ojos que cuando la recibía en su habitación. Siempre le resultó paradójico acostarse con una mujer tan pequeña como era Marcia en un lecho de las dimensiones que tenía en su habitación en el Presidencial.

Por otro lado, los nervios vividos la noche anterior le habían conducido a una extraña unión mental con su mujer, y ahora se sentía culpable de todas las infidelidades a las que había sometido a la persona con la que se había propuesto tener un hijo que perpetuara un matrimonio que quizá, en las últimas fechas, podrían haber tenido los dos un tanto cuestionado. «¡No!, todo eso ya terminó», aseguró. Lo que faltaba era decírselo a la muchacha.

—Hoy no nos podemos ver.

—¿Y eso, por qué? —preguntó la chica en voz baja y mirando alrededor.

—Es que no puedo, ya te contaré. Vamos a dejarlo para el domingo por la noche. ¿Qué te parece si en ese momento llamo al servicio de habitaciones y me subes las dos cenas? —propuso,

guiñándole un ojo— ¿Estarás?

—Sí, estaré.

—Pues lo hacemos así.

Marcia se fue resignada, sin saber muy bien por qué ahora tenía que esperar al domingo para ingresar un dinero que para ella, para su padre, era imprescindible. Hacía bastantes semanas que no encontraba a ningún turista con el que tuviera una relación como la que tenía con Alberto, que le producía buenos ingresos sin tener que salir a la calle a buscarlos. Ella, que además sabía que tenía muy mala comparación con otras mujeres cubanas y, más aún, si las diferencias se medían en centímetros.

Alberto no quería contarle a la chica que iba a marcharse el domingo, porque entendía la entristecería. Pero también pensó que a La Habana llegaban todos los días miles de turistas, y que lo que ella encontró con él no le costaría mucho trabajo encontrarlo con otro hombre. Los dos sabían que era una relación con un final cierto en el tiempo.

La tienda de turistas fue el destino de Alberto nada más abandonar el restaurante. Comprobó que todavía permanecía cerrada. Tenía sueño y el desayuno no había hecho más que incrementarlo, por lo que optó por subir a la habitación a intentar dormir algo, aunque no fuera hora para ello.

Cuando entró colocó en el pomo de la puerta el cartel rojo que indicaba a las camareras que no molestaran al ocupante, e intentó dormir un poco. «Era curioso, era la tercera vez que se metía en la cama en la misma noche», pensó.

Aún con el olor que habían dejado los perros en su habitación, y que él seguía sin saber de dónde y de qué podía proceder, no tardó en caer rendido.

Se sobresaltó con el sonido del teléfono. Cuando lo descolgó comprobó que era mediodía y que se había pasado toda la mañana durmiendo.

—¿Diga?

—¿Señor Rodríguez? Soy Gilberto Oñate, el director del hotel.

—¡Ah, sí! Gilberto, dígame —pidió, un tanto desorientado.

—Es para anunciarle que su vuelo sale el domingo a las doce de la mañana. Me traerán el billete mañana sábado por la tarde. Al igual que cuando vino, es asiento de primera clase. ¿Qué le parece?

—Muy bien Gilberto, muchas gracias por su intervención.

—Por nada señor Rodríguez, es para mí un tremendo placer atenderlo como se merece todo turista prestigioso que nos visita.

—¿Prestigioso?

—Sí, señor Rodríguez —Gilberto acababa de darse cuenta de haber dicho algo que no debía, ya que un vendedor de coches no es de por sí un visitante prestigioso, como sí lo podría ser, por ejemplo, un afamado escritor, pero demostró tener habilidad para salir de la situación—, todo español que nos visita es siempre un turista prestigioso. Aquí queremos mucho a nuestra madre patria y todos tenemos un poco de españoles.

—Ah, sí, muchas gracias.

—Recuerde señor, que si desea bajar al restaurante, le tenemos preparado en su mesa habitual nuestro menú especial. O quizá, ¿preferiría que se lo subiéramos a su habitación?

Después de pensar unos instantes, Alberto contestó:

— Prefiero que me lo suban.

—Perfecto, ¿le parece que vaya dando orden al servicio de habitaciones?

—Muy bien —confirmó, después de comprobar por la hora que podía ser buen momento de comer— aquí lo espero.

—Un saludo, y me permito recordarle que mañana a las diez de la mañana pasarán por el hotel a buscarle para llevarle a la Marina.

Le subió la comida un camarero que se la dejó en la mesa, en la cual tuvo que hacer sitio entre tanto papel que tenía extendido. Esta vez no había sido ella quien se lo había llevado, pero no podía llamarse a engaño; era él mismo quien la había rechazado.

101

Después de comer se quedó un rato viendo la televisión y acto seguido

se asomó a la ventana para ver, una vez más, el estupendo escaparate que suponía la visión de la calle en La Habana. Después de estar un rato mirando a la gente pasar, a los turistas coger los coco-taxis, a los habaneros circular en los camellos, a los policías patrullar con normalidad, cayó en la cuenta de que, efectivamente, la ciudad presentaba un aspecto de absoluta calma. La madrugada anterior el director del hotel le había hablado de una situación muy especial, de tener que salir a la calle escoltado y con protección, y ahí no veía que ningún turista fuera, por lo menos aparentemente, con seguridad adicional.

Miró la hora y al ver la cama tan deshecha salió al pasillo a buscar a Omara. No tuvo suerte ni con ella ni con ninguna otra camarera. Volvió a entrar y cogió el teléfono para llamar al servicio de habitaciones.

Al rato, apareció una mujer a la que nunca había visto y no desperdició la ocasión para preguntar por la que al día siguiente sería su compañera de buceo:

—¿Y Omara?

—Hoy no ha venido a trabajar.

—Pero, ¿está enferma?

—No señor. Era su día libre. Le han concedido un premio por su eficiente labor y mañana tampoco va a estar. ¿La quería para algo?

Alberto negó y abandonó la estancia. Cuando llegó a la planta baja se sorprendió de ver en la puerta del hotel a un vehículo militar. Dentro, podía distinguirse la figura de varios hombres uniformados, supuso que también armados.

Según veía aquello, oyó por detrás una voz que le resultó familiar:

—¡Señor Rodríguez!

—¡Gilberto! —exclamó, al volverse y reconocerlo.

—¿Qué tal comió?

—Muy bien, muchas gracias por la atención. La langosta estaba exquisita.

—Es lo menos que podemos hacer por usted, después de todos los incómodos de la noche pasada.

—Veo que la policía todavía no ha terminado —señaló con la cabeza al exterior del hotel.

—No señor. Parece ser que están sobre aviso de algo irregular y se han instalado aquí, en el Parque Central, para asegurar la tranquilidad de todos.

—Siempre da un poco de impresión ver a la policía armada en la calle.

—Es por seguridad de los ciudadanos y los visitantes, señor Rodríguez. ¿Va a salir?

—Tenía intención de dar un paseo, no creo que a esta hora vaya a haber algún problema.

—Seguro que no pero, si no tiene inconveniente, le voy a hacer acompañar de dos personas de seguridad del hotel, para que usted vaya más tranquilo.

—¿Cree que es necesario?

—Nunca son suficientes todas las medidas de seguridad que podamos tomar. Le aseguro que irán a una distancia prudente y que no van a entrometerse en su intimidad.

Instantes después Alberto abandonaba el hotel seguido a unos diez metros por una pareja de mulatos vestidos con ropas informales. Le parecía que la situación era poco menos que ridícula, pero tampoco iba a poner ninguna objeción adicional. Iba a ser la última tarde que pasearía por La Habana y no quería contradecir al director del hotel, que además estaba haciendo un esfuerzo por prestarle una seguridad que no parecía le dieran al resto de turistas.

Según caminaba por el centro del Parque Central se encontró, junto a la estatua de Martí, a un rostro que le resultaba familiar:

—¡Asere!, ¿se acuerda de mí?

—Sí, tú te llamabas Orestes.

El impresionante negro echó una gran sonrisa que dejó ver sus blancos dientes que contrastaban con la oscuridad de su cara.

—¡Qué memoria tienes hermano! ¿Todavía en La Habana?

—Sí, pero por poco tiempo, dentro de unos días me vuelvo a España.

—Para ver al Real Madrid.

—Bueno, ya veremos —pensó que la mayoría de los cubanos estaban obsesionados con el equipo de fútbol.

—¿Y le ha gustado La Habana?

—Sí, me ha encantado. Me ha parecido una ciudad y un país sorprendentes.

—Me alegro. ¿Piensa volver?

—Por supuesto. Espero que en cuanto tenga la ocasión pueda tomar un vuelo y regresar a esta gran isla —Alberto sabía perfectamente que mentía, que una vez se publicara su novela y mientras no cambiara el régimen, él no podría volver a Cuba.

—Me alegra oírselo decir. ¿Oiga, y no me podría dar algo de ropa?

—No tengo, pero si quieres y como ya me voy a marchar, te compro unos puros.

—¡Muy bien, hermano! ¿Cómo los quieres? —Orestes no tenía puros para vender, nunca se había dedicado a ello.

—Me da igual, va a ser para regalárselos a un amigo en Barcelona. Tú entiendes. Seguro que me das algo bueno.

Orestes se marchó dejándole junto a la estatua de Martí. A Alberto le llamaba la atención el fuerte acento que tenía este hombre. A veces le costaba trabajo entender lo que quería decirle.

A pocos metros seguían los dos hombres de seguridad del hotel con los que el negro cruzó una mirada furtiva de complicidad que el escritor no pudo advertir.

No tardaría más de cinco minutos en volver a aparecer corriendo la imponente figura del sonriente Orestes, con una caja en la mano, ya que no le faltaban contactos para conseguirlos. Le llamó la atención el sonido metálico especial que emitían las hebillas de sus fuertes botas.

—Toma, estos van a encantarle a tu amigo de Barcelona.

—¡Oye, ten cuidado!, creo que no es bueno que exhibas tanto la petaca, que igual la policía puede detenerte —quiso advertirle Alberto.

—¡Cojollo!, ¡es verdad! Mira, tú no te preocupes, no creo que la policía me vaya a detener —le dijo Orestes, mientras sonreía abiertamente— pero, gracias por decírmelo.

Después de pagar un precio que le pareció muy barato, se despidieron y continuó dando un paseo, esta vez enfilando los pasos hacia Zanja, entrando en el Barrio Chino. A diferencia de otras ciudades, el así llamado no era ni mucho menos un lugar donde se concentraba la prostitución, sino que el nombre le venía de la época en la que se concentraron en aquellas calles un número importante de personas llegadas de países asiáticos.

Le llamaba la atención que esta vez no se le acercara nadie a intentar venderle puros, a preguntar de dónde era, en dónde se alojaba y todas esas cuestiones por las que se interesó tanta gente en La Habana. Esa tarde todo era diferente.

Se hallaba muy a gusto, no hacía calor y tampoco circulaba mucha gente por la calle. Pensaba que le cundía más cuando la gente no iba parándole con preguntas.

Aunque había dicho que iba a tardar una hora, el paseo le estaba resultando muy placentero y era claro que tardaría mucho más tiempo en volver. Pensó en la pareja que le seguía, pero tampoco se preocupó mucho por ellos, ya que al fin y al cabo eran jóvenes y estarían acostumbrados a hacer ejercicio.

Cuando llegó a la avenida de los Presidentes, miró en su guía de bolsillo y torció a la derecha dirección al mar. Según caminaba, pensaba en su mujer y en que todo iba a cambiar con su vuelta a España. Sentía que era un momento de inflexión en su vida.

Poco a poco llegó al monumento a Calixto García y, por consiguiente, al Malecón. El mar se había calmado y la tarde ofrecía una bellísima imagen de todas las fachadas que daban a esa singular avenida, con la imagen del Castillo del Morro al fondo. Algunos chicos estaban tirándose desde las rocas al mar.

Se sentó en el pequeño muro, como había visto hacer a muchos habaneros, mientras que la pareja de seguridad hizo lo mismo en la acera contraria.

Sentía que su viaje estaba terminando, que al día siguiente solamente le restaba realizar la excursión que le habían proporcionado, por la tarde hacer las maletas y el domingo levantarse temprano para dirigirse al aeropuerto con tiempo e iniciar un retorno

que se había convertido en algo muy deseado, y más aún después de los últimos acontecimientos.

El regreso lo hizo siguiendo tranquilamente todo el Malecón, disfrutando con la caída del sol y con el incipiente anochecer. Cuando arrancó a iluminar el faro que se situaba en una de las torres de la fortaleza de El Morro, sentía que estaba en un lugar totalmente diferente al resto de los que conocía. La Habana era un lugar único, lleno de magia como pocos.

La caída de la tarde había poblado el muro del Malecón de gente que salía a respirar el aire de la noche. Le hubiera gustado quedarse un rato allí con ellos y seguir charlando, disfrutando de su agradable compañía, sin partidas de dominó, sin botellas de ron por medio. Solo por disfrutar del placer de la tertulia, pero no hizo intención y continuó andando.

Aquel día no dio para más. Después de tomarse un bocadillo en un bar del paseo del Prado llegó a su hotel, donde encontró a Gilberto en el vestíbulo con su habitual elegancia y su amplia sonrisa.

—¿Hubo algún problema, señor Rodríguez?

—No, en absoluto. De todas maneras, gracias por el servicio que me han prestado.

—No hay por qué darlas, señor Rodríguez.

—Gilberto, ¿tiene ya el billete?

—No señor. Mañana me lo traen por la tarde, pero ya creo que le dije que el vuelo salía a las doce de la mañana.

—Sí, de eso ya me informó.

Alberto le estrechó la mano. Mientras esperaba la llegada del ascensor la memoria le recordó algo de la noche anterior. «Por cierto —pensó— ¿cómo les iría ayer a Asnaldo, Iris y todos ellos?»

Lo último que recordó antes de dormirse fue la cara desencajada de Iris cuando bajaba por las escaleras para advertir de la presencia policial.

Le habían dicho que vendrían a buscarle a las diez de la mañana y se había puesto el despertador a las ocho y media. Los nervios que tenía se manifestaban en una mezcla de inquietud por el viaje, incertidumbre por la inmersión, algo que nunca había hecho y, lo más importante, porque al día siguiente volvía a Madrid. Se arregló y bajó a desayunar, teniendo con Marcia la fría relación que normalmente hay entre camarera y cliente.

Volvió a la habitación y sintió unos deseos irrefrenables de llamar a su mujer. Miró el reloj y comprobó que todavía quedaban unos minutos para las diez de la mañana, por lo que en Madrid serían las cuatro de la tarde. No dudó en coger el teléfono y marcar los números que le separaban de su esposa.

—¡Sofía!

—¡Alberto, qué alegría!

Le anunció que su vuelo saldría el domingo a las doce del mediodía. La mujer le preguntó con qué compañía viajaba.

—No lo sé. El director del hotel, muy amable, se ha molestado en procurarme el billete, pero no me ha dicho con quién viajo.

—¿Pero no tienes tú el billete? —se extrañó la mujer.

—No, esta tarde me lo da. Estoy como loco por volver a casa.

La estancia en Varadero había sido el mejor bálsamo que necesitaba la pareja. Estaban transformados, enamorados como el primer día, y se deseaban como cuando empezaron a hacer sus primeros escarceos amorosos.

Se despidieron con unas palabras de amor y pasión, impropias de personas que ya habían cumplido muchos años de matrimonio, y Alberto le dijo que al día siguiente, antes de salir para el aeropuerto, la llamaría.

—¡Será mi última llamada desde La Habana! —aseguró.

Gilberto le había indicado que se llevara en una bolsa otro bañador, la toalla y nada más, porque el resto lo llevarían los instructores. Terminó de recoger todo y salió ilusionado hacia los ascensores.

Si hubiera tardado un poco más en abandonar su habitación hubiera oído cómo sonaba el teléfono. Sofía le llamaba para decirle que había llamado al aeropuerto de Madrid y le habían confirmado que el domingo once de mayo no iba a salir ningún vuelo desde la capital cubana hacia Barajas a las doce de la mañana, hora del país de origen. Que ese día solo operaban dos compañías en vuelos La Habana-Madrid. Uno salía a las ocho de la mañana y otro a las seis de la tarde. «Se lo han tenido que decir mal», entendió la mujer.

El ascensor llegó al vestíbulo y, al salir de él, se encontró sonriente al director del hotel que le esperaba junto a un joven mulato de complexión atlética:

—Buenos días, señor Rodríguez. Le presento a Mael.

Ambos se estrecharon las manos.

—Mael —continuó diciendo Gilberto— es instructor de la Escuela de La Habana de buceo.

—¡Qué bolá! —exclamó el joven.

Alberto no sabía muy bien qué le había dicho, pero le contestó:

—Yo nunca he buceado. ¿No será muy difícil?

—¡Oh no! es muy fácil caballero, lo aprenderá en menos de lo que pestañea un mosquito. Yo voy a estar todo el tiempo junto a usted. Ya verá cuánto le gusta y lo rápido que coge la marchita.

—Señor Rodríguez —propuso Gilberto— si quieren pueden ir saliendo al carro que está aparcado en la puerta. La señorita Omara se unirá a ustedes por la puerta lateral en unos minutos.

Los dos hombres salieron a la calle y entraron en un Mercedes que les esperaba, tal y como les habían anunciado.

Gilberto los despidió desde el vestíbulo y en ese momento tomó su teléfono móvil e hizo una breve llamada:

—Lucila. Ya puedes entrar.

La falsa camarera del hotel Presidencial, que estaba esperando en las proximidades de la habitación de Alberto, cogió su llave magnética maestra y entró en ella. Por unos instantes la contempló en silencio. Miró el cuarto de baño, donde permanecían todos los accesorios de aseo personal, tal y como los había dejado. Ojeó la mesa que seguía llena de papeles y de libros comprados en La Moderna Poesía o en la

plaza de Armas, y contempló la cama deshecha, aquella que tantas veces había compuesto en los últimos días y que ya nunca más volvería a hacer para él.

Inmediatamente pasó a la acción. Marcó la clave maestra que instaló en todas las cajas fuertes del hotel y que solo ella y Gilberto Oñate conocían: el año de nacimiento y muerte del Che Guevara, y repasó lo que allí había. Tuvo en su mano la cartera, pero no tomó ningún billete: «la Revolución necesita gente íntegra», se dijo para sí. Luego abrió el diario y lo fotografió. Por fin, pasó a sentarse en la mesa donde se encontraba el ordenador portátil. Mientras lo iba encendiendo, se aseguró que hubiera el mismo número de discos vírgenes que trajo la mujer desde España, y comprobó que faltaba uno, según los contó en su momento. Buscó y rápidamente encontró en el armario una caja sin el celofán donde había un disco magnético. De la pequeña bolsa que llevaba sacó el lector externo, lo conectó al ordenador e introdujo ese disco en él, comprobando que había hecho una copia de seguridad de todo lo que había escrito. «¡Qué precavido!», pensó.

En su lugar puso uno vacío que ella llevaba. Después copió en un disco virgen toda la información que conservaba el disco duro del portátil. Una vez que el ordenador de Alberto se había quedado sin información, sacó el disco que le había dado el día anterior en mano el propio Alejandro Tuero. Lo introdujo en el ordenador y pasó a copiarlo.

Aquellos instantes se le hicieron eternos. No se veía en esa situación, no ya por lo que hacía, sino por cómo estaba vestida, ya que allí siempre había entrado con su disfraz de camarera.

Por fin había terminado todo el proceso. Ahora en el portátil solo estaba escrita una novela, la que escribió Walfrido Riva. Esa misma de la que en el armario se conservaba una copia de seguridad. Antes de cerrarlo se aseguró de que cuando se volviera a abrir, el ordenador no ofreciera información de la última vez que se encendió. Era un sencillo truco que aprendió y que siempre ponía en práctica.

Cuando Alberto vio entrar en el coche a Omara, no pudo evitar que por su cabeza empezaran otra vez los mismos fantasmas de

infidelidades que le habían asaltado desde que pisó La Habana. Además, la sonrisa de la muchacha, amplia y desenfadada, le auguraba que aquella mañana, o mejor dicho, aquel día lo iba a recordar mientras viviera.

Una vez que estuvieron todos sentados, el chofer arrancó el coche camino del embarcadero, donde les esperarían para tomar rumbo a Cayo Carolina.

103

El viaje estaba resultando encantador. Omara era una excelente compañera de excursión, y la pareja no paró ni un instante de conversar sobre una batería de temas entre los que se incluían los bailes cubanos, la cocina de la isla y las costumbres de los habaneros. Para mayor distensión del ambiente, Mael, que viajaba en el asiento delantero junto al conductor, contaba algunos chistes relativos a Fidel que fueron muy reídos por todos, en especial por el escritor. Alberto pensó que toda aquella gente, por su forma de opinar, tendría que encontrarse muy próxima a las corrientes de disidencia del país.

Conocedora de poseer un cuerpo excepcional que su antiestético traje de camarera le impedía lucir, Omara no paraba de reír y de mirar a los ojos de su interlocutor con una cara que a Alberto le parecía la antesala de una clara provocación. Pensó que ya estarían los días de Madrid para mantener una irrevocable fidelidad a su mujer, pero aquel sábado era el último día completo que iba a pasar en aquella isla a la que sabía que ya nunca podría volver. A partir del lunes que se reuniera con ella, tendría toda la vida por delante para demostrarle cuánto la quería y lo leal que iba a ser.

Transcurrida aproximadamente una hora de viaje, que a Alberto se le hizo especialmente corto, se apartaron de la carretera que llevaba a La Boca, cerca de Mariel, y tomaron un camino de tierra que en unos minutos les dejó en una zona donde había unas casas bajas de madera, pintadas de muchos colores, que al escritor le parecieron bellísimas, no sabía si porque las veía a plena luz del día, o porque las veía en

compañía de una espléndida mujer.

—¿Esto es Marina Hemingway?

—No. A Cayo Carolina se llega mejor desde aquí —explicó Mael. Aparcaron el coche y salieron los tres, quedándose el conductor en el interior, y se pusieron a caminar por un sendero que les condujo hacia un lugar en la playa donde se levantaba una cabaña junto a un pequeño embarcadero. En el extremo más próximo al mar abierto permanecía amarrada una pequeña embarcación con cabina que Alberto calculó tendría seis o siete metros de eslora. Salió a su encuentro otro joven mulato al que presentó Mael:

—Mire Alberto, este es Iván, el piloto.

—¡Qué bolá! —saludó Iván.

Alberto se dio cuenta de cómo el joven mulato miró a Omara.

—Con el permiso de ustedes voy a ponerme la trusa —dijo Omara

Mientras la chica se encontraba dentro de la cabaña, Alberto charló un rato con Iván sobre la embarcación, la velocidad que alcanzaba y lo poco que se movería, ya que el mar permanecía muy tranquilo.

En unos minutos apareció Lucila con un diminuto bikini amarillo chillón, que consistía en un pequeño sujetador que dejaba entrever unos pechos muy bien formados y un tanga como braguita. Todos la miraron y la chica aprovechó para dar un giro completo sobre sí misma a la vez que les preguntaba si les gustaba el bañador.

Alberto se hallaba viviendo un sueño. No podía imaginarse todo lo que le ocurría y presentía que las próximas horas iban a ser enormemente intensas junto a aquella mujer.

—Si le parece, señor Alberto —volvió a hablar Iván— pase a la cabaña a ponerse el traje de buceo. Tenemos de varias medidas. Mire a ver cuál le puede servir.

—No sé si voy a ser capaz de ponérmelo yo solo, creo que quedan muy ajustados.

—No se preocupe, yo le ayudaré —le tranquilizó Lucila.

—¿Tú también vas a bajar? —preguntó a la chica, muy sorprendido.

—Nunca lo he hecho, no sé qué hacer.

—¡Vamos, anímate! así nos ayudamos los dos a ponérnoslos.
La mujer echó una sonrisa y prefirió esperar a que se lo rogara un poco más.
—No, prefiero quedarme en la barca, no sé si voy a ser capaz...
—¿Y por qué no? —le dijo Alberto—. Yo nunca lo he hecho y seguro que no es tan difícil.
—¿Ustedes creen que podré? —preguntó la chica, mirando a los dos hombres.
—¡Claro mujer, no seas blandengue! Esto del submarinismo es muy fácil —aseguró Mael.
—Mira, te lo voy a preguntar en buen criollo: ¿Tú sabes respirar? —preguntó Iván a la chica y, sin dejar contestar, le aseguró — ¡pues es igual!
Alberto tomó su mano y la animó a pasar otra vez a la cabaña.
—¡Venga! ¡Qué no se diga!
Entraron todos dentro del bohío donde colgaban de unas perchas un elevado número de trajes de buceo. Iván miró de arriba abajo a los dos nuevos submarinistas y tomó dos de ellos, mientras les propuso:
—Miren a ver qué tal les quedan.
Entre risas y miradas, la pareja empezó a ponerse los trajes, comenzando por la parte inferior. Alberto no podía imaginarse que aquello fuera tan difícil de poner.
—Entran mejor cuando están mojados —aseguró Mael.
Después se pusieron las chaquetas e Iván les advirtió:
—No se suban las zíper para que no tengan mucho calor. Cuando se vayan a tirar, yo se lo recuerdo.
Alberto miraba a Omara y la veía aún más hermosa vestida con aquel traje de neopreno totalmente ajustado que realzaba la espléndida colección de curvas que formaba aquella mujer.
—Nosotros vamos a ir llevando las botellas y las fajas de plomos a la embarcación.
Aprovechando que se habían quedado solos en la cabaña, la chica se acercó al escritor y le pasó la mano por la cara mientras decía:
—Gracias por animarme.
Después de unos instantes de silencio, miró hacia la dirección de la

puerta y, al comprobar que no estaba ninguno de los dos hombres, la mujer se acercó a los labios del escritor y le dio un beso que al hombre le pareció especialmente bello y tierno.

Cuando separó su cara, Alberto le agarró por la cintura, sintiendo en su mano el inmenso placer que suponía estrechar a una mujer vestida con un traje tan sumamente excitante como el que llevaba puesto la empleada del hotel, y le devolvió otro beso mucho más apasionado que el que había recibido.

Se quedaron mirándose durante unos instantes, callados.

—¡Ya verás cómo te gusta! —aseguró el escritor, dándoselas de conocedor del deporte en el que se iba a estrenar.

—Me han dicho que se produce una sensación fantástica en un determinado momento.

—¿En cuál?

—Cuando estás abajo e hinchas bien los pulmones, quitándote por unos instantes la boquilla.

—¿Y qué pasa?

—Creo que es una sensación similar a la de haber tragado una cachada de un cigarrillo de marihuana. Se llama *Viento de las tres puntas*.

—Nunca lo había oído.

—Yo sí. Desde niña. ¿Quieres que se lo preguntemos a Mael?

—¡Vale! —a Alberto le parecía toda una nueva experiencia fantástica y no estaba dispuesto a renunciar a ninguna de las que se le iban presentando. Se sentía como un chiquillo travieso con aquella mujer, y parecía que ahora tocaba realizar una nueva fechoría.

Agarraron las aletas y las gafas que les habían dado a cada uno, y se pusieron a caminar hacia el yate, al que llegaron cogidos de la mano sin que Alberto pudiera recordar cuál de los dos tuvo la iniciativa.

—Mael —preguntó la chica— ¿cómo es lo del *Viento de las tres puntas*?

El instructor miró a Iván y ambos echaron una pequeña sonrisa.

—¿Para qué tú lo quieres saber? ¡Eso es de cuando el Morro era de madera!

—Para que nos enseñes cómo se hace. Siempre me había dicho

que lo haría. Lo llevo escuchando toda mi vida.
Después de pensárselo un instante, Mael les contó:
—Se llama *Viento de las tres puntas*, porque es algo que dicen recuerda a la sensación de fumar maría. Se debe hacer cuando estás abajo del todo. En ese momento, tú hinchas bien los pulmones y al cabo te quitas durante un instante la boquilla. Parece ser que es como si te hubieras endrogado.
Los tres le miraban con enorme atención.
—¿Quieren que lo hagamos? —preguntó el instructor.
Como una pareja de novios, ya que seguían cogidos de la mano, ambos dieron su consentimiento con la cabeza. Hacía muchos años que Alberto no se fumaba un porro y le apeteció recordar de nuevo aquella sensación que le transportaría a su juventud.
—¡Venga! —concluyó Iván— ¡Vale de tanto correr la rumba, que no tenemos todo el día!
Apremiados por la voz del piloto, todos subieron a la barca. Mael ayudó en las labores de desatraque, y largó los amarres de los pequeños bolardos del embarcadero.

104

El mar estaba completamente en calma y la pequeña barca navegaba sin más movimiento que el propio que generaba su arrancada. Mael aprovechaba para irse poniendo su traje dentro de la cabina, mientras la pareja permanecía sentada en la bañera de popa.
Una vez hubo terminado de vestirse, salió por la portezuela que daba acceso al exterior con un par de cinturones de plomo en la mano.
—¿Eso es para la flotabilidad? —preguntó el escritor.
Mael miró a Iván, que iba a la caña del timón.
—Sí, para compensar el material del traje de neopreno, porque si no, no te hundirías, hermano. Te vamos a meter más lastre para que bajes más cómodo. ¿No me habías dicho que de esto tú no sabías nada?
—Y no sé nada. Solo había oído lo de los cinturones porque no me explicaba para qué podrían ser, y una vez lo pregunté.

Los dos hombres volvieron a mirarse, reflejando en sus caras una cierta sensación de alivio. Rápidamente, la chica intervino.

—¿Te gusta? —preguntó, mientras señalaba al cayo.

—Es precioso, Omara. Nunca había estado en una costa tan hermosa.

La embarcación había bordeado una barra de arena muy larga y ahora estaban enfilando una pequeña isla rocosa que emergía solitaria.

—Cuando lleguemos cerca del cayo, que está mar afuera —explicó Mael, en un tono de voz elevado para que Alberto pudiera oírle con claridad a pesar del ruido del motor— vamos a botar el ancla. Como por fin van a bajar los dos, le he dicho a Iván que también se sumerja, así cada uno de nosotros estará junto a uno de ustedes. ¿Entendido?

Ambos asintieron.

—Una vez estemos en el agua, nos pondremos la boquilla y respiraremos normal, como ahorita mismo —el cubano hablaba dirigiendo la mirada alternativamente a la pareja—. Se tienen que poner este chaleco para mejorar la flotabilidad cuando estemos dentro. ¿Entendido?

—¿Exactamente, para qué es eso? —preguntó Alberto.

—Para mantenerte a la profundidad que quieras. Tiene dos botones. Uno mete aire y el otro lo saca. Ustedes no los toquen, lo haremos nosotros.

—¡Perfecto! —exclamaron los dos casi a la vez.

—Por último. Según vayan bajando, notarán una presión en los oídos. No se preocupen, lo único que tienen que hacer es apretar la nariz con los dedos y soplar por ella —mientras daba la explicación, les enseñaba la forma que tenían las gafas de buceo—. Al estar taponada, el aire intentará salir por los oídos y se abrirán.

Alberto se encontraba muy feliz. Iba a realizar una actividad que siempre le había llamado la atención, en un paraje precioso y, además, acompañado de una de las más bellas criaturas que jamás había conocido.

Mientras habían estado conversando llegaron a la isla e Iván buscó un

abrigo donde fondear.
—¿Qué profundidad hay? —preguntó Mael.
El piloto miró la sonda.
—¡Sesenta pies!
La chica vio que Alberto se quedaba un tanto pensativo con lo que acababa de oír y, acercándose a su oído, le susurró:
—Unos veinte metros.
Su compañero de inmersión le dio las gracias con un pequeño movimiento de cabeza y una sonrisa. La mujer mantuvo fija la mirada y aprovechó la distancia tan corta que había entre los dos para provocarle con una ligera caída de ojos. Alberto no pudo aguantar y acercó su boca a los atrayentes labios que le mostraba la que para él era Omara. Ya no importaba que alguien pudiera mirarlos. Parecía que la pareja se había desinhibido de lo que le rodeaba y se disponía a vivir una experiencia única.
El beso que estaban dándose no pasó desapercibido para los otros dos ocupantes de la embarcación, que se miraron con complicidad y satisfacción porque todo discurría según lo previsto.
Iván dejó por unos instantes el timón y, después de parar el motor, se dirigió por una de las bandas a la proa, abriendo el cofre donde se alojaba el ancla con su cadena. La sacó y la tiró con fuerza por delante de la embarcación. El sonido arrítmico de los eslabones metálicos según iban rozando con gran estrépito la proa, fue lo que separó las caras de la pareja.
Mael habló:

—Mientras Iván se pone el traje, vamos a tirarnos tú y yo al agua. ¿Te parece?

—¡Perfecto! —exclamó Alberto, ilusionado.

Una vez Mael se terminó de ajustar las gafas y después de hacer lo mismo con Alberto, le puso en la espalda la botella amarilla de aire comprimido que al escritor le pareció pesaba mucho más de lo que se imaginaba. Le esperó sentado en la bañera y una vez el instructor terminó de ponerse la suya, se hicieron una seña con la mano izquierda formando la letra *o* con los dedos índice y pulgar.

Casi a la vez, los dos se dejaron caer para atrás, penetrando en

las cristalinas aguas caribeñas y salpicando a los que seguían todavía en la embarcación. El escritor había visto en las películas cómo se tiraban los buceadores desde las barcas y no se lo pensó ni un instante.

Después del chapuzón, ambos volvieron a sacar la cabeza.

Mael se acercó al escritor y le preguntó:

—¿Vas a querer hacer lo del *Viento de las tres puntas*?

—¡Sí! —contestó categórico.

—¡Ok! Cuando me parezca que es buen momento, te haré una seña con los dedos, primero mostraré uno, luego dos y, cuando marque los tres, tomas bien de aire y yo te apartaré la boquilla por un suspiro. ¡Verás qué sensación! ¿De acuerdo?

—¡Sí!, ¡muy bien!

Mael miró a la embarcación, porque entendía que estaban tardando mucho en bajarse. Vio que Iván andaba con el regulador de la chica en la mano y se interesó por ello:

—¡Iván! ¿Qué pasa?

—¡Nada!, que la chica tiene problemas con el regulador, en seguida se deja caer ella, ¡vayan bajando!

Alberto se volvió hacia su instructor, esperando sus instrucciones.

—¡Venga Alberto! ¡Vamos allá!

Los dos hombres se ajustaron la boquilla y, cogidos por ambos brazos, empezaron poco a poco a sumergirse mientras Mael le soltaba el aire del chaleco, advirtiendo Alberto que Iván acababa de tirarse también al agua. Pensó que la chica se tiraría de un momento a otro.

Según iba descendiendo, empezó a notar el dolor de oídos del que le había prevenido Mael, e hizo lo que él había indicado, desapareciendo instantáneamente la molestia. Ambos, que seguían frente a frente, se volvieron a mostrar la seña de *ok* que acababan de practicar.

Alberto pensó lo sencillo que resultaba, ya que según iba bajando seguía haciendo la maniobra de la nariz, al igual que veía que también lo hacían, tanto Mael como Iván, que se les había unido en el descenso. Tal y como le había dicho su instructor era él el que iba

presionando el botón negro del chaleco hinchable, que estaba unido por un tubo con la botella que llevaba en la espalda. Cuando lo presionaba, el chaleco perdía aire y, en consecuencia, volumen.

Le entusiasmaba la sensación de encontrarse a varios metros de profundidad. La fresca temperatura del agua en su rostro parecía que le limpiaba la mente y el espíritu.

El sol se dejaba ver a partir de la superficie y sus rayos penetraban en el agua como una cortina de lluvia en una tarde de invierno. Desde abajo podía ver la quilla de la embarcación y la cadena que se perdía en el fondo, y se preguntaba por qué no bajaba Omara, tal y como habían quedado, a la vez que le extrañaba que se hubiera tirado también el piloto. Miraba a los peces que se acercaban a curiosear a los tres buceadores y las rocas del fondo, que cada vez estaban más cerca.

En un momento dado, y cuando se encontraban en el punto más profundo de la inmersión, vio cómo Mael se ponía frente a él girándole para que le diera la cara. De esa forma, Iván quedaba a su espalda. Su instructor le miró más de cerca y, por la forma en que ponía las manos, entendió que se disponía a marcar con los dedos para experimentar lo que la chica había contado en el bohío. «¿Dónde estaba Omara?», se preguntó, ya con inquietud.

Mael marcó el número uno con el dedo índice. Seguidamente extendió el corazón para marcar el dos y por último levantó el anular marcando el tres. El instructor realizó una aspiración profunda seguida de la retirada, con la otra mano, de la boquilla del regulador de su boca. Alberto le siguió en todos sus movimientos.

En ese momento y sin saber muy bien qué estaban haciendo, el escritor vio cómo Mael le tapaba la boca y la nariz con fuerza con su mano derecha, sintiendo también cómo Iván reforzaba con sus dos manos a su compañero. Simultáneamente y con unos movimientos perfectamente estudiados, el instructor empezó a presionar el botón rojo del chaleco hinchable, empezando este a ganar volumen e inmediatamente el grupo comenzó a ganar altura gracias a los fuertes aleteos de los dos cubanos en una maniobra premeditada. Llevarían dos o tres metros de ascensión cuando Iván, que seguía a su espalda,

le quitó el cinturón de plomos, lo que unido a la presión que seguía haciendo Mael en el botón rojo, hizo que la velocidad de ascensión fuera en claro aumento. Mientras, el escritor no podía soltar el aire y veía a su instructor, que era al que tenía delante, cómo por su boca abierta no paraban de salir contínuas burbujas, aire que él no podía soltar porque se lo impedían las tres manos que lo sujetaban firmemente.

El desconocimiento de la situación, la perplejidad, el equipo que estrenaba y desconocía, la fuerza de las manos de aquellos hombres que, provistos de unos gruesos guantes, le impedían abrir la boca, hacía que no pudiera reaccionar, que sus músculos se mantuvieran rígidos e inmóviles.

Le empezó a aparecer un fuerte dolor en el pecho, llegando incluso a pensar que estaban clavándole un puñal. Alberto veía cómo cada vez la luz se hacía más intensa y la tonalidad del agua más clara. Intentó hacer esfuerzos con sus atolondradas manos, pero estas eran incapaces de librarse de la presión de aquellos dos hombres, mucho mejor preparados físicamente que él y muy acostumbrados al medio.

Cuando estaban a pocos metros le soltaron y la inercia con la que subía provocó que su cuerpo brotara del agua casi hasta la altura de la cintura, cayendo violentamente de nuevo a la superficie.

Inmediatamente, ambos hombres emergieron lanzando las gafas al interior de la bañera de la embarcación y arrastrando el cuerpo de Alberto, que emitía unas toses tremendamente agudas a la vez que mostraba una respiración rápida y superficial. A pesar del traje de neopreno se podía apreciar una ligera hinchazón en su pecho, el cual se intentaba agarrar con sus manos, en una extraña e inútil postura fetal de protección.

Al igual que con las gafas, hicieron lo mismo con las aletas y, mientras Iván se quedaba en el agua, Mael se dirigió a la popa subiendo a la barca por la escalera que había extendido Lucila. Se quitó la botella y ayudó a la chica, que ya se había quitado el bikini y ahora vestía un pantalón ancho más cómodo, a izar a un Alberto que no paraba de toser, sin emitir ninguna palabra inteligible.

Le pusieron con cuidado en el centro de la bañera para impedir

que pudiera golpearse. La continua y estridente tos no impidió que por la comisura de los labios hiciera aparición un hilo de espuma blanca que se alternaba con los espasmódicos movimientos que hacía en el suelo de la barca. La expectoración era incesante. Mael y Lucila contemplaban la mirada perdida de Alberto, que presentaba unos ojos vacíos de vida, interrogantes todavía por las razones de todo aquello. Su cuerpo se agitaba, extendiendo sus manos en un gesto de ayuda que solo era correspondido por una mirada fría e insensible de las otras personas que le contemplaban cómodamente sentados en la embarcación.

En el momento en que Iván subió por la escalerilla, el hombre que yacía en el piso lanzó un vómito de sangre que salió por su boca con tal presión que llenó la zona del líquido rojo, lo que supuso un fuerte contraste con la blancura de la embarcación iluminada por la potente luz del día.

Durante unos minutos estuvo retorciéndose por la bañera, llevándose las manos al cuello y apretándose el pecho con la poca fuerza que albergaba su cuerpo.

Un par de fuertes convulsiones acompañadas de intentos de vómitos fueron los últimos movimientos que realizó Alberto Rodríguez García, mientras Mael presionaba el botón negro del chaleco inflable, perdiendo este todo el importante volumen que había ganado en la subida. La expresión de la cara, con los ojos fuera de sí y la boca abierta de par en par emanando una mezcla de sangre y saliva, impresionaba incluso a aquel grupo de ejecutores.

Los tres se quedaron en absoluto silencio, solo interrumpido por la expresión que soltó Iván:

—¡Dio la patada a la lata! —exclamó, mientras miraba el cuerpo sin vida del turista.

La primera persona que se movió fue Lucila que, sin mediar palabra, se giró sobre sí misma, dando la espalda a la bañera y metiendo los pies en el agua para quitarse la sangre que le había salpicado.

Volvió a su posición inicial y pidió a Iván el teléfono móvil.

—¿Vas a llamar a los salvavidas?

—No, esperaremos un poco —respondió la mujer, a la vez que

marcaba en el teclado.

Mientras aguardaba a que contestaran contemplaba el cuerpo inerte del escritor español, vestido con su traje de submarinista, con su botella y con los plomos que le volvía a poner Iván en su cintura. *El viento de las tres puntas* —recordaba Lucila, escapándosele una pequeña mueca de sonrisa.

—¿Oigo?

—Señor Tuero, ¡ya está cumplida la misión!

Su interlocutor hizo un silencio.

—Bien. Continuad con lo previsto —ordenó Alejandro.

Se quedaron inmóviles durante un rato solo alterado porque Lucila entró en la cabina y sacó un cigarrillo. Después de una profunda calada, miró el cadáver que yacía en el centro de la embarcación.

—¿Te quitaste la trusa? —preguntó Iván.

La mujer le miró y ni siquiera contestó. Efectivamente, ya se había quitado ese horrible tanga al que tanta manía tenía porque le resultaba incomodísimo. Estaba convencida de que esta misión la iba a catapultar directamente hacia la Quinta Dirección, el selecto grupo de agentes ejecutores del Estado. El mayor deseo de toda persona que ingresaba en el Ministerio del Interior. La carta en blanco. El poder absoluto.

Gracias a ella, el escritor estaba en su sitio y el disco que le dio Alejandro Tuero en el suyo.

Solo se oía el leve rumor de los pantoques de la embarcación al golpear con el agua y el lejano sonido de algún ave al pasar. Nadie por los alrededores. Nadie que pudiera contar lo sucedido.

Transcurridos diez minutos de la anterior llamada, en los que nadie pronunció palabra alguna, Lucila tomó otra vez el teléfono móvil y se lo dio a Iván:

—¡Pon rumbo a la costa, llama al salvamento y diles que vayan al embarcadero flotante a todo full, que ha habido un accidente! —ordenó la mujer.

Una ambulancia, que había sido alertada por el Centro Nacional de Coordinación de Emergencias, y dos coches de policía esperaban la llegada de la embarcación.

El estruendo de la sirena había provocado que mucha gente saliera de sus casas y se agolpara junto a la caseta, desde donde arrancaba el pequeño atracadero situado al abrigo de la barra de arena. Iván había imprimido en los últimos minutos la máxima velocidad y paró el motor cuando se encontraban a escasa distancia del lugar donde iban a atracar.

El primero en subir fue un médico que se acercó al cuerpo del buceador, que yacía en medio de la bañera. La sangre que había vomitado todavía se encontrada salpicada por todo el piso. El doctor cogió su mano e intentó buscar un pulso que sabía, con total seguridad y por la simple inspección ocular, no encontraría.

—Está muerto —confirmó el facultativo.

En ese momento, Mael le puso una toalla por encima de la cabeza y Lucila, en una acción perfectamente preparada, estalló en un llanto que sorprendió a los dos hombres que habían ido con ella en la barca. Mientras toda la gente que en gran número se amontonaba en el embarcadero de madera miraba con gran interés la escena, el doctor se acercó a consolarla y le pidió:

—Tienes que ser fuerte.

La chica lo miró con los ojos cubiertos de lágrimas, asintiendo con la cabeza en señal de agradecimiento por el consejo. Tanto Mael como Iván tuvieron que esquivarse las miradas para no delatar la sensación que tenían de ver a la actriz interpretar perfectamente su papel.

Entre el personal de la ambulancia y los dos compañeros de Lucila recogieron el cuerpo inerte de Alberto Rodríguez García y, después de quitarle la botella de aire y el cinturón de plomos, lo introdujeron en la ambulancia embutido todavía en su traje de neopreno. Seguidamente el instructor, el piloto y la chica entraron en los coches de policía, partiendo todos en caravana a la que se unió el coche que los había llevado al embarcadero.

Antes de abandonar el lugar, uno de los policías hizo varias fotos de la

embarcación desde diferentes ángulos y, junto a otro compañero, cargaron todas las botellas en una pequeña furgoneta que llegó después. No era la primera vez que habían recibido una llamada así, pero el agente no quiso ni preguntar, ni siquiera pensar. Se limitó a ejecutar al pie de la letra las instrucciones que había recibido sobre cómo actuar cuando se hubiera producido un accidente de buceo.
La ambulancia partió y, poco a poco, la gente fue volviéndose a sus casas. Sobre la blanca y reluciente barca no quedaban más que los restos de sangre del buceador fallecido.

106

Era primera hora del lunes doce de mayo. Un David Muntaner totalmente compungido se encontraba en el despacho del presidente del grupo editorial.
Le contaba los pormenores de la noticia con la que le habían despertado esa noche a Luis García Aldebarán.

—Pero, por favor, vamos un poco más despacio —pidió el señor Maciá—. ¿Por qué te llamó Luis?

—Porque a él le llamó Jaime Espinosa, el amigo y asesor del pobre Alberto.

—Pero, ¿por qué no te llamó el propio Jaime?

—Porque él no tenía mi móvil, pero sí el de Luis por las veces que habían hablado con anterioridad.

—¿Y dices que fue el sábado?

—Sí, sobre las doce de la mañana hora de allí, las seis de la tarde de aquí.

—¿Pero qué es lo que pudo pasar? —preguntaba con sumo interés el presidente.

—Lo están investigando las autoridades cubanas, pero parece que fue un accidente de buceo.

—¿Y es que Alberto buceaba?
—No, que yo sepa. Acabo de hablar con el director del hotel, un tal Gilberto Oñate, que estaba destrozado, y me ha dicho que no se lo

explica —contaba un afectado David Muntaner—. Alberto quiso hacer el último día una excursión en barco que incluyera una inmersión. Me dice que él le intentó disuadir por el riesgo que entrañaba si antes no se había realizado ningún curso ni pasado un riguroso reconocimiento médico. Pero que se puso muy pesado, diciéndole que costara lo que costara, de allí no se iba a marchar sin bucear. Por eso el hotel le buscó no uno, sino dos instructores y un ayudante, para que la inmersión no tuviera ningún peligro. Me ha dicho que parece ser le dio pánico —siguió relatando el editor— y que subió rápidamente sin que le diera tiempo a vaciar de aire los pulmones. Eso se llama sobrepresión pulmonar, me contó, y es un accidente muy raro pero que a veces pasa si no se tiene experiencia. También me llegó a decir que estuvo a punto de ahogar a uno de los instructores por los movimientos que hacía cuando subía, mientras estos le intentaban ayudar.

—Pero ¿murió en el acto?

—Parece ser que sí. Le van a hacer la autopsia esta tarde. Me ha dicho también el director del hotel, que se ha portado por lo que se ve extraordinariamente bien, que ellos no han tocado nada de la habitación y que la primera persona que entró allí fue el Cónsul de España en La Habana, acompañado de unos policías, que se ha hecho cargo de la situación.

En ese momento sonó el teléfono móvil del presidente:

—Un momento, David.

Se hizo un silencio entre los dos y, mientras el uno estaba con los ojos enrojecidos, moviéndose inquieto en su silla, el otro escuchaba a su hombre de confianza desde el despacho que llevaba sus asuntos privados en Luxemburgo. Le indicaba, en clave, que acababan de informarle que se había recibido una importante transferencia en su cuenta numerada de Zurich.

Sin inmutar el rostro, colgó y siguió hablando con David Muntaner.

—Sí, David, me decías lo del Cónsul.

—Que a su habitación los primeros en entrar fueron los de la policía cubana acompañando al Cónsul.

—¿Y sus cosas?

—Me ha dicho que, después de tomar unas fotos, las recogieron todas y las han guardado en el Consulado a la espera de enviarlas a España.

Maciá meditó unos instantes.

—David, no podemos abandonar ahora a Alberto. Él ha sido mucho para nosotros y somos su verdadera familia profesional. ¿Cuántos años llevaba publicando con la editorial?

—Cuatro o cinco —calculó David, que se mostraba muy nervioso y le costaba concentrarse.

—No, no podemos dejarlo allí. Deberías embarcar en el primer avión que salga hacia la isla y hacerte cargo del cuerpo, de sus pertenencias y repatriarlo. Todo tiene que correr de nuestra cuenta. Es lo menos que podemos hacer por un amigo.

—No me lo puedo creer todavía —el editor negaba con la cabeza.

—No nos lo podemos creer ninguno David, pero así es la vida y posiblemente él, en búsqueda de nuevas aventuras, quiso experimentar una nueva sensación, encontrando la muerte en ello.

En ese momento, David retomó por unos instantes su raíz editorial y mercantil, y planteó a Maciá una cuestión:

—¿Y llegaría a escribir algo?

—No lo sé. ¡Solo Díos lo sabrá!

—Si le dio lugar a escribir algo, que me dijo que sí —pensaba David—, debería estar archivado en el ordenador portátil que le llevó su mujer.

—¡Bien pensado! ¡Seguro que tiene que estar allí! —aseguró Maciá, pensando que estaba escuchando justo lo que quería oír.

—Sería una novela póstuma...

—Nunca hemos tenido la ocasión de poder editar una novela de un escritor fallecido recientemente y creo que si lo que pudiera haber escrito estuviera suficientemente perfilado, deberíamos tener con él un recuerdo, un último homenaje con su publicación.

—Habrá que analizarlo, pero sería algo grande.

—Algo como para publicarlo de inmediato, y si tuviéramos que priorizar sobre otra obra, lo deberíamos valorar.

El editor se acordó de la conversación que tuvieron hacia unos días que ahora se revelaba como premonitoria.

—Lo que a lo mejor tenemos que tener cuidado es con su mujer —supuso Maciá, cauteloso—, es posible que ella no termine de entender la hipotética publicación de una última novela. Yo creo que cuando llegues a La Habana deberías hacerte con esa información y tratarla nosotros aquí. Tampoco deberíamos acudir al contrato, pero en un momento dado podríamos esgrimir la cesión que nos hizo de una novela que sucediera en Cuba y el anticipo que le abonamos por ello. ¿Lo recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo! Pero no creo que Sofía lo entendiera.

—Insisto David, no vamos a enseñar ningún contrato, pero esto son negocios, y espero y deseo que Sofía lo entienda —sentenció Maciá, concluyente.

Cuando David Muntaner se marchó de su despacho, Gerard Maciá se reclinó sobre su sillón y pensó en lo terminada que podría estar la trayectoria literaria de Alberto Rodríguez-Conde como escritor. «Con su calidad —aseguraba— bastante lejos le hemos llevado y bastante rico le hicimos. Cuando aquel cubano vino a proponerme el plan, pensé enseguida en él. Era un autor de éxito, enormemente comercial, que escribía en un lenguaje simple para un público igual de simple, pero era la gente que compraba sus libros para regalárselos los unos a los otros, yo creo, sin leérselos ninguno. En condiciones normales, Alberto habría tenido una caída de ventas segura, como mucho, en uno o dos títulos más, y dentro de unos años, nadie se acordaría de él. Pero ha tenido la *suerte* de cruzarse en nuestro camino y a lo mejor ahora acaba siendo un referente en los libros de literatura. Será nuestro mito, encumbraremos a ese infeliz a la categoría de leyenda...»

107

Días después, Jaime Espinosa y David Muntaner partían del José Martí en el mismo avión en el que viajaban los restos de Alberto, después de

que arreglaran el complejo trámite que tiene la IATA especificado para la ocasión.

Si hubieran paseado por las calles de La Habana, algo que no hicieron porque todo su tiempo lo dedicaron a agilizar las lentas gestiones administrativas necesarias, tal vez se hubieran cruzado con algún vendedor ambulante del *Granma*. En ese caso, hubieran visto que en la primera página se hablaba de la *Irreparable pérdida del insigne escritor español Don Alberto Rodríguez-Conde*. Decía el artículo que el prestigioso autor había venido a visitar la isla ya que quería conocer a fondo la sociedad cubana y los logros de la Revolución de cara a una novela que tenía muy adelantada en su país de origen. *Enviamos* —terminaba diciendo la nota— *nuestras más sinceras condolencias a su viuda y a todos los españoles por la pérdida de una personalidad tan relevante*.

Esa noticia sí que les resultaría llamativa, pero otra que venía en la octava y última página del periódico del Órgano Oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba quizá les pasó desapercibida, ya que ninguno de los dos conocía a sus protagonistas. Bajo el epígrafe de *Sucesos*, la pequeña reseña decía: *Lamentamos comunicar el fallecimiento del ilustre profesor de la Universidad de La Habana, Doctor Asnaldo Cortiza, emérito maestro y competente licenciado, que encontró la muerte junto a otro grupo de profesores a bordo del vehículo que manejaba su nieta Iris Angerí, que carecía de licencia. Los cinco ocupantes fallecieron en el acto*.

108

Al día siguiente de aterrizar el avión en el aeropuerto de Madrid se inició la autopsia que, a instancias de Sofía, había tramitado Jaime Espinosa. Era la segunda que se le iba a practicar al cuerpo del escritor, esta ya en territorio español.

La mujer de Alberto no se creyó la versión oficial que le dijeron, porque su marido nunca había practicado el submarinismo y no era normal que, justo el día antes de marcharse de Cuba, se le ocurriera ir

a una excursión que incluyera una inmersión, algo que además nunca le había mencionado. Le parecía muy extraño que allí no hubiera nada más que tres cubanos a los cuales luego no pudieron encontrar ni Jaime, ni David Muntaner, cuando viajaron a por el cuerpo. Solamente hablaron con el chofer del coche que les llevó, que se limitó a decir que le vio muy animado y que luego, cuando regresó la barca a toda velocidad, ya estaba allí preparada la ambulancia.

Sofía tampoco entendía que el ordenador portátil que le trajo Jaime contuviera una novela perfectamente terminada. Era verdad que le había dicho que estaba escribiendo, pero no se creía que estuviera acabada. Además, aunque el estilo sí que era el suyo, el argumento le parecía sorprendente, pensando con rotundidad que aquello no lo podía haber escrito su marido.

Recordaba que Jaime le había contado que David Muntaner tenía una copia de seguridad de todo lo que estaba en la memoria. Le había referido también un contrato que firmaron antes de que Alberto se marchara a Cuba, por lo que parecía era totalmente legal que tuvieran los derechos sobre lo que allí pudiera haber escrito.

La mañana era muy calurosa. Sofía había acudido al Instituto Anatómico Forense de la Ciudad Universitaria junto a su compañera Beatriz Molinero y su jefe Pablo Olivares. Aunque agradeció a Jaime que acudiera a Cuba para traer el cuerpo de su marido, para esa mañana había elegido otras compañías.

Estaban los tres en una pequeña salita que les habían facilitado esperando a que salieran los doctores Ollé y López Perdices, médicos forenses y profesores adscritos a la Cátedra de Medicina Legal de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid. Les previnieron que la autopsia podía ser muy larga, por lo que Sofía acudió a última hora de la mañana.

No llevarían esperando mucho más de media hora cuando entraron ambos doctores ya vestidos de calle.

—¿Sofía? —preguntó el mayor.

La mujer había acudido con un vestido totalmente negro, que se

había comprado para la ocasión, y llevaba unas gafas oscuras de gran tamaño que ocultaban parcialmente su rostro.

—Sí, soy yo.

Se acercó y le dio un beso, presentando seguidamente a su compañero:

—El doctor López Perdices.

Igualmente cruzó con la viuda un par de besos y a las otras dos personas les dio la mano.

—Por favor, ¡sentémonos!

Empezó hablando el doctor Ollé:

—Hemos realizado una intervención que habrá tenido una duración próxima a las cuatro horas. Esto que le vamos a decir no podemos considerarlo definitivo, toda vez que hemos preparado numerosas muestras de diferentes tejidos y órganos para su envío a anatomía patológica. Nosotros hemos trabajado sobre una serie de pruebas que hemos realizado en el cuerpo.

Tanto Sofía como sus dos acompañantes escuchaban con suma atención.

—Señora —intervino López Perdices—, nosotros no tenemos ninguna duda de que su marido falleció por un neumotórax producido por la rotura de la pleura visceral que recubre los pulmones. Durante el ascenso sufrió un barotrauma con el consiguiente desgarro de los alvéolos pulmonares y posterior entrada de aire en la cavidad torácica.

La mujer tenía una expresión que demostraba claramente que no entendía las palabras del forense.

Ollé se dio cuenta y, pidiéndole permiso muy diplomáticamente a su compañero, le habló a Sofía en otros términos:

—Nos explicaremos mejor con un ejemplo, si nos permite. Mire, el volumen del aire y la presión se comportan inversamente proporcionales. Es decir, a más presión, el aire, que no deja de ser un gas, ocupa menos espacio. Todo apunta a que su marido debió llenar los pulmones en el fondo, quizá a diez o quince metros, y subir a la superficie sin soltar el aire. En ese ascenso, al ir disminuyendo la presión, el volumen de los mismos se incrementó paulatinamente.

—¿Pero eso puede provocar la muerte? —intervino Pablo

Olivares.

— Mire, en solo diez metros, el aire se expande al doble — explicó López Perdices.

—Pero yo recuerdo haber buceado de joven y bajar a mucha profundidad, sin soltar el aire, y no pasarme nada —indicó el jefe de Sofía.

—¿Con botella o a pulmón libre? —preguntó Ollé.

—A pulmón libre —confirmó Pablo.

—Entonces es lógico que no le pasara nada, porque cuando bajó, los pulmones se le encogieron al aumentar la presión, pero estando abajo no metió aire. El problema es cuando, teniendo los pulmones contraídos por la presión que ejerce la profundidad, se mete aire para dejarlos a su volumen normal. Repito, al subir, el volumen del aire comprimido que contienen se ha multiplicado por dos o por tres.

Para dar un ejemplo más clarificador, Ollé dijo:

—Es como si a un globo que está hinchado en su volumen normal, se le mete el doble de aire.

Pareció que con aquella explicación lo entendieron los tres con una mayor claridad, y esto hizo que permanecieran unos instantes en silencio.

—Los buceadores —siguió hablando Ollé— lo llaman sobrepresión pulmonar.

Volvió a intervenir el jefe de Sofía:

—¿Y no hay ninguna marca en el cuerpo?

Después de mirarse mutuamente, Ollé tomó la palabra:

—Hemos hecho un análisis exhaustivo en búsqueda de posibles marcas en la piel, y no se aprecian huellas de violencia en ninguna parte del cuerpo, ni hematomas, ni arañazos, ni restos en las uñas, ni parece que hubiera sido envenenado o narcotizado.

—Faltan los resultados de las pruebas —recordó López Perdices.

—Efectivamente —corroboró Ollé mirando a su compañero—, ya hemos dicho que vamos a enviar muestras pero, por el momento, nada revela que pueda existir el más remoto indicio de utilización de la fuerza.

—Sofía —concluyó López Perdices— su marido tenía los

pulmones destrozados. Son lesiones incompatibles con la vida.

Quizá fue en ese momento cuando la mujer tuvo conciencia real de la muerte de Alberto, y sería por el calor de la habitación, o por las impresiones acumuladas y las tensiones vividas, pero allí mismo vomitó lo poco que hacía muchas horas había desayunado.

Después de quedarse unos instantes en la salita y beber un poco de agua, los tres salieron a la calle y se dirigieron al coche de Pablo Olivares.

En el camino hacia su casa de la avenida de Alfonso XII los tres no cruzaron ni una sola palabra. La mujer viajaba en el asiento trasero junto a su amiga y compañera Beatriz. Su mirada iba absolutamente perdida tras las gafas negras que no se quitó ni un instante.

Cuando llegaron al destino, Pablo se bajó para abrir la puerta y dijo:

—Sofía, tómate el tiempo que necesites.

La mujer lo miró sin decir nada.

—Mañana estaremos allí para acompañarte —aseguró su jefe.

—Pablo, muchas gracias —Sofía pronunciaba las primeras palabras en muchos minutos—. Cuando todo terminé, volveré con vosotros a la Sala.

Sí, efectivamente, la *broker* estaría allí al día siguiente, la profesional, la economista, allí estarían todas juntas, pero la burgalesa que tantas aspiraciones tenía en su juventud, la que fue novia de aquel estudiante, la esposa de Alberto y la reciente viuda, se darían cita en otro lugar, desgranando cada detalle de los días que pasó su marido en La Habana, averiguando qué hizo y con quién, y todo con un fin último: saber por qué murió y quién o quiénes lo mataron. Y lo haría sola, para eso no necesitaba ayuda alguna, pero no estaba dispuesta a admitir la versión oficial que le habían dicho e iba a trabajar, hasta donde le dejaran sus fuerzas, para averiguar la verdad.

109

Amanece en La Habana llevaba camino de constituirse en el mayor

éxito editorial del grupo que presidía Gerard Maciá. Las tímidas críticas que se habían levantado contra él en su Consejo de Administración por la apología que el libro hacía del régimen de Fidel Castro fueron desmontadas rápidamente por el hábil Maciá con las cifras de ingresos en la mano, no solo de esa novela y la del próximo éxito de *Los libros del Rey Fernando*, sino con una reedición de toda su obra anterior.

El que en unos días aparecieran numerosos artículos de prensa hablando tanto del libro como de su autor, que en televisión pasaran numerosos reportajes sobre la isla, que las reservas para viajar a Cuba se incrementaran notablemente y, para remate, la proyección de la bandera cubana con rayos láser rojo, azul y blanco sobre la Torre de Madrid desde la plaza de Callao, habían hecho que fuera, y con mucha diferencia, el libro más vendido en el país.

Respecto a la crítica, había de todo. La mayoría trataba el libro con menosprecio tildándolo de *guía de turismo con argumento* o de *folletín castrista*, pero otros medios, algunos del mismo grupo de la editorial que lo publicó, hablaban de nuevos vientos en Cuba, de *un éxito a largo plazo de un modelo de sociedad*, y de las incertidumbres que se abrirían si no siguiera un modelo de gestión socialista.

La tarde del cuatro de octubre de aquel año era fría. El otoño había entrado con fuerza y la temperatura había bajado drásticamente.

El taxi cruzaba la ciudad que, a esa hora, se encontraba inmersa en su intensa dinámica habitual. En su interior una mujer se dirigía a la cita que tenía concertada hacía dos semanas.

La decoración de la sala de espera era clásica. Tanto en los sillones de cuero con botones a juego como en las mesas de mármol blanco llenas de adornos antiguos. Los visillos y las gruesas cortinas. Los espejos y los cuadros. Todo iba en armonía con el barrio donde se situaba la calle Antonio Maura.

Mientras esperaba sola en aquella sala vacía, pensaba en el mes en el que se encontraba e, instintivamente, empezó a echar cuentas

tanto hacia atrás, como hacia delante. En ese momento, entró un matrimonio. Ella estaba embarazada. Siempre había pensado que lo habitual era acudir al ginecólogo con la pareja, con el padre del niño.

La mujer, ayudada por su marido, se sentó con dificultad. Al cabo de unos minutos, la recién llegada pensó en matar la espera con un rato de lectura. Sacó de su bolso un libro y se dispuso a leer mientras su pareja ojeaba un periódico.

Cuando Sofía vio la portada, cerró los ojos con fuerza y aspiró profundamente.